

LEONARDO PATRIGNANI

# ALLÍ

(THERE)

La nueva novela del autor de la trilogía Multiverso.



LEONARDO PATRIGNANI

ALLÍ  
(There)

Traducción de Patricia Orts



Título original: *There*

Traducción: Patricia Orts

1.<sup>a</sup> edición: abril, 2016

© 2015 Leonardo Patrignani

© Ediciones B, S. A., 2016

para el sello B de Blok

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-414-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla

Créditos

Nota del autor

Dedicatoria

Citas

Prólogo

PRIMERA PARTE. LLAMAS

1

2

3

4

5

SEGUNDA PARTE. EFC

1

2

3

4

5

6

TERCERA PARTE. CONCIENCIA

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8

## CUARTA PARTE. THERE

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12

13

14

Epílogo

Notas

## Nota del autor

Los fenómenos citados en esta novela, como las EFC (experiencias fuera del cuerpo) y las ECM (experiencias cercanas a la muerte), no son simple fruto de la imaginación, sino objeto de estudio, cada vez más atento, de la neurofisiología. Las experiencias extrasensoriales, que en el pasado podían quedar confinadas al gueto de las ciencias ocultas o de la parapsicología, se miran hoy en día con nuevos ojos, en un periodo histórico en que empiezan a tomarse en

consideración ciertas hipótesis fascinantes y revolucionarias sobre la conciencia humana.

Quiero dar las gracias a Enrico Facco, profesor de Anestesiología y Reanimación de la Universidad de Padua, cuyo libro *Esperienze di premorte* (Edizioni Altravista, 2010) ha sido mi principal fuente de documentación. Además, no puedo por menos que citar los estudios de Brian Green y las tesis de Robert Lanza, al igual que los ensayos de Raymond Moody y de Michael Harner. Han sido fuentes de inspiración continua y me han enriquecido como persona, además de haber sido cómplices de mi pluma.

Los hechos narrados son fruto de la fantasía del autor, quien aconseja al lector que se documente bien antes de realizar alguna de las prácticas que se mencionan en el libro, en especial las relacionadas con el uso de drogas psicotrópicas.

He escrito esta historia para responder a una pregunta que, sin lugar a dudas, todos nos hacemos un sinnúmero de veces a lo largo de nuestra vida: la

muerte ¿es de verdad el final de todo?

Os espero más allá del umbral.

LEONARDO PATRIGNANI

*Vignate, 20 de julio de 2014*

*A Laura y a Dado Brivio,  
una familia preciosa, elegida  
por los acontecimientos*

Un instante dura la vida del hombre, y un  
fluir continuo es su esencia, indistinta su  
percepción, corruptible todo su cuerpo, un  
torbellino el alma, impredecible el destino,  
incierto la fama.

MARCO AURELIO

Cuando me levanté y eché a andar pude  
hacerlo con normalidad, sin falsear los  
contornos de los objetos. El espacio estaba  
siempre allí, pero ya no predominaba. La  
mente no se interesaba por las medidas y la

disposición de las cosas, sino, sobre todo, por el ser y el significado. Y con la indiferencia por el espacio llegó una indiferencia aún más total por el tiempo.

ALDOUS HUXLEY

## Prólogo

El hombre jadea, sudado, descompuesto.

Los ojos brillantes, hinchados de rabia. Tose con fuerza, empuñando el arma en la mano derecha. Fija un punto al azar en medio del público. Temo que no esté mirando a nadie a la cara. Debe de estar pensando en el próximo movimiento.

Mis dedos se entrelazan con los de Delia. Los aprieto con fuerza, siento vibrar todos los nervios. Contenemos el aliento. Tratamos de no contraer un

solo músculo de la cara. Observamos al loco confiando en no ser el próximo blanco. Calma, Veronica. Intenta mantener la calma. Dentro de poco todo esto habrá acabado.

No es posible. No estamos aquí. Era un día normal, como millones de otros. Era una vida serena. No es posible que estemos de verdad dentro de este banco. Quizá se trate de una pesadilla y el aroma del café que prepara mi madre no tarde en despertarme. Como todas las mañanas. Como cada maldita, normalísima e inútil mañana.

Rebobina, Veronica.

Hoy sopla un viento agradable. A decir poco, inusual en Milán, en el mes de diciembre. Es una brisa catalana, el abrazo de una corriente tibia en un paseo marítimo. Muy diferente del clima del lugar donde nací y donde vivo desde hace dieciocho años. El sol parece tímido mientras se

eleva, a duras penas, por encima de las casas, pero aún tiene algo que decir. Ni una sola nube en el cielo. En las calles y en los escaparates de las tiendas las primeras decoraciones navideñas, los primeros árboles, nieve pulverizada y estrellas doradas.

Voy con mi madre en el coche a hacer unos recados. Al llegar a los alrededores de la plaza Udine nos topamos con un atasco. Coches procedentes de varias ramificaciones se han amontonado en un punto, de hecho, muchos motores están apagados. Al poco vemos que ha tenido lugar un accidente. Nada grave, el conductor no se ha hecho siquiera un rasguño, de hecho, en estos momentos está gritando a cien metros de nosotras a alguien que debe de haberse interpuesto en su camino. Sea como sea, nosotras estamos paradas aquí, aburridas, mientras en la radio hablan sin cesar y el tiempo pasa.

—¿No tenemos un disco por alguna parte? — dice Delia interrogándome también con la mirada.

—No lo sé —abro el salpicadero—, puede que aquí haya algo. Oye, ¿adónde vamos por esta calle?

—Al banco.

—Aquí hay uno. —Saco una funda de plástico medio rota. Dentro hay un cedé con una palabra escrita en rotulador azul oscuro: *EIGHTIES*—. ¿Era necesario pasar justo por aquí?

—Suele ser el camino más rápido.

—Suele ser. —Resoplo mientras meto la recopilación en la radio del coche.

Los primeros acordes de una canción de Cyndi Lauper hacen sonreír a mi madre. Sé de antemano que vamos a cantarla a voz en grito, a coro, y que eso atraerá la curiosidad del hombre que conduce el coche que está a nuestro lado.

Cuando, por fin, llegamos a la sucursal, vemos que hay tres colas delante de las únicas ventanillas abiertas. Vamos a la última, que parece más corta, y esperamos. Delante de mí una gorda se acaba de quitar un chaquetón acolchado dejando a la vista

una camiseta con la siguiente frase estampada: NIÑO REVOLTOSO PALIZA MERECE. En caso de que sea una advertencia a sus hijos traviesos podría haber elegido algo más educativo. Se vuelve un instante y la miro a la cara. Está masticando chicle, resopla, se abanica con dos o tres folletos. Hace amago de sonreírme, pero solo le sale una mueca de disgusto. Después se vuelve de nuevo, dándome la espalda, mientras espera su turno.

Mi madre es siempre la más guapa, incluso cuando no hace nada para serlo. Tiene una melena ondulada que le roza los hombros, castaña con reflejos dorados. Hoy lleva los pendientes de aro anchos que no suele ponerse, pese a que le favorecen mucho. Una capa ligera de maquillaje. La mirada viva, entusiasta, a la vez que radiante y profunda. La mejor tarjeta de visita posible.

El hombre entra en la sucursal. Puede que yo sea una de las primeras personas que lo ve. Viste una chaqueta de color beis, con varios bolsillos anchos, y vaqueros. Tiene el pelo negro,

desgreñado, como alguien que no se peina siquiera por la mañana, que quizá nunca lo hace. Sale de una cabina cilíndrica, las puertas correderas de cristal no se bloquean. A mí, por el contrario, me sucede a menudo. El móvil, el manojito de llaves, las baratijas que llevo en el bolso me obligan a volver sobre mis pasos.

Él, en cambio, camina con una mano metida en el bolsillo interno de la sahariana y pasa inobservado. Una vez dentro mira alrededor, por unos segundos parece un cliente que trata de comprender cuál es la cola más rápida. Luego saca la pistola y carraspea.

—Bien —dice, y muchos se vuelven hacia él—. Si alguien hace algo sin que yo se lo ordene dispararé. Es una regla sencilla, además de la única. ¿Está claro?

Nadie responde, pero ha conseguido atraer la atención de todos y ahora reina un silencio irreal.

A mi lado, Delia permanece impasible, si bien sus dedos rozan los míos y se entrelazan nerviosos

con ellos como movidos por un reflejo espontáneo. Trago saliva y siento cómo se aceleran los latidos de mi corazón. Me estremezco, pero procuro quedarme quieta y no hacer nada que el hombre no me haya ordenado hacer. Jamás me he visto envuelta en un atraco, siento un sudor frío.

—Mi hijo tiene distrofia muscular y estos hijos de puta me despiden —grita el tipo con los ojos encendidos por el odio, ardientes como tizones—. Me despiden, ¿entendéis? ¡Después de nueve años! Por algo que no he hecho. Por algo que puede que no haya hecho ninguno de nosotros, los capullos que estamos detrás de la ventanilla. ¡Por un error del que alguien en las altas esferas no quiere hacerse responsable!

Delia sacude levemente la cabeza mostrando cierta empatía por el drama humano que estamos presenciando. Mi madre siempre es así, incluso en una situación similar. Sé que, si pudiera, sería incluso capaz de abrazarlo, de consolarlo. Yo, por mi parte, permanezco callada, no reacciono a las

palabras del hombre. Con todo, reflexiono sobre lo que acaba de decir y comprendo que, dado que es veterano, conoce los fallos del sistema, así que sabía cómo y cuándo podía entrar armado. Por eso no lo detuvieron en la entrada. Vaya una seguridad ciudadana.

—A ellos se la trae floja que un padre de familia deba llegar a final de mes con la esperanza de que le queden treinta euros para poder llevar a toda la familia al cine —prosigue con los ojos brillantes—. Se la trae floja que ese padre de familia vuelva a casa por la noche y encuentre en el buzón una multa, un plazo de la comunidad de vecinos por pagar o una notificación de Hacienda. ¡Todas las jodidas noches! ¿Y a vosotros? ¿Os importa?

Se vuelve hacia la gente que hace cola delante de las ventanillas, una serie de estatuas de mármol que, después de que la pistola haya hecho su aparición en la escena, no se atreven ni a arquear una ceja. Delia y yo nos quedamos inmóviles, con

los dedos entrelazados.

—¿Y a ti? —dice apuntando el arma hacia un hombre con un bigote tupido y entradas que está en el centro de la fila que hay al lado de la mía—. ¿A ti te interesa?

El tipo tiembla sin respirar. El desequilibrado se acerca a él y agita la pistola en su cara, luego se la apoya en la frente.

—¿Qué dices? ¿Disparo? —Lo mira fijamente a los ojos con la ferocidad de quien podría abalanzarse sobre él y despedazarlo sin necesidad de apretar un gatillo. Luego se vuelve hacia los empleados que están detrás de las ventanillas, sus compañeros hasta hace poco tiempo, por lo visto. Dos chicas jóvenes y un hombre de unos cuarenta años con la mirada paralizada por el terror—. ¿Disparo o no disparo? ¿DISPARO O NO DISPARO?

Se oye un móvil en la fila que hay detrás de la nuestra. Uno de esos aparatos ridículos, preconfigurados. En un instante de silencio absoluto como este, ese sonido estúpido y molesto

hace perder los estribos al hombre.

—¿De quién es el maldito teléfono? —grita, rascando las cuerdas vocales—. ¡O lo apagáis de inmediato o esto será una carnicería!

Una mujer de mediana edad, exageradamente maquillada y con un collar al cuello que, con toda probabilidad, vale más de todo un año de trabajo en el banco, hace como si nada unos segundos, luego empieza a rebuscar en el bolso con mano trémula, temiendo que el hombre empiece a disparar hacia el punto del que procede el sonido.

—Tienes cinco segundos —dice él carcajeándose después de haberla identificado. Su tono de voz es ahora histérico, la situación se está torciendo. Del drama personal hemos pasado al desahogo de un loco—, cuatro...

—Por el amor de Dios, no lo encuentro —implora ella al mismo tiempo que alza los ojos del bolso mientras el móvil sigue sonando. Él da unos pasos hacia delante y llega casi a la primera de las tres colas. Luego, con la mirada repentinamente

sombría, tiende el brazo en dirección a la mujer a la vez que desliza la corredera de la pistola con la otra mano.

—Uno... —Apoya delicadamente el índice en el gatillo. Con la naturalidad del que pulsa un botón para llamar al ascensor, el hombre dispara.

El tiempo parece haberse detenido mientras la sangre salpica la pared que hay a espaldas de la señora y mancha el cartel publicitario de una nueva tarjeta prepago. De la fila que hay delante de mí se eleva un chillido agudo. Una joven se tapa la cara con las manos. Detrás de ella, una anciana cae al suelo sin conocimiento. Nadie mueve un dedo para ayudarla. Nadie arquea ya las cejas por ningún motivo. El sonido se interrumpe, en el vestíbulo se instala un silencio absoluto, si bien, en ese instante gélido, juraría que alguien está suplicando en voz baja a su dios que lo saque de allí como sea.

El loco prosigue con su desvarío como si nada, dirigiendo sus invectivas contra todos y contra

nadie en particular. Salta de la política nacional a los consejos de zona, del sistema sanitario a la situación de los extracomunitarios. Acaba de disparar a la cara a una mujer, maldita sea, y, sin embargo, da la impresión de que ya lo ha olvidado. Incluso la historia del hijo enfermo, que, en un principio, podía parecer el móvil plausible de su rabia, ha pasado a un segundo plano.

De improviso, el sonido ahogado de un altavoz retumba en los ventanales que dan a la calle. Un policía, resguardado tras la puerta de su coche patrulla, aconseja al hombre con palabras apropiadas que salga desarmado de la sucursal.

Este, sin embargo, sigue en el centro de la escena como un actor que ha olvidado el guion. Con el semblante abatido y una expresión de perro apaleado, mira a los ojos a varios de los presentes como si buscara consuelo en ellos. Luego observa el cuerpo sin vida de la señora, que yace en el suelo con la cara hundida en su sangre, y esboza una sonrisa piadosa. Cierro los ojos un momento,

confiando en que todo termine pronto. No le conviene derramar más sangre, debe entregarse. Siempre y cuando sus motivos sean reales y su desahogo —por extremo que pueda parecer— esté justificado por la exasperación. Pero ya no estoy tan segura. ¿Qué tenemos delante, un padre desesperado o un mitómano víctima de una crisis histérica?

Aquí estoy, desmenuzando los nudillos de la mano de mi madre, que aprieto aterrorizada. Sí, es cierto, estamos en este banco. Estamos realmente frente a una persona que ya no tiene nada que perder y que ha empezado a cavar su propia fosa. No me despertará el aroma a café.

—Venid conmigo, miserables. —Los ojos del hombre vuelven a encenderse, su cara es ahora una máscara mortal, despiadada—. Subid conmigo al transbordador.

Los disparos duran menos de quince segundos,

pero a los que, como yo, saldremos vivos de allí, nos parece una eternidad. El tipo está fuera de sí, pero sabe perfectamente cuántas balas hay en el cargador de la semiautomática. Pese a que ha perdido el juicio por completo, se comporta con lucidez, sigue una estrategia. De hecho, reserva la última para él, después de haber ajusticiado sin el menor criterio a seis personas, además de a la señora con el collar de diamantes. Una tras otra, como blancos sucesivos en una competición. Con la puntería de un miembro de un polígono de tiro, abate primero al señor del bigote, luego a dos mujeres de la tercera fila, a una pareja de ancianos que están delante de él y, por último, apunta hacia mi madre. En medio del pánico, de los gritos de los supervivientes, de las salpicaduras de sangre, ni siquiera me da tiempo a darme cuenta de lo que se dispone a hacer. A interponerme. A impedirselo. Dispara y acto seguido se lleva la pistola a la sien. Cuando escribe la palabra fin en su historia yo ya estoy arrodillada en el suelo con

la boca abierta en un grito de dolor capaz de llegar hasta la calle, al otro lado de los ventanales de la sucursal.

—¡Mamá, no!

Los ojos de Delia parecen transparentes, puedo leer en su interior. Presa de la desesperación y del desconcierto, grito hasta sentir que mi voz se quiebra en la garganta. Mi madre, tumbada en el suelo con la camisa empapada de sangre, agarra mi brazo izquierdo. Mi cara se petrifica y callo. La observo mientras se muerde el interior del labio, la barbilla le tiembla como si la temperatura hubiese bajado de repente cinco grados.

—Te lo suplico, mamá... —los sollozos me quiebran la voz—, te lo suplico.

—Cariño... tran-qui... la —balbucea con la cara cérea, casi ausente, apretando los labios. Cierra los ojos. Por una fracción de segundo tengo la impresión de que su voz me ha llegado desde detrás, como si no estuviera delante de mí sino alrededor. Delia abre apenas los párpados, se

esfuerzo para escrutar mi cara, destrozada por el dolor, y tengo la absurda sensación de que ya no está conmigo. Basta un instante para que la sienta a años luz de aquí.

—No te estás muriendo. No puedes morir, tú no... mamá, cómo haré... —Hundo la cabeza en su pecho ensangrentado.

No es posible volver atrás.

Se acabaron las canciones que cantábamos juntas en el coche, las excursiones, los libros que nos robábamos la una a la otra, los intercambios de maquillaje y vestidos, las sonrisas y las lágrimas, las peleas y los abrazos. Se acabó el tiempo. No, maldita sea, esto no es un adiós. Deberíamos haber llegado mucho antes, no es posible que estemos aquí. Quiero seguir paseando por la ciudad, hacer recados, salir a comprar un regalo para sus compañeras. Dentro de unos días es Navidad, tenemos un montón de cosas que hacer. Quiero volver a casa con ella.

El último gesto de mi madre es una caricia.

Jamás sabré de dónde saca la fuerza necesaria para hacerla mientras su corazón deja de latir. Pero Delia Argenti apoya por última vez la mano en la melena de la Verónica que ya no será y susurra algo.

La frase —mascullada a duras penas— se interrumpe a mitad, al igual que su vida.

—De flores, un... minuto...

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —Levanto la cabeza de golpe. No responderá.

Delia Argenti ya no está conmigo.

—¿Qué has dicho, mamá? ¿Qué? —insisto, pese a saber que mis palabras se perderán en el aire. Solo son un eco de lo que ha acaecido, el final de una canción que se va alejando hasta convertirse en una onda imperceptible, remota, antes de desvanecerse por completo—. Te lo ruego, por favor. No me dejes. No me dejes sola...

Permanezco acurrucada sobre el cuerpo

exánime de mi madre hasta que llega la policía. Me estrecho a ella llorando, como debió de hacer ella la primera vez que me pusieron entre sus brazos, hace dieciocho años. Ella, mi nido. Mi casa.

Por un instante pienso que quizá tenga frío, me pregunto si habrá una manta en algún lado, detrás de las ventanillas o en los armarios. Qué cosas tan absurdas me pasan por la mente, a veces.

*De flores, un... minuto...*

De nuevo esas cuatro palabras sin sentido. Esa frase a medias está destinada a volver como una cantilena en las futuras noches insomnes, mientras el mundo fluye alrededor de mi frágil existencia. Y todo cambia para siempre.

Estoy sola.

Soy yo la que tengo frío.

PRIMERA PARTE

LLAMAS

# 1

—Vengo a cobrar este.

La voz ronca del viejo con la gorra precede a una sonrisa satisfecha y maliciosa, a la vez que la mano arrugada y llena de grandes manchas marrones avanza por el mostrador y hace pasar un boleto bajo el cristal protector.

Lo levanto con los dedos índice y medio y le echo un rápido vistazo. Primera cosa que comprobar: el importe del premio. La agencia paga en efectivo hasta mil euros. Por encima de

dicha cifra es necesario extender un cheque al afortunado. Y Mario, el viejo de la gorra, es uno de esos afortunados. Uno de los pocos que sale casi todos los meses de este local con saldo positivo, pero al menos esta vez no tendré que darle un cheque.

—Setecientos cuarenta y tres —leo en voz alta mientras la sonrisa se apaga en los labios de Mario para dejar espacio a una mal disimulada impaciencia. Por lo demás, este no es un barrio de caballeros y a cualquiera le gustaría recibir el fajo de billetes que me dispongo a entregarle.

Se vuelve a derecha e izquierda con circunspección, pero a última hora de la tarde la agencia está poco menos que desierta. Un par de ancianos —al menos una decena de años más viejos que él— consultan la programación y las clasificaciones que están colgadas en la pared. Una pareja de jóvenes de unos veinte años, con las rastas asomando por los gorros de lana, ocupa el centro de la fila de sillas azules que está frente a la

pared de pantallas planas, donde ahora están retransmitiendo un partido del campeonato inglés. Dos hombres elegantes, que lucen unos abrigos oscuros y sombrero, hacen cola en la ventanilla de la hípica, al fondo de la sala, de la que se ocupa Garella, el único compañero del sexo masculino.

Esbozo una sonrisa mientras meto el boleto en la caja con una mano para verificar la jugada ganadora. Con la otra, en cambio, me entretengo en hacer lo que mejor me sale en este sitio: torturarme un mechón de pelo. Hundir el dedo, enrollar el mechón y tirar una y otra vez de él. Se denomina tricotilomanía. Me lo dijo un profesor de Filosofía del instituto, porque también allí —en el banco de la segunda fila, que estaba bajo la ventana— no hacía otra cosa durante horas. Trico. Tilo. Manía.

No obstante, mi pelo —ondulado y rebelde desde que tenía la pequeña bicicleta verde con las ruedecitas detrás— es fuerte. Es sano, robusto. Se diría que justo lo contrario de mi ánimo. Moudi, el

egipcio que me llama Veroniga, dice que tiene el color de las castañas. Sabe de qué habla, dado que el puesto donde las vende está a pocos metros de la entrada de la agencia. Y, en efecto, no le falta razón. Es de ese color.

—Me has traído suerte... —Mario intenta romper el silencio embarazoso, al mismo tiempo que saco un fajo de billetes de cincuenta de la caja —. Justo ayer hice la jugada en tu ventanilla. ¿Te acuerdas?

No, no me acuerdo. Bajo la mirada y empiezo a contar.

«Cincuenta, cien, ciento cincuenta, doscientos, doscientos cincuenta.»

—Podría invitarte a cenar, dado que gracias a ti he ganado...

«Trescientos, trescientos cincuenta, cuatrocientos, no debo hacerle caso, cuatrocientos cincuenta...»

—¿Cómo te llamas... Viviana? ¿Virginia?

«Quinientos, quinientos cincuenta, seiscientos,

hace meses que me lo preguntas y yo te digo siempre el mismo nombre, seiscientos cincuenta, setecientos...»

Hago a un lado el fajo y saco dos billetes de veinte y un par de monedas de la caja. Después vuelvo a contar los billetes grandes en voz alta mientras los voy pasando por debajo del cristal. Apenas se completa el botín Mario lo coge y lo mete en una mochila que lleva colgada del hombro derecho. Tira de la cremallera y mira alrededor por enésima vez. Acto seguido me mira con ojos lánguidos y la frente fruncida, formando una serie de surcos profundos.

—Pese a la edad, aún puedo jugar mis cartas, si es eso lo que te estás preguntando...

Lo observo unos instantes y me pierdo en la profunda soledad de sus ojos, al mismo tiempo que él se lleva el índice y el pulgar a la visera de la gorra y hace un saludo reverente, propio de otros tiempos, en claro contraste con sus humillantes proposiciones.

—Adiós, señor Mario. —Hago un esfuerzo para parecer amable—. Felicidades por el premio. «En cualquier caso, me llamo Veronica, imbécil.»

Once meses.

Hace once meses que trabajo en la agencia de apuestas Beverly Betting, en la periferia noreste de Milán, ganando un salario miserable —seis euros netos a la hora—, y en estos once malditos meses el jugador más afortunado del local no me ha dejado ni un euro de propina. Piropos repugnantes, eso sí. Esos no han faltado. Y repetidas invitaciones a una cena que nunca tendrá lugar, salvo en su cabeza. Y cumplidos gratuitos que el viejo de la gorra repite un día a mí, el otro a mi compañera, dependiendo de cuál de las dos le trae suerte. Como si las empleadas de este sitio infame pudieran traer suerte de verdad a alguien. En lo que a mí respecta, la agencia podría arder con

todos sus aficionados<sup>1</sup> dentro. Pero es el único trabajo de chicha y nabo que he encontrado desde el día en que tuve que empezar a salir adelante sola, la única manera de pagar el alquiler del tugurio de una sola habitación en que vivo en la periferia.

A las ocho en punto cierro la caja, abandono mi puesto y me despido con un leve ademán de mis dos compañeras, que deben seguir trabajando hasta el cierre de las diez. Luego me pongo una chaqueta de piel marrón, desenrollo el intrincado cable de los auriculares del iPod y me los meto en las orejas antes de encender una *playlist* de *r'n'b* y salir por la puerta principal. El mundo exterior ha dejado de ser un problema. Por hoy.

—¿Vuelves a casa a descansar, Veroniga guapa? —Moudi sonrío mientras da la vuelta a las castañas asadas en la sartén.

Le guiño un ojo y sonrío también, esta vez de verdad. El egipcio es la única persona a la que respeto en este barrio y siempre me ha tratado de

forma amable y educada. Sin oír mi voz, ahogada por el agudo de una cantante de color, respondo:

—Buenas noches, Mou, hasta mañana.

Esta noche Milán está envuelta en la niebla densa y hostil de noviembre.

A pocos metros del horizonte, el asfalto podría abrir una vorágine bajo mis pies y engullirme sin previo aviso. Hasta finales de octubre iba a la agencia sentada en el sillín de la desvencijada bicicleta con el manillar torcido que me había vendido un armenio por diez euros en el mercado de la calle Valvassori Peroni. Pero desde hace un par de semanas entre la niebla, la brusca caída de las temperaturas y tres días de lluvia incesante, es impensable recorrer cinco kilómetros con la única protección de un anorak. No puedo permitirme una gripe.

Una mancha roja de contornos confusos emerge de la cortina de niebla mientras pienso en la triste condición de los hombres como Mario. O, mejor dicho, de los menos afortunados que él, esto es,

todos los demás. Clientes habituales de la agencia, personajes fijos, que la mayoría de las veces despilfarran su pensión en unos días y que después deben pasar el resto del mes mendigando jugadas a otros y recibiendo insultos y burlas. El viejo de la gorra es uno de los más listos, sabe lo que hace. Lástima que sea huidizo y un asqueroso pervertido.

Al llegar a tres metros de distancia de la mancha roja, esta adquiere la forma de una gran M. Bajo la rampa de escaleras a paso ligero mientras en los auriculares es el turno de Alicia Keys. Sigo hacia los tornos sin mirar alrededor. No me gusta esta ciudad. No me gusta este horario. En un rincón, al lado del cierre metálico del quiosco, un grupo reducido de hombres de color discute en voz alta, pero solo los veo con el rabillo del ojo. Miro hacia delante, dejo atrás la cabina vacía de los revisores y bajo al andén. Está desierto. Extraño, dada la hora. Cuando me siento en un frío banco para esperar el tren un cartel publicitario enorme, pegado a la pared opuesta, al otro lado de las vías,

captura mi atención. La cara alegre y despreocupada de una niña con una tupida cabellera rizada ocupa la parte inferior del anuncio a la vez que un globito rojo alza el vuelo. A la derecha, la frase escrita en mayúsculas sentencia: EL TIEMPO DE LAS SONRISAS AÚN NO HA TERMINADO.

No estoy de acuerdo.

Leo también las dos líneas escritas en caracteres más pequeños que hay bajo el eslogan. Rezan: «Poco importa qué tempestad haya borrado la alegría de tu vida, ven a vernos. Si estamos juntos volverá a brillar el sol.»

¿Qué es? ¿Una especie de Alcohólicos Anónimos para deprimidos? Bajo la cabeza. Por un instante me veo a mí misma cuando era pequeña en los ojos de esa niña. El globito revolotea en el cielo sienés, mientras alrededor solo se oye el canto de los grillos y unas voces alegres, envueltas en el humo de las brasas incandescentes y en el aroma que emana la carne al asarse. El tiempo de

las sonrisas.

Una voz procedente de la escalera me devuelve a la realidad.

Me vuelvo. Es un revisor. Mierda, debe de haber visto en algún monitor que he pasado sin timbrar el billete.

—Señora —dice—, ¿no ha oído el aviso?

—¿Cómo dice? —Me levanto quitándome los auriculares. No he entiendo muy bien lo que ha dicho.

—El aviso, digo. ¿No lo ha oído?

—¿Qué aviso?

—Ha habido un accidente en Loreto y se ha suspendido la circulación de los trenes.

Por eso está desierto el andén. Maldita sea. Tendré que esperar un autobús que, en el mejor de los casos, tardará tres cuartos de hora en pasar y que, además, no me dejará cerca de casa.

—Fantástico —digo exhalando un suspiro.

—Según parece, alguien se ha tirado a las vías.

—Los hay con suerte. —Me pongo de nuevo

los auriculares y me dirijo a la escalera.

El hombre me mira enfurruñado, por un momento se queda tieso, luego sacude la cabeza y retrocede. Debe de haber pensado: «¿Qué demonios significa “los hay con suerte”?»

Significa que quizá también para ese desgraciado había terminado el tiempo de las sonrisas.

Significa que tal vez ahora esté mejor, las caras se hayan serenado, el sol vuelva a brillar y el chocolate tenga el sabor de antaño.

Once meses.

Desde hace once meses nada tiene ya el mismo aspecto.

Desde el Día Sin Sentido cada color del mundo circunstante ha retrocedido a una anónima escala de grises. Cada gesto, cada palabra, cada mirada, se han convertido en la ocurrencia mal escrita de un guion, en el desarrollo de una trama que ya no me interesa.

Dentro de poco hará un año.

El autobús que me dejará a un kilómetro de casa está impregnado de un hedor insoportable, la suma de toda la suciedad humana que debe de haber transportado por las calles de la ciudad desde esta mañana. Pero, gracias al tipo que se ha tirado a las vías del metro, es la única manera de aproximarse lo más posible a Segrate, a menos que prefiera regalar todo un día de trabajo a un taxista.

A mi espalda dos señoras con abrigo de pieles comentan el accidente. La feria del chismorreo. Por lo visto no fue un suicidio, sino un juego entre macarras que acabó de mala manera. Empujaron a uno de los chicos fuera de la línea amarilla y nadie lo sujetó a tiempo. Qué manera tan fantástica de salir de escena y convertirse en un santiamén en una sabrosa anécdota para mujercitas de mediana edad envueltas en cadáveres de visones.

Con la frente apoyada en el cristal, los contornos indefinidos de la neblinosa Milán pasan por delante de mis ojos hasta que una imagen se

manifiesta con la rapidez de un rayo que parte en dos el cielo, como una diapositiva superpuesta entre mi mirada y la neblina, que se ha adensado al otro lado de las amplias ventanillas del autobús.

Parece el fotograma de una escena, un disparo lleno de dinamismo, pero, en el fondo, fijo, carente de movimiento. Imagino la cara del macarra del metro —me gusta darle la apariencia de un imbécil que se insinuaba conmigo en el instituto— braceando con torpeza en el instante en que se da cuenta de que está cayendo hacia atrás y de que nadie se interpondrá entre él y las vías. En sus ojos la expresión de gélido terror del que acaba de comprender que ha llegado el momento de apearse del tiovivo de la vida. Entreaire la boca tratando de lanzar un grito que se quebrará en un fotograma sucesivo en la línea del tiempo. ¿Cuánto dura un instante? ¿Cuánto dura *ese* instante? Me parece tener ante los ojos un corte perfecto, obra de un hábil montador cinematográfico, en el punto exacto en que el ser humano cobra conciencia del

inminente final. Pero solo es una fantasía. Cruda, gélida, como el depósito de cadáveres en que los padres del desgraciado reconocerán su cuerpo. Siempre y cuando quede algo reconocible del mismo.

Cabeceo, la imagen se desvanece. Vuelvo a encontrar en el cristal mis ojos ausentes, vacíos. Es mi mirada desde hace once meses, bajo la máscara que me pongo a diario para llevar a casa los seis euros netos a la hora que necesito para pagar el alquiler al señor Farini y el resto de los gastos. Esta es mi vida desde que el reflector principal dejó de iluminar el escenario. Mi existencia transparente, desde el Día Sin Sentido. ¿Cuánto durará aún esta fase? ¿Qué dice el guion?

Guiño los ojos para poder distinguir algún contorno definido en medio de la niebla, al otro lado de la ventanilla, mientras el autobús frena al acercarse a la penúltima parada de la línea. Apenas arranca de nuevo me pongo de pie y me dirijo a la puerta central, agarrándome a la barra

para evitar que los bruscos virajes del conductor me lancen de una parte a otra del vehículo. No me gustaría caer sobre los dos visones muertos y correr el riesgo de tener que pronunciarme sobre ellos.

Me apeo al final de la línea, al igual que las dos señoras que están detrás de mí, dos árabes, un chico obeso con la camiseta de los Linkin Park y una viejecita con el bolso pegado al pecho y los dedos apretando con fuerza el asa. Pienso que si alguien intentara robárselo le arrancaría también las manos.

La joven que soy ahora no mira a nadie a los ojos. A veces puede parecer que lo hago, pero si uno me observa con atención se da cuenta de que Verónica jamás mira a las personas a los ojos. Durante dieciocho años fue sociable y cordial, no necesitaba una máscara. Ahora, en cambio, ya no tiene ningún motivo para serlo.

Porque todas las personas que me rodean han usurpado a mi madre el puesto que ocupaba en este

planeta. Porque ese día todo salió mal. Si un idiota no hubiera bloqueado el tráfico en la plaza Udine por conducir con excesiva alegría por la rotonda, lo que le hizo perder el control del coche, la joven que era entonces y Delia Argenti habrían llegado al banco mucho antes, y no a esa hora. ¿Quién ha decidido que deben seguir con vida los delincuentes, los camellos, los estafadores o los viejos que malgastan su pensión haciendo apuestas en lugar de mi madre? ¿Qué arcano plan divino concibió una historia similar? No, Dios no tiene nada que ver con esto.

Me cuesta confiar en un consuelo cristiano desde que alguien tuvo la osadía de decirme que, a todas luces, mi madre no había rezado bastante en los últimos años. O que la bala era un mensaje del Señor, que la llamaba a su lado. O que «siempre se van los mejores». Debido a los comentarios de ese tipo ni siquiera asistí a su funeral, no quería verme dentro de un túnel de consideraciones superficiales pronunciadas por personas que basan

su fe en las estampitas que cuelgan del espejo retrovisor del coche. Yo, la única Argenti que esa mañana no acudió al cementerio de Lambrate. Yo, la única a la que le importaba algo esa mujer.

El aire gélido penetra en mi nariz devolviéndome a la realidad, es decir, a la landa desolada por la que camino sin tener la menor idea de lo que puede aparecer a un metro de la pared gris en que me estoy adentrando. Nunca he visto algo similar, pese a que siempre he vivido en Milán.

Oigo sonar el móvil. En la pantalla parpadea el nombre del administrador del edificio. No tengo ningunas ganas de hablar con él, pero, dado que hoy debo pagarle el alquiler, puedo hacer una excepción.

—¿Dígame?

—Veronica, soy Armando.

Callo, frunciendo los labios debido al frío.

—Estoy en tu piso —añade.

—¿Por qué?

—Han entrado a robar.

Me detengo. Miro alrededor, envuelta en la nada. Por un instante siento un escalofrío en la espalda, que sube hasta las terminaciones nerviosas del cráneo. Sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—Ni más ni menos. ¿Dónde estás?

—Voy camino de casa.

—Te espero aquí.

Mientras me pregunto qué ladrón puede ser tan estúpido como para perder su tiempo rebuscando en mi casa, trato de darme prisa. Tras recorrer un kilómetro a pie entre las casas ruinosas de la periferia y rodear las obras de un acceso a la autopista, abiertas desde no-sé-ya-cuántos-años, llego a la puerta del edificio y mis ojos se mueven rápidamente de derecha a izquierda, pero no parece haber un alma en el barrio. Por lo demás, es imposible ver nada.

La puerta de mi tugurio está entreabierta. La empujo con la punta del zapato mientras me quito

la capucha. El administrador está de pie delante de los fogones, tecleando algo en su móvil. Como de costumbre, la casa en penumbra. Seis bombillas de las ocho que componen la lámpara helicoidal están rotas. Entre otras cosas, se rompieron tras dos semanas de uso, pese a que los dependientes de la tienda donde las compré me habían asegurado que durarían mucho. Pero a mí me parecería perfecto incluso si funcionara solo una.

Carraspeo, Farini se vuelve.

—No parece que te hayan robado nada —dice con una punta de sarcasmo—. Solo he visto varios cajones abiertos y algún vestido tirado aquí y allí.

—¿Le parece que en mi casa hay algo que robar?

—Y yo qué sé —responde irritado.

Me sorprendo observando con atención su figura, reflexionando sobre el personaje que tengo delante. Tan alto como una mesita de noche, con el pelo permanentemente engominado y los ojos pequeños, Farini es el cliché de sí mismo. A tal

punto sumergido en su papel de cobrador de alquileres que olvida incluso que existe una vida al margen de la actividad empresarial. Cada primer lunes del mes se presenta en el rellano a las ocho en punto de la noche, aporrea con insistencia la puerta, pese a que hay un timbre, y con una sonrisa odiosa compuesta, en buena parte, de dientes de oro, pide que se le abone lo debido. Desde que estoy aquí no he fallado una sola vez, pero la situación está empeorando. Casi me he gastado ya el dinero que obtuve vendiendo los efectos personales de mi madre, por suerte pude pagar el funeral con la colecta que organizaron los compañeros del despacho donde ella había trabajado media vida. La Veronica que soy ahora ve que su cuenta bancaria está precipitándose hacia un abismo que, quizá, no tiene fondo. Unos meses más con el sueldo miserable de Beverly Betting —donde trabajo a turnos, sobre todo los fines de semana, porque en ellos la programación se multiplica por cuatro y los viejos confunden la

agencia con un centro cívico— y acabaré pidiendo limosna en las esquinas. O preguntando a Moudi si necesita una ayudante para asar castañas.

He de decir que tengo un padre, solo que a saber dónde estará en este momento.

—¿Por qué no lo buscas? —me preguntó una tía hace once meses, durante el velatorio en la capilla ardiente—. Él podría...

—Esté donde esté puede irse a tomar por culo —la interrumpí.

¿Está claro ahora por qué no fui al funeral? Con la capilla ardiente tuve bastante. Además, ¿para qué? ¿Para tener que soportar una puesta en escena llena de frases hechas y abrazos vacíos? Gracias, pero no, *gracias*. Mi madre era vida, era energía, era un río en crecida de intereses, pasiones y curiosidad. Más rápida que una veinteañera cuando algo atraía su atención. Más entusiasta que una niña cuando había algún motivo para serlo.

Todo esto lo detuvo una bala. Una combinación

de horarios. El contenido de un cargador. La decisión casual de un loco. No tiene sentido. No tiene ningún maldito sentido.

Al igual que, quizá, no lo tenga ignorar al resto de la familia. Pero eso es lo que he hecho desde el primer día y no tengo la menor intención de cambiar mi estrategia. Ya no tengo abuelos, pero no me faltan tíos y otros parientes lejanos, pese a que están geográficamente lejos. Uno de ellos, hermano adoptivo de mi madre, es incluso director de un importante *holding* con sede en Palermo, y cambia de todoterreno con la misma frecuencia con la que se da la vuelta al colchón en verano y en invierno. Pero en los últimos once meses esta posibilidad ha pasado por la mente de la Verónica que soy ahora en menos de quince segundos. Puedo arreglármelas sola. Debo arreglármelas sola. Prefiero que vengan a sacarme de debajo de los cartones, en medio de los cubos de basura de la Estación Central. Hasta ese día no pediré ayuda a nadie.

—¿Me estás escuchando o no? —grazna Farini.

—Perdone, estaba distraída.

—Decía que tengo mucha prisa, debo marcharme. Como ves, han forzado la cerradura.

—¿Y qué? —pregunto a la vez que me quito la chaqueta, sin hacerle caso.

—Pues que tendrás que cambiarla.

—¿Yo?

—¿Quién si no, yo? —Arquea las cejas, me escruta unos segundos y luego se mete apresuradamente el teléfono en el bolsillo y se pone el impermeable.

—No debería corresponderme...

—Si necesitas un cerrajero —me interrumpo antes de que le endilgue alguna responsabilidad— te he dejado una tarjeta de visita cerca de los fogones.

—Por supuesto.

Lo observo mientras da media vuelta. Sale, intenta cerrar la puerta tras de sí pero esta rebota en el marco y se vuelve a abrir. Solo faltaba la

cerradura rota. Como si no tuviera ya bastantes gastos. En cualquier caso, es el único daño que he sufrido. Porque en el apartamento no hay realmente nada que robar.

Tras dejar la chaqueta en el respaldo de una silla me dirijo a la nevera y saco una botella de agua. Si he de ser franca, en la nevera no hay mucho más. Me la llevo a la boca y saboreo el gusto metálico y cierto dejo amargo. Por lo demás, la límpida fuente de la que procede es el grifo del fregadero. Mientras me trago el producto de las alcantarillas milanesas, una voz ronca e insoportable retumba entre las paredes del cráneo —«Pese a la edad, aún puedo jugar mis cartas, si es eso lo que te estás preguntando...»— y me entran ganas de entrar corriendo en la ducha para lavarme la suciedad pegajosa que me mancha el cuerpo y el espíritu desde que me senté por primera vez detrás de la ventanilla de Beverly Betting.

Duermo en un mueble que hace las veces de sofá durante el día y que de noche se transforma en una cama, pero la mayoría de las veces lo dejo abierto incluso una semana entera. A fin de cuentas, podría jurar que jamás me visitará nadie. Ningún amigo. Ningún amante fantasmagórico. He tenido alguno. Y me encantaba contar todo — bueno, puede que no *todo*— a mi madre al día siguiente de cada primera cita. Pero eso forma parte de la época de las sonrisas y la época de las sonrisas es un álbum de recuerdos con las páginas empapadas de sangre.

Me siento en una esquina del sofá cama y rebusco entre la manta marrón y la sábana fina hasta que encuentro el mando a distancia de un viejo televisor de tubo catódico que el señor Farini tuvo la amabilidad de dejarme y que está sobre una mesita de madera, a un par de metros. Puede que al ladrón no le diera tiempo a llevárselo, quizás habría podido sacar diez euros por él en un mercado abusivo. Quizá no quiso

llevarse, cosa que sería cuando menos humillante. Lo enciendo, al mismo tiempo que veo con el rabillo del ojo el moho que se ha ido adensando en los rincones del techo y las curvas que forman, como si fueran nervios, varias grietas del enlucido. Bajo mis pies, ahora descalzos, un parqué de madera clara desgastado por el tiempo, al que las rayas y la hendiduras hacen parecer aún más viejo. Los canales principales no tienen mucho que ofrecer, como de costumbre, pero sigo zapeando hasta que veo al adorable caradura de Steve McQueen. Es uno de los pocos *westerns* que mi madre se sabía de memoria: *Los siete magníficos*. El vídeo acabó en el vertedero de la calle Corelli un mes después de su muerte. Delia decía siempre que adoraba a Steve McQueen y que se había enamorado de mi padre porque se parecía a él. Por eso el VHS acabó en la basura.

No despego los ojos de la pantalla durante unos minutos, pero a las imágenes de la película se solapa enseguida la cara de facciones armoniosas

de mi madre, su mirada penetrante, las cejas finas, que confieren autoridad al resto de la cara, y el pelo castaño y ondulado —casi siempre recogido en una coleta de caballo—, que Delia Argenti cepillaba todas las noches canturreando una vieja canción de los años cincuenta. Paul Anka. Sí, debía de ser Paul Anka.

Si hubiera nacido en una época diferente habría competido con Rita Hayworth. Ningún hombre se habría atrevido a faltarle al respeto. Si hubiera nacido en una época diferente quizás una bala no habría acabado con su vida a los cuarenta y dos años.

Me restriego los ojos, me he conmovido, tengo los párpados hinchados por las lágrimas y el corazón aplastado por un peso insoportable, injusto. Hacía tiempo que no lloraba. Quizá demasiado. Debería sentirme culpable. Me levanto, mientras a una escena mal cortada sigue el anuncio de una empresa de muebles, me quito los pantalones, los calcetines y un suéter de color

amarillo y negro. En bragas y camiseta me encamino hacia el cuarto de baño, me desnudo y, tras mirar con desdén la cadena oxidada que sujeta el espejo, entro en la ducha.

Cada vez que me encuentro bajo el chorro de agua hirviendo pierdo la noción del tiempo. A menos que vaya a llegar con retraso al trabajo, el momento de la ducha puede prolongarse más de una hora, al punto que salgo de ella con los dedos arrugados. Al principio, cuando vine a vivir a este inhóspito y minúsculo estudio de periferia, apenas entraba en la ducha me agachaba en la alfombrilla de goma con las rodillas pegadas al pecho, acurrucada en posición fetal. Inclínaba la cabeza para que el agua cayera sobre la nuca, la masajeara con delicadeza, y cerraba los ojos. Era como dar un salto en el tiempo. Como rebobinar la cinta de la vida para elegir un fotograma, mientras el estruendo del agua acompañaba la memoria en el viaje al pasado y llevaba de la mano a la Verónica que soy ahora hacia la Verónica que era

antes. Cuántas veces sollocé, encerrada en el cascarón, al amparo del mundo. Cuántas veces lloré y reí a la vez. Solo me quedan los recuerdos. Saben ser dulces, saben consolarme y darme calor. Basta que la mente no vaya a parar por error al Día Sin Sentido. Como si fuera fácil.

Salgo de la ducha pasadas las once. Me tumbo en la cama envuelta aún en el áspero albornoz. En uno de los canales deportivos retransmiten un partido de fútbol holandés. Imagino a mis queridos clientes sentados delante del mismo canal, con la tarjeta sobre la mesa, entre latas de cerveza y ceniceros rebosantes de colillas. Imagino por un instante su triste vida, hecha de maldiciones, ceniza y sudor, y pienso que, a fin de cuentas, la mía no es mucho mejor. Se me cierran los ojos, apenas me da tiempo a ponerme un chándal, me duermo enseguida viendo un debate político. Es curiosa la manera en que las sandeces de sus señorías me ayudan a conciliar el sueño de inmediato, a dormir a pierna suelta. Probablemente

apagaré la televisión a primera hora de la mañana, mientras retransmiten el telediario matutino.

«Aún puedo jugar mis cartas», repite la voz ronca en mi cabeza, a la vez que estrecho la almohada contra mi pecho y trato de desechar el recuerdo del viejo con la gorra que, arrodillado al lado del sofá cama, pronuncia una y otra vez la misma frase, como una aterradora cantilena de buenas noches.

## 2

Hacía meses que no lloraba.

Es lo primero que pienso cuando me despierto, nada más apagar la televisión y levantarme. Apoyo las manos en la cintura y estiro la espalda hacia atrás, inclino la cabeza hacia la izquierda hasta sentir que el cuello me tira, luego hacia la derecha. Debería apuntarme a uno de esos cursos que están tan de moda, yoga, ese tipo de cosas, porque los turnos en la agencia de apuestas me están destrozando. Me duele siempre la espalda, las

cervicales, las articulaciones. Desde que trabajo detrás de la ventanilla soy una joven de diecinueve años que aparenta tener cuarenta y nueve. En el instituto no era, lo que se dice, una gran deportista, pero sin duda era más elástica. Por desgracia, tampoco puedo permitirme un mes de gimnasio. Dado que no consigo mejorar la situación, buscaré en la red —en cuanto pueda robar el wifi a un vecino del edificio— algunos consejos útiles para, al menos, no empeorarla.

Sea como sea, las lágrimas. Hacía tiempo que no las veía. Debe de ser por culpa de Steve McQueen. Las lágrimas forman parte de una fase que superé hace tiempo. La que yo llamo Fase Dos.

Mi madre murió en diciembre pasado. Dentro de poco hará un año. Seguro que alguien tendrá el valor de felicitarme por Navidad, estoy convencida. Me quedaré callada, como hice hace once meses. Al principio, después del Día Sin Sentido, tuve que ocuparme de tantos asuntos

prácticos y contingentes, que quizá por eso y por otros motivos relativos a la psique humana en un primer momento no comprendí lo que había sucedido en realidad. La Fase Uno duró, al menos, hasta marzo, cuando metí el pie en este tugurio. En los primeros meses, la Veronica que estaba decidiendo en qué facultad matricularse — indecisa entre Psicología y Ciencias de la Comunicación— se convirtió en la Veronica que debía encontrar un trabajo. Solucioné temas que me quedaban grandes, hablé con abogados y notarios, pagué unas cifras que hasta la fecha jamás había manejado. Arañé los ahorros de mi madre para pagar las últimas facturas del viejo piso, los gastos de la mudanza, el impuesto de sucesiones y otros muchos quebraderos de cabeza. Apenas entendí —no tardé mucho en hacerlo— que iba a tener que arreglármelas sola, rompí los formularios de matrícula de la universidad y me apresuré a buscar trabajo. Después de cinco o seis entrevistas inútiles pasé por delante del letrero de

Beverly Betting y vi el anuncio. Buscaban una «chica, incluso sin experiencia» para un trabajo por turnos. «Aquí me tenéis», pensé. No sé nada de apuestas, no sigo el fútbol ni la hípica —no tardé en aprender que la mayor parte de las apuestas se hacían en estos campos— y no tengo la menor idea de qué tipo de jugadas son propias de un sitio como este. Soy la chica sin experiencia que estáis buscando, soy perfecta para el puesto.

De hecho, así fue. Tras una semana de prueba —pagada, por suerte— y once meses sigo aquí. Nancy, una compañera de cuarenta años a la que, quizá, se le va un poco la mano con el rímel, me enseñó todo lo que debía saber sobre los boletos, los límites de las apuestas, los pagos. Y sobre el tipo de gente a la que iba a enfrentarme. Por suerte, de la hípica se ocupa Garella, un hombre de unos cincuenta años, medio calvo y más bien taciturno. Estaba en la inauguración del local, está hoy. La hípica es asunto suyo.

Si tuviera que contar la Fase Uno a un

psicólogo la definiría como la fase del shock. Solo hablé del tema una vez con una vieja amiga romana a la que no veía desde hacía tiempo, Marta. Una llamada telefónica y volví a caer en el olvido. Si no habíamos sabido nada la una de la otra en cierto tiempo era por algo. Durante la conversación me di cuenta de que no era capaz de explicar la razón de esos meses de trauma. Como si no hubiera acabado de entender que mi madre había muerto. Como si la cuestión no me interesase, como si no pudiese experimentar emociones reales. No vertí una sola lágrima en mucho tiempo. Leí también algo en la red sobre las fases de elaboración del duelo. Al margen de las que estaban codificadas por los psicólogos y los estudiosos de turno, me hice una idea precisa sobre cuál era mi camino. Hasta principios de marzo: Fase Uno. Shock.

Cuando entré en este tugurio se inició una especie de segundo tiempo. Cuando cerré la puerta con llave por primera vez sentí que algo se

revolvía en mi barriga. Dicen que, en realidad, tenemos dos cerebros. Uno en la cabeza y el otro en la barriga, y que el segundo es el auténtico cuartel general de las emociones humanas. Nos dice mucho más un dolor de estómago que un dolor de cabeza. Así fue desde ese día. Durante meses.

De marzo a finales de agosto, por tanto: Fase Dos. Conciencia.

La llamo conciencia porque tuve la impresión de que me había despertado de un sueño que había durado todo el invierno, me pareció que, por fin, desenvolvía el regalo para saber qué me ofrecía la vida. Aún no me había dado cuenta. No había abierto los ojos.

Apoyé un brazo en la puerta, hundí la cabeza en el hueco del codo y lloré.

Lloré.

Seguí llorando.

No dejé de llorar.

Esa noche liberé todas las lágrimas que había contenido desde que mi tía me había sugerido en la

capilla ardiente que llamara a mi padre hasta la víspera de entrar en mi nueva e inhóspita casa. Y lo mismo sucedió en las noches sucesivas. Durante meses.

Llegué incluso a marcar en el calendario del supermercado que tengo colgado cerca de los fogones los días en que había podido sobreponerme y no había hundido la cara en una almohada, sacudida por los sollozos. Lo miré hace poco. Tres días. Tres días sin lágrimas. En cinco meses.

Esa fue mi Fase Dos, aquella en la que comprendí que no había marcha atrás, que mi madre no volvería a llamarme para decirme que había comprado unas macetas de ciclamínos maravillosos para el balcón, que no volveríamos a ir juntas al cine. Que no volvería a guardar silencio mientras le contaba mis cosas, la única persona en el mundo que sentía cierto interés por mis desgracias amorosas. Porque ser padre es «escuchar y... y fingir que se escucha, incluso

cuando ya no se puede escuchar», como dice Sean Penn en una película maravillosa que veíamos a menudo.

Algunas noches hacía pasar los nombres que tenía guardados en la agenda del móvil y cuando me detenía en el suyo —la había registrado como Delia, como se hace con una amiga— rompía a llorar. A veces la llamaba. Pulsaba la maldita tecla y me llevaba el teléfono a la oreja, luego esperaba. Esperaba a que las notas de *Al meno tu nell'universo* empezaran a sonar a escasos metros de mí. Porque, sí, me había quedado con el móvil de mi madre, lo tenía siempre cargado, apoyado en una repisa, y no tenía la menor intención de separarme de él. No obstante, había desactivado la tarjeta sim. Se acabó Mia Martini. Se acabó Delia.

«El usuario que ha seleccionado está fuera de servicio», decía una voz automática.

Como si no lo supiera.

El verano duró incluso demasiado, pero pasó. Me sorprendió ver cuántas programaciones de

países desconocidos sustituían a las habituales, dado que los campeonatos europeos se suspendían durante la pausa veraniega. No obstante, a la gente le bastaba tener algo sobre lo que apostar, un sueño que la meciese, que la ilusionase. Hasta llegamos a poner en el tablón un torneo de dardos —increíble, ¿eh? ¡Apuestan también sobre los dardos!— y unos cuantos viejos organizaron un buen jaleo, apostando en tiempo real y abarrotando las ventanillas. Casi fue cómico. No tenían la menor idea de quiénes eran los competidores, pero empezaron a animar a unos y otros al azar, con los ojos pegados a la pantalla que iba dando cuenta y razón de la misteriosa final. Fue una manera como cualquier otra de matar el tiempo, mientras, al otro lado de los escaparates de la agencia, Milán era una ciudad desierta, envuelta en una capa de bochorno. Al menos, a diferencia de mi apartamento, en Beverly Betting había aire acondicionado.

Pero pasó el calor, desaparecieron los dardos

de las programaciones y volvieron las series A, las copas y los lunes con sus consabidos capuchinos y comentarios deportivos, las gacetas abandonadas en los asientos, delante de las pantallas gigantes de la sala, los primeros paraguas y abrigos. Y llegó septiembre. Fin de la melancolía. Inicio de la Fase Tres.

La fase en la que estoy estancada.

La que, en caso de que haya sabido interpretar varios estudios sobre la elaboración de duelos familiares graves, debería preceder a la recuperación de cierta serenidad. No sé, sin embargo, cuánto dura. Sé cómo la he llamado, eso sí.

Fase Tres. Separación.

Me he quedado sin lágrimas. Creo que las he vertido todas. O, al menos, eso creía antes de ver a Steve McQueen en televisión. De la desesperación he pasado a la aceptación. Sin querer, como en las demás ocasiones. La corriente me ha empujado y yo, frágil e impotente como una hoja seca, no he

opuesto resistencia. Puede que haya sido el cambio de clima, quién sabe. El final de un largo verano, que he pasado en buena parte en la agencia, viendo solo el mar en los reportajes de los telediarios. Yo, que no había vuelto a pasar un verano en Milán con mi madre desde que tenía nueve años y me enyesaron el codo derecho. «¡Te dije que no tenías ninguna esperanza!», escribió mi madre en él con un rotulador azul. Ya, porque justo mientras corría con ella por el parque Lambro había caído sobre el asfalto con cierta torpeza. Y ella se lo había tomado enseguida a broma, porque era la manera más dulce de manifestarme su preocupación. La echo de menos, maldita sea.

No sabría decir qué me ha hecho pasar página, el caso es que un buen día me encontré con la Veronica que soy ahora y me tuve que enfrentar a ella.

La Veronica que no me gusta. La que no le gusta a nadie.

La que está estancada en la Fase Tres.

La miré a los ojos y vi un desierto blanco. Una extensión vacía, un océano de insignificancia. Comprendí que el mundo estaba al final de esa inmensidad, mientras la Veronica Fase Tres se encontraba en el extremo opuesto, allí, en el espejo. Desde que salí de casa esa mañana empecé a mirar a la gente con otros ojos. Aunque, quizás, empecé a no mirar de verdad a nadie a la cara.

Desde entonces la vida resbala a mi alrededor sin rozarme. Si tengo un turno en la agencia me pongo la máscara por la mañana. Me la quito nada más salir de ella. Me pongo los auriculares y los cientos de miles de galaxias del universo conocido desaparecen. Separación. Total.

Me pregunto cuánto durará aún. Me pregunto si bastará el cambio de estación para que mi alma luzca un nuevo traje. Para que vuelva el tiempo de las sonrisas. El otoño no ha brindado colores. El primer frío ha sido un aliado precioso, me ha dado una excusa magnífica para encerrarme aún más en el cascarón. Ahora salgo encapuchada, envuelta en

una bufanda, llevo puesto el casco de la indiferencia y no hay evento ni persona capaz de resquebrajar la visera. ¿Dónde estás ahora, mamá? ¿Qué debo hacer para volver a oír tu voz, para sentir el calor de tu presencia?

Durante la Fase Dos, la de la conciencia desesperada, busqué ayuda. La que fuera, de las cartománticas a los grupos de apoyo, del psicoanalista a la terapeuta alternativa, que curaba con los colores y las frecuencias sonoras. Iba a verlos y escapaba. Los llamaba, probaba y escapaba. Ese periodo fue así. Ninguno de los contactos duró en la agenda de mi móvil más de una semana.

Pongo un café al fuego y al mirar la pantalla del teléfono me doy cuenta de que son las nueve y media. El turno empieza a las doce, pero antes tengo un compromiso importante que he pospuesto ya demasiadas veces. Hoy me despido de *Minnie*. Tengo que moverme, esperemos que ningún macarra de periferia se haya tirado hoy a las vías

del metro. Tamborileo con los dedos de la mano derecha en el borde de cerámica del fregadero, mientras espero a que la cafetera empiece a borbotar. Mis dedos, alargados y viejos. Puede que sean idénticos a los de hace un año, pero a mis ojos son los de una mujer madura y no los de una joven despreocupada, recién salida del instituto. Puede que lo que veo son los dedos de mi madre.

Puede que lo que veo son mis dedos y los de mi madre, entrelazados.

### 3

—Veroniga, guapa, ¿estás bien? —dice Moudi a mi espalda.

Estoy delante del escaparate de Beverly Betting, arrebujaada en una chaqueta de cuero, con tres vueltas de bufanda alrededor del cuello y un gorro de lana en la cabeza. Sin bolso. El bolso es una tentación para los delincuentes que hormiguean por la ciudad a las horas a las que suelo volver a casa, y, la verdad, prefiero evitar ese tipo de encuentros. La chaqueta de cuero marrón que

heredé de Delia tiene cremalleras en todos los bolsillos. El resto va a parar a los vaqueros. Solo llevo una especie de riñonera unos cuantos días al mes, es fácil imaginar cuáles.

—Acabo de vender a *Minnie*.

—¿*Minnie*? —Me mira perplejo.

—El coche.

—¿Ganado mucho dinero? —Sonríe.

—En realidad, lo he dejado en depósito.

*Minnie* era mi Smart. Mío y de Delia.

He tenido que desembarazarme de él, porque sé que esa sanguijuela del señor Farini no me concederá ninguna prórroga cuando ya no tenga dinero para pagarle el alquiler. Me acompañará amablemente a la puerta del edificio y me arrojará afuera. Debo retrasar todo lo que pueda ese momento. A fin de cuentas, solo es cuestión de tiempo. La Veronica que soy hoy ya no tiene ambiciones. Sabe que nunca ocupará una posición relevante, un puesto respetable. Servirá como criada donde se lo pidan. Detrás del cristal de una

ventanilla, en la caja de un supermercado, doblando ropa en una tienda. ¿Acaso tengo alternativa?

—¿Quieres castañas para comer?

Los ojos de Moudi son dulces. Sinceros y dulces. Me da igual su nacionalidad y el color de su piel. Me gustaría haber tenido un padre con una cara así, con la alegría de vivir pintada en el iris. En cambio, cuando mi padre comprendió lo que suponía ocuparse de una recién nacida, decidió que la cosa no iba con él y, sin más, se marchó. No sé siquiera si sabe que Delia ha muerto, pero la verdad es que me importa un comino. Espero que no aparezca nunca en mi puerta, en caso de que descubra dónde estoy, porque la encontrará cerrada.

—¿Tienes hijos, Moudi?

—Dos hijas. Veinte y veintidós años.

—¿Estudian en Italia?

—Una en Londres. La otra se ha matriculado en Padua, para hacer médico. Siempre he soñado

tener médico en familia.

El sol me hace guiñar los ojos, esbozo una sonrisa. Moudi es la única persona que consigue arrancarme sonrisas sinceras de un tiempo a esta parte.

—Entonces —insiste—, ¿quieres castañas o no?

—Sí, venga —acepto para contentarlo—, prepárame una bolsita.

—Te preparo y doy después, bien caliente. Sal fuera cogerla, no puedo dejar el carro.

—Okey, Mou. Te pago ahora, porque después meto la cartera bajo la caja.

Caigo en la cuenta de que una bolsita de castañas asadas equivale a, poco más o menos, lo que gano en tres cuartos de hora, y me arrepiento de haberla aceptado, pero la persona que tengo delante es la única que puede sacarme unos minutos de la Fase Tres en que me regodeo desde hace meses, así que se lo merece.

El egipcio me guiña un ojo con aire astuto y

luego arquea una ceja.

—Tú muchos gastos, Veroniga guapa. Hoy Moudi regala castañas.

Bastardo. Ha conseguido que por un instante se me forme un nudo en la garganta. No tengo siquiera valor para responderle. Le apoyo una mano en un hombro, asiento con la cabeza en silencio y permanecemos así unos segundos. Después me doy media vuelta y entro en la agencia. Quizás haya sido un poco brusca. Ni siquiera le he dado las gracias, ni le he dicho una palabra amable, nada. Pero, pensándolo bien, creo que Moudi me conoce y me comprende mucho mejor de lo que imagino.

Cuando me dispongo a entrar en acción en la ventanilla, después de haber encendido la caja y el pequeño monitor del Acer, que está siempre conectado a la base de datos de los resultados deportivos, lo veo entrar al fondo de la sala, tan elegante como siempre con su abrigo gris oscuro, el sombrero de ala ancha y la bufanda de color marfil anudada bajo la barbilla.

Es Martingala.

Se dirige hacia mí, pero luego se para, se vuelve hacia un tablero que cuelga de una de las paredes que hay frente a las ventanillas y consulta varias programaciones. Sé de sobra que es una manera de despistar. Ha estudiado en casa. Tiene el fajo preparado en el bolsillo. Billetes recién sacados del banco, lisos, de esos que parecen falsos de lo nuevos que son. Siempre hace lo mismo. Apuesta seca, sobre un evento que ha elegido de antemano, después de haber estudiado durante varias horas las estadísticas deportivas.

La primera vez que lo vi iba vestido igual que hoy. Hará unos diez meses. Nancy me explicó entonces por qué lo llamaba Martingala. Según entendí a duras penas, la martingala era el sistema que dicho señor utilizaba para apostar. Un sistema que tenía su origen en las cortes francesas, en los desafíos a cara o cruz. En esencia se trataba de apostar siempre por lo que permitía ganar el doble. En caso de que perdiera, el apostador

volvía a jugar también el doble de la cantidad que había perdido. Si ganaba, en cambio, volvía a empezar desde la unidad inicial. Nancy aseguraba que, de acuerdo con un cálculo matemático, que nunca he tratado de comprobar, este sistema permitía volver a estar con saldo positivo cuando llegaba la apuesta ganadora. El problema, que supe más tarde, es que en caso de que se produzcan varias apuestas con resultado negativo resulta prohibitivo doblar la apuesta. Por lo visto, Martingala lo había hecho en el pasado. Mil, dos mil, cuatro mil, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, etcétera, hasta llegar a jugarse las empresas que poseía.

Diez meses más tarde, Martin sigue aquí. Martin sí, porque, entretanto, Nancy, Garella y yo le hemos puesto ese apodo. Nos parece más humano.

Se acerca al mostrador con su habitual porte elegante y se quita los guantes con parsimonia, como si el gesto formara parte de un ritual. La cara

oblonga, surcada por unas profundas arrugas, poco pelo en la cabeza y dos labios secos y finos coronados por un bigotito.

—Buenas noches —dice a modo de saludo con su voz ya familiar de barítono.

—Buenas noches —respondo.

Algo no va bien. No sabría decir qué es, nuestras miradas apenas se cruzan. Pero me inquieta. Observo sus ojos enfurruñada, pero son sus ojos de siempre y él es el Martin de siempre. La vez anterior apostó sin éxito una duplicación de cuatrocientos euros. Hoy, en cambio, se dispone a desembolsar ochocientos. Recomienda por enésima vez, solo que la apuesta inicial no es un euro sino cincuenta. Ha perdido las primeras veces —cincuenta, cien, doscientos, cuatrocientos —, de manera que hoy se encuentra en el quinto peldaño de la martingala y va a apostar lo que yo no alcanzo a ganar en todo un mes de trabajo en Beverly. Ochocientos euros a la victoria de un equipo inglés en el *monday night*, el aplazamiento

del lunes, ese es su golpe.

Imprimo la jugada y se la paso por debajo del cristal, él alarga una mano y coge el boleto. Lo examina, como hace siempre. No por desconfianza, creo, sino porque cuando uno se juega sus empresas es normal que quiera asegurarse de que el sistema no fallará por culpa de la joven distraída que hay detrás de la ventanilla, que puede haber entendido mal.

—Gracias, señorita. —Martin se mete el boleto en la cartera de piel y se despide con una leve y refinada inclinación de cabeza—. Hasta la vista.

Quizá debería desear, con todo mi corazón, que el condenado equipo inglés gane el partido. Pero estoy estancada en la Fase Tres y no tomo demasiado en consideración el destino de los demás. Sobre todo cuando se trata de un hombre que, a pesar de sus modales anticuados, despilfarra a manos llenas. ¿Qué piensa de él su familia? ¿Saben lo que hace cuando está lejos de

casa, del puesto de trabajo?

Martin se dirige a la salida llevándose con él la extraña sensación que tuve cuando nuestras miradas se cruzaron. Extraña porque era insólita, algo que había olvidado. Hace ya mucho tiempo, demasiado, que no logro entrar en empatía con los sentimientos y las emociones ajenos. No digamos si se trata de un viejo apostador empedernido, por educado y amable que sea. No obstante, algo no encajaba. La Veronica que fui hasta el año pasado quizá le habría preguntado si todo iba bien. En cambio, me levanto y voy a beber un vaso de agua, pensando que no es asunto mío.

Por la noche, en casa, no consigo conciliar el sueño. A media tarde empezó a dolerme un poco la cabeza, pero no tengo ganas de tomar un medicamento. Me limito a esperar a que pase.

El reloj de la pantalla del móvil marca las once y cuarto. Pasando de un canal a otro encuentro un telediario deportivo. El equipo por el que ha apostado Martin ha empatado en la

prórroga contra su rival, que va mejor en la clasificación. Así pues, no tardaré en volver a ver en la agencia al elegante señor, que pondrá sobre el mostrador mil seiscientos euros. Otra apuesta duplicada, otra vuelta.

Después de haber apagado la televisión, me giro hacia un costado, hundo la cabeza en la almohada y trato de descansar, de expulsar el círculo que presiona mi cabeza. Pasan unos minutos que me parecen horas, además de las cuchillas clavadas entre las sienes siento una fuerte sensación de náusea. Pese a que todo se va tornando confuso, no puedo conciliar el sueño. Me levanto para ir al cuarto de baño, me tambaleo, no tengo la menor idea de cuánto tiempo ha pasado. Con un codo apoyado en la jamba de la puerta, cierro los ojos y me aprieto la frente con una mano. Las piernas me flaquean, no me sostendrán por mucho tiempo. Me envuelve una especie de torpor. Necesito descansar como sea. Descansar durante mucho tiempo.

¿Qué hago en la calle a esta hora?

El dolor de cabeza parece haber pasado, menos mal. Pero no entiendo cómo se me ha ocurrido salir, pese al frío y al estado en que me encontraba antes. Puede que esté durmiendo. Si bien veo con todo detalle lo que me rodea, podría ser un sueño. El mero hecho de que esté razonando, planteándome la cuestión, me turba. Estoy acostumbrada a vivir en sueños situaciones muy confusas. Pero en este caso no es así, ahora todo aparece increíblemente definido.

Desde las paradas de autobús que indica el cartel que hay a un lado del banco a las farolas con los cristales rotos, que forman tenues aureolas en la calle envuelta en la oscuridad, a las rejas que impiden que los ladrones entren en los pisos de la planta baja de los edificios, al óxido de los postes que sostienen los carteles teatrales y al folio A4 que cuelga de uno de ellos, abajo, donde alguien —quizás un niño, dada la altura a la que está pegado— ha escrito un anuncio bajo la foto en

blanco y negro de un gatito extraviado.

Camino hacia el cruce con una carretera nacional que lleva fuera del pueblo, las calles están desiertas. Razono con lucidez, como solo puede hacerlo una persona que ha comprendido que se encuentra metida de lleno en un sueño. Recuerdo que un amigo del instituto, Jacopo, me habló por primera vez de este tipo de episodios. Decía que le sucedían con frecuencia y que la mayoría de las veces se veía en un dormitorio con la nueva esposa de su padre, una mujer muy joven y agraciada, que presentaba un programa deportivo en una televisión local. En sus sueños mi amigo se abalanzaba literalmente sobre la mujer cuando comprendía que estaba en un lugar imaginario y que nadie lo podía descubrir. La desnudaba, la tocaba por todas partes, y ella se lo consentía, pero aullaba «no» una y otra vez para dar a entender lo contrario, como en la mejor tradición de las fantasías eróticas. De esta forma, no tardaban en meterse desnudos en la cama, en

ocasiones a sabiendas de que el padre podía volver a casa en cualquier momento. Y hacían el amor. No sé por qué Jacopo me contaba esas anécdotas, que hoy ya no me interesan, pero acepto de buena gana esta versión. Es imposible que haya salido de verdad a la calle. Así que vago por las calles consciente de que puedo tirarme bajo un coche sin hacerme un solo arañazo. En caso de que hubiera algún coche. En cambio, reina el silencio. Pero es un reino destinado a caer de un momento a otro.

Casi he llegado al cruce de mi calle con la nacional, donde las únicas luces de neón que iluminan la esquina que hay antes del semáforo centelleante son las del letrero de un banco y la del correspondiente cajero automático, cuando estalla el infierno. El estruendo es ensordecedor, jamás he oído una explosión similar en mis diecinueve años de vida. En un primer momento me quedo parada. Luego, no por arrogancia sino porque sé que se trata de un sueño lúcido, corro

intrigada hacia el cruce, con el mismo ardor con el que mi amigo se abalanzaba sobre el cuerpo atrayente de la mujer de su padre. Antes de llegar al banco veo que la nacional está envuelta en unos haces amarillos y rojos, un resplandor que va y viene, algo que llama mi atención con la misma fuerza con la que un imán atrae una polaridad opuesta. Pese a que no logro divisar la fuente de todo esto, observo fascinada sus reverberaciones en el asfalto. Tengo que ver. *Quiero* ver. A fin de cuentas, por lo que sé, más allá de la esquina podría estar el infierno y la sonrisa burlona de Virgilio, que me recibe con los brazos abiertos. De ser así, la única salida sería despertarse, con la esperanza de hacerlo lo antes posible.

En menos de un segundo, mientras paso por delante del banco de la esquina, mi memoria hace una rápida conexión y recuerdo que en el punto del que provienen los dantescos haces de luz se encuentra la gasolinera donde suelo llenar el depósito, un carísimo abrevadero adonde llevo

siempre a *Minnie* para aplacar la sed. Cosa que, por lo demás, no volverá a suceder, dado que he dejado el coche en depósito para vender. A saber cuánto tiempo tardaré en ver un puñado de euros.

Aparto este pensamiento de mi mente apenas me doy cuenta de que la gasolinera es pasto de las llamas.

Hasta este momento solo había visto una hoguera similar en el cine. Todo está envuelto en unas llamas altísimas y densas, que parecen girar en espiral sobre sí mismas. Pilares, cajones, las cuatro bombas para el suministro self service, hasta la cabina donde suele trabajar Sandro, un señor achaparrado y con cuatro pelos en la cabeza, al que le habría gustado salir con mi madre hace tiempo, estoy segura, pero que nunca tuvo el valor de pedírselo.

Las lenguas de fuego que se reflejan en mis iris son tan vívidas, están tan cargadas de despiadada violencia, que no puedo por menos que pensar en la cara que pondrá Sandro cuando vea todo esto

mañana por la mañana.

Basta, Veronica, estás soñando. Sandro no verá nada mañana por la mañana.

Me vuelvo para ver si la explosión ha llamado la atención de alguien en las casas. En la fachada del edificio que hay a mi espalda se han encendido algunas luces, pero la gente debe de estar pegada a las ventanas, detrás de las cortinas, porque nadie sale al balcón ni abre los postigos. Luego mi mirada desciende de nuevo a la calle, a la altura del cruce con el banco, pero en el lado opuesto. Me parece entrever a un chico enjuto, arrebuñado en una chaqueta oscura. Inmóvil, mira fijamente el incendio a varios metros de él. En apariencia impasible.

—¡Eh! —grito, pero no se vuelve.

Me vuelvo hacia las llamas, quizá movida por el miedo inconsciente e infundado a que la hoguera se propague, invadiendo toda la calzada y alcanzando la acera de enfrente.

En ese momento empieza a retumbar en el aire

una sirena, quizá la de un coche de policía. Todo sucede en pocos instantes. Me vuelvo de nuevo hacia el chico. Ya no está. Me vuelvo otra vez hacia la calle y veo que, a lo lejos, va cobrando forma el perfil imponente de un camión de bomberos —hay un puesto muy cerca—, que se dirige hacia mí a toda velocidad.

Una parte de mi inconsciente me recuerda las reglas no escritas de mi Fase Tres. Me doy media vuelta y escapo. Lo último que deseo es que me hagan preguntas, que me lleven a jefatura para que declare sobre lo que he visto. Da igual que esto sea un sueño o la vida real. No tengo la menor intención de verme involucrada, eso es todo.

Cuando los frenos del camión chirrían en el asfalto a pocos metros de la gasolinera estoy ya en mitad de la calle por la que llegué, escondida detrás de un contenedor para el vidrio. Del chico que vi hace poco no hay ni rastro. ¿Quién era? Creo que no lo conozco. Es evidente que salió corriendo como yo. Por un instante pienso que

podría ser el vándalo que, tras haber prendido fuego a la gasolinera, estaba disfrutando del espectáculo, sin prestarme la menor atención.

Luego recuerdo por enésima vez que todo esto es una pesadilla, que no tardaré en despertarme sudada en mi cama y que, como siempre, no quedará mucho de lo que ha sucedido. Normalmente, por la mañana no recuerdo la historia, solo algunas sugerencias angustiosas. Vuelvo a casa.

Cuando abro los ojos, a saber después de cuánto tiempo, el televisor sigue encendido y oigo a alguien chillar, tratando de vender unos cuchillos. Exhalo un suspiro. Son las tres y cuarenta y nueve, y estoy en mi cama.

Todo en orden, Veronica, solo ha sido una pesadilla.

Pero, a diferencia de otras veces, recuerdo con gran precisión lo que he visto. No una sugerencia, sino toda la visión. Tengo los ojos del chico grabados en la mente, las llamas me siguen

quemando, es como si hubiera estado deambulando realmente por la ciudad en el corazón de la noche. Juraría que este tipo de detalles, tan vívidos y concretos, al despertar de una pesadilla son una absoluta novedad. Pero es una curiosidad que dura solo diez minutos. El tiempo de volver a quedarme dormida.

## 4

—A saber si viene hoy con mil seiscientos.

Me vuelvo hacia Nancy y le pido que repita lo que ha dicho. Entretanto, delante de mi ventanilla se ha formado una pequeña fila. Es martes, no hay Champions League y debería ser un día tranquilo, en cambio, cinco o seis personas aguardan para hacer una apuesta.

—Me refiero a Martin —añade mi compañera —, a saber si viene a poner el doble. Ha perdido, ¿no? Debería volver con el doble.

—Ya.

—¿Qué te pasa, Vero?

—Nada.

Nancy me mira de través y espera. El tipo que está delante de la ventanilla me pasa un papel escrito a mano. Lo hacen a menudo. En lugar de dictar, te dan la lista de la compra. La mayoría de las veces es difícil entender lo que han escrito.

—Me duele la cabeza —respondo—. Eso es todo.

—¿Te has tomado algo?

—No me gusta tomar medicamentos en estos casos —me limito a decir, sin demasiadas ganas de ahondar en el tema. Nancy resopla y cabecea, mientras trajina con la caja.

Me duele la cabeza desde que me desperté. Aún tengo las llamas en los ojos. Jamás habría pensado que un sueño pudiese dejar unas secuelas similares, o quizá nunca me había sucedido. Cuando acabo de atender a la cola de apostadores, pregunto a Nancy si puedo hacer una pausa y voy

al cuarto de baño. Me encierro en él, me siento en la taza gélida y clavo los codos en los muslos, luego me llevo las manos a la cara y la hundo en ellas. Espero no estar incubando una gripe. Ahora no. Pero estoy sudando, siento punzadas en varias zonas del cráneo, como si dentro de él se estuviera jugando un partido de tenis. De seguir así no tardaré en oír la voz del árbitro. *Game. Set. Match.*

En cambio, mientras el partido continúa, mis ojos lagrimean debido al dolor. Me levanto al cabo de unos minutos, siento los huesos frágiles y el cuerpo débil, la náusea hace de nuevo su aparición para acompañarme durante el día. Sé que la arrastraré hasta casa. Bienvenida, te echaba de menos.

Vuelvo a mi sitio, la situación parece tranquila. Martin no ha dado señales de vida esta tarde. Pero todos sabemos que reaparecerá con mil seiscientos euros para tratar de dar el golpe duplicado. Da igual qué día lo haga. Lo único que importa es que

doble la apuesta.

Acabo el turno a duras penas. Me llevo la mano a la frente cada cinco minutos, pero no está caliente. No obstante, el dolor me está volviendo loca. Empiezo a considerar la posibilidad de tomarme algo. Creo que esta vez cederé. En casa no debo de tener gran cosa, así que tendré que ir a la farmacia.

Hoy nadie se ha caído a las vías del metro, de manera que no tardaré en volver a casa. A pocos pasos del edificio, paso por debajo de la cruz verde intermitente y me abastezco de aspirinas. Cuando, por fin, cierro la puerta del piso, mis ojos se posan de inmediato en el sofá cama, deshecho. En unos segundos, el tiempo que necesito para descalzarme, me tumbo y hundo la cara en la almohada. Las aspirinas se han quedado en la bolsa, que he dejado colgada en el picaporte de la puerta.

Cuando me despierto son más de las siete de la tarde. Lo sé por la pantalla del móvil, porque con los postigos cerrados y el piso sumido en la oscuridad podrían ser las tres de la madrugada. El dolor de cabeza parece haberme concedido una tregua, pero no se puede decir que esté en plena forma. Tengo hambre, eso sí, y podría apostar los mil seiscientos euros de la jugada de Martin a que en la nevera no hay nada.

Qué bonito era vivir, mamá.

Cómo me gustaba ir a hacer la compra juntas el sábado por la mañana. Tú, obsesionada con los yogures descremados; yo, que no sabía qué bolsas de patatas y helados comprar para acompañar la película que luego veíamos por la noche. Y cuando nos apetecía —solía sucedernos el mismo día— cogíamos a *Minnie* e íbamos al restaurante japonés. Tú y yo, a despecho de un marido y un padre inexistente, a despecho de todas las familias en que reinaban la indiferencia y el odio. Tú y yo, que habíamos crecido juntas, diferentes pero

complementarias, unidas por un hilo invisible que estaba destinado a romperse demasiado pronto.

Qué bonito era vivir, mamá. Ahora me toca sobrevivir. Y la Verónica que soy ahora ya no es tu hija. Es una chica a la que la vida ha obligado a convertirse en mujer. Una chica que ya no ve la luz en las personas ni en las cosas, como tú sabías hacer. A veces pienso que ese día, en el banco, el loco tenía una bala más en el cargador. Un proyectil destinado a mí, a la Verónica que habías educado y criado. A la que estaba obsesionada con los Beatles, a la que te pedía que fuéramos a ver las exposiciones de Dalí. A la Verónica del tiempo de las sonrisas, de la que ya solo me queda un vago recuerdo.

Pensándolo bien, no he vuelto a ir al restaurante japonés desde la última vez que fuimos juntas. Hoy necesitaría medio día de sueldo para pagar un par de porciones de *uramaki*. Es triste hacerse adultos. Empiezan a medirse las alegrías y los placeres en horas de trabajo. Quién me iba a

decir que mis diecinueve años serían así.

Me enjuago la cara y cuando levanto la cabeza veo mis ojos en el espejo que hay sobre el lavabo. Son más profundos, están más hundidos. No solo porque desde hace tiempo como mucho menos que hace un año. Es el proyectil. El disparo de más. Está destinado a matarme lentamente, a hacer desaparecer los colores y los sonidos de una realidad que me resulta cada vez más ajena. En mi Fase Dos, la de la conciencia vestida de desesperación, pensé con frecuencia en el suicidio. Creo que es normal. Me sentía impotente, abandonada por el mundo, dado que mi mundo eras tú. Pensé que poniendo punto final me reuniría contigo, pese a que jamás habíamos creído en ese tipo de cosas. Pensé que no era capaz. Que no sabía arreglármelas sola.

Hoy veo las cosas de otra manera. Casi un año después me doy cuenta de que he logrado responsabilizarme y volver a vivir. Sobrevivir, perdón. Avanzo sola en una noche sin estrellas, sin

saber cuándo encontraré mi camino. Lo único que sé es que en mi pecho late un corazón aplastado por un peso insostenible, una roca que me oprime sin piedad.

Vuelvo a la sala, mientras una parte de mí acepta el hecho de que también esta noche tendré que contentarme con una infusión y las galletas de la tienda de descuento. Lleno un cacito de agua y lo pongo al fuego. Mientras hago ademán de recogerme el pelo, ondulado y voluminoso, me doy cuenta de que en la muñeca no tengo la goma del pasador de siempre. Es mi preferido, a pesar de que la tela está ya gastada y de que se ha aflojado de tanto usarlo. Pero me lo regalaste tú, mamá. Es una de tus creaciones. No puedo olvidarlo. A veces aún te veo ahí, inclinada sobre la mesa de la cocina de la vieja casa. Cosiendo una uve metálica en la tela amarilla y negra del pasador de pelo como si fuera la empresa más importante de la Historia. Desde esa noche de hace dos años lo llevo siempre conmigo. Creo que nunca me

desprenderé de él, ni siquiera cuando ya no pueda desempeñar su función principal. Entonces lo dejaré en la muñeca, blando y liso, y será un pedacito de tu corazón que viaja con el mío.

Con todo, en la muñeca no hay ahora ningún pasador. A veces damos las cosas por sentadas, y las cosas desaparecen sin avisarnos.

Sacudo la cabeza y al hacerlo entreveo la tarjeta del cerrajero que dejó Farini en la repisa de la cocina. La maldita puerta, claro. Desde que la cerradura está rota la arrimo y pongo un cajón contra ella, con el consiguiente riesgo de que alguien entre en el piso en cualquier momento. No puedo seguir así.

Así pues, decido llamar a ese número. El tipo responde tras un par de tonos. Está en Pioltello instalando una puerta blindada, no le queda mucho para acabar y puede pasar después por mi casa. Le doy la dirección y me despido de él.

Al cabo de una media hora un joven de unos treinta años, consumido y pálido, vestido con un

par de vaqueros y un anorak oscuro, aparece de repente en el rellano y llama con insistencia al timbre. Lo recibo con unas cuantas palabras, le enseño lo que debe hacer y lo dejo enseguida en paz. El tipo, que habla con un marcado acento de Brescia, se limita a hacer un comentario burlón sobre mi cerradura.

—Es de la época de mi abuelo, la abriría hasta un niño. —Luego se pone manos a la obra. Gracias, Farini.

Entretanto, es ya casi la hora del telediario, una cita consoladora desde que decidí que tener una panorámica de las tragedias que suceden en el mundo me ayuda a sentirme menos desgraciada y sola. Solo que este no es el consabido telediario nacional. No es el consabido travelín de políticos prometiendo milagros, de desastres en algún lugar remoto en que la gente se hace saltar por los aires delante de los militares, de vips pillados por sorpresa en la playa por los fotógrafos y de futbolistas que evaden a Hacienda. Este es el

telediario que cambiará las cosas.

Sucede cuando, tras echar la infusión en la taza, estoy sacando las galletas de la caja de latón, como solía hacer mi abuela. Sucede mientras el cerrajero martillea una plancha de acero, ajeno a las palabras que salen del televisor. Sucede así, de improviso, y nada volverá a ser como antes.

En el telediario aparece la gasolinera.

La reconozco. Es ella.

En llamas.

—No es posible —susurro mientras las imágenes de la pantalla muestran un grupo de bomberos tratando de dominar las llamas que envuelven la gasolinera. Es la estación de servicio que hay cerca de mi casa, es indudable, no necesito ver el recuadro en la pantalla que reza: SEGRATE - INCENDIO EN LA NOCHE.

Es increíble.

El enviado cuenta los hechos mientras los

encuadros se detienen en los bomberos en acción: «Aún se desconocen las causas del incendio que ha estallado esta noche en Segrate, en la provincia de Milán. Algunos habitantes de la zona cuentan que oyeron una fuerte explosión poco antes de las tres y media de la madrugada, a raíz de la cual se produjo el incendio que se ha podido dominar gracias a la rápida intervención de los bomberos de Cernusco y que ha restablecido la calma en la periferia este de Milán antes del amanecer. La policía no excluye la hipótesis de un atentado y está haciendo averiguaciones sobre el propietario de la estación para aclarar el caso.

Escucho la voz en off y por una fracción de segundo me pregunto si no estaré de nuevo atrapada en un sueño, si no estaré viviendo una secuela de los hechos precedentes. Pero, por desgracia, esta es la vida real. Tan vacía como la nevera de mi casa, tan gris como el cielo invernal de esta ciudad. Desde hace casi un año frecuente, a mi pesar, gente que vive de pronósticos.

Aspirantes a adivinos que, en ocasiones, se convencen a sí mismos de que saben leer el futuro, de que son capaces de captar señales que otros no saben interpretar. En estos últimos meses de servicio en Beverly, muchos de estos profetas de bar se han presentado en los mostradores para jugar una ficha a la vez que me contaban el sueño que habían tenido la noche anterior. Mario, el viejo de la gorra, el que «aún puede jugar sus cartas», me ha descrito a menudo con detalle su actividad onírica. Y, dado que es el jugador con más suerte que he visto pasar por la agencia, he corrido el riesgo de acabar creyendo que puede ver de verdad el futuro durante el sueño. Solo que no soy ese tipo de persona. Tampoco mi madre lo era. No existen sueños premonitorios. No existen facultades extrasensoriales. Mario tiene una suerte de mil demonios, eso es todo.

Pero, entonces, ¿qué pasó anoche?

Cuando el reportaje concluye y el telediario empieza a relatar los asuntos privados de los

miembros de la casa real inglesa, al estilo de la peor revista sensacionalista, no me lo pienso dos veces. Tengo que salir. El cerrajero ha terminado. Me enseña la nueva llave, me saca treinta y cinco euros y se marcha bromeando: «Tranquila, la próxima vez entrarán por la ventana.»

Esbozo una sonrisa forzada, me despido de él sin cerrar siquiera la puerta. Me pongo un par de zapatillas de gimnasia, la chaqueta, me enrolló una bufanda alrededor del cuello y en un abrir y cerrar de ojos estoy en la calle. Apretando el paso y mirando al suelo, avanzo hacia la esquina de la nacional. Está en el lado opuesto de la calle por la que camino hasta la parada del autobús todas las mañanas.

Se está formando un leve banco de niebla, no demasiado densa, pero sí inhóspita, que me recuerda que mi madre siempre deseó vivir en un lugar de clima templado. Camino con la cabeza hundida en la capucha y los ojos clavados en la calle. Mi mirada solo se cruza con la de un pastor

alemán que, tras acercarse a mí, me olfatea y luego se vuelve a alejar por la acera. Lo lleva de la correa un hombre que conozco, es el hijo de una anciana propietaria de una mercería en la que Delia y yo solíamos comprar.

Por lo demás, la calle está desierta. Tras llegar al cruce, me detengo un instante ante el letrero luminoso del banco. Me parece volver a ver las imágenes de anoche. Dejo atrás la esquina, mientras un coche pasa como una exhalación por delante de mí, por la nacional, frente a los restos de la estación de servicio de Sandro.

«Es absurdo», pienso, puede que lo susurre también, mientras contemplo el final de una historia que vi empezar en una pesadilla. Jamás me ha ocurrido nada similar. Además de que no soy de recordar con facilidad lo que sueño por la noche, no me acuerdo, desde luego, de sueños premonitorios de acaecimientos futuros. Mejor dicho, en este caso, de pesadillas que revelan hechos que están sucediendo en otro lugar.

La gasolinera está rodeada de barreras. Me acerco, aunque no demasiado. Cuanto menos me mezcle en esta historia mejor. No me gustaría que alguien viniera a preguntarme algo. Aunque, en el fondo, ¿qué soy en este momento sino una simple ciudadana curiosa que pasa por la calle? Nadie puede acceder a mi mente, nadie sabrá que yo vi estallar el incendio desde el sofá cama de mi habitación.

Por lo demás, pienso mientras me apresuro a volver a casa, podría haber oído el estruendo — que en el sueño recuerdo, cuando menos, espantoso— mientras dormía, y mi actividad inconsciente hizo el resto, construyendo una historia que, por casualidad, coincide con la realidad de los hechos.

Pero ¿a quién pretendo engañar?

En el centro de la calle me llama la atención una hoja pegada a una farola. La foto en blanco y negro de un gatito. Las letras debajo. Maldita sea. Ya he visto todo esto. Aprieto el paso, mejor huir

de aquí.

Una vez en el rellano, giro la llave nueva en la cerradura, entro y cierro. Luego me quito la chaqueta y me siento en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas. Lo que vi era demasiado «real», pero no creo en las premoniciones. No creo en Mario, no creo en los adivinos. La gasolinera saltó por los aires igual que lo que vi en lo que consideraba una pesadilla, justo a la misma hora.

No lo soñé.

Asistí de verdad a la escena en el momento en que esta tenía lugar. Luego volví a casa, me metí de nuevo en la cama y me desperté al poco tiempo aterrorizada. Pensaba que era una pesadilla hasta que vi el maldito telediario. Solo hay una explicación plausible, pese a que me parece forzada: soy sonámbula. Bajé de verdad a la calle por la noche, vi y viví todo como en un sueño, pero lo que sucedía era totalmente real. Real como la ceniza, los residuos y los restos carbonizados

de la estación de servicio que acabo de entrever al otro lado de las barreras.

Sonambulismo. Es la única posibilidad. Me parece recordar que Delia me contó algo similar sobre mi infancia. Por desgracia, no puedo verificarlo de ninguna forma, pero, si no me equivoco, me sucedió algo por el estilo. Haciendo un esfuerzo mental consigo recordar también una anécdota de hace unos quince años. Mi madre me había vuelto a montar la cama con todas las protecciones, como cuando tenía dos años, porque había deambulado dormida por la casa y tenía miedo de que me hiciera daño. Debía de tener unos cuatro o cinco años. Con todo, creo que la cosa no pasó de ahí. En cualquier caso, es un precedente. Me ha sucedido ya.

Bueno, solo me faltaba esto.

Si me vuelve a ocurrir algo por el estilo espero no acabar bajo un coche o no asomarme demasiado por una valla a orillas del río. Nada de sueño lúcido o de pesadilla premonitoria. Yo

estuve realmente allí, delante de las llamas, y no sé a qué santo debo agradecer que retrocediera en lugar de ir directa a la hoguera. Aunque, si he de ser franca, en este momento, la muerte no me asusta demasiado. La muerte es una de las muchas maneras de salir de la Fase Tres.

Pero estoy viva, maldita sea, y lo último que necesitaba en este momento era que mi vida se complicase ulteriormente.

Antes de dormirme, mientras en la televisión reina la nada, hago un último esfuerzo para interpretar lo que sucedió, tratando de encontrar una explicación plausible mientras doy vueltas en la cama: ¿es posible que un sonámbulo pueda ver y recordar con tanta fidelidad la realidad que lo rodea mientras vaga en estado de semiinconsciencia por una casa o por la calle?

## 5

Los días consecutivos, en la agencia, el tiempo pasa a toda velocidad y las caras se suceden como en una serie de diapositivas que no dejan huella, fragmentos que resbalan y desaparecen, desconocidos para la memoria.

Son días anónimos, de esos que podrían no existir en el calendario. Se aproxima el fin de semana y con él la habitual barahúnda de poseídos en búsqueda de ilusiones. Pondré el piloto automático y cumpliré con mi deber con la máxima

indiferencia, como corresponde a la Fase Tres. Entretanto, el viernes, a la hora en la que nunca hay cola —primera hora de la tarde, justo después de comer—, llega la esperada apuesta de mil seiscientos euros de Martin. Entra como de costumbre, elegante, caminando con parsimonia, y con un ademán de sabor añejo se quita el sombrero y se acerca al mostrador para efectuar la jugada.

De nuevo, experimento esa sensación.

La misma que sentí el otro día cuando vino a malgastar ochocientos euros en el *monday night* inglés. Apenas nuestras miradas se cruzan, imagino que oculta algo. Mientras tanto, Martin abre la cartera, hinchada, y se apresura a pasar por debajo del cristal una cifra con la que una en mis condiciones suspiraría aliviada un par de meses. Mi mirada se posa en la cartera de piel abierta. Veo, protegida por un plástico, la fotografía de una mujer al revés. Tiene una abundante melena pelirroja y una amplia sonrisa que, invertida, parece más bien un gesto demoníaco.

Martin se demora un instante de más. Ese instante que los jugadores de póquer —he conocido a muchos en los meses que llevo en Beverly y también ellos me han regalado la justa dosis de conocimientos— llaman «*tell*». Cuando estás sentado a la mesa, me decía uno de ellos, que venía siempre en moto y parecía el hermano del Tom Cruise de *Top Gun*, solo que con el pelo entrecano, debes procurar no caer en fáciles *tells*, esto es, expresiones o reacciones recurrentes que dan a entender a los adversarios qué tipo de punto tienes en la mano, o si te ha entrado o no lo que buscabas.

Si he entendido bien, Martin acaba de ofrecer un *tell*. Ha abierto la cartera para coger el fajo de mil seiscientos euros y se ha detenido un instante de más contemplando la fotografía.

—¿A qué apuesta, señor? —pregunto mientras me pasa el dinero por el hueco con las manos, corteses y arrugadas.

—El adelanto de esta noche, el Montpellier.

*Over 2,5.*

Compruebo la programación y encuentro la partida francesa en la lista. Sin saber por qué, deseo que sea una jugada ganadora. Le paso el boleto por debajo del cristal protector y él lo mete en la cartera.

—Adiós, amabilísima señorita —dice con voz trémula.

—De nada... —A pesar de que procuro no mirarla, mis ojos se vuelven a posar en la fotografía al revés de la mujer.

Martin se da cuenta. Alza apenas la mirada y me escruta con una expresión resignada.

—Perdone la tristeza. Mi mujer me ha dejado, ¿sabe?

No me muevo, no sé qué decirle, puede que, entretanto, mi inconsciente esté seleccionando una respuesta en un archivo de frases hechas. Por lo menos he recibido una explicación de la desazón que leía en sus ojos y que me transmitía una inquietud inusual. Yo, que desde hace meses no

siento el menor interés por los asuntos ajenos.

Asiento levemente con la cabeza, en silencio, una manera singular de darle a entender que respeto sus circunstancias. Mientras tanto, pienso que, con todos los derrumbes financieros a los que se debe de haber acostumbrado la señora en los últimos años, quizá morir fuera la mejor solución, o la única. Martin se vuelve y se aleja tras despedirse amablemente de mí, pero estoy destinada a volver a verlo pronto.

De hecho, al día siguiente, mientras la sala está casi desierta, le paso tres mil doscientos euros por debajo del cristal, después de haberlos contado en voz alta. Un bonito 3-1, pronóstico acertado. Martin alarga una mano y los coge sin decir una palabra, mirándolos fijamente, pero con la mente, podría jurarlo, muy lejos de aquí. Vuelvo a sentir la sensación de vacío, el estómago encogido.

—Sonría más a menudo —dice de improviso a

la vez que mete el dinero en una cartera de piel negra—. Su sonrisa es una caricia para el corazón.

Me quedo pasmada. Me vuelvo instintivamente hacia Nancy. Está sentada dos puestos más allá, a mi izquierda, pero está cogiendo la jugada de un oriental que, por lo general, apuesta como mucho tres euros a unas listas infinitas de eventos, así que no puede haberlo oído. Antes de que pueda agradecerle el cumplido Martin añade:

—Y hoy necesitaba una caricia.

Acto seguido se pone el sombrero, da media vuelta y sale sin darme tiempo a poner en orden las ideas, a reflexionar sobre lo que ha dicho, a contestar. Sé que es sincero. Sé que no lo ha dicho para adularme. Muchos de sus coetáneos lo hacen sin el menor escrúpulo, pero él no. Lo siento, pese a que no puedo explicarlo. Hace meses que no miro a los ojos a la gente, que me encierro en mi soledad, que, a mi manera, detesto al género humano. Meses que no respondo a las sonrisas de las personas, que oculto mis sentimientos detrás de

la coraza de la indiferencia. Me cuesta incluso con el bueno de Moudi, a pesar de su amabilidad. Como si mi vida estuviera en una vía muerta, como si ya no se cruzara con la de los demás y fuera directa a su fin. Tarde o temprano, a saber cuándo.

Sin embargo.

Sin embargo, sus palabras son sinceras, expresan una emoción real. Guardaré este cumplido para mí, no lo compartiré con Nancy. Ha salido de lo más profundo de su corazón e incluso la Veronica que soy ahora es capaz de comprender cuándo una frase no va con segundas. Además, la sensación de tristeza se va con Martin, igual que ha venido. El resto del día será un lento y aburrido pasar del tiempo, a la espera de que el reloj de Ikea que hay colgado en la sala marque las dieciocho.

Algo me sacude en los últimos cinco minutos del turno.

—¿Has visto el *Corriere on line*, Vero? — pregunta Nancy.

—¿Qué dices, perdona? —contesto a la vez que cierro la caja.

—El accidente, ¿no fue cerca de tu casa?

Las llamas se interponen entre mis ojos y la mole de mi compañera.

—Si te refieres al incendio, sí.

—Es increíble, ¿no te parece?

Me pongo la chaqueta, saco los auriculares y los desenrollo.

—Ya, es increíble.

—Da la impresión de que te importa un comino —replica ella molesta. Quizá quería chismorrear un poco sobre el tema y la he decepcionado.

—Tengo que irme.

—Están investigando para averiguar quién fue —prosigue Nancy impertérrita—. Según parece, el propietario tenía deudas con gentuza de la zona...

Por un instante pienso que mi madre y yo éramos «de la zona», además Sandro jamás me ha parecido un tipo de esqueletos en el armario. Pero uno se equivoca con la gente. Vaya si se equivoca.

—Peor para él —concluyo haciendo amago de abandonar mi sitio.

Entonces Nancy me da un motivo para correr a casa y tratar de gorronear el *wifi* de algún vecino para acceder a la red y averiguar más cosas. Tan satisfecha como si le hubieran asignado el caso a ella, dice:

—Imagínate, en internet se pueden ver incluso las imágenes de la cámara de circuito cerrado del banco, el que está cerca de la estación de servicio.

Me vuelvo de golpe sin decir una palabra. Escruto a mi compañera unos segundos, y ella responde frunciendo el entrecejo, sorprendida de mi reacción.

—¿Las... imágenes?

—Sí, he echado un vistazo esta mañana, no se entiende demasiado. Vi un minuto del vídeo antes de salir. Son en blanco y negro, ya sabes, sin audio. No obstante, el encuadre es perfecto, se ve muy bien la nacional y la gasolinera desde un cruce.

Esbozo una sonrisa falsa, a la vez que la curiosidad creciente me empuja a salir de allí. Camino apretando el paso hasta el metro, debido a la prisa olvido incluso ponerme los auriculares y aislarme del mundo, como hago todas las noches.

Nada más llegar a casa, sin quitarme siquiera la chaqueta, enciendo el ordenador portátil, con la esperanza de que algún vecino haya dejado abierto el acceso a su *wifi*.

—Lo suponía —refunfuño apretando los dientes cuando veo cerrada la lista de redes con el candado, que indica que el acceso está limitado a los que conocen la contraseña.

Decido esperar. Son casi las siete, dentro de una hora quizá retransmitan la secuencia en el telediario. Entretanto, me preparo una infusión. Tila y manzanilla, para ver si me calmo. La curiosidad ha hecho desaparecer el hambre. Si están investigando sobre lo sucedido es posible que lleguen incluso hasta mí, dado que esa noche estaba en la calle y la cámara del banco podría

haber filmado a una joven sonámbula deambulando por el barrio. Pero hasta que no vea el ángulo exacto del encuadre no puedo estar segura.

Sin embargo, el telediario de las ocho no me ayuda. Concede un par de minutos al suceso, al final, y solo muestra un momento de la explosión. Unos cuantos fotogramas. Además, cuando se produjo el estruendo yo aún estaba en la calle perpendicular, así que es inútil. El enviado especial subraya que la película íntegra de la cámara de circuito cerrado se puede ver en internet, eso es todo. Busco de nuevo una red en el portátil, pero es una batalla perdida de antemano.

Solo queda una solución, y no tengo intención de perder más tiempo.

Un ciber.

De nuevo, la niebla.

Océanos de niebla. Espesa, densa, borra parte de la humanidad y de sus construcciones, esconde

obras y edificios. Me esconde también a mí, se convierte en cómplice inesperado de mi repentina salida. Mejor así. Una joven no debe pasear sola de noche en los pueblos de periferia como este. Con la cabeza cubierta por la capucha de la sudadera, la chaqueta bien abrochada y las manos en los bolsillos, podría pasar por un chico. Mi idea de evitar el bolso cuando salgo siempre ha sido una estrategia ganadora.

Tras caminar unos diez minutos llego a la zona donde se encuentra el locutorio, propiedad de unos árabes. Al igual que el resto de los locales de este tipo, dirigidos por extranjeros, no es solo un locutorio sino también un lugar donde se pueden hacer fotocopias, mandar faxes, enviar dinero y, por último, razón por la que estoy aquí, un cibercafé.

El dueño, un tipo de ojos profundos y tez de Sandokán, me recibe con una sonrisa y me pregunta qué necesito.

—Una conexión de una media hora como

mucho.

—*Voilà*, cabina tres —dice tendiéndome un pequeño folio con unos códigos.

—Gracias.

En la pequeña sala que huele a cerrado y a humanidad hay dos personas más sentadas frente a los pequeños monitores de la marca Dell. Una mujer con el pelo grasiento, vestida con un suéter de cuello alto y una falda larga, y un hombre muy delgado, que luce un traje elegante, cuya nariz aguileña es tan pronunciada que casi es imposible notar otros detalles de su cara. Tomo asiento, accedo al *software* de conexión y copio los códigos. En unos segundos estoy en línea. Bendigo mentalmente la existencia de locales como este, al mismo tiempo que pienso que, en los últimos meses, he empezado a sentirme mucho mejor entre los extracomunitarios que entre los oriundos de Milán.

—Aquí está —susurro, mientras paso la página del *Corriere* y la uña de mi dedo índice acaba

bajo los caninos para ser sometida a tortura. Si dejo en paz los mechones de pelo es solo porque en este momento siguen bajo la protección de la capucha de la sudadera.

Encuentro el artículo. Ante mis ojos la imagen del incendio seguida del título: SE SOSPECHA DEL PROPIETARIO DE LA GASOLINERA, SANDRO COLNAGHI. En el recuadro de al lado, otra imagen y un hipertexto que reza: LAS IMÁGENES EXCLUSIVAS DEL ACCIDENTE.

Hago clic.

Mientras se descarga el vídeo, cojo los auriculares medio rotos que hay en la mesita contigua al procesador y me quito la capucha para ponérmelos. Abro toda la pantalla del vídeo, noto que dura casi ocho minutos, miro alrededor, veo que las personas que hay en la sala no me prestan atención, por último, pulso la tecla *play*.

Como decía Nancy, las imágenes no están comentadas. Es el clásico blanco y negro sin audio, al estilo atraco bancario, que, en un primer

momento, me trae a la memoria el Día Sin Sentido. Desecho el recuerdo de mi mente y me concentro en el vídeo. El encuadre desde el cruce del banco me parece ideal. Filma tanto el lado opuesto de la calle como la calzada de la circunvalación y la estación de servicio. De repente, al cabo de cuarenta segundos semejantes a una imagen fija, pasa un coche como una exhalación. Luego un segundo coche en sentido contrario. Por último, el muro de luz, que invade cada pixel por una fracción de segundo. A continuación, las llamas. Llegados a este punto yo no debería tardar mucho en entrar «en cuadro», como dicen los directores de cine.

Recuerdo muy bien el fragor, recuerdo que apreté el paso para atravesar el cruce y ver con mis propios ojos lo que estaba ocurriendo, arrogante, porque estaba convencida de que estaba en un sueño lúcido.

—¿Dónde...? —Guiño los ojos, desvío la mirada hacia el minutaje del vídeo, los segundos

se suceden a toda velocidad. Nada.

Miro el cruce del banco, a continuación el de enfrente. La calle. El incendio.

No estoy.

—Pero no es posible —digo en voz alta. Me da igual lo que piensen al oírme hablar con la pantalla del ordenador. Esas imágenes no tienen sentido. Yo estaba allí.

Transcurre otro par de minutos en los que no sucede nada, mis ojos se detienen en las llamas, mi mente no comprende.

Luego, el camión de bomberos protagoniza de repente el encuadre. Se para y aparca en diagonal sobre la calzada, justo como lo vi cuando ya estaba lejos del lugar del accidente, escondida detrás del contenedor de vidrio.

Un momento.

Con la mano en el ratón, vuelvo al primer minuto del vídeo. Lo dejo pasar. Llego el flash. Empieza la hoguera. No hay rastro de mí. Es indudable.

Pero tampoco lo hay del joven que estaba al otro lado de la calle.

# SEGUNDA PARTE

## EFC

# 1

Bueno, me he equivocado.

Son las nueve de la mañana, tengo apenas una hora libre antes de ir a deslomarme detrás de la ventanilla de Beverly. Un pálido sol enmarca este nuevo día en la fría periferia milanesa, pero es un sol que sabe a tregua y a rutina. No calienta, pero en mi caso no podría hacerlo ni a mitad de agosto. En mi interior el tiempo se detuvo el pasado mes de diciembre.

Me vuelvo a sentar en la apestosa sala del

cibercafé, frente a varias pestañas abiertas en Chrome. Una página de Wikipedia, poco detallada y casi inútil, varios sitios de psicología, otros de medicina. Estaba muy desencaminada en mis reflexiones, totalmente desencaminada. No soy sonámbula.

Según parece, las características del sonambulismo son incompatibles con lo que me sucedió. Se produce en las primeras horas de sueño, y esto podría encajar. Comporta movimientos incluso complejos, acciones en apariencia conscientes, como caminar por la casa o salir a la calle. Hasta aquí coincide. Pero no es una acción consciente. Al despertar el sujeto no recuerda nada de lo que ha hecho y con frecuencia vive un momento de malestar debido a la amnesia. Además, descubro que la creencia de que despertar a un sonámbulo mientras vaga en estado de inconsciencia puede dañarle el cerebro o causarle un infarto es falsa. Por lo visto, el único peligro es que se sienta desorientado al

despertarse de golpe y ver que no está en el mismo lugar en que se durmió. Nada grave, por tanto.

El problema es la amnesia. Yo recuerdo con precisión lo que vi, y lo que vi lo muestra con suma fidelidad la cámara de circuito cerrado del banco. Solo que yo no aparezco en ese condenado vídeo.

¿Significa eso que debo considerarlo de nuevo un sueño premonitorio? ¿Una pesadilla profética? ¿Tan detallada?

Leo además que una forma de sonambulismo es muy frecuente en la infancia, lo que confirma la anécdota de mi madre poniendo protecciones a mi cama. Puede que, cuando era niña, me sucedieran varios episodios de ese tipo. En cualquier caso, son episodios benignos que, según parece, no se repiten durante muchos años. No es esa la circunstancia, el caso está cerrado.

Pulso la X que hay arriba, a la derecha, sobre varias pestañas, y las voy cerrando una a una. La última estaba abierta en un portal de

parapsicología, donde veo parpadear unas palabras en la columna de la derecha: LO QUE VISTE ERA REAL. Parece dirigido a mí y, por una fracción de segundo, las imágenes de las columnas de fuego envolviendo la gasolinera se solapan entre mis ojos y la pantalla. Bajo el mensaje aparece la foto de un señor con una sonrisa alentadora —con una leyenda que dice EL PROFESOR RAYMOND LAERA—, algún que otro texto publicitario y la cubierta de un libro. Debe de ser un ensayo sobre algún fenómeno extrasensorial particular. Asuntos que no tienen nada que ver conmigo. Hago clic en LOGOUT, me levanto, dejo caer un euro sobre la mesa y me despido del propietario del cibercafé con una inclinación de cabeza. Quédese con el recibo, en caso de que hubiera tenido intención de dármelo.

Las imágenes siguen atormentándome mientras camino por las calles del pueblo. El incendio, el letrero luminoso del banco, el camión de bomberos. El joven que vi bastante bien, pero que,

temo, no me vio a mí. Moreno, embutido en una chaqueta elegante, mirando cautivado las llamas. Tampoco él aparece en el encuadre que se ha divulgado en la red. Está bien, me rindo. Será que lo soñé. Y él era un actor de mi sueño. Un comparsa que no figura en el guion, que alguien debió de contratar en algún lugar de mi inconsciente.

Pero no me acaba de convencer.

Durante el turno en Beverly estoy distraída, poco menos que ausente. Imprimo incluso dos boletos equivocados y un par de clientes, entre cuyas innumerables virtudes no se encuentra la paciencia, se enfadan conmigo. Nancy se da cuenta, sabe que algo no va bien. Somos compañeras de trabajo desde hace ya mucho tiempo y ha visto de cerca las diferentes evoluciones de mi carácter, después de la tragedia que partió en dos mi vida. Sabe cómo tratarme, sabe cuándo debe estar callada. La respeto, si bien no puedo decir que haya intimado mucho con ella

en estos meses. Es la Fase Tres, de forma que temo que no seré capaz de quererme ni siquiera a mí misma hasta que no termine este periodo. ¿Terminará?

Hoy acabo a las cuatro. Me despido apresuradamente y salgo de la agencia mirando al suelo. Fuera vuelve a hacer frío, el tímido sol de esta mañana se ha batido ya en retirada. No veo el carro de las castañas asadas de Moudi. Se habrá ido de vacaciones, quién sabe. O le habrán dado el coñazo los carabineros. A veces sucede. En lugar de ir a buscar a los camellos a los sitios donde hasta las piedras saben que venden droga, vienen a importunar a un egipcio que hace saltar castañas en una sartén. La justicia sabe ser, cuando menos, grotesca.

Vuelvo a casa y esta vez, cosa más bien única que rara, hay una red *wifi* libre en el edificio. Tecleo «sueños premonitorios» en Google y me aparecen un sinfín de enlaces que solo me harán perder tiempo. No tengo ninguna intención de

prestar atención a estupideces *new age* o a rollos esotéricos que solo sirven a los que están convencidos de que el horóscopo tiene algún fundamento verdadero. Creo en estas historias como en la existencia del ratoncito Pérez. Reconozco que están bien montadas, eso sí, que son perfectas para sugestionar a la gente. A la gente, no a mí. Yo estaba allí, no soñé todo. Solo debo comprender qué demonios me ocurrió, dado que no recuerdo el motivo por el que decidí salir a la calle a una hora semejante y que no consumo estupefacientes.

Me arrodillo cerca de la cama, rebusco en un cajón, sé qué estoy buscando. No metí muchas cosas en la mudanza, pese a que nuestra antigua casa no está muy lejos de aquí. Con todo, no podía abandonar un objeto, y me lo traje. Por suerte, los ladrones que entraron en el piso el otro día lo ignoraron por completo. Se trata de una vieja edición de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Un libro que mi madre me enseñó

a amar. Una novela que cojo de cuando en cuando para releerla, aunque solo sea un capítulo, para perderme en la narración y olvidar por un instante que fuera de este cascarón hay una vida, y que es bastante asquerosa. ¿Acaso no es ese el objetivo de cualquier libro, sin importar que sea bueno o malo? Mi madre lo debió de releer unas diez veces. Yo voy por el mismo camino, si bien cuando lo retomo solo leo ciertos fragmentos. El título casi parece un himno a mi condición. Entre otras cosas, el autor murió en abril de este año, pero a mi madre no le dio tiempo a enterarse. Ella se marchó antes. Si fuera creyente podría pensar que, en alguna parte, Márquez debe de estar tratando de alegrar a los que ya no están en esta Tierra, haciendo lo que mejor sabía hacer: contar historias.

Pero no soy creyente. No imagino el paraíso, pese a que reconozco el valor benéfico que tiene una ilusión similar. En cambio, imagino el infierno. Tiene el aspecto de una sucursal bancaria

en una mañana equivocada.

Intento dejar de pensar en llamas y proyectiles, en incendios y heridas, y me dejo llevar por la narración, tumbada con las piernas cruzadas en la cama. Mientras tanto, fuera empiezan a caer unas gotas de lluvia. Las oigo golpear contra el cristal y me pregunto desde hace cuántos días está bajada la persiana.

En casa reina ahora el silencio.

La tinta me coge de la mano, el sonido de la tormenta me envuelve y me protege. Siempre he adorado la lluvia. La edición que tengo entre las manos, además, quedó medio destrozada durante el chaparrón que cayó en la playa de Francavilla, cerca de Pescara, donde Delia y yo pasamos una tarde agradable con una amiga suya de la infancia, hace muchos años. En unos minutos el sol fue engullido por unas nubes de pez, unos cúmulos imponentes y densos que se apoderaron del cielo y vertieron cascadas de agua sobre los que aún seguían en la playa. Al igual que nosotras, *Cien*

*años* sufrió la violencia de la tormenta, y aún se pueden ver sus huellas. Muchas páginas están duras, tan secas como cartón piedra, algunas siguen estando pegadas entre ellas, o no se pueden leer. Pero no es un problema. Amaba esa copia y jamás la habría cambiado por una más reciente. A fin de cuentas, cuando el texto es inaccesible, mi memoria se encarga de colmar las lagunas.

Ahora llueve con insistencia. La almohada me parece cada vez más mullida y el libro más pesado. Hundo la cabeza y entorno los ojos. Mis párpados parten el mundo por la mitad. Estrecho aún más la visual, mientras el repiqueteo de las gotas de agua es una cantilena hipnotizadora, un hechizo irresistible.

Cedo.

No tengo la menor idea de qué hora es.

Alrededor se van delineando poco a poco unos contornos indefinidos. Me cuesta enfocarlos, no

recuerdo siquiera si me he levantado. Estoy descalza en medio del apartamento. Por fin se recorta un punto que me sirve de referencia: el fregadero de la cocina. ¿Tengo sed? No logro comprenderlo, estoy en esa especie de fase de duermevela, en el confín entre la realidad y el sueño. Me encamino hacia el grifo, me imagino bebiendo. Cosa que no me parece tan extraño. A veces me despierto por la noche con la boca pastosa y un ligero regusto salado mezclado con la saliva. Y bebo directamente del grifo, con la cara ladeada, antes de volver a mi cuarto y echarme de nuevo en la cama. Episodios de lucidez limitada, funcional para el objetivo. Por la mañana los he olvidado.

De improviso, oigo una voz a mi espalda.

Un sonido seco, frío, monocorde. Cercano. Produce el mismo efecto que el ruido de nudillos golpeando la puerta de tu dormitorio cuanto tienes doce años y estás segura de que en casa no hay nadie, porque tus padres han salido a cenar.

*Claudia.*

No procede de otro apartamento. Tampoco del rellano. Está detrás de mí. En casa, entre estas cuatro paredes. Me vuelvo de golpe.

—Claudia —repite el joven mirándome con expresión melancólica.

Sentado en la única silla que hay en la estrecha cocina, me escruta. Conozco su cara, que ahora veo con todo detalle. Es el extraño que, al igual que yo, observaba esa noche el incendio de la gasolinera. No tendrá más de veinticinco, veintiséis años. La cara limpia, cuadrada, el pelo corto y negro. Lleva una cazadora de piel. Está rígido, con las manos apoyadas en las rodillas, en una pose inocente y siniestra a la vez. No puede estar aquí. Juraría que al volver a casa hace varias horas cerré la puerta con llave.

—¿Quién demonios eres? —pregunto alzando la voz.

El temor de ser vulnerable, de no poder sentirme segura siquiera entre estas paredes, me

opreme. Nunca he tenido miedo de los ladrones, aquí no hay nada que robar. Pero este tipo está en mi casa. De noche.

—Claudia, eres tú... —Abre desmesuradamente los ojos y, con ellos, todo un océano de tristeza. Luego se levanta y hace ademán de abrir también los brazos.

—Sal de inmediato de mi casa —digo retrocediendo, sintiendo los latidos del corazón en la garganta.

En su cara se dibuja una sonrisa de conmoción.

—No puedes haberme olvidado ya. ¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo ha pasado?

Cabeceo impasible frente a una escena que no alcanzo a comprender.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo has entrado?

—Nos separaron, Claudia. Para siempre. No puedo vivir así. No puedo estar sin ti.

—¿Quieres callarte? —grito—. ¿Quién demonios es Claudia? ¿Qué quieres de mí? Te he

visto ya una vez. Delante de la gasolinera. Eras tú, ¿verdad?

—Estoy mal. —Ladea levemente la cabeza, se vuelve a sentar. Masculla algo para sus adentros, no puedo oírlo. Debe de haber dicho algo así como «Este aire me asfixia».

»Si fuera posible borrar todo... —susurra de nuevo. Luego me mira, y siento una extraña sensación. Pese a que me mira directamente a los ojos, da la impresión de que está escrutando más allá, de que mira un punto impreciso a mi espalda, como si mi cuerpo fuera un velo transparente—. Si aún estuvieras conmigo.

—Vete. —Mi voz es firme, resuelta, mientras hablo mirando al suelo.

Tengo miedo, solo quiero que salga de mi casa. Con el rabillo del ojo veo que se levanta, que pasa por delante de mí y llega a la puerta. Me vuelvo hacia el fregadero, lo ignoro. Lo único que deseo es que todo esto acabe cuanto antes.

—En cambio, puedes oírme... —dice en tono

sumiso, luego me deja en silencio. Ni siquiera oigo el ruido de la puerta al cerrarse, pero cuando me vuelvo hacia la sala él ya no está allí.

Entonces me veo.

Tumbada de costado, con la novela de García Márquez en las manos, los párpados trémulos. Soy yo, y por primera vez me observo de verdad desde una perspectiva que ningún espejo, ningún vídeo, podrá transmitir nunca con tanta fidelidad. Soy yo, en carne y hueso, y estoy durmiendo.

De repente me doy cuenta de que no estoy caminando descalza por el suelo del piso. Estoy flotando en el aire, sin sentir el peso de la gravedad, y voy subiendo poco a poco, hasta rozar el techo con la espalda. Una pesadilla, maldita sea.

Desde aquí todo es diferente. Jamás he observado las cosas desde un punto de vista como este. Sí, he soñado que volaba, creo que le ha ocurrido a cualquiera. Pero esta vez es distinto. De improviso me siento serena, como si en el suelo

hubiera dejado no solo el peso físico, sino también, y sobre todo, el emotivo. Por increíble que parezca, ni siquiera recuerdo el terror que sentí hace un momento.

Miro alrededor con especial curiosidad. En este sueño no hay nada confuso y cada detalle reproduce el original con absoluta fidelidad. En particular uno, que noto apenas desvío la mirada hacia la cocina. En un rincón resplandeciente, encima de una repisa. La sensación de moverse a dos metros del suelo como un astronauta con gravedad cero es, cuando menos, extraordinaria. Soy un globo empujado por el viento.

Me acerco lentamente, ahora la veo brillar. Es la uve metálica que mi madre cosió a la tela amarilla y negra del pasador de pelo. Centellea encima de la repisa que hay sobre los fogones. De manera que ahí estaba. Bueno, a decir verdad, no. No precisamente. Estoy soñando, me imagino que está ahí. Puede que la haya perdido en el trabajo, o en la calle. En la vida real.

No sabría decir cuánto tiempo ha transcurrido, pero abro los ojos y me despierto del sueño. La contraportada de *Cien años de soledad* se erige a pocos centímetros de mi nariz.

No sé cómo interpretar una pesadilla así. Tan vívida, tan real. ¿Estoy despierta ahora o lo estaba antes?

Vuelvo a la sala, cojo el móvil y pulso una tecla al azar para activar la pantalla. Son las ocho de la tarde. Y yo que pensaba que eran altas horas de la noche. Luego lo hago, sin saber muy bien por qué, con toda probabilidad porque somos seres humanos, esclavos de una curiosidad en ocasiones absurda. Como cuando oímos un ruido en casa y, pese a que estamos seguros de que no hay nadie en las otras habitaciones, nos levantamos para cerciorarnos y acabamos abriendo todas las puertas con palpitaciones. Así que lo hago: compruebo si en la repisa que he visto en el sueño, una repisa más bien alta y, por tanto, que no queda a la altura de mis ojos, está el pasador.

Alargo el brazo. Palpo.

Madera.

Polvo.

Una cajita, puede que de cerillas.

—Cristo —exclamo cuando mis dedos tropiezan con él. Lo aferro entre el índice y el medio, lo levanto de la repisa. Lo observo.

*Tranquila, Veronica.*

No estoy tranquila.

No estoy nada tranquila. No recuerdo cuándo lo dejé en la repisa. Debió de ser hace unos días, puede que mientras lavaba los platos. Pero ese no es el problema. El problema es que he averiguado que estaba ahí mientras soñaba. No tiene ningún sentido. O, en caso de que lo tenga, si la otra noche, cuando saltó por los aires la gasolinera, sucedió lo mismo, me están ocurriendo unas cosas que jamás he considerado posibles. Acontecimientos sobre los que siempre he ironizado. Entonces, el chico que entró en mi casa como si fuera un ladrón...

Me vuelvo hacia la puerta. Está cerrada. A cal y canto.

*Lo que has visto es real.*

El eslogan que leí en la red vuelve a pasar por mi mente como un rayo. El poder de la publicidad. Sin embargo, las dos visiones eran fieles a una realidad que yo aún desconocía. El tipo que me llama Claudia. El que apareció por sorpresa en mi cocina y desapareció de la misma forma.

Me dirijo a toda prisa al cuarto de baño, mientras me recojo el pelo en una coleta de caballo dando una doble vuelta a la goma. En el espejo mis ojos son dos abismos. Mis iris no pertenecen a esta realidad. Son unos pozos cuyo fondo no alcanzo a ver.

Estoy temblando.

Abro el grifo y, ahuecando las manos, cojo un poco de agua fresca y me la echo a la cara. Para ahuyentar unos pensamientos que no guardan relación alguna con la realidad, para olvidar. Para volver a los auténticos problemas. La nevera

vacía, el próximo mes de alquiler —por suerte, en diciembre Farini nos lo pide a mediados de mes y no el primer lunes, como es habitual—, las bombillas de la lámpara, que están saltando una tras otra y acabarán dejando el piso a oscuras. Maldita seas, Veronica. Esta no eres tú.

Necesito aire.

Me visto, pese a que nunca me he cambiado para tumbarme a leer. Me basta ponerme la chaqueta, enrollar una bufanda alrededor del cuello y bajar a la calle.

Me he refugiado en el supermercado. Quizá necesitaba luces artificiales, gente alrededor, ruido. Hace diez minutos que vago por los pasillos, y el carro sigue vacío. En cambio, en mi mente bullen pensamientos cuando menos absurdos. Sí, puede que esté enloqueciendo de verdad. Jamás habría creído que me podía suceder algo similar. ¿Será esta la Fase Cuatro? ¿Cómo la

llamamos? ¿«Alteraciones psíquicas»?

De acuerdo, Veronica, vuelve atrás.

¿Cuándo sucedió? ¿Cuándo empezó?

¿Cuál fue el día exacto, la hora, el minuto en que tu avión fue desviado de las rutas establecidas?

Mientras puedas hacerlo, mientras tengas tiempo de hacerlo, rebobina, Veronica. Antes de que la cinta se destruya. Examina, analiza, recuerda, intenta comprender. Junta las piezas, ordénalas, trata de establecer una cronología, como hacemos cuando no encontramos las llaves del coche y nos remontamos a la última vez que las tuvimos en las manos. O, también podría decir: como hacemos cuando perdemos un pasador de pelo.

¿Cuándo perdiste el juicio?

Maldita sea.

Esta no soy yo. No es la Fase Cuatro. Si lo fuera sería otro paso importante para recuperar la serenidad. Porque funciona así, ¿no? Tarde o

temprano se recupera. O se recupera o uno se pega un tiro en la boca.

Esta, en cambio, sigue siendo la Fase Tres, manipulada por alguien que tiene ganas de jugar. Yo, en cambio, no tengo ningunas. La situación actual es, ni más ni menos, un error. Es como el Día Sin Sentido, algo que no debía ocurrir, pero que ocurrió. Y ahora me sucede esto. A mí, que pienso que hablar sobre los signos zodiacales es como hablar de elefantes voladores. A mí, que pienso en mi madre, consciente de que no volverá, que sé que todo ha terminado y que los capítulos jamás vividos de su vida son como las páginas ilegibles de mi edición de *Cien años de soledad*. Perdidos para siempre. Solo perviven en la memoria, como un consuelo precioso, aunque difuso. A diferencia de la novela, que siempre puedo buscar, comprar en una nueva edición y releer, de mi madre no existe una reimpresión. No existe un segundo tiempo. Es una autopista inacabada, interrumpida al borde del abismo. No

hay puentes. No se cruza al otro lado. En mi opinión, no existe siquiera otro lado.

Entonces, ¿qué demonios me está ocurriendo?

Mi madre tenía una amiga, Giada, que sufría de depresión. No la que todos conocen y citan sin venir a cuento, al punto que se declaran deprimidos cuando lo único que sucede es que tienen la moral por los suelos, sino la verdadera enfermedad. De hecho, la familia de esta señora podría haber ocupado todo un capítulo de una enciclopedia médica. Tanto ella como sus dos hijos la padecían, si bien de forma diferente. La hija mayor, cuando caía en estados depresivos profundos, podía pasar toda una semana encerrada en su habitación, durmiendo. Le costaba incluso pensar en la posibilidad de pulsar un interruptor para encender la luz. Y ayunaba. El hijo pequeño, en cambio, era bipolar, lo que implicaba fases de euforia seguidas de fases de abatimiento más

profundas. Cuando se sentía eufórico era capaz de tirarse por la ventana convencido de que sabía volar, o de quedar con el presidente de la República y proponerle un plan financiero para salvar a Italia. En las de abatimiento cada día corría el riesgo de no ver el sucesivo. A diferencia de su hermana, no se encerraba en el cascarón, sino que buscaba en los demás una ayuda que nadie podía darle. El resultado era la desesperación y la consecuencia de la desesperación el intento de poner punto final a su vida. Nunca lo consiguió, pero no sé nada de ellos desde hace año y medio, de manera que entretanto podría haber sucedido algo grave. La señora Giada, por último, era una persona que en psicología se define como «histriónica». Se podría decir que era inquieta, una *prima donna*. Acostumbrada a inventar unas mentiras colosales para sostener el personaje que en realidad no era, esta señora era siempre el centro de la atención — se comportaba de la manera más embarazosa que

he visto en mi vida— y trataba de ganarse una aprobación que nunca llegaba, al contrario, solo recibía fuertes decepciones. A pesar de que el marido era un empresario importante y que, gracias a ello, la familia gozaba de unos medios económicos superiores a la media de las familias italianas, ella había conseguido que la expulsaran de cualquier contexto laboral, asociación, círculo o simple grupo de amigos. Mi madre decía que eran periodos de bloqueo que duraban meses. Al final de cada una de dichas fases, Giada necesitaba unas vacaciones y, por suerte, su marido podía costeárselas siempre. Volvía regenerada de estos viajes, como si no hubiera sucedido nada. Apenas recordaba que en el periodo inmediatamente anterior había destrozado amistades y relaciones laborales, que había puesto en apuros a su marido y a sus hijos en situaciones de todo tipo, con escenas, cabezonerías, caprichos o espectáculos fuera de lugar o de mal gusto. Además era pintora, y eso no hacía sino empeorar

las cosas. Creía que Miguel Ángel la acompañaba por las calles de la ciudad, aseguraba que hablaba por teléfono con Dalí, quien le sugería el camino artístico que debía seguir. Las personas de este tipo no se pueden contener, son ríos en crecida. No oso imaginar qué hacía su marido para seguir adelante. Pero pienso en el dinero, en las ayudas, en las criadas y encuentro sola la respuesta: su marido se lavaba las manos.

Recuerdo que mi madre me hablaba siempre de estos amigos de la familia, porque, según decía, frente a una enfermedad psíquica como la depresión, lo mejor que podía suceder era que la persona afectada fuera capaz de reflexionar sobre lo que le pasaba, aceptar que no estaba bien e iniciar un tratamiento. Los hijos de Giada lo hacían. Seguían una terapia precisa con un psiquiatra y en los momentos peores se medicaban para no descarrilar. Quizá por eso aún seguían vivos. Pero ¿y su madre? No aceptaba las críticas ni los consejos. Cuando estaba tranquila se reía de

ello, como si estuviera hablando de un extraño. Cuando estaba fuera de sí se reía también. O se mofaba de ti, porque, claro está, el loco eras tú. Ninguna autocrítica, ningún esfuerzo para comprender la grave patología que estaba destrozando su vida y la de todos los que, de una forma u otra, se veían afectados por su problema.

Así que, volviendo a mí, ¿qué se supone que debería hacer ahora? Ahora que aún estoy lúcida, antes de perder por completo el control de mí misma, ¿debería tomar algún medicamento para volver a encarrilarme? Pero ¿quién tiene dinero para pagar siquiera una sesión de un analista?

Yo no.

Además, hasta hace media hora me parecía imposible que pudiera ocurrirme a mí. Sabía que había pasado por periodos negros, durante la Fase Dos, periodos que pueden llevarte de la mano a lo alto de un edificio para comprobar si sabes volar. Pero la consideraba una forma de depresión debida a factores externos, al curso de los

acontecimientos. En mi caso, a un trauma causado por la pérdida que había sufrido. Algo así como la diabetes derivada del sobrepeso, de la que he oído hablar con frecuencia. Es una enfermedad que tiene su origen en la forma en que te relacionas con la comida, que no forma parte de tu historia genética. Puede que la depresión de la amiga de mi madre y de sus hijos esté escrita en su ADN. La mía nunca se habría manifestado si un loco no hubiera asesinado a Delia a quemarropa.

Así pues, ¿por qué yo? ¿Qué significado tienen mis visiones, mis alucinaciones? Además, ¿por qué me atormenta ese joven, que, entre otras cosas, me llama con otro nombre?

Al día siguiente empiezo en Beverly a las dos, así que tengo la mañana libre.

He comprendido que si me quedo en casa me agito de tal forma que, con frecuencia, acabo angustiándome. Basta un ruido. Una voz en la

escalera. Los ladrones no tienen nada que ver con mi inquietud, si quieren pueden entrar en casa todos los días, pierden su tiempo. Es el encuentro. Las palabras del joven, su mirada llena de desesperación. En lo más profundo de mi corazón deseo que no vuelva a aparecer, eso sí.

De forma que me dedico a caminar. De Segrate a Lambrate, luego en dirección a Loreto. Aún no son las diez y ya he dejado atrás la plaza Argentina, de forma que prosigo por la avenida Buenos Aires mientras el aire se va haciendo punzante. Cerca ya de los jardines de Porta Venezia decido volver atrás. Mi peregrinaje no tiene ni meta ni sentido, solo sirve para aplacar la tensión. En las caras de las personas busco normalidad, rutina, usos cotidianos. Algo que me impida pensar en lo que me está ocurriendo.

En cierto momento me encuentro delante del escaparate de la librería Feltrinelli. Hace frío, la temperatura debe de haber bajado aún más. Si mal no recuerdo, dentro de la tienda hay un bar. Me

vendrá bien beber un té caliente.

Al entrar no puedo por menos que notar a la derecha un tótem con una cara gigantesca impresa encima. Se trata de un hombre con el pelo entrecano, la barba descuidada y una sonrisa que inspira confianza. Los ojos claros, de un azul glacial. Me resulta familiar. Lo he visto ya en alguna parte. Bajo el primer plano, unas letras enormes componen el nombre RAYMOND LAERA. Al lado del tótem hay una pila de libros con la portada blanca y azul oscuro. Ahora lo entiendo, es el autor del ensayo que anunciaban en el sitio de parapsicología.

—¿Puedo ayudarte? —Una voz a mi espalda me sobresalta. Es una dependienta joven, puede que con algún que otro *piercing* de más, pese a que su aspecto no es vulgar ni descuidado. El pelo negro, recogido. Un pañuelo de colores irisados al cuello.

—Gracias, solo estaba...

—El martes el autor vendrá a la librería, ¿lo

sabías? El autor de *Fuera de mí*.

—Entiendo. —Intento disimular cierto embarazo mientras la joven coge el primer libro de la pila y me lo recomienda vivamente, como en un anuncio publicitario. No la estoy escuchando, al contrario, noto que las personas que pasan por allí me observan e intento eludir sus miradas—. Gracias, quizá le eche un vistazo.

—Si me necesitas aquí estoy —dice esbozando una sonrisa cordial y tendiéndome una copia.

*Fuera de mí. Secretos del cuerpo astral*, reza la portada. Por un instante me siento como si estuviese levitando, como si a mi alrededor todo fuera evanescente, impalpable. Me pierdo en las frases escritas en la contraportada, no las estoy leyendo de verdad, pero parecen ejercer un efecto hipnótico en mí. Qué demonios estoy haciendo aquí, eso es lo que pienso en realidad. Vuelvo a dejar el volumen en la estantería de las novedades, luego decido bajar. En el sótano no hay mucha gente, sobre todo en la sección en que me refugio,

apartada de las miradas indiscretas. Frente a mis ojos decenas de ensayos con las portadas de color azul claro, blancas. Paraísos reconfortantes, oasis de paz. Muchos de estos libros parecen comunicar directamente con una parte oculta de mí misma, la que nunca muestro a los demás. La gruta en que guardo el dolor, un cofre de sufrimiento y soledad. No obstante, ninguno de esos textos me convence. Quizá porque me niego a aceptar el hecho de que estoy deprimida, quizá porque estoy buscando otro tipo de respuestas.

*Lo que has visto es real.*

Será mejor que me tome un té, que me siente y olvide el tema.

Media hora más tarde estoy en el metro — porque durante la parada en la librería mis músculos deben de haber producido ácido láctico y ahora no consigo estar en pie— con el libro de Raymond Laera en las manos. Todo sucede por un

motivo, dice alguien. No hay una frase más adecuada para lo que me acaba de ocurrir, porque las experiencias que estoy viviendo coinciden con los estudios del profesor de ojos glaciales. Porque, tras subir de nuevo a la planta baja de la librería, me dirigí a la salida y lo compré. Nueve euros y noventa céntimos, el precio de lanzamiento. Mejor así.

Mientras el vagón corre a toda velocidad y a mi lado un niño grita en brazos de su madre, empiezo a hojear el ensayo con la esperanza de que el texto me diga algo útil, porque mi contador mental me está recordando que acabo de gastarme hora y media de trabajo en Beverly Betting.

## 2

Dicen que siempre acabamos estando donde debemos estar, y que el universo responde siempre al margen de nuestras necesidades. Ley de la atracción, así la llaman. Jamás la he tenido en consideración, ni siquiera por un instante.

Con todo, al hojear unas cuantas páginas durante el trayecto me doy cuenta de que tengo entre las manos el ensayo que estaba buscando. De manera que hay dos posibilidades: o el autor es un genio de la estafa y ha pescado los elementos más

apropiados para sugestionar a su público con un estudio tan intrigante como carente de fundamento científico, o todo lo que dice existe de verdad.

Por lo visto, la casuística está integrada por toneladas de episodios. Pero también hay decenas de comunicaciones sobre ovnis y eso no significa necesariamente que vengan de verdad a visitarnos. Sea como sea, es una literatura rica, frente a la cual no puedo por menos que rendirme y buscar respuestas. Aprendo en la introducción que por «viaje astral» se entiende la separación de nuestra componente anímica de la corporal, y que existen incluso técnicas de relajación y meditación mediante las cuales uno mismo puede provocar este fenómeno, técnicas inspiradas en filosofías y tradiciones orientales que siempre han contemplado la existencia de un plano superior, desvinculado del terrenal. Los brujos indagan sobre él valiéndose de drogas capaces de desvincularnos de la realidad cotidiana para ir más allá. Así pues, ya que es algo que se puede

obtener recurriendo a sustancias estupefacientes, me pregunto si todo esto no será una alucinación. Pero aún sé muy poco sobre el tema, no debo sacar conclusiones precipitadas. Una cosa es cierta: no tenía la menor idea de que existieran este tipo de fenómenos. Nadie habla de ellos, pese a que, por lo visto, les suceden a muchísimas personas, y recuerdan mucho a lo que me ha ocurrido a mí.

Una vez en casa sigo sin poder dejar de leer. Compruebo que las EFC son una constante en la Historia del mundo. De hecho, existe la definición de «cuerpo astral», que los egipcios llamaban *ka* y los griegos *eidolon*. No es una sandez New Age, como habría podido pensar hasta ayer si me hubieran hablado de ella, sino un auténtico tema de estudio. Los filósofos y teólogos antiguos escribieron sobre ella, los psicoanalistas y los científicos modernos aún siguen investigando. Como era de esperar, muchos médicos desdeñan este tipo de experiencias y las reducen a simples estados psicopatológicos del cerebro.

Alteraciones, anomalías. En opinión de varios estudiosos, las Experiencias Fuera del Cuerpo no son sino sueños lúcidos, como aquellos en que mi amigo tocaba a la mujer de su padre. Sigo pensando que eso fue lo que me pasó, me cuesta creer que pueda haber vivido una de las experiencias de las que habla Laera. Mis pensamientos se entrelazan con las palabras y después se liberan en medio de la tinta, y a la vez que van emergiendo las imágenes de lo que vi, termino distraídamente el apartado sobre parapsicología, que define estas experiencias como una forma espontánea de clarividencia. Tengo que leerlo varias veces, porque la memoria está interfiriendo con mi nivel de atención. Así que clarividencia. No es exactamente lo que me ocurrió, pero a estas alturas no excluyo que me suceda en el futuro. Por el momento, el fenómeno más interesante de los que describe Laera es la bilocación. En un instante me vuelve a la mente la visión de mí misma tumbada en la cama. Como si

yo estuviera a la vez allí y en el otro extremo de la habitación. ¿De verdad es posible?

El turno pasa bastante rápido, tengo la cabeza en otro sitio. Me llevo el libro, pero no puedo leer, de manera que solo lo retomo cuando estoy de nuevo en el metro. Una vez en casa leo varias páginas más antes de dejarlo. Estoy demasiado cansada y el tema requiere la máxima atención.

Mejor descansar, porque mañana es sábado y empieza el habitual delirio del fin de semana. En esos días mi turno es de ocho horas y debo soportar unas cuantas filas de ilusos que buscan en las apuestas una vía de escape o una manera de redondear sus ingresos, pero, en lugar de eso, acaban siendo triturados por los tentáculos de un monstruo que disfruta ahogándolos lentamente.

La ventaja de navegar en soledad a través del océano de la Fase Tres es que no debo rendir cuentas a nadie. De nada. Nunca.

Si contara lo que me sucedió la mayoría de las personas me consideraría psicopática. Pero

mientras camino hacia la agencia me vuelve a la mente el capítulo del ensayo de Raymond Laera que leí anoche antes de dormirme exhausta. Esas páginas me dicen que aún estoy sana y que lo que me está sucediendo tiene una explicación.

Esas páginas hacen a un lado el letrero luminoso con la palabra DECLIVE y me informan de que, quizá, mis visiones no sean sino el adelanto de un profundo estado de depresión que me empujará a encerrarme en casa durante varios meses.

Eso sería el final. Encerrada en casa equivale a punto final en Beverly. Punto final en Beverly igual a cero alquiler. En un abrir y cerrar de ojos estaría en la calle de verdad, pero no para asistir a más incendios, sino para dormir envuelta en cartones. El señor Farini no se apiada de nadie.

Entretanto, tengo la impresión de que toda la zona este se ha dado cita aquí hoy. Será que es sábado, será que no llueve en Milán, el caso es que la agencia está abarrotada desde primera hora

de la mañana. Mi turno empieza a las diez y a las once ya no puedo más. Por desgracia, tengo que estar aquí hasta las seis. Hoy no veré a Martin, él nunca viene en los días de mayor afluencia. En cambio, es el día preferido de Mario, el viejo de la gorra, el que aún puede jugar sus cartas. Sé ya qué pasará, al menos, dos o tres horas en la agencia. Él y el grupo de viejos que la frecuenta durante el fin de semana como si fuera un bar.

Dado que es sábado, detrás de las ventanillas no estamos solo Nancy, Garella y yo, sino también un par de chicas que se van alternando. La primera mitad del día la cubre Benedetta, la última recién llegada. Veintidós años, rechoncha, más bien simpática y desenvuelta. Al principio me invitó tres veces consecutivas a tomar un aperitivo en una discoteca, hasta que le hice comprender —con educación— que debía dejar de proponérmelo, porque no pensaba ir. Desde ese día no me habla, a menos que tenga alguna duda sobre cómo usar el terminal y Nancy esté en el baño. En la segunda

mitad del día, en cambio, está Alessia, una treintañera que, en mi opinión, debería fumar menos porros. En el trabajo está siempre desganada, con frecuencia teclea mal e imprime boletos con pronósticos equivocados, cosa que, en el fondo, da igual, basta que el cliente no lo note. Muchos pierden el boleto y se marchan sin verificarlo, sobre todo cuando se trata de listas interminables de eventos. No todos son estrategias como Mario y sus apuestas de capital, o como Martin, con el sistema que nació en las cortes francesas. El problema surge cuando un cliente se da cuenta, porque en ese caso, que se ha producido ya una decena de veces, ella los trata de mala manera, al punto que si nuestro jefe —el propietario, Bertoglio, al que solo he visto en una ocasión en once meses— estuviera presente la echaría a patadas.

En cambio sigue aquí, y nadie le dice nada. No obstante, no creo que tarde en marcharse. No le gusta este trabajo. Mejor dicho, no le gusta

trabajar. Quizá le gustaría malgastar su existencia en un centro social. Quizá será justo eso lo que haga.

El fin de semana detrás de la ventanilla transcurre como el tiempo en *El desierto de los tártaros*. Es un reloj parado. Me vuelvo hacia Nancy, digo dos palabras y vuelvo a mirar la pantalla del móvil. No ha pasado siquiera un minuto. Extraño, porque cuando hay tantos clientes y tantos boletos que rellenar e imprimir la jornada debería volar. Pero no es así. El tiempo no pasa. Se dilata hasta el infinito. Quizá me quede aquí para siempre. Conoceré el final de la eternidad en Beverly Betting.

Con todo, este interminable fin de semana oculta algo significativo. Algo que descubro el domingo por la mañana mientras escucho a un grupo de señores que hablan entre ellos. No son los viejos de la panda de Mario. Son otros más distinguidos, uno de ellos parece conocer bien a Martin. Se lo comento enseguida a Nancy.

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué? —responde ella, absorta en el sms que acaba de recibir en el móvil. Todavía es pronto, son las nueve y media, aún no ha llegado la multitud típica de este día. El único momento posible para charlas fútiles, en pocas palabras.

—Lo que ha dicho ese tipo, ese de ahí, ¿cómo se llama?

—¿Quién, Padella?

—El del impermeable beis.

—Justo, Padella.

—Explícame a qué viene el apodo de Padella<sup>2</sup>  
—digo forzando una leve sonrisa.

—No es un apodo —contesta ella riéndose—, se llama Padella de verdad. El año pasado era candidato en las listas de la zona, por eso recuerdo su apellido.

—Ah. —Lo observo. De hecho, tiene la cara de plástico de los políticos, siempre listo para recitar el guion apenas se le brinde la oportunidad.

—¿Qué ha dicho?

—Creo que estaba hablando de Martin, dado como se lo describía a los demás...

—Sí, se conocen. ¿Y bien?

—Ha dicho que su mujer murió la semana pasada. Algo fulminante.

Nancy alza los ojos del teléfono y exhala un suspiro, no muy afectada, según parece.

—¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Qué le vamos a hacer... supongo que tendría ya sus años.

«Qué coño significa eso», me pregunto, pero no tengo intención de discutir con Nancy. Es evidente que nunca ha perdido a un familiar cercano, porque, de ser así, no habría hecho un comentario similar. No sabe qué significa.

—Ya... —concluyo.

De nada sirve seguir adelante con este pimpón de consideraciones obvias y frases hechas sobre una persona que no conocemos ninguna de las dos. Entre otras cosas, lo que me ha turbado es un sentimiento que no puedo ni quiero compartir con

Nancy. Con nadie, a decir verdad.

La profunda melancolía. La tristeza, el vacío que noté las últimas dos veces que Martin — Padella, hablando con los demás, lo llamó señor Gilberto, o señor Umberto, no lo oí bien— se presentó en la ventanilla.

Yo la entendí. La leí en sus ojos. Tan asfixiante como un nudo en la garganta. Era una sensación real, una ráfaga de viento gélido que lo acompañaba, un velo oscuro en sus iris.

Usó las palabras equivocadas. Estaba convencida de que su mujer lo había dejado por culpa de su ludopatía, que se había marchado después de años intentando en vano que lo dejase. En cambio, no era así. No estaba triste o abatido sin más. Se había quedado solo de verdad. Su dolor era como el mío.

Puede que por eso supe reconocerlo.

—Pero ¿qué demonios estás leyendo? —Nancy cambia de tema mirando el ensayo de Laera, que está al lado del monitor.

—Nada —contesto, y es la última palabra que pronuncio hasta el final del turno.

Me pongo los auriculares y escondo la cabeza en la capucha de la sudadera.

La agonía ha terminado.

Quiero irme a casa y dormir del domingo por la noche al lunes por la tarde, como si el mundo hubiera dejado de existir. Mañana no trabajo y desafío a cualquiera a obligarme a salir de casa.

La voz de Paolo Nutini en los auriculares empieza a entonar *Better Man* y yo, sentada en un banco al fondo del andén del metro, cierro los ojos y me pierdo en la atmósfera íntima y melancólica de la pieza. A veces creo que mi elaboración del duelo es una canción infinita de Nutini, una como la que estoy escuchando ahora. Solo debe terminar. En cambio, prosigue, termina y vuelve a empezar, me acompaña y es maravillosamente triste. A su manera, es algo que quiero superar y que, a la vez,

me gustaría que nunca me abandonase.

Creo que una parte de mí teme volver a la serenidad.

Creo que temo que, una vez superada esta fase, empezaré a olvidar. Olvidar a mi madre, olvidar quiénes éramos. Quizá me quiera inventar una Fase Cuatro y luego una Fase Cinco, como si este laberinto no tuviera salida.

¿Qué querría Delia? Sin lugar a dudas, mi felicidad. Pero ¿y si mi felicidad supusiese tener que cerrar un capítulo de mi vida y perder parte de los recuerdos que me unen a ella? Los recuerdos arañan nuestro interior, son heridas del alma que siguen sangrando. Pero puede que sea eso lo que deseo. Si cicatrizaran de forma definitiva podría olvidar por quién y por qué he sufrido. Podría olvidar a mi madre.

No quiero que eso suceda.

Estoy sentada en la mesita de la zona cocina

del estudio, con los codos clavados en un mantelito rojo y la frente apoyada en la palma de la mano derecha. A veces estamos tan cansados que nos olvidamos de que tenemos hambre, o tan destrozados que vencemos incluso el deseo de dormir.

En casa reina un silencio acogedor.

Después de dos días de charlas, gritos, exultaciones y bromas no veía la hora de dar dos vueltas de llave en la cerradura y despedirme del mundo. Bendita sea esta ausencia de sonidos. Reflexiono sobre lo que me está ocurriendo, extendiendo las piernas bajo la mesa. Aún retumba en mi mente lo que dijo Padella a sus amigos sobre la muerte de la mujer de Martin. Y vuelvo a ver la cara del hombre, su dolor sincero y mal disimulado.

Un compañero de vida que conozco incluso demasiado bien.

### 3

«¿Qué querías decirme ese día en el banco? ¿Qué significaba la frase que no pudiste terminar?»

Así es como me despierto el lunes.

No es la primera vez que me pasa, es un sueño recurrente que me había dejado tranquila unas semanas. Si hay algo que me sigue atormentando, casi un año después de la muerte de mi madre, es no haber podido atribuir un sentido a sus últimas palabras. Pero a saber qué sucede cuando estamos

muriendo, qué maraña de pensamientos se enredan en la mente y qué sale de ellos. Ella trató de decirme algo en el último instante, algo que, tal vez, no tenía ningún significado. De cuando en cuando la veo, de noche, y pruebo a interrogarla. Pero esta vez la visión ha asumido los tonos descoloridos y los contornos degradados de un clásico sueño sin respuestas, confuso e ilógico. Mi petición, un simple anzuelo cargado de esperanza y arrojado a un lago helado.

El único aspecto positivo de mi día libre es la llamada telefónica del concesionario, que recibo a media mañana: ha vendido a *Minnie*. La buena noticia es el tiempo récord en que ha conseguido que una pareja de peruanos comprara el coche. La mala es que había algunas «cosas sin importancia que arreglar» —la correa, las pastillas de los frenos, no entiendo mucho— y que el tipo, al final, solo ha podido darme setecientos cincuenta euros. He cogido el dinero sin protestar, lo he enrollado, lo he sujetado con el pasador de pelo y me lo he

metido en un bolsillo de los vaqueros. Mientras volvía a casa miraba alrededor con mucha más circunspección de la habitual.

Por la tarde he descansado, o quizá me haya limitado a dejar pasar el tiempo chapoteando en la nada. Ni siquiera he podido seguir leyendo el ensayo de Laera. Lo he cerrado después de media página, luego me he arrastrado hasta la noche.

Puede que me haya equivocado en todo.

Viajes astrales, visiones fuera del cuerpo, bilocaciones... gilipolleces. ¿A quién pretendía tomar el pelo? ¿A mí misma? Que haya visto un incendio en un sueño y que después este se haya verificado es pura coincidencia. Y ese chico será la representación de una de mis paranoias. Durante un par de días he querido creer que me estaba sucediendo lo que describe Laera en su libro, porque la alternativa era pensar que necesitaba asistencia psiquiátrica. Casi me había convencido. Pero debo rendirme a la realidad de los hechos. Sigo soñando con mi madre. Me sigo atormentando

por una frase a medias que, con toda probabilidad, no significaba nada.

Lo único que puedo hacer es volver a la rutina cotidiana. Pensar en mi trabajo, rellenar boletos sin cometer errores, poder pagar el alquiler al señor Farini cuando se presente en el rellano. Concreción. Necesito concreción.

Además, quién sabe, quizá llegaré a ser como la amiga de mi familia, la que perdió el juicio. Puede que ella también empezara a enloquecer después de un luto del que ni Delia ni yo sabíamos nada. A veces se juzga a las personas por el comportamiento, desconociendo los factores que lo han desencadenado. A veces nos quedamos en la superficie, observando la podredumbre que emerge, pero la verdad podría estar debajo, en unas profundidades de las que nada sabemos.

Según me dijo la dependienta de la librería, mañana tendrá lugar la presentación de *Fuera de mí*. Si asistiera significaría que doy crédito a lo que he leído y que presumo que me concierne.

Pero lo cierto es que soy solo una joven de diecinueve años que ha perdido a su madre y, con ella, cualquier motivo para ser feliz en esta vida.

No sé qué hora es, pero a mi cuerpo no le interesa. Mis músculos desfallecen en apenas unos minutos, mis párpados se vuelven tan pesados como sacos de plomo, y estoy segura de que en esta posición se me dormirán los brazos, pero no tengo ganas de mover un solo dedo. Estoy cansada y débil, quizá tenga un poco de fiebre. Pensaré en ello mañana. También este día inútil ha llegado a su fin.

El último objeto que veo antes de cerrar los ojos es el ensayo de Laera, que está en el suelo. Lo siento, Raymond, no asistiré a tu presentación.

El escaparate de la librería Feltrinelli refleja a una persona que no soy yo. Una persona que le habría gustado mucho a mi madre. Llevo una falda por encima de la rodilla, una elegante chaqueta

azul oscuro encima de un suéter fino, de color blanco y cuello alto, que heredé de Delia. El pelo castaño, de ondas sinuosas, cae suavemente sobre mis hombros. Me he puesto también las pulseras que mi madre y yo compramos en una feria de pueblo, en el lago de Como. Y el bolso, faltaría más, también he cogido uno.

Sí, maldita sea, estoy aquí. He venido. No he tirado el ensayo a la basura, no he optado por ignorarlo. Y eso porque en las últimas horas no he hecho otra cosa que pensar en la enésima pesadilla, en la enésima visión. De nuevo ese joven, de nuevo sus ojos tristes, sus movimientos lentos, la voz quebrada por la desesperación. Su drama, que no alcanzo a comprender. La desazón, que me confía como si nos conociéramos desde siempre. Han bastado unos instantes para que cambiara de idea.

Estaba sentado en el borde de mi cama.

—Claudia, amor mío...

Me acariciaba un brazo, inclinaba la cabeza

hacia mí, a la vez que susurraba palabras insensatas, y yo estaba paralizada, rígida, sin la menor posibilidad de oponerme, de huir.

—Te echo de menos.

He pensado en ello toda la mañana. He pensado en ello mientras imprimía las apuestas de los clientes de Beverly, durante la pausa para comer. No he podido borrar esa visión de ninguna manera.

—Eres tú, ¿verdad? Tienes que ser tú.

Nos miramos fijamente a los ojos durante unos instantes interminables, unos instantes de alegría y ansiedad, de extrema serenidad y profunda angustia. Vi en sus iris la luz más intensa y la oscuridad más tétrica. Luego, por fin, pude hablar.

—Déjame en paz, te lo ruego —susurré.

Él me sonrió y cabeceó de manera imperceptible.

—Te necesito —Una lágrima resbaló por su mejilla—. ¿Crees que es posible volver atrás?

Por eso estoy aquí.

Estoy aquí porque todo terminó después de esa frase y porque, mientras el joven decía «volver atrás», yo pensaba en Delia, veía a Delia. Veía al loco disparar sin una razón a mi madre, la veía caer al suelo. Volver atrás. Sé que es imposible, pero quiero comprender lo que está ocurriendo. Sé que existe una remota posibilidad de que estas no sean alucinaciones y de que yo sea incluso capaz de...

*Lo que has visto es real.*

Puede que ese joven exista de verdad y que la Claudia con la que cree estar hablando y que nombra cada vez que nos encontramos sea también alguien que él perdió, como me sucedió a mí. Quizá solo me esté buscando porque puedo ayudarlo. Su desesperación me asusta, me inquieta, pero puede que haya una razón: en sus ojos leo el mismo sufrimiento que sentí cuando los acontecimientos me separaron de Delia.

No sé con qué me estoy engañando, pero, sea lo que sea, ahora estoy aquí. No tengo nada que

perder.

Frente a la librería hay ya un buen grupo de personas, a pesar de que aún falta más de media hora para que empiece la presentación. Varios están fuera, en la acera de la avenida Buenos Aires. Charlan, fuman, alguno tiene la cabeza inclinada hacia delante y los ojos clavados en la pantalla del móvil. Puede que yo sea el único ser humano que no está inscrito en Facebook, Twitter u otras redes sociales por el estilo. Nunca me ha gustado la idea de ir contando mi vida por ahí. No me gustaba antes, cuando aún tenía una vida de colores, no digamos ahora.

El escaparate de la Feltrinelli ha sido decorado como corresponde, y ya se pueden ver unas brillantes bolas navideñas entre copos de nieve de poliestireno. En el cristal destaca la expresión segura y firme del autor de *bestseller*, enmarcada en un cartel. Su sonrisa plácida parece

una invitación a participar en el evento, resulta más eficaz que las palabras que lo rodean. Dentro de la librería, pilas de *Fuera de mí. Secretos del cuerpo astral* tan altas como yo. Hombres y mujeres curiosos hojean, comparan, esperan. Casi parece una reunión de un grupo de apoyo psicológico cualquiera. Durante la Fase Dos fui también a uno de estos encuentros. Había encontrado el folleto en un bar y me lo había metido en el bolsillo sin que nadie me viera. Daba la impresión de ser una de esas reuniones en que se comparten cosas, se habla y los presentes emprenden juntos el camino que lleva a la felicidad y demás chorradas por el estilo. Y yo, en esos meses, me aferraba a lo que fuera.

Solo fui una vez.

—¿Has venido a la presentación del libro? — me pregunta la joven que vi el otro día, la que tiene un montón de *piercings*. Solo ahora noto varias mechas moradas en su pelo negro, que hoy lleva suelto.

—Hola —digo simulando sorpresa, manifestando cierto apuro. He perdido la costumbre de las convenciones sociales—. Sí, estoy... estoy leyendo el ensayo.

—Yo también.

Su respuesta me desconcierta. Pensaba que era una de las pocas personas que se adentran en estos temas antes de haber cumplido veinte años.

—Entiendo.

La joven me escruta con cierta desconfianza, pero sonrío. Tiene una mirada astuta, inteligente. Si bien debe de tener mi edad, da la impresión de que sabe lo que hace.

—No eres de muchas palabras, ¿verdad? —me pregunta cruzando los brazos.

—Puede ser.

—Pero estás leyendo este ensayo, así que ríndete. Tenemos algo en común, al menos un tema de conversación.

Vamos, Veronica, haz un esfuerzo. Sonríe de una vez por todas, sé amable.

—No sé.

Podía haber hecho algo mejor. En el fondo, incluso mi parte cínica, que domina cualquier otra característica de mi persona desde hace meses, sabe reconocer a una joven cordial y, a su manera, simpática.

—Me llamo Mila —dice tendiéndome la mano.

La miro por unos instantes y, al final, no puedo por menos que soltar una torpe carcajada, a la vez que le estrecho la mano ligeramente.

—¿Como la de los dibujos animados? ¿La jugadora de voleibol?

—Exacto. Menudos bromistas, mis padres, ¿eh?

—Bromistas.

—¿Tú también tienes un nombre? ¿Debo adivinarlo?

—Veronica.

Por mi lado pasa una fila de seis, siete personas, que se dirigen al sótano, donde va a tener lugar la presentación. Pregunto a Mila a que

se debe que, dado que el autor es tan apreciado, no hayan elegido un lugar un poco más grande para la conferencia. Ella me contesta que, en realidad, en Italia aún no ha tenido mucha resonancia. En los escasos minutos que paso con la dependienta, que, según descubro, es apenas un par de meses más joven que yo, comprendo la diferencia que hay entre ella y Alessia, mi compañera de Beverly. Si bien las dos parecen ser miembros de un centro social, la que trabaja con nosotros está en la agencia por casualidad, y estaría mucho mejor bajo un árbol del parque Sempione, fumando porros hasta el final de sus días; en cambio, Mila es un volcán de intereses y pasiones. Estudia bachiller lingüístico, sueña con convertirse en intérprete, frecuenta las exposiciones de Palazzo Reale y lee un número increíble de libros. Novelas, ensayos, todo lo que despierta su interés. El de la librería no es un simple trabajo para ella, sino *el* trabajo. Hoy lleva puesta una camiseta con una frase estampada: READING IS MY BREATHING.

Cuando bajo y me siento en la sala, en una de las últimas filas, me sorprendo pensando que, desde la muerte de mi madre, no había vuelto a tener una conversación de ese tipo con una coetánea. Luego pienso en el calendario y me doy cuenta de que dentro de nada hará un año. Cierro los ojos por un instante.

Un año.

Un año desde el Día Sin Sentido. Un año sin ti, mamá.

Un año que me ha cambiado como persona, arrastrándome a través de fases siempre nuevas y diferentes. He sufrido, he reconsiderado mi vida, he vuelto a empezar desde cero, he trabajado, he llorado, he odiado el mundo, he empezado a aceptar los hechos como son. Pero aún no he salido de ello.

—¿Qué hace una chica tan joven en una reunión de matusalenes como esta? —La voz procede del asiento que hay a mi izquierda—. ¿Eres una *blogger* literaria?

Me vuelvo de golpe. Un hombre de unos treinta años, abrigo corto y gris, suéter beis, el pelo corto y castaño y mirada viva me sonrío, aguardando mi reacción.

—No —me limito a responder.

Me tiende la mano.

—Me llamo Samuele —se presenta— y juro que solo he venido movido por un riguroso objetivo científico.

Estrecho su mano, titubeante, mientras él añade en voz baja:

—Quiero decir que no oigo voces.

—Menos mal —digo, fingiendo que le sigo la corriente. En realidad, espero que el autor aparezca lo antes posible y me salve de este intento de acercamiento.

—Creo que esa señora de ahí las oye —insiste.

Me vuelvo hacia la persona que Samuele está mirando. Se trata de una mujer de mediana edad, que está sentada sola en la fila de delante, a la derecha, y que gesticula dirigiéndose a nadie en

particular.

—¿Paolo? ¿Me oyes? Tengo que hablar contigo... ¿por qué no respondes? —La señora parece desconsolada, de forma que repite de nuevo la invocación, esta vez en un tono más alto e irritado.

De repente se quita un auricular *bluetooth* de la oreja derecha y sacude la cabeza. Se vuelve y me mira a los ojos:

—Aquí no hay cobertura. Disculpen.

Asiento con la cabeza, pero apenas se vuelve me sorprendo conteniendo una risotada, un caso único, más que raro, y me vuelvo hacia Samuele. Él alarga los brazos y arquea las cejas, luego sonrío conmigo, divertido.

—Pero no me has dicho cómo te llamas —dice fingiendo que frunce el ceño.

—Veronica. Me llamo Veronica.

De repente, el vocerío aumenta y todos se vuelven hacia la izquierda, hacia la parte opuesta del sótano. Por la escalera acaban de bajar una

mujer, un joven alto y delgado con una tableta en las manos y Raymond Laera.

Es curioso cómo ciertas personas poseen por naturaleza aspecto de persona famosa. Esa cara, que parece salida del set de una película, siempre perfecta, con la expresión comedida, seleccionada en función del momento. Como si recitaran un guion eterno. No es solo cuestión de maquillaje sino de actitud, creo. Una manera de ser.

El público presente en la sala, que ocupa todos los asientos y se extiende en el cordón circular de curiosos que están de pie detrás de la última fila, aplaude. Me uno a ellos. Entretanto, los tres se acomodan detrás de la mesa en que están apoyados los micrófonos, y yo me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí. Sea como sea, he venido. En los últimos tiempos tengo la impresión de estar viviendo la vida de otra persona.

En la introducción descubro que la mujer es la responsable de ensayística de la editorial que ha publicado las obras de Laera, en tanto que el joven

esmirriado es el responsable de la organización de eventos. Así pues, nada de intérpretes. No tardo en enterarme de que Laera no solo nació en Dolo, en Veneto, sino que trabajó también varios años como psicoanalista y asesor de la Universidad de Padua. En cambio, sus padres, que aún viven, son originarios de Boston, ciudad a la que Raymond volvió cuando tenía unos treinta y cinco años para proseguir con su actividad de investigación, a caballo entre la psicología y la parapsicología. Si en casa me pudiera enganchar a una maldita wifi me habría podido enterar de todo esto en internet.

Alrededor de mí, incluso el adulto más adulto es más joven que una servidora. Todos trajinan con los móviles, las tabletas y los auriculares *bluetooth*. Cuando Laera empieza a hablar sacan fotografías, lo filman o incluso hacen comentarios de todo tipo *online*. En este periodo histórico soy una extraterrestre, no tengo nada que ver con la raza humana. ¿De qué planeta procedo? A buen seguro del planeta de los que asisten a una presentación

sin distraerse ni trajar con el teléfono. Entre otras cosas, aquí abajo apenas hay cobertura.

El autor viste un suéter ligero de color negro, con el cuello de pico, y unos pantalones marrones. Su cara está enmarcada por una barba gris más tupida que la que aparece en los folletos publicitarios. Los ojos son los mismos. Reconfortantes. Profundos. Verdaderos. La manera de hablar, en un italiano perfecto, alterado solo de vez en cuando por un deje estadounidense, es serena y resuelta a la vez. Podría contarme que los extraterrestres han desembarcado en la plaza del Duomo, que yo estaría pendiente de cada una de sus palabras. Tiene algo que, quizá, caracteriza a todos sus compañeros de profesión, y que lo asemeja a un motivador: es magnético. Tiene un carisma notable, que transmite incluso cuando no habla. Cuando le pasan la palabra saluda a los presentes con una leve inclinación de cabeza, y recibe otro aplauso fragoroso.

—Siempre es un placer volver a casa —dice

aprovechando que los aplausos van menguando—. Como muchos de vosotros sabréis, por mis venas corre sangre italiana. Esta noche estamos aquí no solo para presentar mi nuevo libro, sino también para charlar sobre un tema que, sin lugar a dudas, despierta vuestra curiosidad, al igual que despertó la mía hace ya muchos años, cuando empecé a estudiar estos fenómenos. Así pues, hablaremos del mundo astral, de la posibilidad de franquear el umbral de nuestra corporeidad terrenal y la esencia anímica. Hablaremos de conciencia, de alma, de vida después de la vida, hasta que tengáis tanta hambre que acabéis suplicándome que me calle.

El público de la sala se ríe. Raymond guiña un ojo, demostrando que es un orador experto y sabio. A saber cuántas veces habrá declamado esta introducción, como un presentador experto, que sabe qué ocurrencias provocan invariablemente la risa y los aplausos de la platea y las convierte en su punto fuerte.

Salta a la vista que la mayoría de las personas presentes en la sala están familiarizadas con estos temas. Se nota en las preguntas que le hacen durante el encuentro —Raymond interactúa mucho con el público, que no deja escapar la ocasión— y por la competencia en la materia. Quién sabe si algunos de estos lectores habrán vivido también en primera persona una experiencia extracorporal. Quién sabe si yo misma lo habré hecho.

—Se ha demostrado la implicación del giro angular del lóbulo parietal derecho en los procesos de percepción del propio cuerpo en el espacio —dice en cierto momento Laera—. Las lesiones orgánicas o funcionales de este punto alteran la percepción correcta de nuestro esquema corporal. No obstante, este análisis neurofisiológico no es suficiente para explicar las EFC, y cuando mis eximios colegas —muchos de ellos lo han convertido en una cruzada— tratan de reducir las experiencias fuera del cuerpo a simples fenómenos patológicos del cerebro, yo... bueno, yo

escribo un nuevo ensayo para acallarlos.

Nuevas risas quiebran el silencio religioso que reinaba en la sala.

Un señor levanta la mano, la responsable de la editorial lo invita a hablar incluso sin micrófono.

—¿Qué piensa de los *déjà vu*?

Raymond asiente con la cabeza, mira fijamente la mesa y a continuación acerca los labios al Sennheiser.

—Los médicos sabemos que, además de las actividades relativas al lenguaje, el lóbulo temporal desempeña un papel crucial en la integración de las emociones y los comportamientos. Por eso una disfunción patológica de esta estructura genera una serie de alteraciones de los sentidos, de las emociones y del comportamiento, y también de la percepción del tiempo. Pensar que hemos visto o vivido ya una escena, como sucede en los *déjà vu*, podría ser el resultado de dicha alteración, al igual que la sensación de extrañeza en un lugar que es, en

realidad, familiar, denominada *jamais vu*.

—Por su respuesta —tercia una mujer sentada a mi lado— se diría que la motivación es puramente fisiológica.

—Eso parece. —La era desenrosca el tapón de un botellín de agua y vierte el contenido en un vaso.

—¿Significa eso que se trata solo de una disfunción?

—Le estoy hablando de la fisiología cerebral, del estudio de las partes anatómicas responsables de actividades mentales que consideramos inexplicables y que, en opinión de muchos, están más próximas a la metafísica que a la física. Pero debemos estar muy atentos, o acabaremos dando la razón a mis detractores. Una cosa es la modalidad de realización, que podemos estudiar, y otra el significado de lo que sucede y lo que lo ha inducido. En pocas palabras, nosotros descubrimos que funciona de esa forma, cuál es el grupo de neuronas que se activa. Pero esto solo

nos explica *cómo* sucede.

—Por supuesto... —Puede que sea la única, además del señor que está sentado a su lado, que oiga la voz imperceptible de la señora.

—Un gran pintor pinta un cuadro que será un icono y un modelo para la eternidad—prosigue Laera—. La obra se ha originado en su cerebro, deriva de una visión que definiría mística. Gracias a las neurociencias podemos saber cómo sucede, por descontado. Pero *¿sabemos por qué?* *¿Sabemos* cuál es su verdadero origen? *¿Podemos* explicar qué ha inspirado la obra maestra?

—En definitiva, según usted —dice la voz ronca de un anciano que está en la segunda fila, superponiéndose a la del orador—, a la ciencia aún le queda mucho por hacer...

—Estoy convencido. No hace mucho que los estudios en este ámbito han empezado a tener en consideración un material que antes se arrojaba con desdén a la caldera de la parapsicología. Hoy en día estamos más abiertos y dispuestos a

implicarnos, y yo, sin falsa modestia, me considero un pionero de esta mentalidad moderna, que investiga la conciencia en función de nuevos paradigmas. Algunos incluso desarrollan teorías cuánticas que suponen que nuestra conciencia no es expresión de una realidad física local.

—¿Qué significa eso? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma. Sí, he sido yo la que ha hablado, si bien solo me doy cuenta después de haberlo hecho. A mi lado, Samuele alza el pulgar en señal de aprobación.

—Significa que algunos suponen que el cerebro funciona como una antena capaz de captar el campo de conciencia, pero que no es la auténtica sede ni la causa de la conciencia.

La mujer que está a mi derecha insiste:

—Disculpe, pero un cerebro sano es consciente. Un cerebro que ha sufrido lesiones está en coma. Así pues, la conciencia debería residir en el cerebro y funcionar solo cuando no hay patologías.

—Por supuesto, eso es lo que creemos o lo que podemos limitarnos a observar con los medios de los que disponemos en la actualidad. Pero no hay que excluir la visión cuántica. Si, de acuerdo con una física de carácter no clásico, la conciencia es un campo no local y el cerebro, una simple antena capaz de conectarse con dicha estructura, es evidente que un órgano sano podrá establecer dicho puente, mientras que un órgano lesionado no podrá hacerlo.

La señora asiente con la cabeza, se rinde. Puede que quisiera rendirse. Que tratara de poner a Raymond en un apuro con la esperanza de que este supiera defenderse. Por lo visto, el doctor está armado hasta los dientes y está aquí para revelarnos algo importante.

Mientras Laera retoma el discurso y nos cuenta varias anécdotas sobre los centros de investigación que ha abierto en Boston, yo empiezo a desconectarme de lo que me rodea. No sé si es una alteración de la atención —cuando era

niña me sucedía a menudo—, pero me cuesta seguir las palabras del profesor. Es más, entre las paredes de mi cráneo su voz empieza a ser como una cantilena que me arrastra a otro lugar. Mis párpados empiezan a temblar, a la vez que todo lo que me rodea vacila y los contornos de los objetos y las personas se van difuminando hasta nublarse por completo. Es lo mismo que se siente cuando nos dormimos mientras conducimos un coche. Me sucedió en una ocasión, y mi madre estuvo a punto de prohibirme que volviera a usar a *Minnie* para siempre.

No consigo estar erguida.

Mi busto oscila, apoyo una mano en el muslo de la señora que está a mi lado para mantener el equilibrio, a la vez que retumba, suspendida de forma irreal, la risa del público, que celebra la enésima ocurrencia de Raymond Laera.

Pierdo por completo el control de mi cuerpo.

Silencio.

Sonidos indistinguibles. Tañidos.

Más risas. Lejanas. Aplausos.

Una vibración. Sube rápidamente al cuello, tan intensa como una descarga de alto voltaje. Tiemblo. ¿Es mi cuerpo? ¿Soy yo? ¿Estoy soñando?

De improvviso, me siento ligera. Tan ligera como una pluma volando. La sala se mueve en torno a mí. Absurdo, está... *bajando*. Miro alrededor, todos están vueltos hacia mí. O, mejor dicho, observan un punto que hay debajo de mí. Cada vez más abajo.

No, me equivoco, soy yo la que me estoy elevando. Tengo miedo de volverme, lo hago poco a poco, estar suspendida en el aire me produce una sensación de delicadeza y serenidad absoluta. Cuando, por fin, puedo ver el punto que llama la atención de todos, mi sorpresa es total, pero no por ello me asusto. Estoy ahí abajo. Mi cuerpo yace en el suelo, varias personas se han

arrodillado alrededor de él. Ahora logro distinguir las voces, acompañadas de un leve eco, que retumba en las paredes de la librería.

—Se cayó de repente.

—¿Hay un médico en la sala?

—Agua, rápido.

—Aléjense, por favor, dejémosle un poco de aire.

—¿Respira?

Están hablando de mí. Me están hablando *a* mí. Pero yo tengo los ojos cerrados. Y cuanto más me miro más deseo alejarme. He experimentado ya esta sensación, la de sentir mi espalda atraída por el techo. La de mirarme a mí misma desde un punto de vista diferente. Me muevo hacia la mesa a la que están sentados la responsable de la editorial y el joven delgado. Laera no está con ellos, porque se ha arrodillado al lado de mi cabeza y trata de reanimarme. Una parte de mí desea que no lo

consiga. Puede parecer absurdo, pero es verdad, me quedaría eternamente en este estado. Siento una sensación de bienestar que me resultaría difícil de explicar si me lo pidieran. Es como estar sumergida en un océano de emociones y sentir el placer de ahogarse en él. Un alivio completamente nuevo, como si todas las preocupaciones y las viejas historias se hubieran quedado en el suelo. Desde la muerte de mi madre es la primera vez que me siento realmente viva.

Hasta que veo algo que no debería ver.

## 4

¿Cuánto ha durado? ¿Segundos? ¿Minutos?  
¿Horas?

Es la primera duda que me asalta apenas abro los ojos en mi cuerpo. No sé cómo he vuelto a entrar en él. Ha sucedido a la velocidad con la que un rayo desgarrar el cielo. Ha sucedido sin más. Pero no estoy tumbada en el suelo de la librería. No estoy rodeada por el público que asiste al encuentro.

Estoy sola.

Estoy sola en una habitación de paredes blancas. Un hedor a lejía flota en el aire. Me vuelvo hacia la izquierda y entreveo el tubito de un gotero. Mi mirada se desliza por él hasta llegar a mi brazo.

—Fantástico —digo tosiendo.

Además del tubo diviso el contorno de otra cama de hospital, pero en ella no hay nadie tumbado, está hecha, lista para ser usada. Estoy sola en la habitación. Mi bolso está en una silla, al lado de la cama, mi ropa a saber dónde. Con el brazo libre levanto la sábana y veo que solo llevo puesto un camisón blanco, que me llega a mitad de los muslos.

Espero. Espero a que venga alguien. Y pienso.

Ví algo antes de que todo se desvaneciera. Sí, estoy segura. Vuelvo a ver hasta los menores detalles, no podría olvidarlo de ninguna forma. Pulso un botón en la pared, a mi espalda, debería servir para pedir ayuda. En un par de minutos una enfermera entra en la habitación. El pelo rubio

platino, ondulado, y la cara cuadrada, con una de las mandíbulas más anchas que he visto nunca en una mujer.

—Veronica —dice esbozando una sonrisa velada por una punta de compasión, como si fuera una hermana mayor y me mirara con los ojos del que piensa que has organizado una buena.

—¿Qué hago aquí?

—Tranquila, todo va bien. Nos contaron lo que te pasó.

—Cuéntemelo.

—Te desmayaste durante la presentación de un libro. ¿No era interesante?

Resoplo, me vuelvo hacia la derecha y veo, al otro lado de las ventanas, una hilera de luces rojas encima de un edificio que destaca sobre los demás.

—¿Tengo algo malo?

—No, en absoluto. Puede que te bajara la tensión. En la sala había un médico que trabaja en este centro, llamó a una ambulancia, por eso estás

aquí.

—¿Aquí...?

—El nuevo Centro de Medicina Baroni, en Bicocca. Supongo que nunca habías estado. Abrió hace unos años.

—¿Es un hospital?

—Una clínica privada, para ser más precisa.

Guiño los ojos, arrugo la frente y pregunto a la enfermera, que no logra sostener mi mirada:

—¿Privada? Pero si no tengo un céntimo. No me la puedo permitir.

—No te preocupes. Si te internan por indicación de un profesional de la Baroni no debes pagar. Solo queremos cerciorarnos de que estás bien.

—Estoy de maravilla. Dígame dónde tengo que firmar para poder marcharme.

—Vaya unas prisas...

Es evidente que esta tía no me ha entendido. Necesito salir y encontrar a Raymond Laera. Tengo que contarle lo que vi.

—¿Qué hora es? —pregunto.

En la habitación no hay relojes colgados. Solo un pequeño televisor fijado en lo alto de la pared que hay frente a las camas.

—Las veintiuna y cuarenta y cinco.

—Hostia.

Me mira de través.

—Aquí todos pensamos que deberías quedarte en observación esta noche, dado lo tarde que es... pero eres mayor de edad. Si quieres pedir el alta no podemos impedírtelo. En el fondo, no tienes nada, ni siquiera te golpeaste la cabeza. En cualquier caso, podrías ser más amable con el personal médico, eso sí.

—Necesito hablar con el autor del ensayo.

—¿El de la presentación?

—El mismo. ¿Puede darme el bolso, por favor?

La enfermera me contenta y después se despide diciendo que volverá con el formulario del alta. Apenas recupero mi móvil llamo a un servicio

automático para pedir el número de la librería. Lo recibo al cabo de poco tiempo con un sms. Lo marco.

—Feltrinelli de la avenida Buenos Aires, buenas noches —responde una voz femenina.

—Menos mal —contesto, y noto que, pese a estar inmóvil en la cama, estoy jadeando—, aún estáis abiertos.

—Cerramos en diez minutos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy la chica que se sintió mal durante la presentación del libro.

—¡Veronica!

Solo entonces reconozco la voz. Es Mila.

—Ah, eres tú. Por suerte. Perdona, necesito que me hagas un favor. Quizá puedas...

—Dime.

—Tengo que hablar con Laera.

Se produce un instante de silencio. Lo último que esperaba oír. Silencio igual a obstáculos.

—La verdad es que se ha marchado ya.

Después de lo que te ocurrió, el autor decidió dar por terminada la conferencia y firmar las copias del ensayo. Luego se marchó con la mujer y el tipo de la editorial.

—Caramba. Tengo que decirle una cosa.

«Debo decirle que lo sé.»

—No sé cómo puedo ayudarte.

Tengo una intuición. En el fondo, no debo de estar demasiado mal.

—Supongo que tendréis un contacto, una persona de referencia que os ayudó a organizar el encuentro...

—Espera que lo pregunte.

No me movería de aquí por nada del mundo.

Mientras aguardo a Mila, la enfermera vuelve con los documentos del alta. Con un ademán de la cabeza le pido que los deje sobre la mesita. Ella señala el gotero, debe quitármelo. Extiendo el brazo izquierdo; entretanto, al otro lado de la línea oigo las voces de las dependientas.

—¿Tienes algo para escribir? —me pregunta

Mila.

—La verdad es que... no. En este momento no.

—Te mando un mensaje con el móvil al número desde el que me estás llamando, ¿vale?

—Eres muy amable, Mila.

—Pero ¿tú estás bien?

«Pero ¿tú estás bien?»... debe de hacer un siglo que nadie me hacía esta pregunta con la entonación del que se interesa de verdad por mi salud. Además, en este caso, quien me la hace es poco menos que una extraña.

—Sí, no me hice nada, pero tengo que hablar con Laera. Si me dejan.

—De acuerdo. Si necesitas a alguien con quien charlar un poco sobre lo que ocurrió... bueno, recibirás mi número dentro de poco con el mensaje.

—Gracias, Mila. Te debo un favor.

—No me debes nada.

La enfermera me quita el gotero y, con un salto que me sorprende incluso a mí misma, bajo de la

cama. Puedo marcharme. Pero justo cuando estoy firmando la hoja del alta entra un médico en la habitación.

Parece muy joven, tiene la cara afeitada, el pelo castaño y corto, y los ojos grandes, que confieren al rostro una expresión brillante, aguda. Limpia con un pañuelo los cristales de las gafas, de montura negra y gruesa. Luego se las pone. Tengo la impresión de haberlo visto ya. Claro que lo he visto. Me cuesta recordar su nombre, pero estaba sentado a mi lado en la librería, aunque quizás entonces llevaba lentillas. Comprendo enseguida que él fue el que me socorrió y llamó a la ambulancia.

—Pero ¿cómo? ¿Te marchas ya? ¿No te gusta la decoración? —bromea.

—Usted debe de ser... —Alzo ligeramente la mirada del folio.

—Sí, soy yo. —Se acerca a mí—. Samuele. Pero ¿no nos tuteábamos?

Levanto el bolígrafo de la página después de

haber realizado uno de los autógrafos más torcidos de mi vida.

—¿Se los doy a usted... *a ti*, los formularios?

—No, a la enfermera. En cualquier caso, gracias, ¿eh?

—Disculpa, es cierto. Gracias por haberme socorrido.

—De nada. —Sonríe, parece que este asunto le divierte de verdad. En otra vida quizás apreciaría esta manera de comportarse. Pero esa vida terminó hace un año. No puedo negar que el médico es un hombre muy atractivo. Además, me parece muy joven para este trabajo. Apostaría hasta el dinero que no tengo a que no tiene más de treinta y cinco años.

—Empecemos de nuevo. Me llamo Samuele Mora —dice tendiéndome la mano—. Sam, para los que aún no han cumplido los treinta.

—Veronica Argenti. —Se la estrecho.

—Te perdiste el momento de los autógrafos —dice para picarme.

—Da igual, había dejado el libro en casa.

—Ah, así que lo estás leyendo. Yo debo de saberlo de memoria, lo leí en inglés. Es extraordinario.

—De forma que a ti también te gusta el tema...

Samuele me mira con aire malicioso, guiñando los ojos. Da la impresión de que quiere enviarme un mensaje valiéndose de la fuerza del pensamiento. La enfermera —totalmente ajena a la conversación— sale sin despedirse de mí, con los documentos del alta en las manos.

—Por decirlo de alguna forma, sí... me gusta el tema. Soy neurocirujano.

—¿Sabes dónde está el doctor Laera ahora? — Mi precipitación le hace soltar otra risotada torpe.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar con él.

—¿Qué pretendes, Veronica? —Me mira de través. Pero la suya no es una mirada acusatoria sino más bien curiosa.

—Necesito encontrarlo, cuanto antes.

—Será difícil, ¿sabes? Mientras firmaba dijo que tenía que coger un avión a las once, once y media...

Me quedo petrificada, con una expresión de asombro que transforma a la joven que está frente a Samuele en una hilera de sutiles arrugas de perplejidad. En este momento recibo el sms de Mila con el número del responsable de los eventos, el tipo esmirriado que entró en la sala con una tableta en las manos.

—Maldita sea. No tengo tiempo. ¿Te importa que me vaya ahora? Tengo que vestirme y... en fin...

—No te preocupes.

—Gracias de nuevo por haberme ayudado — concluyo en tono frío, indiferente. Mi especialidad.

El doctor Mora asiente con la cabeza, esbozando una leve sonrisa, se vuelve y sale.

Abro el único armario de la habitación y encuentro la ropa que llevaba puesta en la

presentación, la que tanto le gustaba a Delia. Tardo unos minutos en vestirme y, entretanto, tecleo el número de la oficina de eventos.

—Entienda, señora —dice el tipo con una irritante voz nasal—, que no estoy autorizado a darle el número privado del profesor Laera.

—De acuerdo, pero dígame al menos de qué demonios de aeropuerto tiene previsto partir. Luego me las arreglaré sola.

—Tampoco puedo decirle...

—Se lo ruego —digo alzando la voz. Si este tipo cuelga en mis narices no tengo otra posibilidad y el profesor se irá sin que yo me entere de lo que vi mientras estaba fuera de mí, como en el título de su ensayo de millones de dólares, que en la edición italiana se ha mantenido en el idioma original—. Es muy importante, créame.

—Sale para Fráncfort dentro de una hora, más o menos. Desde Linate. Si le preguntan quién le ha dado la información le agradecería que no dijera

que he sido yo.

—¡Perfecto! —Cuelgo e inspiro hondo. Luego meto el teléfono en el bolso y miro alrededor para asegurarme de que no me dejo nada olvidado en la habitación.

Se inicia mi carrera contra el tiempo.

## 5

Tras atravesar un laberinto de pasillos, me dirijo a la planta baja.

Todo parece nuevo, como un juguete recién desempaquetado. No sabía nada sobre esta clínica privada, pero, a decir verdad, no soy de los que frecuentan este tipo de centros. La zona de Bicocca, por otro lado, está en la otra punta de la ciudad, de forma que nunca tengo ocasión de venir por aquí.

Las puertas automáticas de la salida se abren a

mi paso. Lo primero que debo hacer es una panorámica del área que hay delante de la entrada para ver si hay algún taxi. Tiene que haber taxis.

No hay ninguno.

Entro de nuevo y me acerco al mostrador de información en forma de media luna, donde una joven con unas curvas excesivamente pronunciadas está apilando unos folios. Al verme esboza una amplia sonrisa:

—¿Necesitas ayuda?

—Yo... un taxi. ¿Puede llamarme un taxi?

—Por supuesto, un segundo.

Me torturo un mechón de pelo mientras espero. A mi alrededor, un vaivén de médicos y enfermeras, un paciente en silla de ruedas, y varios parientes aburridos que pasean de un lado a otro del pasillo principal con la cabeza inclinada y las manos cruzadas a la espalda, absortos en pensamientos y temores inescrutables.

—Dubai70 en cuatro minutos —me dice la joven después de colgar.

—¡Perfecto!

Doy media vuelta y salgo. Cada vez más a menudo, en esta interminable Fase Tres, me olvido de dar las gracias a los que hacen lo que les pido y salgo del paso con una exclamación como «perfecto» o «magnífico». Soy muy consciente de que esta es la Veronica egoísta que jamás he sido. Mi madre no se sentiría orgullosa de mí, me educó de otra manera. Lo sé. Pero Delia ya no está conmigo y a menudo la detesto por ello, al igual que detesto a todos los que, en cambio, siguen aquí dando la lata.

Nada más salir de la clínica empiezo a enrollar de nuevo el pelo con los dedos y echo un vistazo al móvil. No me había dado cuenta. He recibido otro mensaje de Mila: SI QUIERES, MAÑANA TENGO LA TARDE LIBRE. ¿TOMAMOS UN CAFÉ?

¿Cómo era tener una amiga?

Casi no me acuerdo. Trato de recuperar imágenes del pasado mientras espero a que llegue Dubai70. Pero las imágenes son tarjetas postales

descoloridas, encuadres desenfocados. Estoy segura de que todos mis amigos del instituto, que, sin lugar a dudas, deben de ser muy activos en las redes sociales, se han reunido al menos una vez en el último año. Ninguno me ha llamado. La única manera de invitarme era coger el teléfono, dado que no estoy inscrita en esos portales. ¿Se sigue tecleando el número de una persona para invitarla a salir? ¿Llamar se ha convertido en una pérdida de tiempo, como escribir una carta a mano?

A decir verdad, sé por qué no me llamaron. De una forma u otra se enteraron de lo que le había ocurrido a mi madre. Los rumores circulan. Y no quisieron verse en un apuro. Prefieren pasar la noche contándose viejas anécdotas o recordando las caras y las maneras de los profesores sin que ninguno meta la pata sin querer, deba compadecerme a la fuerza o se sienta obligado a intercambiar dos palabras sobre lo sucedido.

No se lo reprocho, pero tampoco los considero amigos míos. Solo son antiguos compañeros de

colegio. Sea como sea, ¿qué contesto ahora a Mila? La primera persona desinteresada que me invita a beber un café por el mero placer de pasar un poco de tiempo juntas, de conocernos mejor. «Pero ¿tú estás bien?» Sus palabras vuelven a mi mente como una agradable ola que moja mis piernas mientras estoy sentada en la orilla. Da gusto, sí. Da gusto que alguien se preocupe por uno. Sobre todo si es un desconocido, alguien a quien no nos une una relación de parentela o de amistad que imponga cierto tipo de comportamiento, lleno de frases hechas.

En cualquier caso, no me apetece.

Pulso en «responder», reflexiono unos segundos más, y, antes de que Dubai70 pare delante de mí, contesto: MAÑANA TRABAJO TODO EL DÍA, LO SIENTO.

Después meto el teléfono en el bolso y me acomodo en el taxi, preguntándome si he hecho lo que debía. Podría haber sido más cordial con la única persona que me ha demostrado un mínimo de

simpatía. Maldita sea la Fase Tres, Veronica. Maldita seas.

—¿Adónde vamos, guapa?

«Empezamos mal...» Escruto la mirada del hombre en el espejo. Tiene una barba descuidada, el pelo grasiento. Esboza una sonrisa que trata de ser amistosa, pero que no pasa de ser una lánguida expresión de pervertido. Cosa que, por otro lado, no se aleja mucho de la realidad.

—Aeropuerto de Linate, lo más rápido que pueda —contesto en tono monocorde.

No daré a este tipo la menor oportunidad de pegar hebra. Es más, haré algo mejor. Saco los auriculares del bolso, los conecto al teléfono y me pongo a escuchar música. Él mete la marcha sin dignarse siquiera a mirarme.

Mientras Rufus Wainwright canta *Cigarettes and Chocolate Milk* en los auriculares, la Veronica indefinida que soy ahora vuelve a echar un vistazo a los mensajes del móvil y recupera el de Mila. No se merecía una respuesta así. Una

parte de mí querría escribirle que quizá podríamos tomar un aperitivo antes de cenar. Pero no puedo, es inútil.

Mientras el taxista enfila la circunvalación interna y las luces de la ciudad envuelven en un mágico contorno nuestra carrera nocturna contra el tiempo, el móvil vuelve al interior del bolso y mi mirada se pierde al otro lado de la ventanilla. Empiezo a pensar que no lo conseguiré. En el cruce con la calle Melchiorre Gioia, un reloj clavado en lo alto de una barra marca las diez y treinta y cinco. No he entendido bien a qué hora despega el avión de Laera, pero debo calcular que embarcará una media hora antes. Si bien el taxista serpentea entre los coches con agilidad, tengo la impresión de que no ha comprendido que tengo mucha prisa.

—¿Puede... correr? —pregunto a la vez que me quito un auricular y lo miro por el espejito, sonriente. Él me mira a su vez arqueando una ceja. No responde.

Acto seguido, hunde el pie en el acelerador.

El taxímetro se encabrita también. Sé que estoy despilfarrando un montón de dinero y que no lo recuperaré. En el bolso llevo los setecientos cincuenta euros que he ganado con la venta de *Minnie*, pero los necesito para pagar el alquiler y el resto de los gastos. El trayecto de Bicocca a Linate no me costará menos de treinta euros. La pantalla marca ya catorce y pico. No hagas gilipolleces, Verónica.

A medida que nos vamos acercando a la zona del aeropuerto me vuelve a la mente lo que vi. Podría haber sido una alucinación, desde luego. Una visión causada por la pérdida de conocimiento. Quizá sean los primeros síntomas de la esquizofrenia. Quizá todo —el incendio, el joven que apareció en mi casa, lo que ocurrió en la presentación— obedezca a una patología grave que aún no logro aceptar. Solo hay una persona que pueda confirmarme lo que vieron mis ojos, con no poca sorpresa, mientras flotaba en el aire

en la librería. Pero, por lo que sé, esa persona podría haber pasado ya los controles aduaneros. Y yo no puedo franquear ese punto sin una tarjeta de embarque.

—Estas obras del carajo... —dice de repente el taxista.

—¿Cómo?

Me quito los auriculares y los enrolló, nerviosa. La pantalla del móvil marca las 22.53. No voy a llegar a tiempo.

—Toda la zona del Idroscalo está levantada por obras. Pasaré por Forlanini.

—¿Llegaremos a las once? —Niego con la cabeza como si me estuviera respondiendo sola.

—No lo sé, no me llamo Senna.

La ocurrencia no es muy oportuna. ¿Con todos los pilotos que podía nombrar el taxista debía citar precisamente a uno que murió estrellándose a trescientos kilómetros por hora?

Desvió la mirada del espejito, vuelvo a mis problemas. El tiempo vuela y cada minuto que

pasa siento que el profesor se va alejando de mí. Tengo que mirar a la cara a Raymond Laera y decirle lo que vi. Lo que *leí*. Pero no podré hacerlo si no llego a tiempo.

Apenas el taxista se para delante de la entrada de salidas del aeropuerto de Linate pongo dos billetes de veinte euros en las manos del hombre y me apeo a toda velocidad. En realidad, eran treinta y ocho con setenta, pero no tengo tiempo de esperar el cambio. Puede beberse un café a mi salud.

Una vez dentro, corro a buscar un monitor con la lista de los vuelos. Lo primero que miro es la hora: las 11.06. Luego lo identifico entre los aviones en salida: Fráncfort. Es ese, sin duda. Despega a las 11.45. Si bien aún no parpadea la palabra «embarque», supongo que empezará a hacerlo en unos minutos. Me dirijo a toda prisa al sector A5. Cuando estoy cerca de la fila del detector de metales, miro alrededor. Examinó una a una las caras de las personas de la fila. Nada.

Maldita sea.

Mi mente, que en los últimos tiempos debe de haber perdido por completo la cordura, me pone en unos segundos en una encrucijada. Algo impensable hasta esta tarde. Antes de ver al profesor, antes de perder el sentido durante la presentación y de vivir otra experiencia extracorporal —si es que fue eso— jamás habría imaginado que tendría que tomar una decisión similar.

Pero aquí estoy. Los caminos son dos: volver a casa, correr un tupido velo sobre lo que vi y olvidar toda esta historia; o comprar un billete, el que sea, para poder pasar por el maldito detector de metales.

A veces no somos nosotros los que decidimos nuestro destino.

Mejor dicho, lo hace nuestro inconsciente. Porque estoy segura de que no es Veronica la que retrocede, se precipita hacia un mostrador, el más próximo, y saca doscientos setenta euros para

pagar un billete de avión. El primero disponible: un *last-minute* para Fráncfort. El mismo que Laera. Aunque, desde luego, no pienso subir a bordo. Debo hablar con él y la única manera de hacerlo es presentarme en el embarque y aprovechar los veinte minutos que tendré a disposición.

¿Lo he hecho? Sí, lo acabo de hacer.

Mientras me dirijo al *check-in* me siento desorientada. Debe de haberse producido una fractura entre dos vidas, la que viví hasta ayer y la que estoy viviendo ahora. Es un paso pequeño, el hilo sobre el que baila el equilibrista. Siento que voy a caerme de un momento a otro. He hecho un gesto que no tiene sentido, para responder a un interrogante que no tiene sentido, relativo a algo que vi. Que no tiene sentido.

Y ahora estoy aquí, sin equipaje ni certezas. En el *check-in* me preguntan si prefiero ventanilla o pasillo.

—Da igual —respondo.

—Lo ha cogido realmente al vuelo, ¿eh? — bromea una joven morena embutida en un uniforme azul oscuro—. Dese prisa, están a punto de embarcar.

Me alejo con el documento de viaje entre los dedos. Aún no me lo puedo creer.

Unos instantes más tarde me quito el cinturón y lo pongo, con la chaqueta y el bolso, en una bandeja de plástico azul. Paso por debajo del detector de metales, suena la alarma y un guardia se acerca a mí con aire amenazador. No viajo en avión todos los días, no sé qué puede haberla hecho saltar. Ah, claro. Las pulseras que compré con Delia en el lago de Como. Las dejo caer en otra bandeja azul y vuelvo a intentarlo. No suena. Puedo pasar.

Mientras me encamino hacia la puerta, consciente de que estoy a punto de reunirme con Raymond Laera y de decirle lo que debo, pienso en cómo demonios lo haré. No es fácil. Lo que leyeron mis ojos es materia delicada. Además,

podría ser un delirio. Corro el riesgo de quedar como una idiota.

Ahí está la salida. Justo mientras leo FRÁNCFORT en el monitor que hay encima del mostrador de embarque, una voz metálica lo anuncia. Varias personas se ponen de pie y forman fila delante de las dos azafatas, que se disponen a verificar los documentos.

Dónde demonios está.

Miro la cara de todos. Ninguno de ellos es Laera. Ninguno de los que están en la fila, ninguno de los que siguen sentados, de los que se lo toman con calma y dejan pasar a la gente. Sin embargo, el vuelo es este, a menos que el tipo del teléfono me haya mentido o haya cambiado el programa. Me he gastado doscientos setenta y cinco euros para entrar. Dónde-demonios-está-Laera.

Espero.

Me siento también. Enrollo un mechón de pelo con un dedo.

Los pasajeros desfilan al lado del mostrador,

enseñan la tarjeta de embarque y la de identidad, y se marchan.

Son las once y veinticinco. Son las once y treinta. Son las once y treinta y cinco. La última persona presente en la puerta, un joven de color con el cuerpo y la estatura de un jugador de baloncesto profesional, desaparece detrás del cristal que hay tras las azafatas.

No está. No está aquí, este no es su avión. El responsable de eventos me ha tomado el pelo. He tirado el dinero por la ventana. He perdido el tiempo.

Cuando estoy a punto de perder la esperanza un anuncio retumba en el aeropuerto: «Atención, se espera con urgencia a los señores Argenti y Laera en la puerta de embarque para Fráncfort. Repito: se espera con urgencia a los señores Argenti y Laera en la puerta de embarque para Fráncfort.»

No está porque se ha retrasado. Igual que yo, según el *check-in*. Puede que él lo haya hecho ya *online*.

Él o cualquier responsable de eventos en su lugar.

Una azafata, una mole de metro ochenta de estatura con el pelo recogido en una impecable coleta de caballo, se acerca a mí. Tiene un acento duro, del norte de Europa, puede que alemán:

—Disculpe, ¿tiene que embarcar?

¿Y ahora qué hago?

—Yo, la verdad...

—Tenemos que cerrar, ¿usted va a Fráncfort?

—Sí, soy Veronica Argenti. Pero estoy esperando...

—No podemos esperar más, señora. Enséñeme su tarjeta de embarque, por favor, y un documento de identidad.

Obedezco. No sé qué estoy haciendo, pero a estas alturas ya no me quedan muchas alternativas.

¿Qué estoy haciendo aquí?

¿Cómo se me ha podido ocurrir?

Un auxiliar de vuelo está enseñando las salidas de emergencia. Una joven uniformada me recuerda que debo ponerme el cinturón de seguridad. Estoy sentada en el vuelo Milán-Fráncfort, prendida a una esperanza estúpida. La esperanza de que el maldito psicoanalista llegue antes de que este maldito avión despegue del aeropuerto de Linate.

No es posible que en la vida vaya todo mal, ¿verdad?

Dos azafatas confabulan al lado de la puerta, una descuelga el teléfono que está en una pared metálica y asiente con la cabeza. Luego, con un ademán, indica a la otra que hay que esperar. Su compañera abre los brazos. El último pasajero acaba de pasar el control aduanero, y no es un tipo cualquiera. El Boeing 747 de Lufthansa no despegará sin él.

El último pasajero es el profesor Raymond Laera.

## 6

Me he vuelto completamente loca.

No hay muchas más explicaciones.

El autor de *Fuera de mí* entra jadeante por la puerta y sonrío con cierto embarazo mientras la azafata comprueba su tarjeta de embarque y lo acompaña a su sitio. Una de las primeras filas, claro está. Yo estoy sentada mucho más atrás, pero consigo verlo, lo reconozco.

Respiro, por fin.

Puede que haya estado en apnea desde que

arrancó el taxi. Puede que desde antes. Sea como sea, ahora que estoy aquí ya no puedo bajar. A saber cómo es Fráncfort en esta época, bromeo con una Veronica sarcástica, sepultada en algún lugar de mis recuerdos. El capitán nos saluda como corresponde al guion, el avión enfila la pista principal y al poco tiempo sobrevolamos la periferia este de Milán, en dirección a los Alpes.

¿Quién se lo explica a Bertoglio? Quizá debería avisar a Nancy cuando aterricemos, para que puedan llamar a alguien que me sustituya mañana. Tengo casi una hora y veinticinco minutos para pensar en una excusa plausible.

En cualquier caso, Laera y yo viajamos en el mismo vuelo y, por lo que he visto, el avión está medio vacío, sobre todo en las primeras filas. Quizá también por este motivo me vendieron el billete pocos minutos antes del embarque. Con un poco de suerte es posible que haya sitio a su lado. Debo intentarlo.

A menos de un cuarto de hora del despegue me

armo de valor, cosa que no es propia de mí, inspiro hondo y me desato el cinturón. Mi asiento está al lado del pasillo, de manera que en un abrir y cerrar de ojos estoy de pie entre las dos hileras de asientos y me dirijo a la primera clase, mientras el corazón me late acelerado en el pecho. Siento una vaharada de calor, que me recuerda que soy joven y que me estoy metiendo en un buen lío.

«¿Cómo demonios se lo digo...?»

Un tipo con el pelo engominado me mira de arriba abajo. Me vuelvo hacia el lado contrario y, apoyando las manos en los reposacabezas para mantener el equilibrio, sigo avanzando. Si pienso que hace dos horas estaba durmiendo en una cama de hospital, que antes estaba en la presentación de un ensayo en una librería, y que ahora estoy sobrevolando Europa... ¿Es esta mi vida? A veces espero despertarme de la pesadilla más aterradora que he tenido nunca, oler el aroma a café que llega desde la cocina a mi habitación, acompañado de la voz de mi madre, que me pide que me levante,

porque esta mañana «tenemos que hacer unos cuantos recados».

La cabellera entrecana de Raymond Laera asoma por encima de un reposacabezas de la primera clase. Casi he llegado. Noto que estoy temblando. Vamos, Veronica, no lo pienses. Hazlo y basta.

Me acomodo cerca de él, a un par de asientos de distancia.

El profesor viaja al lado de la ventanilla, a su lado hay un asiento vacío. Se vuelve de golpe y, en un principio, se sorprende de verme. Luego sacude levemente la cabeza y me interroga con la mirada.

—Pero ¿usted no es... qué hace aquí, señora?

—Sí, yo... —balbuceo, sentada en diagonal, con las manos sudadas—. No quiero molestarle, pero necesito hablar con usted.

—Le ruego que tenga la cortesía de dejarme solo.

Bastan unas cuantas palabras para dejarme petrificada. Por lo demás, cualquiera en su lugar

tendría pleno derecho a sentirse alarmado frente a la presencia, en el vuelo de regreso, de la joven que se desmayó en la presentación de su libro. La incontenible oratoria del profesor Raymond Laera se ha convertido de repente en un muro infranqueable.

—Se lo ruego, yo...

—No es la primera vez que me siguen, pero esto... ¿de manera que todo fue una escena? Lo que pasó en la librería, dígamelo. ¿Qué fue? ¿Una forma de llamar la atención?

—Lo único que necesito es que me escuche. —  
Agacho la cabeza.

—Disculpe, señora, pero yo no trabajo así. ¿Me ha seguido? Debería estar en el hospital. En la librería había un médico y...

—Lo sé. —Alzo la cabeza de golpe. No he hecho nada malo, pero hasta que no le explique lo que sucedió pensará que tiene delante a una chiflada—. Era el doctor Samuele Mora, él me llevó a su clínica. Salí porque quise, firmé el alta.

Estoy perfectamente, solo perdí el conocimiento.

—¿Quién le dijo que podía encontrarme aquí?

—Alguien que, a todas luces, no piensa que es usted el presidente de Estados Unidos. Solo debo saber una cosa, no quiero aprovecharme de usted ni robarle demasiado tiempo, pero era necesario que nos viéramos. Apenas tengo dinero para pagar el alquiler y he tenido que comprar un billete de avión para poder hablar con usted.

Raymond parece turbado. No me esperaba una reacción similar, pero no puedo reprobarlo. Aunque, a decir verdad, no le estoy apuntando con un cuchillo en un callejón sin salida. Estamos en un avión donde viajan, al menos, ochenta pasajeros, y soy una joven de diecinueve años que se limita a hablar. Puede que haya otro motivo para que su tono de voz sea el de una persona al borde de un ataque de nervios, completamente diferente de la que se presenta al público cuando promueve su libro, y dicho motivo no soy yo.

—Espero que sea usted sincera, o me veré

obligado a pedir al personal de a bordo que intervenga. Necesito descansar, usted no sabe...

Lo miro fijamente a los ojos y a continuación apoyo una mano en su brazo derecho.

—En cambio, me temo que lo sé.

Inmóviles, nos escrutamos unos segundos, que más bien parecen minutos. Ninguno de los dos habla, pero Raymond ha comprendido que estoy aquí por una razón bien precisa y me concede una oportunidad.

—De acuerdo, maldita sea. Hable.

—Usted está gravemente enfermo, ¿verdad?

Se produce un silencio irreal. Por un instante desaparecen el constante zumbido de fondo de los aviones que vuelan a gran altitud, los gritos de la pareja de novios que está sentada varias filas detrás de nosotros y el ruido de las pisadas de la azafata, que se dirige a la cabina de pilotaje.

—¿Está bromeando? —Su mirada hosca me deja petrificada.

¿Me habré equivocado? Sin embargo, lo vi. Lo

leí con mis propios ojos, y no era un sueño ni una alucinación. Estoy cada vez más convencida.

—Si solo quisiera bromear no habría hecho todo esto.

—Váyase, por favor.

—Solo me iré si me da la razón.

Raymond Laera me mira intensamente, arquea las cejas y esta vez afirma sin admitir réplica:

—Estoy de maravilla, le ruego que se vaya o llamaré a la azafata.

Acto seguido se vuelve hacia la ventanilla. Algunos pasajeros nos observan con curiosidad desde las filas más próximas. Él parece apuntar la mirada lo más lejos posible, más allá de las nubes, más allá de los mundos. Yo he dejado de existir. Puedo seguir hablando sola si quiero, él no me escuchará.

Me pongo de pie.

Antes de alejarme inspiro hondo y hablo dirigiéndome a la espalda de Laera. De repente todo me parece insensato. El cielo negro detrás de

la cara del profesor, el avión, el trayecto que me ha traído hasta la primera clase para decir lo que me dispongo a decir:

—Esta tarde lo vi en la librería, mientras todos estaban arrodillados, inclinados hacia mí. Yo estaba en el otro extremo de la sala, puede que en uno de esos que usted llama «viajes astrales». Leí el mensaje en la pantalla de su móvil.

Unos minutos más tarde estoy sentada en mi asiento, en silencio. En apariencia observo el mundo que hay fuera del avión, pero en realidad no miro nada en concreto. Mi mente ha regresado a la sala, a la presentación del ensayo. Necesitaba una confirmación. Por eso he organizado todo este lío y he despilfarrado un dinero que no debería haber tocado siquiera. No la he conseguido. Una sola palabra de Laera habría bastado para confirmarme que lo que experimenté en su presentación era una experiencia extracorporal.

Para saber que la intensa vibración que sentí recorrer mi cuerpo de pies a cabeza no era sino la sensación de estar separándome de mí misma. El teléfono estaba en la mesa, lo dejé allí cuando se precipitó a mi lado. Vi la escena desde fuera, me vi desde un punto de observación diferente. Me acerqué a esa condenada mesa, y la curiosidad pudo conmigo. Leí el mensaje en inglés y por eso comprendí...

Aunque también es posible que me lo haya imaginado todo, que esté engañada. Me desmayé sin más. Al infierno el ensayo de Laera. Al infierno todo. Empiezo a parecerme a la amiga de mi madre: veo mundos inexistentes, me convengo de que son reales, trato de persuadir a los demás de que mis visiones son auténticas y acabo pasando por esquizofrénica.

Por si fuera poco, dentro de nada estaré en Alemania, sin saber una palabra de alemán.

Luego, en un segundo, todo cambia.

Mis ojos se alzan y divisan a lo lejos a Raymond Laera, que abandona su asiento y se dirige a paso lento al baño. En apenas unos segundos el profesor tiene un violento acceso de tos, alarga una mano hacia una azafata y se desploma en el pasillo del avión.

Mientras otra azafata se precipita hacia él y un par de personas se levantan para ir a ayudarlo, yo permanezco impasible. No muevo un solo músculo. Observo la escena sin intervenir, a la vez que un vago temor aflora, crece y se apodera de mi ánimo. El temor de que todo sea cierto. ¿Significa eso que tengo razón? El mensaje de la esposa de Laera no era una alucinación ni un sueño. Era real, apostarí mi vida por ello. Habrá tenido mil motivos para negarlo cuando lo interrogué hace poco, pero ese hombre está enfermo. Si se vuelve a levantar y aterrizamos juntos en Fráncfort, esta vez no se librá tan fácilmente de mí. Tengo demasiadas preguntas prendidas en la cabeza,

como agujas en una maraña confusa, y el profesor es el único que puede deshacerla.

Ahora que sé que he tenido experiencias extracorporales necesito comprender quién es el joven que sigo viendo desde la noche del incendio en la gasolinera, por qué no me deja en paz. Además quiero saber si estas experiencias pueden ayudarme a recuperar de alguna forma a mi madre. A hacerla *regresar*.

Por absurdo que sea, estoy haciendo todo esto por ella.

TERCERA PARTE

CONCIENCIA

# 1

Aeropuerto de Fráncfort.

Aquí estoy. Bajo la escalerilla del avión a la una y pico de la madrugada. Desde que Raymond se sintió mal me he mantenido al margen. La tripulación lo socorrió, lo sentó de nuevo. Una azafata le llevó un poco de agua. El segundo piloto se aseguró de que no fuera nada grave. Él volvió en sí.

Desde que recuperó el conocimiento, Laera se ha comportado como si, en lugar de ayuda, lo

único que necesitara fuera reposar. Cuenta a todos que la gira de promoción de su libro lo ha dejado exhausto. Yo no digo una palabra. Sé la verdad y la próxima vez que nuestras miradas se crucen no podrá desviarla, no podrá negar. Cada cosa a su tiempo.

Lo dejo bajar y cruzar las puertas acristaladas para entrar en el edificio del aeropuerto. Enciendo de nuevo el móvil y lo sigo. Enseguida me doy cuenta de que la batería está casi al diez por ciento y de que no tengo cargador. Magnífico. Estoy en Alemania, sola, no sé una palabra de alemán y dentro de nada tampoco podré usar el teléfono. Y estamos en plena noche.

Laera no se dirige a las cintas de recogida de equipajes sino que se encamina directamente a las puertas correderas en las que aparecen escritas las palabras AUSFAHRT/EXIT con grandes caracteres. Su equipaje se reduce a una bolsa, que lleva en bandolera. Juraría que tenía también una maleta, es evidente que la habrá enviado de otra forma. En un

principio, dado lo sucedido, una azafata insiste en acompañarlo, pero él hace todo lo posible para explicarle que no necesita ayuda y se zafa de ella. Ahora camina con paso firme, si bien no muy rápido. Lo sigo a unos veinte metros, mirando alrededor. Noto que a esta hora en el aeropuerto hay casi más mujeres de la limpieza que pasajeros. La era en fila la salida, su figura se pierde detrás de las puertas acristaladas y se desvanece en el negro de la noche alemana. Aprieto el paso, salgo también y miro en derredor. Nada a la izquierda. Nada a la derecha. Luego lo diviso. Ha cruzado la calle, hay una parada de taxis a cierta distancia. Ahora me tocará correr, mientras Raymond regatea con el taxista antes de subir al vehículo.

Me precipito hacia la puerta del lado contrario. O ahora o nunca.

La abro y me siento al lado del profesor.

—¡Usted otra vez! —me dice contrariado al volverse y ver mi mirada firme.

—Otra vez yo.

—Baje enseguida del taxi.

—Solo cuando me diga lo que los dos sabemos.

Laera se vuelve irritado, resopla, intercambia una mirada con el taxista, que, entretanto, ha arrancado y aguarda instrucciones.

—De acuerdo, maldita sea —Raymond está hablando al asiento que tiene delante—. Lo que vio corresponde a la realidad. ¿Está contenta ahora? ¿Puede dejarme en paz de una vez por todas?

No contesto. Trago saliva, esbozo una leve sonrisa que delata embarazo, una vaga sensación de malestar, cierta impotencia. Es el instante en que, por fin, obtengo la confirmación que esperaba, una confirmación que, por otra parte, a estas alturas daba por cierta, solo que ahora la ha pronunciado la voz de la eminencia y no sé qué responder.

—Lo siento —balbuceo al cabo de unos instantes. Mientras tanto, Laera ha dado una

dirección al taxista, que se pone en marcha.

—¿Lo siente? —Se vuelve por fin y su mirada se torna de repente compasiva.

—Por su estado de salud. Jamás se me habría ocurrido violar su intimidad, meterme en sus asuntos, averiguar cosas que no me conciernen.

—Pero fue así.

Asiento con la cabeza, pero después la sacudo, porque yo no me he buscado todo esto, jamás lo quise, ni siquiera acababa de creérmelo hasta hace un instante.

—Escúcheme. Ni siquiera sabía qué eran esas experiencias. Todo me está sucediendo de repente, usted no puede entender cómo me siento, y si sigue contestándome así me hará sentir culpable de algo que no he elegido. ¿Le parece justo?

—Claro que puedo.

—¿Qué?

—Entender cómo se siente. He pasado la mitad de mi vida relacionándome con personas como usted. Es mi trabajo. Lo que a usted le parece una

cosa paranormal, rayana en la metafísica o que supera todo lo imaginable, es en realidad un objeto de estudio concreto y respetable. Usted no es la primera ni será la última que vive ese tipo de experiencias.

No alcanzo a replicar. Para este hombre todo es normal, yo soy un caso del montón, un número en una estadística. Para mí, en cambio, el mundo ha dado un vuelco. El punto de vista desde el que observas una escena es cuando menos determinante.

—Usted necesitaba una confirmación — prosigue—. Pues bien, ya la tiene. Sí, recibí el maldito mensaje. Mi esposa querría que me quedara en casa, en lugar de viajar por toda Europa para presentar mi ensayo, dado que el tiempo que aún podemos compartir ha quedado reducido a un montoncito de granos, que no tardarán en caer por el agujero del reloj de arena.

—En ese caso, ¿por qué no está en casa?

—Eso no es asunto suyo.

Frunzo el ceño, mientras, más allá de la mirada ahora serena del profesor, centellean las luces nocturnas, se persiguen al otro lado de la ventanilla, a lo largo del guardarraíl de una carretera.

—Pero su mujer...

—¡Mi mujer podía habérselo pensado dos veces antes de acostarse con otro! —estalla. Luego se da cuenta de que ha exagerado, le rechinan los dientes, trata de contener la rabia. En ocasiones basta un instante para hacer aflorar de nuevo toda una vida. Basta tocar el nervio justo—. Ella y mi hija solo recordaron que yo también existía cuando se enteraron de mi enfermedad. Ya no formo parte de su vida. Pero esto, como ha dicho usted, no es asunto suyo. No volveré a Boston.

La sangre se me congela en las venas. Tengo miedo de hacer más preguntas, pero la verdad es que me gustaría saberlo todo. Qué enfermedad tiene, cuánto tiempo le queda, qué clase de vida ha precedido a este triste epílogo. Hace mucho

tiempo que no siento la menor curiosidad por los asuntos ajenos, pero el del profesor me atrae, no puedo evitarlo. Pienso por un instante que quizá su familia le dio la espalda porque la carrera ocupaba por completo su vida. Imagino a su hija creciendo con un padre ausente, igual que me sucedió a mí. Me gustaría preguntarle por todo esto, pero guardo silencio. También querría saber el motivo de esta etapa que, me temo, no forma parte del viaje de promoción del ensayo. Estamos en Fráncfort y él no lleva otro equipaje que una bolsa. ¿Qué tiene en la mente?

—Cuando el taxi llegue al centro de la ciudad —me dice en tono angelical, mirando la hora en el Rolex que lleva en la muñeca— nuestros caminos se separarán. No me interesa saber su opinión, no quiero oír quejas de ningún tipo, y espero que usted no muestre compasión por mi estado de salud. Soy un hombre, afrontaré lo que me espera con dignidad.

—Por eso actúa.

—¿Cómo dice?

—En las presentaciones de su ensayo, en las entrevistas... usted actúa. Es otra persona.

—De eso nada. Soy un profesional que realiza su trabajo. No es una actuación. Mi salud es una cosa, mi respeto por los que leen lo que escribo, otra. No pretendo que comprenda estas dinámicas.

—¿Me toma por estúpida?

—Escucha, jovencita —De repente alza el tono de voz y me tutea—, yo no creo nada. Lo único que quiero es que me dejen en paz. Ya no ejerzo mi profesión. Hace tiempo habrías sido una paciente ideal de mi estudio. La experiencia que tuviste en la librería lo prueba. Pero ahora eso carece de importancia. Para mí, al menos.

—Así que usted cree...

—¿Qué?

—Me refiero a esos fenómenos, así que sucede de verdad.

—¿Me estás tomando el pelo? Te lo repito, no te está sucediendo nada extraordinario. Por mucho

que la comunidad científica, o parte de ella, tienda a desautorizar ciertos tipos de eventos o a considerarlos al margen de la ciencia, todos sabemos que existe una casuística impresionante sobre la materia. No es cuestión de *creer* en ello, no estamos hablando de religión. Estamos hablando de investigación empírica, de pruebas innegables. Hay personas capaces de ver la otra mitad del arco iris, la que se oculta entre las nubes, si te gusta la metáfora. Tú eres una de ellas, así que empieza a acostumbrarte a la idea.

¿Qué puedo replicar contra una declaración similar?

¿Qué puedo hacer frente a una imagen infinitamente poética, que contrasta con el comportamiento, cuando menos hostil, que el profesor ha tenido conmigo hasta ahora? Quizá lo mejor sea callarse. Dentro de nada el taxi aparcará en alguna parte y dejaré de ver a este hombre, porque esa es su voluntad. No puedo hacer nada para que cambie de idea. Además, si es cierto que

no piensa volver a Boston, empiezo a pensar que Fráncfort será su destino final. Y no quiero saber lo que le aguarda en esta ciudad. Puede que lo único que quepa hacer en este momento sea obligarle a responder al único interrogante que me atenaza desde la noche del incendio.

—Solo le pido que me deje hacerle una pregunta —aventuro, sin valor para mirarlo a la cara—, luego no volverá a verme.

Resopla, cierra los ojos por un instante. Hace un esfuerzo para soportar mi presencia. Luego asiente con la cabeza.

—Se trata de una persona —digo con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla, mientras el taxista emboca una rampa y entra en la ciudad—. La he visto ya varias veces en este tipo de experiencias. Es un joven. Me habla de una tal Claudia, creo que es su novia y debe de haber muerto. He comprobado que él solo aparece en esas visiones, en realidad no lo conozco.

—¿Cómo has podido probarlo?

Le hablo de la gasolinera, de las cámaras de circuito cerrado, del vídeo que encontré en la red y que cambió mi vida. Esto sí que no se lo esperaba, por primera vez lo veo sorprendido. Es una señal imperceptible, una contracción a la altura de la ceja izquierda, pero es más que suficiente. He desbloqueado algo.

—Pero... —dice. Luego suelta una risita sarcástica, burlona—. Es una lástima no tener tiempo ni forma de analizar tu experiencia.

—En su opinión, ¿quién es esa persona? —insisto.

Laera se vuelve hacia mí. Las arrugas trazan unos surcos irregulares en su frente. Sus ojos han perdido toda expresión, su boca me regala una mueca velada de tristeza.

—En este tipo de casos muchos entran en contacto con personas que ya no existen. Es probable que sea eso lo que te está sucediendo. No tiene nada de extraño, no tengas miedo.

—Entonces, es él quien...

—Podría haber muerto, sí. Su cuerpo ya no está entre nosotros. Estará enterrado en alguna parte, pertenece a lo que la gente denomina con mucha fantasía el «reino de los muertos». Pero si no te cuesta aceptar la existencia de un grado superior de la conciencia, de un mundo espiritual que está en contacto permanente con el nuestro, bueno, comprenderás sin dificultad que... nunca se van de verdad.

Exhalo un suspiro. Por un instante mi pensamiento vuela, se aleja de este lugar, de este momento. Me viene a la mente la mano de mi madre, sus dedos entrelazados con los míos, mientras hacíamos cola en el banco. Vuelvo a oír el monólogo del loco. Vuelvo a ver los proyectiles. La sangre. El final.

*Nunca se van de verdad.*

Cuánto me gustaría que fuera realmente así.

Desecho esas imágenes y vuelvo a recordar los ojos del joven, su desesperación. Le cuento el episodio a Laera, con todo detalle, y esta vez no

parece que mis palabras le sorprendan.

—Si eres la única que puede percibir su presencia me parece natural que te confunda con la tal Claudia. Puede que ella esté viva, que él esté buscando un puente para llegar hasta ella y que no sea tan fácil como parece. Tú, por el momento, le sirves de mediadora, no sé si me explico... —  
Laera tose con insistencia. Está cansado, debilitado. Lo estoy agotando con mis preguntas, pero sé que es mi única oportunidad.

—¿De mediadora? —Guiño los ojos, buscando una verdad.

—Escucha, ese joven es ahora una conciencia desnuda. Dialoga contigo, pero es un contacto entre almas. Nada corporal, ni terrenal. Él es ahora energía y se mueve en un nivel diferente del limitado y limitador en que nos encontramos tú y yo en este momento. Es vida más allá de la vida, es una luz que nadie puede ver. Salvo tú.

## 2

El taxista frena cerca de un semáforo en rojo, dice algo en alemán, puede que estemos a punto de llegar. No tardo en darme cuenta de que la conversación más increíble de mi vida concluirá muy pronto, al igual que, con toda probabilidad, mi relación con el profesor Raymond Laera.

Hasta hace poco tiempo, reflexiono en silencio unos segundos, habría tildado de chiflado a cualquiera que me hubiera hablado de acaecimientos como los que viví la noche del

incendio. Una parte de mí, que me cuesta amordazar, sigue pensando que acabaré como la amiga de mi madre, siendo blanco de la mofa general.

—Quiero hablar con ese chico —digo, consciente de que estoy jugando mis últimas cartas, igual que los viejos que entran en la agencia el domingo por la noche, pocos minutos antes del cierre, para intentar el último golpe del fin de semana futbolístico, dado que todos los demás se han esfumado.

—Hazlo. —El tono de voz de Raymond es plácido, la respuesta poco menos que automática, como si le hubiera preguntado si puedo bajar la ventanilla.

—¿Cómo?

La era trajina con las hebillas de la bolsa, por lo visto estamos a punto de llegar a nuestro destino.

—Se ve que no has leído todo mi ensayo.

—Es cierto, quizá debería haberlo hecho.

—Nosotros podemos provocar la separación del cuerpo —continúa, a la vez que se ajusta el cuello de la chaqueta. Luego intercambia una mirada de complicidad con el taxista, que se está arrimando al letrero luminoso de un distribuidor automático de comida y bebida.

—En el sentido de que...

—Hasta hoy te ha ocurrido por casualidad, como suele suceder a los que desconocen la meditación, las técnicas de relajación o el uso de ciertas drogas sin la debida competencia. Pero estás predispuesta, puedes conseguirlo con facilidad.

—Habla de ello como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Porque lo es, creo que te lo he repetido ya tres veces. Lee el ensayo y si tienes alguna duda...

Se detiene, no completa la frase. Entretanto, el taxi se ha parado, Raymond echa un vistazo a la pantalla que hay a la derecha del volante y saca unos billetes de la cartera.

Luego se vuelve hacia mí, temo que por última vez.

—Si quieres ayuda ve a ver al neurocirujano, el que vino a la presentación y te llevó a la clínica. Él sabe algo.

Punto final.

No sé si volveré a ver a este hombre, cuya espalda se levanta del asiento y se aleja por la calle. Tampoco sé qué hago en este taxi ni adónde voy. El tipo al volante me pregunta algo en alemán. Estoy pensando en el médico milanés que conocí hace unas horas. Samuele Mora. Su cara joven y risueña se me ha quedado grabada en la memoria. El nombre de la clínica debe ser algo así como Barone o Baroni, de una forma u otra la encontraré.

El taxista insiste. Le contesto algo confuso, utilizando las palabras «hotel» y «*cheap*» para que comprenda que no tengo dinero para pagar uno de cuatro estrellas. Pero él no parece aferrar el concepto, así que añado «*not expensive*».

Entonces asiente con la cabeza y se pone de nuevo en marcha.

Mientras el coche avanza como una exhalación en la silenciosa noche alemana, pienso en todo lo que me ha sucedido y en las últimas revelaciones: puedo inducirme una EFC, puedo volver a encontrar a ese chico, el doctor Mora sabe algo. Pero, por encima de todo: *nunca se van de verdad*.

Apoyo la cabeza en la ventanilla y siento que el cansancio invade mi cuerpo. Necesito ir al cuarto de baño, beber agua, dormir. Necesito creer que si ese joven ya no vive realmente y yo me encuentro con él, podría suceder lo mismo con mi madre. Tengo un nudo en la garganta, hago un esfuerzo para tragar mientras siento que mis ojos se humedecen y que el corazón tropieza entre un latido y otro, señal de que necesito descansar.

Lo sé, me estoy engañando, quiero creer en lo absurdo porque es la única esperanza que tengo de salir adelante. En el fondo, temo quedarme eternamente estancada en la Fase Tres, y que la

única solución para recuperar la serenidad sea tirar la toalla y dejar pasar el tiempo. Pero advierto la presencia de ese joven y, en caso de que esté muerto de verdad, entre él y Delia no hay mucha diferencia. Sea lo que sea, real, metafísico o simplemente perturbado, si de verdad hay una posibilidad entre un millón de sentir aún la presencia de mi madre, de percibir su amor, bueno... ¿existe un motivo más importante para seguir creyendo en ello?

El taxi frena después de haber atravesado una avenida arbolada de casas bajas, de tres pisos como mucho. A lo lejos destaca un rascacielos. El conductor me habla escrutando mi reflejo en el espejo retrovisor, pero apenas comprendo «algostrasse» y un nombre que suena a Main. Por suerte, la pantalla indica el precio de la carrera, al menos sé cuánto debo sacar del bolso. Pago, me despido del tipo —en italiano— y me apeo. La

primera bocanada de aire sabe a humo y a esmog. Luego llega una ráfaga de aire, que trae consigo aroma a cebollas y *würstel*. Debe de haber un quiosco cerca. Bienvenida a Fráncfort, Veronica. Es noche cerrada, me conviene entrar en el hotel antes de llamar demasiado la atención. En el fondo, tengo diecinueve años, desconozco tanto estas calles como a los que las frecuentan a esta hora, si bien creo haber criado callo deambulando sola por Milán a cualquier hora. El taxi se vuelve a poner en marcha. Veo el letrero del hotel y me dirijo a la entrada. Tiene dos estrellas, y la fachada poco menos que en ruinas. Las paredes están llenas de profundas grietas, las ventanas tienen los marcos destrozados y apostaría lo que fuera a que en los alrededores abundan las prostitutas, que lo utilizan como oficina.

Me armo de valor y entro. El curso de los acontecimientos me está llevando a situaciones absurdas, así que más vale secundarlo. En el interior el ambiente no es tan terrible. A la derecha

hay una salita con cuatro sofás y un televisor de pantalla plana, que en estos momentos retransmite un programa de entrevistas con el volumen bajo. A la izquierda, tres peldaños más arriba, una zona bar, con su barra y sus mesitas, desierta y en penumbra. Delante de mí está la recepción. Detrás del mostrador una mujer de rasgos asiáticos y edad indefinible me recibe sonriente y me pregunta en inglés de dónde vengo.

—*Italy*—contesto mirando alrededor.

—*Are you staying just for the night?*

No estoy segura de haber entendido bien la pregunta, pero le respondo con cierta dificultad, casi convencida:

—*Humm, yes. One night.*

La señora ataviada con el uniforme azul oscuro y el pelo tan fino como las cuerdas de un violín teclea algo en el ordenador, luego me pide los documentos. Se ausenta para fotocopiar mi carnet de identidad, luego vuelve, pesca una llave y la deja en el mostrador. Ignoro lo que dice a

continuación, pero supongo que es el horario del desayuno. Mi cerebro ha apagado ya el interruptor, el cansancio supera cualquier límite de aguante. Lo único que quiero es un colchón para tumbarme y espero encontrarlo lo antes posible.

La habitación está en la segunda planta. Subo con el ascensor. La llave es, en realidad, una tarjeta, que hay que pasar por una ranura pegada a la pared, al lado de la puerta. Lo hago. La lucecita sigue estando roja. La vuelvo a pasar. Nada. Miro alrededor, pero a esta hora en el pasillo reina un silencio absoluto. Mis ojos se posan de nuevo en la ranura y veo un dibujo que muestra por qué lado hay que introducir la tarjeta para desbloquear la cerradura. Sigo las instrucciones. El led se pone verde. Estoy dentro.

El tiempo que transcurre desde el momento en que cierro la puerta a mi espalda y el instante en que desconecto la mente de esta realidad para hundirme en un sueño sin sueños no debe de llegar al minuto. No me da tiempo a desvestirme —por

otra parte, no he traído una muda—, apenas me quito los zapatos y la chaqueta. Luego me echo boca abajo sobre la cama, las luces tenues de la habitación no constituyen un problema. Siento que mi cuerpo cae al vacío, es una rendición incondicional. Ya tendré tiempo de pensar dónde demonios he ido a parar. Ahora paso de todo y cierro los ojos.

### 3

Mis ojos se abren al nuevo día y por un instante me parece haber soñado todo. Ya, debe de ser así. Imagínate si fui a la presentación de una novela, si me desmayé y me separé de mi cuerpo para observar la librería desde fuera, si me desperté en una clínica, si escapé para perseguir a un autor de ensayos hasta un avión con rumbo a Fráncfort. Esa no es Veronica. O, quizá, ya no es la misma Veronica.

Porque estoy justo aquí, en Alemania.

Con los pies congelados, bajo de la cama y me tambaleo. Apoyo una mano en una puerta del armario que ocupa la pared de la derecha, intento respirar a pleno pulmón y tengo un ataque de tos. El cuarto de baño está a pocos pasos, mejor lavarse la cara con agua y tratar de recuperar la conciencia. ¿Qué hora será?

A mi espalda la luz de la fría mañana alemana se filtra a través de la cortina gruesa de color naranja. Es muy probable que haya pasado ya la hora del desayuno en el hotel. A saber cuánto he dormido. Solo recuerdo que me levanté en cierto momento de la noche y que fui al baño caminando como una zombi, porque al dormirme había descuidado cierta necesidad fisiológica. Debo de haberlo hecho de forma automática, como sucede a veces, sin que nuestra memoria registre demasiados detalles de la operación. Después volví a hundir la cara en la almohada y reinicié en el punto donde lo había dejado. No recuerdo ningún sueño, lo único que necesitaba era dormir.

Al igual que ahora necesito cafeína.

Al cabo de diez minutos estoy en el ascensor, aunque, a decir verdad, no he tenido que cambiarme, dado que he viajado con el bolso por todo equipaje. Mientras me dirijo a la planta baja trato de encender, en vano, el móvil —la batería debe de haber rendido las armas durante la noche—. Al llegar a la recepción mi mirada se cruza con la de la mujer asiática que me recibió anoche. Está saliendo, debe de haber terminado el turno de noche. Me sonrío con gracia, con el aire servicial, profesional y elegante que los orientales saben mostrar en cada ocasión, como si no existieran pensamientos externos capaces de turbar su ánimo cuando se dirigen a un cliente.

Detrás del mostrador ocupa su puesto un hombre que debe de ser de aquí, dada la mole imponente y el corte de pelo militar. Debe de tener unos cuarenta años, es rubio y tiene la cara cuadrada. Apenas habla compruebo que, efectivamente, es alemán. Me pregunta algo que no

entiendo. Ignoro su pregunta y le digo que tengo que pagar la cuenta y marcharme. Él imprime un recibo, me lo enseña —debe de haber comprendido que para una servidora su idioma es tan indescifrable como un ideograma japonés— y me preparo para ver volar otros treinta y ocho euros. Mientras pago echo un rápido vistazo a la cartera. Es evidente que el vuelo de regreso a Italia me dejará sin un euro. He despilfarrado el dinero de *Minnie*, con el que debía pagar el alquiler, en un viaje de ¿cuánto, doce horas? No me lo puedo permitir. Tengo que encontrar una solución más barata.

Mientras el tipo me da la vuelta diviso un pequeño despertador digital en una repisa, detrás de él, el led rojo marca las once y cuarto. Sí, ha pasado la hora del desayuno. Me lo saltaré, da igual. Lo único importante es que mis labios encuentren una taza de café hirviendo lo antes posible.

Y es eso lo que sucede un poco más tarde en

Starbucks. Lo encuentro después de haber recorrido un largo camino, que me conduce a una gran plaza. A lo lejos destaca el campanario de una iglesia con un reloj que marca ya las once y media. La placa azul que indica el nombre de la calle, detrás de la cual entreveo cuatro escaparates de Foot Locker, reza: AN DER HAUPFWACHE. Camino sin rumbo hasta que atisbo el logotipo de la cadena americana y agradezco a las entidades superiores en las que no creo que la hayan inventado.

Cuando el tipo de Starbucks me acerca el vasito humeante, con toda la cortesía que requiere el caso y una improvisación en inglés que me sorprende a mí misma, le pregunto cuál es el cibercafé más próximo. Tengo que volver como sea a casa con un medio de transporte que sea más barato que el avión. Tardaré una eternidad, pero al menos aún me quedará dinero para hacer la compra.

El camarero me da una dirección precisa, pero

no tengo la menor idea de cómo llegar a ella y tampoco tengo un mapa a mano. Le pido que me escriba la dirección en un papel y pago el café. No obstante, apenas salgo del local caigo en la cuenta de que, quizá, la solución más sencilla sea volver al hotel e intentar conectarme allí. En el peor de los casos, tendrán un mapa.

Camino hacia el hotel con la prisa insensata de quien, en realidad, no tiene una auténtica cita, pero siente que debe apresurarse. Por una fracción de segundo pienso que nada me une ya a Milán y que podría quedarme aquí para siempre. Pero desecho la idea apenas me pasa por la mente. Entro en el vestíbulo del hotel. Exhalando un suspiro de alivio, sigo al recepcionista de cuerpo escultural y corte de pelo de marine, que me acompaña al punto internet del hotel. Le doy las gracias y me pongo manos a la obra. Aquí la conexión funciona y no debo rezar para que se cargue una página, como sucede en mi tugurio de los arrabales de Milán. En pocos minutos tengo delante un abanico

restringido de posibilidades, me veo obligada a rechazar la hipótesis de un vuelo de bajo coste, porque solo se puede reservar con tarjeta de crédito y, al final, no tardo mucho en elegir la solución más barata y práctica: el autobús. Setenta y un euros.

Si tuviera una tarjeta prepagada podría reservar el billete online. Escribo la dirección de la parada de la que partirá el autobús y compruebo dónde está en los mapas de la red. No queda muy lejos del hotel, pero si quiero coger el de las doce y media debo apresurarme. Entre otras cosas porque es el único que sale hoy.

El desafío a las manecillas dura media hora, al cabo de la cual llego a la parada toda sudada y con los gemelos doloridos. No han bastado tres paradas de metro, donde, por otra parte, de no haber sido por el acento de las personas, me habría sentido como en casa. Ha hecho falta también una buena carrera. Por suerte no llevo equipaje.

Una vez en mi destino, pago el billete a un hombre uniformado y veo que el autobús viaja medio vacío. Aunque supongo que se irá llenando durante el trayecto, dadas las numerosas paradas, en su mayoría en Suiza, que leo en el cartel. Además, solo ahora me doy cuenta de un pequeño detalle que pasé por alto mientras buscaba en la red: el viaje dura nueve horas.

Cuando, por fin, me siento, lo más al fondo posible y al lado de la ventanilla, pienso en lo que he ganado y en lo que he perdido. Por lo demás, si algo no me falta es tiempo.

El encuentro con Raymond Laera me ha ayudado a responder a varias de las preguntas que me hacía desde la noche del incendio de la gasolinera. Era necesario comprender. Era indispensable comprender. Entre otras cosas, para no empezar a creer que había enfilado el tortuoso camino que conduce a la enfermedad mental. Para no hacer estúpidas comparaciones con la amiga de mi madre, la que padece de verdad una alteración

de la personalidad de origen maniaco-depresivo, o como demonios se diga.

Según parece, yo, por lo visto, estoy sana. Si el profesor tenía razón, puedo ver la otra mitad del arco iris. Una imagen tan refinada como inquietante, pero ¿qué significa en realidad? ¿Qué puedo ver de verdad? Por el momento he tenido algunas experiencias significativas. He visto arder un lugar, he encontrado un objeto precioso que había perdido y he leído un mensaje en la pantalla de un móvil que estaba al otro lado de la habitación donde yacía mi cuerpo.

Pero, por encima de todo, he visto a ese joven. El que solo yo puedo ver, según parece. Sobre todo quiero saber más de él. ¿Quién es? ¿Por qué soy la única que puede reconocer su naturaleza diferente? ¿Está muerto de verdad? ¿Es su espíritu, su alma, o como demonios se diga, la que comunica conmigo, la que aparece durante las experiencias extracorporales? ¿Puede llevarme a Delia?

Este remolino de interrogantes, que rebotan de un lado a otro de mi cabeza, me impiden conciliar el sueño durante la primera parte del viaje. Exceso de curiosidad. Un malestar enorme, dada la falta de respuestas. Tengo que volver a ver al neurocirujano de la clínica Baroni.

Esta noche estaré en casa, cargaré el móvil y lo encontraré lleno de llamadas de Nancy, dado que he saltado mi turno sin siquiera avisar. Entretanto, el mundo fluye a mi alrededor como si quedara muy lejos. Por la ventanilla veo, rápidos y confusos, imágenes y paisajes que no me pertenecen. Extensiones de campos áridos en los márgenes de la lengua de asfalto por la que el autobús corre como una exhalación, océanos infinitos de hierba y tierra, mientras el cielo ofrece su cara más gris y de vez en cuando se adensa una tímida niebla o caen débilmente unas cuantas gotas de agua. Es un día que no añade nada a la Historia del mundo. Aunque, en el fondo, ¿no lo son todos hasta que hacemos algo para dar un sentido a

nuestro camino?

Siento los párpados repentinamente pesados, me duermo, y, según el reloj que hay encima de la pantalla en la que se proyecta una película americana, transcurren un par de horas. Cuando vuelvo a abrir los ojos el paisaje no ha cambiado, la única novedad es que me duele la espalda, porque voy mal sentada.

Sé de sobra por qué he hecho todo esto. No solo quería confirmar que no me he vuelto loca. Puede que estas experiencias tengan un significado y, en caso de que sea cierto que puedo entrar en contacto con el alma de un difunto, quizá deba interpretar todo esto como una posibilidad. La posibilidad de reencontrarme con mi madre un buen día, en una dimensión indefinida del pensamiento. Es increíble que yo esté haciendo estas conjeturas. Yo, que siempre he considerado y desdeñado ciertos temas. Pero es que daría lo que fuera por volver a verla, por volver a abrazarla. Los sueños no bastan. No son realistas, como esas

experiencias. Desde que Delia murió he tenido muchos. Es como ver la escena de una película desde la butaca de la sala de cine. Emocionante, desde luego, pero no llegas a estar *dentro*. Las llamas de la gasolinera eran concretas, verdaderas. Las sentía ardiendo en mi piel.

¿Y si pudiera encontrarme con ella de verdad?

Mi madre era entusiasmo, era energía explosiva, e incluso en los periodos más difíciles de nuestra vida —aquellos en los que hacíamos sacrificios para poder comer, en los que apenas entraba dinero, y yo aún no sabía qué era sacar adelante una familia— ella era el sol que asomaba entre las nubes después de la tormenta, la luz cálida y envolvente que te hacía comprender que todo iría bien, siempre y cuando lucháramos juntas. Quizás el arco iris era ella. El arco iris que luego despedazaron las nubes negras que pusieron punto final a su camino. ¿Dónde estás ahora, mamá? ¿Estás al otro lado de ese manto letal? ¿Existes aún? Porque, si es cierto que puedo ver la

otra mitad, si las palabras de Raymond Laera son ciertas y existe una vida después de la vida, haré lo que sea por encontrarte. Dondequiera que estés.

El autobús llega a su destino a las nueve de la noche.

Con el cuello dolorido, voy a la parada de metro más próxima y vuelvo a casa. Creo que nunca he hecho un viaje tan largo y, en caso de que haya sucedido, forma parte de los recuerdos confusos de mi infancia. Sea como sea, por aquel entonces habría dormido al menos seis o siete de las nueve horas de viaje, en lugar de apenas dos.

Lo primero que hago cuando entro, por fin, en el estudio, es poner a cargar el móvil. Son las diez de la noche y, por extraño que pueda parecer, no tengo ningún mensaje en el teléfono, ni llamadas perdidas. ¿Cómo es posible que en Beverly nadie se ha preguntado dónde me he metido?

Me desnudo, me pongo un mono y me siento en

el borde del sofá cama. El ensayo de Laera está en el revoltijo de mantas. Lo abro y lo hojeo hasta llegar al índice. Por lo visto hay una parte... aquí está. Justo como me dijo Raymond, la cuarta parte del volumen está dedicada a las técnicas de relajación, a la meditación, a los mecanismos que permiten acceder a la dimensión astral. El capítulo final explora el universo de las drogas psicodélicas, con referencias especiales a las prácticas chamánicas. Abro el libro en esa parte y encuentro la descripción de sustancias como la mescalina, el LSD y otros alucinógenos. Descubro que en el chamanismo es tradicional comunicar con los espíritus de las plantas del bosque, y que la mescalina es, precisamente, el principio activo del peyote, un cactus que utilizaban las civilizaciones precolombinas. El ejemplo más interesante es el de las experiencias que tuvo Aldous Huxley con dicha sustancia. Recuerdo muy bien a Huxley. Mi madre había leído varias veces su novela más célebre, *Un mundo feliz*, pero temo

que no conocía el texto en que se narran este tipo de experimentos, que se titula *Las puertas de la percepción*. Por lo visto, el autor sentía la necesidad de hacer un viaje introspectivo para comprender mejor la dimensión interior y, por tanto, su relación con el mundo. Para indagar a fondo sobre los diferentes estados de conciencia probó también la hipnosis. Me entero de que, en el curso de su investigación, mientras realizaba experimentos con sustancias psicodélicas, intentó mantener la lucidez en la medida de lo posible, para ahondar en las dinámicas de la percepción de la realidad sin abandonarse al efecto alucinógeno o alucinatorio. Habla de una planta de la selva amazónica, la ayahuasca, que combinada con las hojas de otra, la *psychotria viridis*, ayuda a entrar en contacto con el reino de los muertos. Lo que, en realidad, causa la experiencia alucinógena es la DMT, un principio presente en la *psychotria*. Solo la combinación de estas dos plantas produce el resultado deseado y permite el viaje. Creo que, de

haber sabido todo esto en la Fase Dos de mi elaboración del duelo, habría buscado de inmediato estas sustancias. Hoy leo todo con mayor distancia, pero no por ello dejo de sorprenderme cuando, unas líneas más abajo, descubro que la DMT está también presente en nuestro cerebro, cosa que podría ser interesante si se piensa en condiciones fisiológicas como la meditación, así pues, no en presencia de drogas sino en una situación natural. ¿Podría suceder algo similar a las personas que, como yo, han experimentado una experiencia extracorporal?

Cuánto me gustaría hablar de ello con mi madre. Era una de esas personas capaces de interesarse, más o menos, por cualquier tema, pese a no ser una experta. Era curiosa. Me encantaba oírla hablar de, por ejemplo, un documental que acababa de ver, o cuando trataba de convencerme de que lo viéramos juntas por el mero placer de compartir la experiencia. Recuerdo que uno de los últimos vídeos que me hizo ver antes del Día Sin

Sentido fue uno sobre las últimas veinticuatro horas de un condenado a muerte. En él se describían las diferentes técnicas de ejecución que se usan en Estados Unidos —fusilamiento, ahorcamiento, cámara de gas, silla eléctrica, inyección letal— y se reconstruía el programa que siguen los prisioneros el último día de vida. Cuando lo recuerdo aún me estremezco al pensar que mi madre era una condenada a muerte, víctima de la sentencia que había pronunciado el maldito curso de los acontecimientos, que nos arrolla a todos como una ola anómala, sin que podamos oponernos a su ley. A ella le quedaba poco tiempo de vida, pero no lo sabía. A diferencia de esos hombres, no era consciente de su destino. No podía pedir la última comida ni escuchar las palabras de un sacerdote. O reflexionar siquiera, tomar conciencia de lo que estaba a punto de suceder. Esto es lo que ocurre cuando todo cambia en un abrir y cerrar de ojos, y no lo soporto. No tienes ninguna posibilidad de pensar en ello, de

preguntarte por qué. Aunque, a decir verdad, es lo mismo que sucede al nacer.

Cierro el ensayo un instante y pienso que debería haber prestado más atención en las lecciones de química del instituto. No he entendido nada de la mayor parte de los términos técnicos, pese a que la naturaleza me ha dotado de un cerebro ágil y, gracias a la intuición, capto la esencia de lo que me explican. Seguro que un neurocirujano como Samuele Mora habrá perdido más de una dioptría estudiando este y otros textos. Él es la próxima etapa.

Pero, antes de que pueda dejar el libro en el suelo para descansar un poco, el móvil empieza a vibrar. Me levanto de golpe. Pulso un par de teclas. Uno tras otro llegan más mensajes, como si el teléfono se hubiera conectado solo ahora a la red y los hubiera descargado todos a la vez. Sé que en ocasiones sucede cuando uno regresa del extranjero. Me siento con las piernas cruzadas en un rincón del estudio sin desenchufar el móvil.

Aparecen un mensaje de bienvenida a Italia y tres llamadas sin respuesta. Una es de Nancy, mi compañera del Beverly Betting. La otra es de un número que empieza por 02. Lo sé de memoria, pese a que no lo tengo guardado en la agenda. Es de nuevo Beverly, el teléfono fijo de la agencia. Así que se trata de nuevo de Nancy, debo de haberla puesto en un apuro. Cuando Bertoglio, el dueño de la agencia, está fuera de la ciudad, delega en ella la organización de los turnos. Dado que no soy de las que se aprovechan o que se toman días libres inútiles para pasar el fin de semana en la playa, como otros, quizá pueda salir indemne en este caso, cuando menos, anómalo.

Puede que esté perdiendo por completo el juicio, pero ni siquiera tengo ganas de avisarla. Casi me da miedo llamarla, la mera idea de tener que inventarme una enfermedad o algo similar para justificar mi ausencia me desazona. Es evidente que no puedo contar que viajé a Fráncfort de repente persiguiendo a un autor de superventas y

preguntarle si estoy como una cabra o si lo que me está ocurriendo tiene algún significado.

Al infierno con todo. Apago el teléfono. Apago el cerebro.

Mañana pensaré en ello.

## 4

Mi regreso a Beverly es menos traumático de lo previsto.

Ayer Bertoglio estaba fuera de la ciudad y no se enteró del repentino cambio de turno que organizó Nancy cuando se dio cuenta de que yo no estaba en mi sitio delante del monitor y no pudo localizarme por teléfono. Me sustituyó la porrera, por suerte vive en Piola y tarda diez minutos en llegar a la agencia.

Nancy me ha mirado con aire de suspicacia

durante las primeras dos horas del turno, pero no me ha hecho preguntas. Yo no he tenido siquiera el valor de inventarme una excusa. Le he dicho que tuve que viajar por «problemas familiares». Pero Nancy no es estúpida, sabe de sobra que no tengo familia. Quizá por eso haya respetado mi momento sin intentar averiguar nada más.

Después de salir de Beverly, cuando son ya las siete de la tarde y el cielo de Milán es un manto oscuro que envuelve la ciudad, acompañado del aliento amenazador de un viento gélido, llamo al servicio automático y averiguo la dirección exacta de la clínica en que trabaja Samuele Mora. En unos cuarenta minutos llego a mi destino, sin saber a ciencia cierta si he tomado la decisión correcta.

De hecho, me encuentro en una encrucijada: no sé si me conviene saber más o abandonar el tema.

Si lo abandono quizá todo esto terminará. Tarde o temprano, en el próximo cambio de

estación, en el próximo estado de ánimo. Mis experiencias podrían estar causadas por un malestar general y desaparecer en el momento en que este se diluya. Pero al mirar alrededor, mientras subo la escalinata que conduce a la entrada de la clínica, comprendo que mi relación con el mundo sigue siendo la misma. Aún me cuesta mirar a la gente a los ojos y si alguien me preguntara algo seguiría recto por mi camino. Bienvenida, Veronica. El viaje imprevisto y la certeza de que no eres esquizofrénica no te han cambiado en absoluto. Para el resto del mundo mi cara es un suelo liso, abrigado, bajo el cual hay sepultados metros y metros de lodo. Sé cómo llevar una máscara. He aprendido sobre la marcha.

Confirmando la teoría de que el universo responde a nuestra disposición de ánimo, mi repentina recaída en el cinismo acarrea una mala noticia, de la que me entero en el mostrador de información: el doctor Samuele Mora no está en la clínica.

—¿Sabe cómo puedo contactarlo? —pregunto, sostenida por una remota esperanza.

—Lo siento, pero si el doctor no ha dejado un número de móvil no puedo hacer nada —responde un tipo demacrado, con gafas, y cara alargada y pálida. No parece tener muchas ganas de colaborar.

—¿Puede decirme cuándo vuelve? —insisto.

—Debería concertar una cita, señora. No puedo darle información de este tipo sin una solicitud formal.

—Muy amable —digo con una sonrisa sarcástica.

—¿Desea algo más? —pregunta mirando la carpeta que tiene en las manos, comportándose como alguien a quien le irrita la presencia de otras personas.

—Eso es todo. —Me vuelvo y camino en dirección opuesta, hacia las puertas correderas.

Una vez fuera del Centro de Medicina Baroni, me siento en la escalinata.

Pienso en la encrucijada en que me encuentro. Si tiro la toalla todo esto podría terminar con el tiempo y convertirse en un recuerdo curioso y especial. Diré «fue un periodo» o «fue un episodio» y seguiré adelante. Si intento saber más, por el contrario, podría empeorar la situación. Corro el riesgo de acabar en un remolino capaz de aspirar las pocas fuerzas que me quedan, y de no resolver nada. El hecho de no haber encontrado a Mora donde, se supone, debería estar, podría ser una señal. Un aviso para los que son capaces de captar este tipo de avisos. En el fondo, en caso de que sea cierto que uno puede provocarse una experiencia fuera del cuerpo, ¿adónde me lleva? ¿Volveré a ver a ese joven? Puede que haya sido una alucinación, o una presencia carente de significado, como las que se ven constantemente en los sueños. El cerebro gasta unas bromas extrañas, así que ¿por qué debería perseguir una visión y engañarme pensando que tengo poderes extraordinarios? Solo soy Verónica. Tengo que

estar tranquila o acabaré de verdad como la amiga de mi madre.

Entonces, ¿seguir a Raymond Laera a Fráncfort y tirar por la ventana casi todo el dinero que había ganado con la venta de *Minnie* no ha servido para nada? ¿Ha sido una pérdida de tiempo? No creo. Necesitaba una respuesta y la he conseguido. ¿Significa eso que ahora debo empezar a olvidar la realidad para correr en pos de unas ilusiones absurdas con la esperanza de que suceda algo? ¿Que mañana podría ver, no solo a ese joven, sino también a Delia? ¿Que el reino entero de los muertos podría manifestármese para que yo pudiera charlar con el difunto que más me gustara? ¿Y si es solo mi cerebro el que, debido al principio sobre el que he leído, la DMT, me hace vivir experiencias extracorporales en determinadas situaciones de estrés o inquietud, igual que sucede con algunas drogas, sin que ello signifique nada más?

No obstante, yo leí el mensaje.

Lo leí mientras yacía inconsciente al otro lado de la sala.

Puedo rumiar hasta mañana, dar infinitas vueltas de celo a mi cerebro para impedir que se enfrente a la realidad, negar la evidencia —una disciplina en la que sobresalgo— y fingir que nada de todo esto es verdad.

Pero el mensaje sigue clavado en mi mente. La mujer de Laera se lo envió, él me lo confirmó. Sucedió realmente.

Me levanto, será mejor que vuelva a casa. Es casi hora de cenar, de manera que de nada sirve esperar a Mora, dado que hoy no ha venido a la clínica. Al infierno el *amabilísimo* empleado de recepción, encontraré al doctor de otra forma.

De improviso, mientras bajo el último peldaño de la escalinata, el universo da marcha atrás.

—Hola. —La voz tras de mí, bien timbrada, solo puede ser la suya.

Me vuelvo de golpe. Impermeable azul oscuro, zapatos de clase, guantes. Detrás de las gafas de

montura gruesa, bajo las cejas arqueadas, sus ojos me miran inquisitivos, pero por la expresión de su cara parece divertido y, al igual que ayer, en sus palabras hay una punta de ironía.

—¿Qué haces aquí? ¿Tenías nostalgia?

—Doctor... —mascullo sin volumen. No sé si me ha oído.

—Por la manera en que te marchaste anoche temía que la decoración fuera pésima. Me gustaría subrayar que, en caso de que te parezca discutible, la opinión del neurocirujano no se toma siquiera en consideración a la hora de elegir el mobiliario.

—Ni siquiera lo recuerdo —digo siguiéndole la corriente, al mismo tiempo que él baja unos peldaños y se acerca a mí.

—No me extraña, es anónimo. —Se ríe—. Lo dije en la reunión. Compremos algún cuadro. Unas cuantas plantas, lámparas modernas...

—Me han dicho que usted no había venido hoy.

—¿Usted? ¿A quién te refieres? —Se vuelve como si estuviera buscando a alguien.

—Usted... *usted*.

—¿Me equivoco o habíamos superado ya ese obstáculo? Tengo treinta y seis años, no setenta.

—Sí, claro, disculpa. En cualquier caso, el tipo de recepción...

—El tipo de recepción te dijo que no estaba porque, efectivamente, no estaba. Algunos días trabajo en el laboratorio y he dado instrucciones precisas para que no me molesten. Tengo una línea privada que se utiliza solo en caso de que haya alguna operación urgente. Pero no creo que fuera necesario abrirte el cráneo, ¿verdad? Por lo general la gente no suele venir voluntariamente...

—En efecto —corroboro sonriendo.

Este médico sabe hacerme sonreír, lo que no es poco. No obstante, lo que me sorprende de él es lo joven que es, teniendo en cuenta la importancia del puesto que ocupa en la clínica. Debe de ser un pequeño genio, además de un cómico en potencia.

—¿No comes? —pregunta.

—¿Qué?

Samuele se ajusta la bufanda en el cuello. Debemos de estar casi a cero grados, alrededor de nosotros la oscuridad es absoluta y la explanada que hay delante de la clínica está desierta.

—¿No vas a cenar? Es hora.

—No como mucho. —Es la primera respuesta sensata que se me ocurre. Aunque, quizá, no sea tan sensata.

—Bueno, yo voy a cenar fuera. Eres una chica simpática y me encantaría invitarte, pero me temo que tus padres no estarán de acuerdo.

—Mis padres están muertos.

Le acabo de borrar la sonrisa de la cara. No era mi intención, pero la verdad es la verdad, y hay momentos en que es necesario decirla, aunque eso haya roto el clima de jovialidad que se había creado entre nosotros.

—Oh —dice encajando la noticia—. Lo siento, no lo sabía.

—Da igual.

—Si necesitas que te acompañe a casa tengo el

coche aquí.

Sí, me resultaría cómodo. Pero no. No he venido para esto. Luego, sin embargo, pienso que debo hablar con él y que, a fin de cuentas, un profesional de su categoría no tiene demasiado tiempo libre. Puede que me convenga aprovechar lo poco que me ha concedido.

—Está bien, muchas gracias. El problema es que vivo en la otra punta de la ciudad. No sé si...

—Es lo mínimo —dice llevándose una mano al corazón—. Ayudar a las jóvenes en dificultades. Uno de los puntos más importantes de nuestro juramento.

De esta forma, cinco minutos más tarde estoy sentada en un BMW negro que parece recién salido del concesionario. Delante del cambio de marchas hay una especie de tablero de mandos digno de un avión. Mora no debe de haber escatimado en la elección de los accesorios. De inmediato recuerdo el interior espartano de *Minnie*, que tanto le gustaba a mi madre.

—Ahora puedes decirme por qué has venido a buscarme a la clínica.

Samuele se vuelve hacia mí después de frenar con delicadeza en un semáforo en rojo. Tiene los ojos claros, es la primera vez que los veo de cerca. El pelo castaño, corto, me recuerda al de un amigo mío del instituto, que parecía no crecer nunca. Varios de nosotros bromeábamos diciendo que sus padres eran peluqueros y se lo cortaban todas las mañanas.

—Es un poco complicado de explicar —digo pensando que no he preparado ningún discurso. He venido a buscarlo sin más, movida por el instinto, sin saber cómo exponerle la cuestión. Y ahora siento que no estoy preparada.

—Si es un problema médico imagina que no lo soy.

—Más o menos —respondo esquivando los iris de hielo de Samuele.

—Si es *más o menos médico* será aún más interesante —afirma bromeando de nuevo, quizá

para que me sienta más segura y me desbloquee. Luego, apenas el semáforo se pone verde, mete la primera y arranca de nuevo.

—Raymond Laera me dijo que viniera a verte.

Samuele asiente en silencio mientras su mirada se pierde entre los coches atascados en la circunvalación. Avanzamos a paso de tortuga, tenemos tiempo de sobra para hablar. Después me dejará en casa y mañana volveré a mi trabajo como siempre.

—¿Eres una de sus pacientes? —me pregunta, esta vez en tono serio.

—No. Mejor dicho, quizá podría haberlo sido.

—¿Y por qué no lo fuiste?

—Porque me conoce desde hace dos días. Y porque se está muriendo.

Samuele no se inmuta. Exhala un leve suspiro y acelera apenas el tráfico empieza a liberarse.

—Tú lo sabías —le digo escrutando su perfil de rasgos tan delicados como los de un niño, la barbilla lisa, sin rastro de vello, la frente

espaciosa.

—Por desgracia sí. Lo conozco hace tiempo...

—Me pareció intuirlo. Quizá deberías decirme algo sobre ti. Me gustaría saber quién me está acompañando a casa y por qué Laera me habló de ti cuando le conté mi historia.

—A sus órdenes. —Sonríe—. Yo no nací en Milán, Veronica. Soy de Nueva York. Mi idioma materno es el inglés, y viví y estudié allí hasta los veintiséis años, pero luego mis padres, después de haber pasado treinta años en Estados Unidos, decidieron regresar en 2004. En un principio no quise seguirles, mi carrera iba viento en popa, pero luego mi padre enfermó y pedí que me trasladaran a Italia. Quería estar a su lado. Aquí me fue muy bien, y cuando inauguraron la clínica Baroni tuve una ocasión espléndida.

—¿A qué te refieres?

—Me ofrecieron un puesto que, por lo general, no corresponde a un joven de mi edad, por muy válido que sea y aunque tenga una larga formación

y experiencia en el extranjero. Digamos que mis credenciales fueron determinantes. Fui alumno de Laera hasta que dejó de operar. ¿Sabías que era neurocirujano?

—No, creía que era psiquiatra, psicoanalista...

—También, pero esas no son las únicas especializaciones que obtuvo en sus cincuenta años de carrera.

—Así que ¿él te... recomendó al propietario de la clínica?

Samuele sonríe, pero la suya es una sonrisa acre. La expresión velada de melancolía del que sabe que está hablando de una persona que dejará un vacío enorme cuando parta para el viaje sin retorno.

—Raymond Laera es el dueño de la clínica.

## 5

En los minutos sucesivos comprendo por qué la eminencia de Boston quiso exhibirse en público por última vez justo en Italia, en Milán. A esta ciudad lo unen numerosos vínculos. Aquí dio vida a un proyecto tan ambicioso como el Centro de Medicina Baroni, denominado así en recuerdo de un tal Alfonso Baroni, que, según parece, era un estudioso de materias que antaño se consideraban ocultas y que, cada vez más, se encuentran bajo la lupa de la ciencia. Además, aquí fue donde se

declaró a su mujer, hace siglos. A ello se añade que su hija Serena sale con un chico de Roma.

Con todo, la pluma de Raymond no es muy conocida aquí, sus libros se venden a un grupo reducido de amantes de este tipo de ensayos, pero jamás han entrado en las listas de superventas. La eminencia ha actuado siempre discretamente, sin alimentar deseos mundanos ni buscar protagonismo.

—Pronunció también un discurso en la inauguración de la clínica —me cuenta Samuele, que ahora parece un viejo amigo que se esfuerza por ponerte al corriente después de un periodo de ausencia.

—Es un hombre realmente especial y, por lo que he entendido, con una cultura inmensa.

—*Era*, Veronica.

Me vuelvo y observo la cara tersa del joven Samuele. El alumno, la generación futura. Me ha corregido porque sabe algo que yo desconozco. Mientras enfila la rotonda de la plaza de Loreto

me lo explica.

—Raymond ha concluido su camino.

—Tú cómo...

—Sé lo que fue a hacer a Fráncfort.

—Pero si lo dejé delante de un hotel de cinco estrellas hace apenas dos noches.

Mis ojos atraviesan el cristal de la ventanilla y tengo la impresión de estar aún en el taxi con Laera, que luego sale y se despide de mí.

—Hagamos un pacto. Todo lo que te estoy diciendo y lo que te voy a decir deberá ser un secreto entre nosotros.

—No sé por qué confías tanto en mí. No me conoces.

—Porque Raymond me habló de ti. Me contó tu historia. En pocas palabras, me pidió que te ayudara.

Sus palabras me dejan sin aliento. Recuerdo al doctor, su mirada severa, el esfuerzo que debía hacer para soportar mi presencia, la renuencia a prestarme atención. ¿Y ahora? Esta inesperada

escena entre bastidores. Un vuelco singular a mi favor. No digo una palabra, pero me gustaría saber cuándo demonios hablaron.

—Ayer por la mañana tenía una cita —prosigue Samuele, como si yo hubiera aceptado implícitamente el pacto—. Conocemos a ciertas personas, profesionales, que operan al margen de la legalidad. La gente corriente va a hacer este tipo de operaciones a Suiza. Nosotros aprovechamos otros canales. Nos dirigimos a los médicos apropiados para resolver ciertas situaciones.

El uso de los vocablos que hace Samuele para darme a entender que el doctor Laera fue a suicidarse a Alemania casi me estremece, pero comprendo que quizá sea una manera de dar un rodeo al tema para no resultar vulgar o irrespetuoso. Sin embargo, la terminología me pone en dificultades. Prefiero rebajar el nivel a un tono más coloquial.

—Fue para que lo mataran. —Lo resuelvo así.

—No es una bonita manera de decirlo.

—No hay una bonita manera de decirlo. En estos casos es mejor hablar sin tapujos.

—De acuerdo, Veronica, como prefieras. Fue a que lo mataran. Raymond siempre me decía que no soportaba la idea de que el mundo lo recordase como un enfermo terminal. Su mujer jamás se lo ha perdonado y nunca se lo perdonará, pero él prefirió que fuera así. Por lo demás, hacía tiempo que estaban divorciados, ella apenas tenía ya influencia en su vida.

—Lo sé —contesto, y me vuelve a la mente la petición de la señora Laera, que había llegado vía sms durante la presentación del libro. Una llamada a la que él no había respondido.

—Así pues, sucedió ayer. Pero solo lo sabemos unas cuantas personas. Varios amigos comunes, algunos compañeros, ahora tú... la familia no tardará en enterarse, sé que les envió una carta. En los próximos días se comunicará también a la prensa.

—Es muy triste.

Samuele frena, su mirada se pierde más allá del parabrisas, entre los faros de los coches. Una neblina está envolviendo la ciudad, lista para mezclar los asuntos humanos con las leyes de la naturaleza, para extender un velo sobre los triunfos y las tragedias, sobre la vida y la muerte de los pequeños insectos que bullen en una roca gigantesca. Y yo estoy aquí, preguntándome si todo esto sigue teniendo sentido, si habré elegido el camino correcto en la encrucijada. Si no me convendría desistir.

—Es nuestra vida, Veronica. Raymond fue un hombre de éxito, y a su familia no le faltó de nada, aunque quizá no fue, lo que se dice, un padre perfecto. Pionero en varios campos, obstinado a la hora de demostrar sus teorías, se privó de las satisfacciones de las que quería privarse. Puede que deseara tener diez, cien vidas para poder estudiar a su manera. Experimentando, probando, fracasando, cayendo y volviendo a levantarse. Esta vez, sin embargo, la vida le puso delante un

obstáculo infranqueable. Pero la ciencia no se detiene. Sus investigaciones proseguirán.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo asegurar que fui la última persona que escuchó su voz, exceptuando al médico que le puso la inyección final, claro está, pero creo que fue así. Ya te he dicho que hablamos por teléfono y que me dijo tu nombre, te tomó como ejemplo, porque pensaba que tú eras un caso que merecía atención. Su investigación proseguirá, insisto. Nunca faltarán realidades como la tuya, que demuestran que lo que parte de la comunicación científica trata de desacreditar y privar de todo valor es absolutamente creíble y concreto. Tú eres la prueba. No eres la única, pero estás aquí, has venido. Quieres ir adelante, quieres saber más. Igual que nosotros. Podemos hacerlo juntos.

—No lo sé. —La barbilla me tiembla unos instantes, puede que sea una reacción nerviosa. Me asusta oír hablar a Samuele de una investigación que me tendría a mí como objeto. Pero es cierto, lo

he buscado para saber más cosas y ahora estoy metida en esto.

—¿Sabes lo que he estado haciendo todo el día, Veronica? —me pregunta mientras llegamos al final de la calle Porpora, en dirección a la carretera nacional que lleva a Segrate—. ¿Sabes lo que hago en la Baroni cuando no estoy operando en el quirófano?

—Bueno, en un laboratorio... no lo sé. ¿Experimentos genéticos?

—Aprecio el intento, pero no. En la clínica hay dos salas de reanimación. Una está en la primera planta, donde entran todos los casos que requieren ese tipo de asistencia. La otra está en la segunda planta subterránea. En mi laboratorio privado. Raymond se enamoró de mí como alumno, porque compartía su curiosidad. Investigar más allá del umbral, buscar respuestas a unas preguntas que el hombre se ha planteado desde el inicio de los tiempos.

—¿Quieres decir que...?

—En esa sala me dedico a los estudios de Laera sobre los casos de experiencias cercanas a la muerte. Te asombraría saber cuántos elementos en común hay entre las denominadas *Near Death Experiences*, o NDE, y las *Out of Body Experiences*, las OBE, que has experimentado ya en primera persona. Raymond siempre quiso profundizar en ellas. La investigación se inició en Boston. Ahora tenemos un centro adecuado y la libertad de acción necesaria para trabajar con los pacientes sin interferencias externas. Los casos de parada cardíaca, coma, choques de diferentes tipos, traumas y politraumatismos presentan las condiciones ideales —si me permites el término— para estudiar la interacción de los pacientes con un estadio superior de la conciencia.

—Comprendo. —Me muerdo un labio—. Pero ¿en qué consisten?

—Casi dos personas de cada diez de las que han vuelto a la vida después de uno de los casos que te he enumerado, cuentan que vivieron una

auténtica experiencia más allá de los confines de la conciencia, mientras se encontraban tumbados en la cama de la sala de reanimación y su cerebro estaba inactivo. No todos tienen valor para hablar de ello cuando regresan. Algunos se muestran reacios por miedo a que se los tome por locos o por visionarios. Mi trabajo consiste en recopilar el mayor número de elementos posibles sobre la vida más allá de la vida, y estos fenómenos presentan un gran número de ellos.

Admito que no sé qué decir. Casi tengo miedo de saber qué tiene en común la experiencia cercana a la muerte con lo que estoy experimentando yo.

—Te lo explicaré mejor, pero no en el coche.

—De acuerdo.

—Me has dicho que tus padres están muertos.

No quiero ser indiscreto, pero ¿puedo saber de qué murieron, Veronica?

—No conozco a mi padre. Creo que está vivo, pero no tengo la menor idea de dónde está y no me

interesa saberlo, dado que la idea de ser padre nunca le gustó.

—¿Y tu madre?

Inspiro hondo, tardo un poco en contestar. Más allá del morro del BMW una moto se cruza y por un instante veo el cráneo del joven que la conduce sin casco hecho papilla en el asfalto. En cambio, sale airoso y se aleja zigzagueando entre los coches. Una apuesta doble, una martingala, o de perdidos al río. Como lanzar una moneda al aire jugándonos la vida. Un modo nada brillante de salir de escena si te va mal.

—Le dispararon durante el atraco a un banco. Estaba con ella, cogida de la mano. Murió entre mis brazos.

Samuele no dice una palabra. Tiene una manera particular de asentir con la cabeza, que entreveo de perfil. Lo hace como si todo lo que digo fuera normal o como si lo supiera ya. Seguro que es una costumbre, su forma de elaborar las noticias, quizá la manera científica de apoderarse de la

información y procesarla. En mi opinión una actitud como la suya es poco humana, pero dada la relación que he tenido con la humanidad en el último año, me amoldaré a ella.

—¿Te dijo algo antes de morir?

La pregunta me desconcierta. Nunca me la habían hecho. Y no porque haya contado la muerte de Delia a cientos de personas. Ella me dijo algo antes de morir, vaya si me lo dijo, solo que no tiene sentido. Unas palabras al azar, que masculló de forma confusa antes de cerrar los ojos para siempre. Retumban en mi interior por enésima vez.

«De flores, un... minuto...»

—Sí, unas pocas palabras, pero no entendí qué quería decir.

—Si quieres podemos volver a vernos y empezar a trabajar sobre tus experiencias, y, en caso de que estés realmente convencida de emprender este camino, quizá podamos dar también un sentido a esas palabras.

—Quizá —respondo sin pensar. Me doy cuenta

de que he empleado el tono equivocado, como si no tomara en serio a Samuele y a su investigación. No obstante, si Laera dejó en sus manos la clínica, si los estudios del profesor seguirán adelante gracias a él, es evidente que el joven neurocirujano no es un simple aficionado—. Quiero decir —digo tratando de enmendar la plana—, si fuera posible. No sabes cuánto me gustaría.

—Creo que lo sé —concluye, luego calla unos minutos.

Dado que no sé qué decir, secundo la pausa. Me pierdo entre las calles de la periferia de Milán, veo pasar obras y barreras, edificios bajos y rampas de autopista en vías de construcción. Casi estoy en casa. Pero, por primera vez desde que murió mi madre, no tengo muchas ganas de estar sola.

—¿Te apetece que vayamos a comer algo? —le digo de pronto, sorprendiéndome de ser yo la que lanza la propuesta.

Samuele se vuelve, resopla asombrado y su

cara se pliega en una expresión de fingida malicia.

—De manera que de vez en cuando tú también tienes hambre —bromea.

—De vez en cuando.

—No he comido, a menos que consideres comida un bocadillo de goma del distribuidor automático. Así que la respuesta es sí. El problema es que no conozco la zona, así que me temo que tendré que fiarme de ti.

—Por tu cuenta y riesgo, doctor.

## 6

Supongo que la cena la va a pagar el joven neurocirujano, pero no quiero aprovecharme. A los dos nos apetece comer una pizza. A veces parece un poco tímido. Detrás de las bromas y la seguridad en sí mismo que demuestra, se entrevé el embarazo que le produce esta situación, cuando menos singular. Por lo demás, es de noche, estamos saliendo a cenar, él tiene treinta y seis años, yo diecinueve. No es difícil comprender que apenas estemos en público se comportará como un

hermano mayor.

Y eso es justo lo que hace. Entre otras cosas, si esto fuera una cita como corresponde y no algo improvisado con un médico milanés casi desconocido que pretende utilizarme como conejillo de Indias, le pediría que me llevara a casa y que me concediera media hora para arreglarme. Una ducha, un vestido apropiado, perfume. Unos ritos que abandoné hace más de un año.

El aspecto profesional de nuestra relación es claro, y Samuele insiste en él en varias ocasiones. Me pregunta con frecuencia si estoy plenamente convencida y dispuesta a compartir mis experiencias, como si temiera que yo pudiera denunciarlo mañana.

—No cambiaré de idea —le digo mientras bebo un sorbo de Coca Cola—. Supongo que habrás entendido por qué lo hago.

—Tu madre. —Samuele aparta los brazos para dejar espacio a la pizza que el camarero está

apoyando en la mesa: una *diavola* con doble ración de mozzarella.

—Ya.

—Me gustaría enseñarte unos documentos — dice cortando un pedazo.

—¿Sobre tus investigaciones?

—No solo las mías, también las de Raymond. Nunca los publicó por una cuestión de confidencialidad. Se limitó a aludir a ellos en algunos de sus ensayos sin dar ningún nombre, pero es una mole de material realmente interesante.

—¿Va todo bien? —pregunto al ver que Samuele se detiene con el tenedor clavado en el borde alto de la pizza y la mirada perdida en el vacío.

—Sí, por supuesto, disculpa.

—Estabas pensando en él.

—Estaba pensando en él, sí. La persona que creyó en mí. Se lo debo todo. La carrera, la formación, las ideas.

—Entiendo.

—¿Sabes qué decía siempre sobre la vida?  
Sacudo ligeramente la cabeza.

—Decía que el verdadero misterio no es de dónde venimos ni adónde vamos después de morir. El verdadero misterio está en saber en qué consiste realmente la conciencia. Ese es el enigma. Todo gira alrededor de ella. De hecho, era la meta de su investigación. Una cima demasiado alta para poder alcanzarla en una sola vida, quizá.

—La conciencia... —repito perdiéndome en sus palabras.

—¿Cómo la definirías? En tu opinión, ¿qué es?

Reflexiono un instante, me trago un bocado sin apenas masticarlo y me acerco la servilleta a los labios. Quién me iba a decir que mi primera velada en compañía de un hombre después de un año iba a parecerse a un interrogatorio.

—No sé explicarlo con exactitud. Supongo que es la conciencia de lo que hacemos. Tengo conciencia de algo si soy capaz de razonar sobre

ello, ¿no?

—Más que aceptable, Verónica. La etimología latina de la palabra es *cum* y *scire*, es decir, ser consciente. Yo también la definiría así, sin entrar en el fondo de la cuestión científica o médica. Entre otras cosas porque si hay un tema complejo sobre el que la ciencia se interroga sin encontrar una explicación satisfactoria es justo este.

—¿Laera buscaba una respuesta?

Samuele sonríe. Da la impresión de que tiene delante a Raymond. El padre y el hijo de una investigación que va avanzando progresivamente desde siempre.

—Sí, como cualquier otro estudioso de su categoría. Quiero contarte una anécdota. Espero que no se te indigeste la pizza.

—Prueba —digo siguiendo el juego. A estas alturas he comprendido que Samuele no tiene la menor intención de convertir este encuentro en algo más. No es una cena galante sino la primera etapa de una trayectoria.

—En los años noventa un neurofisiólogo llamado Libet llevó a cabo unos estudios extraordinarios. Él y sus compañeros demostraron que existe un retraso, una separación que se puede medir en términos temporales, entre un estímulo, la elaboración inconsciente del mismo y su percepción consciente.

—Explícamelo como si fuera alguien que no tiene la menor idea de lo que estás diciendo, por favor.

—Te pondré un ejemplo. Imagínate que vas en bicicleta a velocidad continua por una carretera que está, en apariencia, desierta. De repente un gato salta fuera de un arbusto y se interpone en tu camino. Imagínatelo.

Sin dejar de escrutar los ojos azules de Samuele asiento con la cabeza. Intento imaginar la escena.

—Pues bien —prosigue él un tanto excitado por la explicación que está a punto de darme—, se ha descubierto que al estímulo, es decir, a la

visión del gato, sigue inmediatamente una percepción inconsciente que desencadena la reacción.

—¿Por reacción entiendes el frenazo?

—El frenazo, sí. O una brusca desviación de tu trayectoria para no atropellar al gato. Tu reacción al estímulo visual.

—¿Qué significa exactamente «percepción inconsciente»?

—Piensa en la respuesta que me has dado antes. Me has dicho que la conciencia es el conocimiento de la realidad que nos rodea, de nuestros gestos. ¿Correcto?

—Sí.

—Pues bien, estos experimentos han demostrado que la reacción inmediata a un estímulo externo se inicia a nivel inconsciente, y solo después de quinientos milisegundos aparece en nuestra conciencia. Nuestro sistema de calibrado sitúa la experiencia en el momento de recepción del estímulo, pero, en realidad, cuando

el gato aparece, antes de ser conscientes de que debemos frenar para no atropellarlo...

—Ya hemos frenado...

—Exacto —dice asintiendo lentamente con la cabeza a la vez que corta otro pedazo de pizza—. Parece increíble, ¿eh?

—Pues sí. ¿En serio han podido medir algo así? No entiendo mucho sobre estos temas, pero siempre he pensado que todo lo que nos pasa por la cabeza es fruto de una decisión voluntaria.

—Puedes buscar más información en la red o en la biblioteca. El resultado de los estudios de Libet es asombroso, podríamos quedarnos aquí a hablar de las implicaciones filosóficas que suponen sus mediciones hasta finales de año. Si la reacción se produce antes de la toma de conciencia se podría insinuar que carecemos de libre albedrío.

—Y que vivimos una vida en diferido —añado pensando en los viejos que frecuentan Beverly Betting—. En la agencia de apuestas en la que

trabajo los clientes más obstinados se quejan a veces, mientras miran los partidos en las pantallas planas, de que los comentarios llegan un poco antes que las imágenes. Puede suceder, depende del emisor o de la transmisión, que se produzca un *lag*. Si pienso en los experimentos de que me hablas... casi parece que los comentarios que anuncian un gol con una fracción de segundo de adelanto, y que ellos detestan, porque les echan a perder la sorpresa, funcionan como nuestro inconsciente. Y que el gol que vemos es simplemente el resultado evidente de lo que ha sucedido.

—Me dejas pasmado, ¿sabes? —dice riéndose con la boca llena.

—¿Por quién me habías tomado? —replico riéndome también.

Samuele tiene una bonita sonrisa y cuando habla de estos estudios parece un niño entusiasmado por un nuevo descubrimiento. Puede que el secreto de los científicos sea justo ese:

saber maravillarse aún ante un dato revolucionario, contarlo con el mayor entusiasmo posible, gozar al ver la reacción de asombro de su interlocutor.

—No me malinterpretes, a tu edad la mente es ágil. La vejez es la que nos arruina. Ah, te felicito por la elección. La pizza es fabulosa.

Reflexiono un momento. Delante de mí, en el plato, tengo aún media pizza margarita. La anécdota sobre los experimentos del tal Libet es increíble. Si lo he entendido bien, sea cual sea el movimiento que haga de ahora en adelante — levantar el vaso, beber un sorbo de Coca Cola, mirar la hora en el móvil—, este será fruto de una decisión tomada en cualquier otro lugar, sin tener en cuenta mi opinión, de la que solo se me informará después. No obstante, la mente me engañará haciéndome creer que soy la que gobierno el timón.

—Empiezo a entender por qué la conciencia es el verdadero misterio —concluyo.

—Y este es solo un pequeño ejemplo... pero quizá sea mejor que ahora acabemos de comer, antes de que se enfríe la pizza. ¿Qué te parece?

—Como quieras —respondo, al mismo tiempo que me pregunto qué tipo de hombre será de verdad, porque por el momento tengo la impresión de haber asistido a una lección universitaria—. ¿Por qué empezaste a estudiar las experiencias cercanas a la muerte?

—Por lo visto quieres que la pizza se enfríe. —Vuelve a salir del paso con una broma, pero esquiva mi mirada. Puede que le haya recordado algo. Puede que empiece a conocerlo.

Se demora, se lleva el pañuelo a los labios, bebe un sorbo de agua.

—Si te estás preguntando si he vivido una experiencia como la tuya la respuesta es no. No he perdido a ninguno de mis padres. Aunque hay muchas maneras de perder a un ser querido. —Escruta el plato unos instantes, esquiva de nuevo mi mirada y se refugia con el pensamiento en un

lugar al que no puedo acceder.

No parecía irritado al hablar, pero es innegable que he metido el dedo en la llaga. Me doy cuenta de que he franqueado un umbral demasiado pronto, de que tal vez él lo único que pretenda sea acabar la pizza y llevarme a casa.

—¿Sabes? —dice retomando la conversación—. Es bonito salir a cenar con alguien. Suelo comer solo.

Arrugo la frente y lo miro fijamente.

—Pero, dado que eres neurocirujano, deberías viajar a menudo para asistir a congresos. Asistir a comidas de trabajo con tus compañeros, a reuniones... ¿no?

—¿Pones todo al mismo nivel? —Me guiña un ojo—. Sería como si yo comparase esta cena con, no sé, la pausa para comer de la agencia de la que me has hablado.

—Ya.

Pienso por un momento en el bar de la esquina, el que está a pocos metros de Beverly Betting.

Cuando tengo el turno largo, durante el fin de semana, suelo ir allí a comer una ensalada o un plato preparado, tratando de ceñirme al vale de comida que Bertoglio tiene la amabilidad de ofrecernos.

—Al final acabo encendiendo la televisión mientras como, sin prestarle realmente atención —añade él—. Cuando no estoy en la clínica, claro está. En ese caso me conformo con un bocadillo de goma, como ya sabes.

Sonrío, asiento con la cabeza y pienso en la televisión que hay delante de mi sofá cama, que a menudo se queda encendida toda la noche. Quién sabe, puede que influya en mis sueños. Samuele corta otro pedazo de pizza con la cabeza inclinada hacia el plato. Luego alza los ojos un instante. En su mirada hay ahora una punta de melancolía. ¿Será el reflejo de la soledad que nos une? No sé a qué se refería cuando mencionó la pérdida de un ser querido, pero tal vez no sea el momento adecuado para indagar sobre su pasado. Detrás de

sus comentarios burlones, de sus maneras desenvueltas y sociables, creo que hay un hombre solo. Joven y brillante, desde luego, pero solo. Como yo. También él se ha estancado en alguna parte, también él es, en cierta medida, cerrado, introvertido. Se ríe y bromea, su compañía es agradable, y la diferencia de edad solo se nota cuando habla de temas complejos o de las materias que estudia, pero es evidente que algo lo bloquea, me doy cuenta cuando la conversación se desliza hacia el terreno personal. Algo paraliza sus sentimientos, al igual que la muerte de Delia hizo con los míos, y cuando el cascarón se cierra se forma una coraza impenetrable.

Después de beber el café se levanta y va a pagar la cuenta. Miro alrededor con cierta desazón. Sí, porque me he sentido bien. He pasado una velada agradable, cosa que no me sucedía desde hace una eternidad, pero la persona que tengo delante solo está aquí para estudiar mi caso. Y yo lo he buscado por el mismo motivo. Nos

intercambiamos el número de teléfono y me acompaña a casa. Punto final.

    Mi Fase Tres sigue siendo una habitación amurallada.

## 7

Lo que sucede en los días posteriores está condicionado por una sensación latente de desazón, que me acompaña en todas mis acciones. El motivo es sencillo. Se está acercando el aniversario de la muerte de mi madre. Sé que no tiene sentido que una fecha determine mis pensamientos, pero vaya si lo hace. No logro ignorar esta sensación. Casi tengo la impresión de que está a punto de llegar un día fatídico en que me despertaré y reviviré todo desde el principio. En

realidad, poco importa cuántos días han pasado, trescientos sesenta y cinco días, cincuenta o cuatrocientos. Delia ya no está. El Día Sin Sentido se la llevó consigo y se acabó, dejándome en una barcaza en medio del mar.

Al día siguiente, en Beverly, noto que Nancy se ausenta cada diez minutos para ir al cuarto de baño. A media mañana se rinde.

—Estoy hecha polvo. —Se pone la chaqueta—. Me voy a casa, es mejor. Por suerte no es sábado.

—No te preocupes —respondo, notando que tiene la palidez de un cadáver durante la autopsia—, yo me ocuparé de todo.

Me quedo sola, al menos en lo tocante al fútbol, el baloncesto y el tenis. Garella está, de todas formas, al fondo de la hilera de ventanillas, en la de la hípica. Él nunca se pone enfermo. Puede que no sea humano.

De repente, como todos los jueves, Martin hace su aparición. Entra por la puerta con sus andares

elegantes, se quita el sombrero de ala ancha, lo sujeta con las manos, se detiene. Lo miro con el rabillo del ojo y espero. No sé si en mi ausencia hizo otras apuestas dobles, no sé cómo va su nueva línea de martingala.

No tardo en descubrir que no ha venido para eso.

—Buenas noches, señorita —dice después de acercarse a mí y apoyar una mano arrugada en el mostrador. Sonríe con aire melancólico, como alguien que tiene muchas preocupaciones, pero se esfuerza por ser amable.

—Buenas noches —respondo. Si lo que pretende es conversar conmigo no voy a saber qué decirle. Por lo general nos limitamos a hablar de las apuestas y las programaciones.

—He venido para despedirme de usted —dice. Parece conmovido, pero mira hacia abajo, apenas puedo ver ya sus ojos cansados.

—¿No apuesta hoy? —pregunto en tono conciliador.

—Ya no apuesto.

Esta sí que es una sorpresa. Bueno, a decir verdad, la mayor parte de los jugadores pronuncia esta frase un mes sí y otro no, el noventa por ciento de las veces después de una pérdida cuantiosa, pero la frase de Martin me desconcierta. No respondo. Lo escruto.

—Me voy de viaje —añade con voz quebrada.

—Comprendo.

—Como ya sabe, mi mujer me ha dejado. Necesito marcharme de aquí. Perdona la confidencia.

Claro que sé lo que ha ocurrido. Además, siento en el aire el peso del vacío. Lo veo alrededor de él, alrededor de su abrigo elegante, de su sonrisa forzada. Es una vorágine que te arrastra, sin importar la edad que tuviera la persona desaparecida. ¿Es más fácil resignarse si la persona es anciana? Creo que no. El sufrimiento de Martin es mi sufrimiento. Es el dolor de cualquiera que haya perdido un pedazo de su

universo. Un fragmento de su vida. Caminas entre la gente, pero, en realidad, te arrastras en medio de la nada, y desde el fondo del pozo en que te encuentras solo puedes gritar al vacío, porque nadie puede oírte. Comprender. Le perdono la confidencia, faltaría más, y lo entiendo. No debe de tener a nadie con quien hablar y, a saber por qué, se está desahogando con una joven a la que habrá visto una decena de veces, pero que, en realidad, no conoce de verdad. Sigue diciendo «me ha dejado», como la otra vez, sin especificar. Pero yo supe lo que había sucedido al oír hablar de ello a sus amigos en la agencia.

—Lo siento mucho —contesto, y me sorprendo de mí misma. No por lo que acabo de decir, dado el abuso de frases hechas que se suele hacer en este tipo de conversaciones. No, lo que me sorprende es que lo siento de verdad, que he sido sincera. No sé quién es de verdad este hombre y podría crucificarlo por la manera en que despilfarra el dinero o por su visión patológica del

mundo de las apuestas. Pero siento una tristeza infinita en sus palabras, y esa tristeza se adentra en mí. Se apodera de mis vísceras, me obliga a experimentar emociones ajenas, a identificarme con el viejo señor, pese a que su historia y la mía no guardan ninguna relación.

—Me voy a Argentina. —Martin levanta la cara por un instante—. Siempre he soñado con ir allí.

—Por supuesto. —Le regalo una sonrisa melancólica—. Debe de ser una tierra maravillosa.

—Adiós, señorita. Que la vida sea para usted un camino ligero, lleno de alegrías y satisfacciones.

Maldito seas, Martin.

De repente, siento un nudo en la garganta que me impide respirar. No obstante, hago como si nada, disimulo. Me gustaría llorar, salir de detrás de la ventanilla y abrazarlo. Pero una parte de Verónica aún permanece encerrada en la

habitación amurallada y no hay manera de sacarla de allí. Cabeceo y se me ocurre una respuesta. Ni siquiera sé si es apropiado lo que me dispongo a decir, pero mi boca se abre antes de que yo me dé cuenta, en una burda demostración del experimento del que me habló Samuele.

—Nunca se van de verdad...

—¿Cómo dice? —pregunta Martin mientras se pone el sombrero.

—No, nada. —La vergüenza me hace recular. ¿Qué me ha pasado por la mente? Con todo, lo he dicho—. Es decir... las personas a las que queremos. De una forma u otra, siempre están con nosotros.

—Tienes un corazón de oro —replica Martin y esta vez, pese al velo de tristeza y de emoción, su sonrisa es auténtica. Espontánea, no forzada.

—Adiós. —Lo miro mientras se aleja a paso lento. Sé que no volverá a la agencia.

Es curioso que haya sido justo yo la que lo haya consolado, y que lo haya hecho con las

palabras de Raymond Laera. Yo, que hace un año dejé de apreciar la vida, que nunca podré justificar la muerte de mi madre.

Pasa otro fin de semana rápido e indoloro, por suerte con la ayuda de Nancy, que ha recuperado las fuerzas a base de antiinflamatorios. No he vuelto a hablar con Samuele. Cuando me acompañó a casa me dijo que esta semana tenía varias operaciones y que el sábado debía asistir a no sé qué congreso sobre nanotecnologías. Quedamos en vernos el lunes en la clínica. Pero no de día sino por la noche.

Quiere enseñarme el laboratorio y explicarme lo que aún no sé sobre las EFC antes de intentar provocarme una. Pese a que allí abajo no hay cadáveres ni restos humanos embalsamados —al menos lo espero—, me da un poco de miedo entrar de noche en una clínica privada, sobre todo sabiendo que Mora investiga sobre experiencias

cercanas a la muerte. Pero no tengo elección. No he vuelto a tener ninguna experiencia fuera del cuerpo involuntaria desde el día en que me desmayé en la librería y si quiero volver a ver a ese chico —suponiendo que se presente de nuevo en uno de los próximos viajes— la única posibilidad que me queda es hacer caso al médico. Y eso es lo que pienso hacer. Al infierno con mis miedos.

Durante el fin de semana, sin embargo, hablo por teléfono con Mila, la dependienta de la librería. Me llama ella, después de haber visto en el telediario un reportaje sobre la muerte de Raymond Laera. Pese a que la televisión no atribuye mucha importancia a la noticia, en los sesenta segundos que le dedica menciona también la reciente presentación del libro en Milán. Mila y yo permanecemos calladas unos instantes. Me gustaría hacerle varias preguntas personales para comprender por qué le interesa tanto el tema, pero cuando debo hablar me bloqueo, tengo miedo de

ser indiscreta, y dejo que sea ella la que cambie de tema.

Nos despedimos con la promesa de beber juntas una taza de té lo antes posible. La sonrisa que tengo en la cara cuando cuelgo da fe de que algo está cambiando. Puede que en un rinconcito, en lo alto de la habitación amurallada, haya ahora una ventanita abierta por la que se filtra una tenue luz.

Llego al centro de medicina Baroni vestida con un par de vaqueros, una sudadera marrón con capucha y una chaqueta abrochada hasta el cuello. Debemos de estar, como mucho, a dos grados.

Con este *look* anónimo, además de nada femenino, echo un vistazo alrededor con la esperanza de que Samuele aparezca enseguida. Luego miro la pantalla del móvil y me doy cuenta de que no he enviado el mensaje que le escribí pocas paradas antes de llegar. Así que lo llamo. O,

mejor dicho, dejo que su móvil suene una vez y después cuelgo.

Él sale un par de minutos más tarde, pero no por las puertas acristaladas de la entrada. Su figura emerge de la oscuridad en una calle lateral que se insinúa entre un lado de la clínica y el edificio adyacente. No lleva la bata, va vestido de paisano. Bajo el impermeable se entrevé un suéter de cuello alto negro y un par de pantalones beis.

—Aquí me tienes —dice al aproximarse—. Entraremos por una puerta secundaria. Nada misterioso, no te preocupes, pero prefiero que no todos estén al corriente de lo que hago. Supongo que recordarás que en recepción...

—Está ese tipo tan simpático.

—Exacto. Vamos directamente al laboratorio. Allí no nos molestará nadie.

## 8

Sigo a Samuele hasta una pequeña puerta metálica que da a la calle.

Al llegar a ella saca un voluminoso manojó de llaves del bolsillo derecho de su impermeable, elige una y la introduce en la cerradura. Enfilamos un largo y estrecho pasillo iluminado por una serie de faros pequeños, colocados en lo alto de las paredes laterales. Parece uno de esos corredores que desembocan en un patio interior o en un sótano donde se deja la basura. En cambio, al fondo hay

una puerta idéntica a la anterior, esta vez entornada. Samuele debe de haberla dejado así cuando salió para recogerme, y dio solo una vuelta de llave a la exterior.

Unos cuantos pasos y embocamos otro pasillo más ancho y mejor iluminado. Bajo nuestros pies se extiende un largo pavimento cubierto con una moqueta rosa. A primera vista me recuerda una escena de la película *El resplandor*, que me quitó el sueño durante, al menos, un par de semanas, cuando tenía siete u ocho años. Luego un amplio ventanal, que da a una habitación oscura, llama mi atención. Samuele nota mi curiosidad.

—Es un quirófano pequeño —me explica—. En teoría, si hiciera falta podría operar también aquí abajo. Está equipado y listo para ser utilizado. En cualquier caso, aún no ha sucedido. Utilizamos el del tercer piso.

—¿Qué haces exactamente?

—Soy neurocirujano.

—Sí, eso ya lo sé, pero en concreto, ¿a qué te

dedicas? Además de a la investigación, quiero decir.

—Pues a cualquier caso relacionado con lesiones o tumores cerebrales o de la médula espinal, o a cuestiones relacionadas con el sistema nervioso. Coágulos, aneurismas, malformaciones, traumas... cosas muy divertidas, como ves.

Sigo andando y exhalo un suspiro. Por suerte el doctor sabe desdramatizar, de no ser así tendría ya la piel de gallina.

—¿Te has equivocado alguna vez? —pregunto, presa de una repentina curiosidad, a la vez que llegamos a la enésima puerta, que en esta ocasión tiene una manilla antipánico, después de haber dejado atrás unas cuantas en el lado izquierdo del pasillo, coronadas por la señal triangular de peligro de radiaciones apagada.

—¿A qué te refieres? ¿A la muerte de un paciente por error?

—Sí.

—Jamás me ha ocurrido, pero espero seguir

trabajando en esto unos cuarenta años más, así que podría sucederme. Ningún médico es infalible.

—¿Y ver morir una persona mientras la estás operando sin que sea culpa tuya?

—Sucede continuamente, Veronica. Soy bastante joven y no opero desde hace muchos años, pero aquí nos llega de todo. Sin lugar a dudas, en los hospitales ven más accidentes de coche y domésticos, o casos de violencia, pero nuestra casuística no es menos dramática.

—¿Qué tipo de casos te sirven para los estudios sobre experiencias cercanas a la muerte?

—pregunto, y al hacerlo me doy cuenta de hasta qué punto resulta frío el verbo «servir» en esta circunstancia. Entretanto, cruzamos un pequeño vestíbulo; pegados a la pared derecha hay tres distribuidores automáticos y en la izquierda entreveo la placa cuadrada del baño.

—El clásico caso de trauma craneal grave debido a un accidente, a un infarto de miocardio o a una embolia pulmonar... episodios de este tipo.

Son situaciones en que se opera de urgencia y en que el cerebro del paciente está... fuera de servicio, por decirlo de alguna manera.

—Así pues, inconsciente —deduzco en voz alta, mientras empiezo a sentir ansiedad por lo que me espera. Tengo que hacer un esfuerzo para ignorarla—. De forma que, en teoría, estas personas no recuerdan nada de lo que sucede mientras las operáis.

—Exacto. —Samuele vuelve a sacar el manajo de llaves y coge una pequeña, luego dobla a la derecha, recorre unos metros más en otro pasillo y la introduce en la cerradura de una puerta blanca y azul—. Justo en ese momento se produce algo increíble, algo a lo que Raymond dedicó su vida. Los que regresan, los que sobreviven, lo atestiguan. Investigamos gracias a lo que cuentan.

Entramos en una especie de sala de reuniones pequeña, en la que predomina el color azul oscuro. En el centro hay una mesa rectangular rodeada de seis sillas. Las paredes están ocupadas por

librerías con los estantes llenos de clasificadores. En una repisa, frente a la entrada, hay una máquina de café con varias hileras de cápsulas. La habitación carece de ventanas. Me pregunto si habrá al menos una en todo el piso. Puede que en el baño.

—¿Con qué objetivo? —pregunto, al mismo tiempo que obedezco a la invitación muda a acomodarme de Samuele, que extiende la palma de una mano hacia una de las sillas.

Él se sienta también, delante de mí, después de haber sacado una carpeta de la librería. Acto seguido me mira a los ojos, con esos iris que en ocasiones parecen unas inexpresivas bolas de cristal.

—Demostrar que la vida no termina cuando muere el cuerpo.

Jamás me había servido tanto de internet. Puede que a los catorce o quince años, cuando

pasaba horas y horas chateando. En cierta manera, era divertido. Pero la verdad es que nunca me ha gustado demasiado compartir mis asuntos en la red. Por eso no estoy inscrita en ninguna red social y me considero un animal en vías de extinción. Pero si hay algo que recuerdo con todo detalle de mi experiencia en la red son varios vídeos virales con los que me tropezaba a menudo. En uno de ellos —jamás lo olvidaré— aparecían las imágenes de un presunto fantasma que se había aparecido hacía años en las escaleras de no sé qué castillo italiano.

En realidad era una trampa. Abrías el vídeo, mirabas unos veinte segundos las escaleras exteriores de piedra y, en cierto punto, cuando parecía que una especie de velo traslúcido empezaba a moverse con la forma de un perfil humano, la cara de un monstruo deforme invadía toda la pantalla, acompañada de un grito digno de una película de Dario Argento.

Creo que no tengo el corazón débil, pero

cuando lo vi me llevé tal susto que no volví a mirar ningún vídeo que prometiera visiones sobrecogedoras o paranormales por miedo a que se tratara de una maldita broma.

Así es como me siento en este momento. Samuele ha dejado una gruesa carpeta gris sobre la mesa. Entre él y yo se interpone una pila de documentos sobre las experiencias cercanas a la muerte. Me siento como si tuviera delante una imagen fija con la tecla PLAY en el centro. Aún estoy a tiempo de decirle que ya no me interesa profundizar en el tema, que estoy bien como estoy —es decir, mal, pero qué le vamos a hacer— y que quiero volver a casa. Él me acompañará, como me ha prometido, y no podrá obligarme a ver lo que no tengo intención de ver.

¿Qué hay dentro de esa carpeta? ¿Imágenes de cuerpos mutilados? ¿Testimonios de vidas extraterrestres? ¿Fotografías de genocidios? ¿Espectros de niños sonrientes? ¿Páginas escritas al revés por mujeres poseídas?

No seré yo quien lo descubra. Ya no quiero hacerlo.

¿Qué pueden haber contado las personas que volvieron de una experiencia próxima al más allá? ¿Qué infiernos experimentaron? ¿Qué horror vieron con sus propios ojos, o con el alma, mientras yacían en la cama del quirófano y los médicos hacían todo lo posible para salvarles la vida?

—Me parece turbada —dice Samuele, que mientras tanto ha metido los dedos debajo de la cubierta plastificada de la carpeta.

—Lo estoy —respondo con los ojos clavados en la mesa—. No pensaba, pero...

—Si crees que estamos haciendo algo incorrecto tienes derecho a decirme que no quieres seguir. No puedo obligarte, desde luego.

Alzo los ojos, lo miro sin saber qué responder. Por extraño que pueda parecer, sus ojos son tranquilizadores. Casi parecen impedir que su boca se tuerza en una mueca divertida.

—La mayor parte de las personas que regresan de experiencias de este tipo da fe de algo maravilloso —añade, y la mueca apenas esbozada se transforma en una leve sonrisa.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que casi todos confirman que si hubieran podido elegir se habrían quedado allí.

La revelación me desconcierta, no entiendo de qué está hablando. Es justo lo contrario de lo que esperaba oír.

—¿Allí? ¿Dónde? —insisto.

—Llámalo como prefieras. Lo extraordinario es que, dondequiera que realices este tipo de investigaciones, en este planeta, me refiero, los pacientes relatan experiencias diferentes, que dependen de sus conocimientos, pero que, a la vez, son en esencia idénticas. Solo cambia la descripción. Una persona de aquí, cristiana, hablará con toda probabilidad del Paraíso, porque lo interpreta de esa forma, de acuerdo con su

credo, con sus esquemas mentales y con lo que ha aprendido durante la vida terrenal.

—¿Tú cómo lo llamas?

—Yo no lo llamo de ninguna manera. Un brillante filósofo, que elaboró la historia de este tipo de publicaciones, Moody, hablaba de *vida más allá de la vida*. Se puede denominar *más allá*, un término genérico que todos conocen y que no define ningún lugar preciso.

—¿Laera cómo lo llamaba? —pregunto pensando en la semejanza entre el nombre del filósofo y el del vendedor de castañas egipcio que tiene su puesto cerca de Beverly Betting. Seguro que se escriben de forma distinta, pero suenan igual.

—*There*.

Inclino ligeramente la cabeza interrogando a Samuele con los ojos.

—¿Cómo?

—*There*. Allí, en mi lengua materna y en la de Raymond, el inglés.

—Pero, en realidad, no está en ninguna parte, ¿verdad?

—Físicamente no. No podría indicártelo. Las ECM son experiencias de la conciencia, del alma. No se sabe dónde tienen lugar. En un nivel superior, en un estadio no terrenal y, por ello, no circunscrito a los límites que conocemos desde que nacimos. Lo sé, es difícil imaginar un lugar que no es, en realidad, un lugar.

—Pero ¿cómo es posible que se produzcan experiencias conscientes en caso de los accidentes traumáticos, que dejan inutilizable el cerebro?

—Eso es lo bonito. Los pacientes recuerdan, cuentan, cuando, en teoría, no tienen ninguna posibilidad de ver, de memorizar, dado que la actividad del cerebro es nula.

—¿Y, sin embargo, ven?

Recuerdo, como en un flash, la pregunta que planteó Laera durante la presentación de su ensayo en la librería, la que hacía referencia a la conciencia como un fenómeno «no local». Así la

definió. Como si nuestro cerebro no generase la conciencia sino que fuera solamente una especie de antena capaz de captar una estructura exterior. Cosa que daría un sentido al resultado del experimento de Libet sobre el inconsciente, una conclusión a la que, para mi sorpresa, llego en menos de un segundo.

—Ya. Además no solo ven el *there* en el que viven experiencias maravillosas. Buena parte de ellos ve también lo que ocurre aquí abajo. Ven lo que sucede durante la operación, durante la estancia en el hospital, o durante el estado de coma. Su visión parece sobrevolar el cuerpo, como si este y la mente se hubieran separado. Con frecuencia observan todo desde arriba. Este fenómeno se llama *hovering*.

—No es posible.

—Tampoco es posible leer un mensaje en la pantalla de un teléfono apoyado en la mesa que se encuentra al otro lado de la habitación.

Samuele se calla, alza unos milímetros la

barbilla, con la cara en una posición que es casi desafiante. Yo no muevo siquiera una ceja. Si el vínculo entre las dos experiencias es ese —el abandono del cuerpo y la situación próxima a la muerte— no puedo marcharme. Por nada del mundo. Estoy obligada a seguir adelante, porque el asunto me concierne. Debo pulsar *play* en el maldito vídeo viral, estar dispuesta a todo.

—Raymond también me contó eso —concluye con una sonrisa maliciosa—. Era un detalle fundamental para que tu historia fuera creíble. No sabes a cuántos mitómanos debemos enfrentarnos.

—Yo tampoco me lo habría creído si Laera no me lo hubiera confirmado.

Él asiente con la cabeza, a su manera, luego abre la gruesa carpeta casi por la mitad. Hojea varias páginas. Noto que ha puesto unas etiquetas, que sobresalen de los folios, para ordenar los casos.

—Ansaldo Maggio —dice mirando una ficha —, un conductor de tranvía de Bergamo. Lo operé

en 2011. Aún me sigue enviando por Navidad una cesta llena de fiambres de su pueblo, botellas de vino, dulces. Un tiarrón de ciento quince kilos. El día que lo trajeron aquí tenía cuarenta y dos años. No había tiempo para llevarlo al hospital más próximo: un coche lo había atropellado en un paso de cebra, no muy lejos de este barrio.

—Lo salvaste.

—No fue tan sencillo. Entró en coma debido al trauma craneal. Estos casos son siempre muy delicados. Debes hacer todo lo posible para aligerar la presión en el interior del cráneo, que es como una cristalería.

Me inclino hacia el borde de la mesa, Samuele gira la carpeta y veo un primer plano de Maggio, sonriente. Empuña una caña de pescar, a su espalda un río se pierde en la vegetación.

—¿Qué te contó?

—Tú misma puedes leerlo. —El médico me indica un punto en la página sucesiva. Son unas notas escritas a mano, la caligrafía es

comprensible.

«El paciente cuenta que vio, en rápida secuencia, varias imágenes de su infancia, que pasaron por su mente como diapositivas. Nítidas, no descoloridas. Según parece, las escenas pasaban a toda velocidad, pero los sentidos estaban como acentuados, los sonidos y los colores eran muy vívidos. Una vez despierto asegura que se trataba de episodios de su pasado que había olvidado, que se remontaban a sus primeros años de vida: el muro que rodeaba la casa de campo que sus padres vendieron a mediados de los años setenta; la honda que le había regalado su abuelo Glauco, muerto en 1971; la primera vez que subió a una Lambretta en el paseo marítimo de Versilia, cuando su tío Gianni lo llevó a la playa de Camaiore, en Marina di Pietrasanta y él, aterrorizado, se aferró al torso de su tío y le clavó las uñas en el pecho. Dice que

después de este travelín de recuerdos empezó a sentir una agradable sensación de bienestar y que al alzar los ojos al cielo fue embestido por una luz sumamente intensa, aunque no deslumbrante. Lo acometió el deseo de subir hacia esa luz, de tocarla con la mano, de dejarse penetrar por ella. Afirma que jamás había vivido un momento de éxtasis similar en toda su vida. De pronto apareció un ser, una presencia luminosa, son las únicas palabras con las que puede definirlo. Al principio la entidad le habló, pero él no entendió lo que decía. Luego se dio cuenta de que la comunicación no era verbal. Era como, cito textualmente, “un flujo del pensamiento, una energía que llegaba a mí procedente de la mente de otro, entonces comprendí el significado del mensaje”. Maggio cuenta que el ser luminoso le negó el acceso. Lo rechazó, le dijo que “aún no era el momento adecuado”. De repente, la figura asumió la forma de una pariente de Maggio, una tía que vive en Dinamarca. Al despertar, después de seis días de

coma, la mujer del paciente, Bruna, le dijo que dicha tía, Carola Lieneker, había muerto el día anterior al de su accidente de tráfico. Él no pareció sorprenderse. Cuando le pregunto cuánto tiempo había transcurrido desde el inicio al final de la experiencia me responde que no lo sabe. Pueden ser segundos, minutos, horas. La fluctuación en esta dimensión desconocida no tiene nada que ver con el tiempo. Ansaldo no es religioso, pero, aun así, asegura que vio el Paraíso. Solo sabe hablar de ello en términos cristianos, no hay otra forma de referir la experiencia de forma que también nosotros podamos comprender su valor.

»NOTA: Varios días después de que despertara, en una tarde lluviosa, voy a ver al paciente. Los truenos se suceden al otro lado de las ventanas de reanimación, Ansaldo me sonríe y dice: “Se ha ido la luz.” No lo entiendo. Él prosigue: “Mientras me operabais diluviaba, igual que hoy. Se fue la luz. Yo estaba tumbado en la

cama, usted le dijo a un enfermero novato que algunas máquinas podían seguir funcionando gracias a los generadores, ¿verdad?”

»Es cierto. Eso fue lo que sucedió en el quirófano. Ansaldo tuvo una experiencia cercana a la muerte a la que atribuyo veinticuatro en la escala de Greyson.»

—Impresionante, ¿no? —me pregunta Samuele.

—¿Qué es la escala de Greyson?

—Un sistema internacional para medir este tipo de experiencias, basado en las características del episodio en cuestión. El valor máximo es treinta y dos. La anécdota de Maggio fue una de las más significativas de ese año.

—Ese hombre encontró a una persona sin saber que estaba muerta... incluso vio lo que sucedía durante la operación. La interrupción de corriente. Es increíble.

—Debes saber, Veronica, que algunos

cirujanos interesados en investigar sobre estos temas ponen incluso imágenes especiales —como, yo qué sé, una vieja figurita del Tío Gilito— encima de armarios o en lugares a los que un hombre no pueda llegar con la mirada. Las diseminan por todo el hospital. Con ello pretenden averiguar si los pacientes, en el curso de este tipo de experiencias, son realmente capaces de abandonar el cuerpo, igual que en una ECM. Solo así podrán contar cuando regresen si vieron esos objetos desde lo alto.

—Como me pasó a mí en la librería.

Siento aumentar la ansiedad que empecé a sentir antes de entrar en esta habitación. Después recuerdo que no solo me ocurrió en la librería, sino también en casa, cuando encontré el pasador de pelo que me había cosido Delia, pero prefiero no decirle nada.

—Exacto, por eso estás aquí.

Samuele coge la carpeta, hojea varias páginas y me la devuelve. Podría preguntarle si está

bromeando, si todo este material es fruto de la fantasía de alguien. Si solo son historias inventadas. Pero sé de sobra que no es así. Y si lo sé es porque a mí me ha ocurrido algo similar, en caso contrario habría vuelto a casa hace ya un buen rato. O quizá no habría siquiera venido.

—Mira esta mujer. —Mora cabecea, como si no acabara de creerse lo que vivió y se dispone a contarme—. Su historia raya en lo fantasioso.

La foto que aparece en la ficha es el retrato de una señora de mediana edad, melena castaña y larga hasta el cuello, blusa de color rosa, ojos pequeños y pómulos salpicados de pecas.

—Se llama Simona Landi. La ingresamos en julio de 2012 debido a una meningitis. Ninguno de nosotros habría dado un céntimo por su recuperación. Después del shock séptico me pareció oportuno comunicar al marido que a su mujer podían quedarle apenas unas horas de vida.

—Qué duro.

—Ya. En ocasiones nuestro trabajo es, en

efecto, muy duro.

—En cambio, ¿luego la salvasteis?

—Si solo fuera eso... —Samuele alza los ojos, casi da la impresión de que está reviviendo la escena, que esta se proyecta a su alrededor—. A veces, incluso contra todo pronóstico, se logra salvar a un paciente. Fue el caso de Simona, después de cuarenta días en coma y varias paradas cardíacas. Pero lo bueno vino después. Diría incluso que a partir de ese día mi investigación empezó a ser, en caso de que sea posible, aún más interesante. Una vez despierta, la mujer empezó a hablar de una tal Ilde. Ninguno de nosotros sabía quién era, tampoco su marido. Por la manera en que la señora describía a esta persona, con la que se había encontrado durante el coma, daba la impresión de que estaba hablando de sí misma. Las mismas características físicas, el mismo lugar de nacimiento, hasta los nombres de los padres coincidían. En los días sucesivos nos dio más detalles. Sabía todo de la tal Ilde, nos hablaba de

su vida en Nueva Zelanda, de su trabajo como guía turística. Según parece, las últimas palabras de Ilde durante la ECM fueron: «Tú no.» Pues bien, el marido de Simona investigó a fondo en los archivos hospitalarios de esa época y descubrió que su esposa había tenido una hermana gemela. Una hermana que había nacido tres minutos antes que ella. Sus padres no le habían dicho nada porque la niña había desaparecido del hospital. Ya fuera por vergüenza, por el embarazo que les causaba un caso que nunca llegó a resolverse, o por el miedo a afrontar el tema, el caso es que los padres de Simona Landi nunca le contaron nada de dicha desaparición. Por lo demás, la investigación se inició y terminó allí, el centro trató de evitar el escándalo mediático en la medida de lo posible y, dado que eran los años sesenta y que, por tanto, internet aún no existía, la noticia apenas tuvo resonancia. En cualquier caso, la niña fue inscrita en el registro civil como Ilde Landi.

—¿Qué había sido de ella? —pregunto

sorprendida, a la vez que me muerdo una pielecita bajo la uña del dedo índice.

—Eso fue lo que dejó a todos estupefactos. El marido de Simona, con la ayuda de varios antiguos compañeros del cuartel de policía, buscó información durante varios meses, cruzó datos y fotografías, rebuscó en archivos digitales de todo tipo hasta que, al final, encontró a una cierta Mary Sheerer, en Greymouth, Nueva Zelanda. Estaba casada con un tipo con el que había abierto una agencia de servicios turísticos. Había nacido el mismo día que su esposa y había muerto hacía poco menos de un año. La fotografía que el señor Landi encontró en la red y que me trajo a la clínica el día en que dio con la inimaginable solución al enigma, me dejó de piedra. Jamás la olvidaré. La señora Sheerer era idéntica a la mujer que habíamos operado hacía unas semanas, era la copia exacta de Simona Landi, en la otra punta del planeta. Pero eso no es todo. En su lápida estaba grabado el nombre *MARY ILDE SHEERER*. El caso de

secuestro nunca se resolverá, nadie nos dirá cómo fue posible que sucediera algo semejante ni sabremos cómo supo esa mujer el nombre que estaba inscrito en el registro civil, el nombre que le había puesto su verdadera madre. El marido de Simona supuso que quizás el enredo era obra de una tía de su mujer, una especie de arpía que odiaba a su hermana, la única que podía tener un móvil plausible para cometer un acto similar. Pero, como puedes imaginar, no fue el argumento, propio de una novela negra, lo que me impactó, ni tampoco el hecho de que nunca sabremos la respuesta, dado que dicha tía está muerta. Lo que me dejó impresionado es que, hasta el año anterior, la hermana gemela estaba vivita y coleando y que, a grandes rasgos, sus vidas coincidían. Como si Simona y Mary nunca se hubieran separado en un plano superior de la conciencia.

—Es increíble —contesto mientras compongo mentalmente el mosaico—. Pero si la niña había

sido secuestrada de alguna forma por su tía cuando era recién nacida, ¿cómo es posible que le dijera a Simona, al verla en la experiencia cercana a la muerte, el nombre de sus verdaderos padres? Mary no podía recordar sus orígenes. Es imposible que la tía, ni nadie en su lugar, le hablara de su familia o del lugar de donde procedía. ¿Me equivoco?

—Me lo he preguntado durante años, no solo en relación con esta historia, sino también en circunstancias similares, que he encontrado tanto en la literatura sobre el tema como en mi experiencia personal. Los casos que acabo de enseñarte son solo una gota en el océano de experiencias de conciencia que a Raymond le encantaba estudiar y que, estamos convencidos, contienen la semilla misma de la vida, la respuesta a los interrogantes más antiguos de la humanidad. Últimamente he estado elaborando una teoría que debería responder a preguntas como la que me acabas de hacer, a unos enigmas en apariencia insolubles. Existe un vínculo más profundo, una

conexión universal.

—¿De verdad es posible descubrirlo?

—¿Quieres ayudarme a hacerlo?

Bajo la mirada, la desvío de la mesa. Por unos instantes, escapo con la mente a otro lugar. ¿Por qué justo yo? ¿Quién me ha elegido para que efectúe un recorrido similar? ¿Cuándo he demostrado ser la persona adecuada? Puede que no existan las personas adecuadas. Puede que suceda y basta. Y puede que mi madre me esté esperando allí, en un reino poblado por almas que han abandonado sus cuerpos.

—Bueno, Veronica. —Samuele cierra la carpeta con un ademán rápido, se levanta y apoya las dos manos en la mesa, luego inclina el busto hacia delante. Parece revigorizado, hambriento, deseoso de experimentar. Sus iris se encienden, me queman por dentro. En él arde el fuego sagrado del conocimiento, quizás el único motivo por el que ha

elegido esta profesión. Y, esta vez, el objeto de su próxima investigación soy yo.

—La teoría siempre es muy interesante, pero la práctica es lo que marca la diferencia.

—¿Entonces?

Guiño los ojos y lo miro de través. La ansiedad sube ahora al nivel máximo. Me oprime el pecho como si fuera granito, no puedo respirar hondo. El momento está a punto de llegar y no sé si seré capaz de afrontarlo. Es un estado de agitación que ya no puedo ignorar, una sensación frente a la cual no puedo hacer como si nada. Puede que sea tan intensa como la excitación que transmiten los ojos del joven doctor.

—Entonces inspira hondo, piensa en lo que has visto y respóndeme con absoluta sinceridad. ¿Aún estas dispuesta a franquear el umbral?

CUARTA PARTE

*THERE*

# 1

El silencio.

El silencio es tal que puedo oír con claridad el único ruido presente en la habitación: los latidos de mi corazón. Intento respirar con calma, de manera que ni siquiera el aire que entra por mi nariz altere esta quietud. En una condición similar, si me llevase una mano a una oreja el flujo de la sangre en mis venas haría el mismo estruendo que el agua de una cascada.

La oscuridad.

Es total, sin excepciones. Da igual que abra los ojos o los cierre. Al principio me inquieta, es una sensación que no había vuelto a experimentar en mucho tiempo. Estoy acostumbrada a dormirme con la televisión encendida y, en las raras ocasiones en que está apagada, por los postigos que dan a la calle se filtra siempre la luz del farol que hay justo delante de mi casa.

La soledad.

Sé que estoy en la planta donde se encuentra el laboratorio de Samuele Mora. Llegamos juntos, no queda muy lejos de la habitación en que me enseñó la carpeta. Pero él no está conmigo. Tras cruzar un pasillo, abrimos una de las puertas que hay a la izquierda, me cogió de la mano y entró conmigo en una habitación oscura, donde me hizo acomodarme en un futón. No pulsó ningún interruptor. Suponiendo que haya uno. No tengo la menor idea de dónde está ahora, pero sé que me ve y aún recuerdo lo que me dijo antes de entrar.

—Proyecté esta sala para recrear las

condiciones ideales que favorecen un relajamiento total. Cuantos menos estímulos te distraigan mejor, en especial los que no inducen ni facilitan la meditación. No tendrás ningún asidero material alrededor, ninguna fuente de luz que seguir con los ojos. Estarás a solas con tu Yo. En estas condiciones es más fácil relajarse. Yo no estaré contigo. Mejor dicho, estaré, pero no físicamente. Puedo monitorizar tus reacciones faciales y cualquier tipo de ruido, incluso el más imperceptible, mediante el software que está conectado a los sensores audio y vídeo instalados en la sala. Oirás mi voz como si procediera de la nada, las cajas utilizan un sistema de *surround* que está configurado de forma que tú no puedas localizar en ningún momento el origen del sonido. Será como si estuviera... alrededor de ti.

—¿Es... invasivo?

—¿Cómo?

—Me refiero a lo que debemos hacer. ¿Es invasivo?

Me miró como se mira a alguien que parece no haber entendido nada de lo que le están explicando. Aguardé una respuesta enrollándome un mechón de pelo con un dedo, como de costumbre.

—Veronica, te advierto que no te estoy llevando al quirófano.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Por lo visto eres una persona propensa a este tipo de experiencias. Si piensas que debo abrirte por algún lado y provocarte, te equivocas de medio a medio. Lo único que debes hacer es estar tranquila y seguir las instrucciones, muy sencillas, que te voy a dar.

—De acuerdo.

—¿Te has preguntado por qué te he hecho venir a esta hora? Para no llamar demasiado la atención, desde luego, pero, sobre todo, para que estuvieras cansada. Es otro detalle importante. Tu cuerpo se siente pesado después de un largo día, de forma que te resultará más fácil inducir un estado de

relax absoluto.

Así que, aquí estoy. Tumbada en el futón con los brazos extendidos a lo largo de los costados y las piernas un poco abiertas. Aislada del mundo. Aún siento la ansiedad que me acompañó hasta aquí y que se manifiesta como un latido insistente, que pulsa en el centro de mi pecho. Dadas las características de la habitación, ese ritmo se ha convertido en la caja de una batería que retumba en mi interior, llegando incluso hasta los oídos. Se va calmando poco a poco, pero tarda varios minutos en hacerlo. Escucho mi respiración y me imagino a Samuele sentado en algún lugar, delante de un monitor que reproduce hasta la mínima onda sonora en la pantalla.

En la primera fase el verdadero problema es recuperar la serenidad y tratar de no agitarme. Me ayuda el hecho de que no sucederá nada de ciencia ficción aquí dentro, lo único es que, por lo visto, deberé estar abierta a la meditación. Cuando, por fin, mi corazón vuelve a tener una frecuencia

aceptable y también la intensidad de los latidos parece haber vuelto a la normalidad, el problema es justo el opuesto. Ahora la empresa consiste en no dormirme. No sé cuántos minutos han pasado, pero Samuele aún no ha dado señales de vida. Quizá sabía que antes necesitaba tranquilizarme y me está dando tiempo para que lo haga. Miro alrededor en la nada y recuerdo haber leído en alguna parte un artículo sobre una sala proyectada para aislar por completo al sujeto de cualquier interferencia acústica. El artículo decía que existía un serio riesgo de enloquecer. Claro que aquel era un experimento extremo y esta es una habitación insonorizada corriente y moliente. Espero que haya una gran diferencia entre las dos.

Luego, por fin, se oye un silbido. Va de izquierda a derecha, después de nuevo a la izquierda. Y a continuación la voz de Samuele, modulada en tonos bajos, como si estuviera susurrando:

—Estoy aquí, Veronica. Te ruego que tengas la

amabilidad de escucharme sin responder. Empezamos a relajarnos, tendrás que aprender a comprender tu cuerpo. Nuestro primer objetivo es esperar hasta que se produzca una especie de torpor que envuelve las piernas, las manos, el pecho. Es una señal. Indica que estamos preparados para entrar en la primera fase del sueño. Lo experimentamos todas las noches, con frecuencia no le prestamos atención y no siempre tiene la misma intensidad, pero es algo que nos sucede a todos. A partir de ese momento puedes caer fácilmente en brazos de Morfeo.

«Caer en brazos de Morfeo», igual que decía mi madre. Era una de sus expresiones típicas, una de esas que —después de haberla oído millones de veces— llegué a detestar. Ahora, en cambio, daría lo que fuera para que me la susurrara todas las noches al oído. Entretanto, la voz de Samuele parece debilitarse y tengo la impresión de que, a medida que me va explicando las técnicas de relajación, cada vez habla más lento.

—Libera tu cuerpo. Imagínalo tumbado en una barca, en medio de un mar en calma. Sopla una ligera brisa, lo suficiente para que se aleje de la orilla. Obsérvala mientras se aleja. Eres consciente de que, mientras tanto, tu mente está aquí, y tienes sed. Sabes que a pocos metros de ti, en una mesita, hay una botella de agua. Puedes entrever la etiqueta a lo lejos. Visualízala con los ojos del pensamiento. Recorre el contorno del adhesivo, desde el pliegue que hay arriba, a la izquierda, hasta el ángulo de abajo, a la derecha... ahora ves el número setenta y cinco, las letras. Y mientras lo haces tu cuerpo flota libremente bajo el sol del atardecer. Y parte.

De acuerdo, lo intentaré, Samuele. Sé usar la imaginación. Sin ir más lejos, imagino que mi madre aún puede prepararme el desayuno por la mañana, y cuando, por ejemplo, marco su número y me quedo como una idiota al teléfono con la esperanza de que responda, la mayoría de las veces me ilusiono creyendo que podré oír una voz

al otro lado de la línea. Pero ahora estoy aquí y lo que me pides no es tan sencillo. Veamos, puedo pensar en ello, eso sí, pero ¿pensar equivale a hacerlo?

El torpor llega, me abraza de pies a cabeza. Me gustaría decírselo a Samuele, pero me ha pedido que no hable. Siento el cuerpo pesado, por un instante no sé si tengo los ojos abiertos o no, de manera que parpadeo y luego los cierro lentamente. Me rodea el negro más silencioso que quepa imaginar. La nada. Ni siquiera oigo la voz de Samuele. El universo entero ha desaparecido. Y mi cuerpo se dispone a seguir el mismo camino.

Tengo que permanecer despierta.

Tengo que imaginar la botellita. La botellita de agua, porque la verdad es que tengo sed.

—Estás cada vez más cerca de la mesita, en esta habitación, en cambio, el cuerpo se ha desvinculado ya de tu pensamiento y se está alejando. Es un puntito en la línea del horizonte...

¿Quién habla? ¿Es el médico? ¿De dónde

procede su voz?

—Cuando estés lejos de ti, sea donde sea, mira alrededor, intenta observar con atención todos los pormenores. Si ves palabras, detalles que desconoces, procura memorizarlos. No tengas miedo, es un viaje seguro. Nadie puede hacerte nada...

Sí, está hablando él. Siento que sus palabras me envuelven. ¿Aún estoy aquí? ¿Aún estoy despierta? ¿Dónde está mi cuerpo?

—Ahora solo eres pensamiento, puedes liberarte y fluctuar en el espacio que te rodea, puedes explorarlo... a medida que vas avanzando aumenta la sed, Veronica. El tapón, tienes que desenroscarlo... estás a escasos centímetros de la mesita, diez, ocho, acércate aún más... seis, cuatro, tres... tienes mucha sed... dos...

No, no tengo sed.

Tengo sueño.

Solo tengo sueño, maldita sea. Adiós experimento.

Unas luces tenues y azules invaden mi campo visual. No sé cuánto tiempo ha pasado. Una hilera de faros de neón aparece encima de mi cabeza. Samuele está arrodillado a mi lado, me regala una sonrisa afable que parece significar «no importa».

Y eso es, más o menos, lo que dice.

—Te has dormido, ¿verdad?

—Sí, no lo sé. Creo.

—Da igual. No es fácil, así que no pretendía que lo consiguieras al primer intento. El cansancio ayuda, pero en un abrir y cerrar de ojos se puede convertir en un obstáculo. El entrenamiento sirve para aprender a reconocer el momento.

—¿Cuánto he dormido?

—Media hora, y me temo que habrías podido seguir durmiendo toda la noche si no hubiera venido a despertarte.

Me incorporo. Me duele el cuello, no estoy acostumbrada a dormir sin almohadón. Giro la cabeza tratando de desentumecer los músculos doloridos.

—He fracasado.

—Podemos volver a probar.

—No lo sé.

—Con una pequeña variación en el programa.

¿Quieres?

—Temo que no soy capaz.

El doctor cabecea levemente, luego me coge una mano y parece observar mis dedos. Los dedos que, quizás, aún son los dedos de una muchacha. Los que la vida ha obligado a convertirse en los dedos de una mujer.

—Todos somos capaces, Veronica. Todas las personas que conoces. El mundo entero.

—No entiendo cómo.

—No las reconocemos, pero las experiencias fuera del cuerpo nos suceden continuamente. Los estados de alteración de la conciencia y de autohipnosis son más frecuentes de lo que te imaginas.

—¿Por ejemplo?

—Supón que estás leyendo una novela. Estás

concentrada en ella, tus ojos recorren las palabras impresas en el papel. De repente, caes en la cuenta de que ya no estás allí desde hace unos minutos. Estás literalmente en otro lugar. No sabes lo que hay escrito en el libro, debes releer la página desde el principio, porque en cierto punto te has alejado de ella. Te sugerí el experimento de la botella para inducir ese tipo de bilocación. Un pequeño truco para que te fijaras en un objeto presente en la habitación mientras tu cuerpo se desvinculaba.

—Se desvinculaba... —repito mientras imagino la escena. No sé cuántas veces me he distraído mientras estaba leyendo y solo me he dado cuenta al cabo de unos minutos, cuando mis ojos habían llegado al final de la página sin que yo hubiera leído en realidad nada. Puede que les ocurra a todos.

—En el caso de la lectura, acabas de provocarte un estado alterado de conciencia. Se podría decir que te has hipnotizado a ti misma. Tu

cuerpo está allí, tus ojos siguen las palabras impresas en el folio, pero tu mente está en otro lugar. En cierto sentido, es justo lo que debes aprender a hacer de forma consciente. Claro que en esos casos basta una mínima distracción para volver a entrar en uno mismo. Un ruido exterior, una imagen o una luz que llama nuestra atención, hasta un recuerdo que se interpone. Lo difícil es dominar este género de actividad, pero, como ya te he dicho, es cuestión de práctica. Algo parecido a operar con el bisturí. No te digo cuántos intestinos de silicona destrucé cuando era estudiante.

Sonrío. A decir verdad, estoy pensando en otra cosa. Pienso que si no consigo realizar esta empresa no volveré a ver al joven. Y, si no lo veo, no volveré a ver a mi madre. Es mi único objetivo, mi única motivación.

—Déjame sola —le pido en voz baja—. Probemos de nuevo.

—De acuerdo —asiente, luego se marcha y en apenas unos segundos la luz de los faritos azules

se atenúa hasta restablecer la oscuridad total.

Segundo *round*, Veronica. Por nosotras dos.

En cierto sentido, estaba más cansada antes.

Puede que al despertarme mi cuerpo haya recibido una descarga de adrenalina. Con todo, apenas vuelvo a la posición anterior, con los brazos pegados a los costados y los pies separados, siento que mi cuerpo necesita de verdad cargar las pilas.

Así pues, dado que debo aprovechar el cansancio, lo secundo.

—Tómate tu tiempo. —La voz de Samuele retumba de nuevo en la habitación, y, si he de ser franca, no sabría decir de dónde procede—. A ver si conseguimos respirar de forma correcta.

No respondo. No debo responder. Quizás estoy guiñando los ojos, temo que él pueda ver mejor que yo lo que hacen mis párpados. En el techo debe de haber instalado un visor nocturno, uno de

esos que a mis diecinueve años solo he visto en los videojuegos.

—Respiración diafragmática —prosigue el médico—. No debes hinchar el pecho cuando inspires sino la barriga. Hazlo lentamente.

Siempre he pensado que era justo lo contrario. Obedezco. El aire debe entrar en la barriga. De acuerdo. Me parece un movimiento forzado.

—Es lo más natural del mundo —dice la voz de Samuele, siempre cálida y envolvente, mientras un poco de eco sigue a sus palabras—. Si observas a un niño mientras respira verás que se le hincha y se le deshinchaba la barriga. Cuando dormimos lo hacemos de forma automática, es una de las acciones que no requieren una orden del cerebro. Sé que puedes conseguirlo. Contienes un poco la respiración, luego expiras soplando ligeramente. En apenas un par de minutos te sentirás muy relajada. Entretanto, tu cuerpo flota...

Es así. Después de varios intentos, ya no necesito controlar el movimiento. Siento una leve

sensación de bienestar. Casi parece que la manera en que introduzco aire en mi cuerpo influye en mi pensamiento.

—Ya no tienes ningún músculo tenso, eres libre. Puedes elevarte, alejarte de ti...

Puedo hacerlo, es cierto. Lo único que debo hacer es procurar no dormirme aún.

—Imagina que cada centímetro de tu cuerpo queda contagiado por una luz vital, una luz cargada de oxígeno, de energía. Empiezas en los dedos de los pies y subes hasta alcanzar los párpados, hasta el último pelo. Tu cuerpo se sumerge en un baño de luz, poco a poco... un centímetro de piel cada vez, lentamente, lenta... mente...

Mientras Samuele susurra estas palabras siento el torpor. La señal.

No es fácil pensar en algo que te han sugerido sin distraerse, pero lo intento en cualquier caso. El silencio total y la oscuridad me ayudan. Del exterior no llega ningún impulso que pueda obstaculizar mi tarea. Mi cuerpo cansado y yo

estamos solos. Hasta la voz de Samuele ha dejado de llegar desde fuera, al contrario, ahora parece salir de mis sienes. Se diría que está hablando dentro de mí.

Veo la luz de la que habla en mi mente. Veo que asume la forma de un extraño pincel. Me roza el dedo gordo del pie, luego los demás, y empieza a subir. Me abandono a este pensamiento, estoy segura de que tengo los ojos cerrados, pero si las cámaras de Samuele revelaran que, en realidad, están abiertos, no me sorprendería. Entretanto, la luz asciende por mi cuerpo. Ahora invade las piernas, llega a las ingles. Me parece estar sumergiéndome poco a poco de verdad en un baño de energía, y mi imaginación alza el vuelo, libre de toda cadena. Quizá todo sea fruto de una sugestión, pero la verdad es que experimento una sensación agradable de serenidad. El haz sube hasta el pecho, el cuello, la barbilla, los labios... la energía me inunda y respiro como un recién nacido.

Tengo que conseguirlo, mamá. Necesito volver a verte.

Ese día no debíamos ir al banco. Debíamos ir a hacer la compra. No nos habríamos cruzado con el loco. El curso del destino habría cambiado por completo. Si hubiéramos...

Maldita sea.

Ha desaparecido cualquier tipo de luz. Ha desaparecido todo.

—No soy capaz —digo en voz alta.

Luego me incorporo, desconociendo por completo el espacio que me rodea. En unos segundos las luces azules volverán a iluminar la habitación. Samuele entra.

—Tranquila, Veronica. No te desanimes.

—He pensado en mi madre.

—Es comprensible, pero, por desgracia, no ayuda. Te ha desviado de tu camino.

—Lo sé. Seguía tus instrucciones y esta vez no

me habría dormido. Maldita sea, no logro concentrarme. ¿Es posible no pensar en nada?

—La meditación es una cuestión de constancia, nadie pretende que lo consigas en los primeros intentos.

Samuele me ayuda a levantarme. Puede que baste por esta noche, me dice su mirada. Me coge de un brazo y da dos pasos en dirección a la salida. Pero yo no he venido aquí para hacer dos intentos y marcharme a casa. No fui a Fráncfort para nada. Solo hay un motivo por el que hago todo esto, y lo conseguiré, cueste lo que cueste.

—Quiero probar otra vez. —Me paro y lo miro a los ojos cuando estamos ya cerca de la puerta de la habitación insonorizada—. Quiero conseguirlo esta noche. ¿Puedes ayudarme de otra forma?

—¿A qué te refieres?

—No tengo ni idea. Eres médico. ¿Puedes?

—Podríamos llegar usando simplemente el pensamiento, siempre y cuando esté libre de...

—No lo está, maldita sea. Sigo viendo a mi

madre, sigo pensando en el tipo que me la arrebató. ¿No hay otra manera?

Samuele permanece impassible. Me mira unos instantes como se mira a alguien que acaba de desafiarnos.

—Ven conmigo —responde enfilando el pasillo.

Lo sigo. Me pregunto qué estará tramando, pero basta una pregunta a mi ánimo para que reciba la sonrisa generosa de mi madre como respuesta: no me interesa lo que pasa en estos momentos por la cabeza de mi amigo, tengo que lograrlo. Samuele se detiene delante de una pequeña puerta con una etiqueta que reza: RESERVADO AL PERSONAL. A saber por qué la habrán puesto, no parece que por aquí pasen muchas personas. Saca el manojito de llaves, elige una minúscula, abre y desaparece en el interior. Yo me limito a asomarme solo un instante, veo una pequeña habitación estrecha y llena de estanterías abarrotadas de medicamentos, luego retrocedo.

Samuele sale con un paquetito en las manos.

—Te bastará una pastilla.

—¿Qué es? —digo escrutando la cajita de color blanco y rojo.

—¿Cambiaría algo si supieras qué es?

—No, doctor. En absoluto.

Cinco minutos más tarde estoy tumbada en el futón. Acabo de tragarme la pastilla con un poco de agua de una botellita que no existe solo en mi mente, sino que está realmente encima de una mesita de la habitación de al lado. Volvemos a empezar.

Intento relajarme, encontrar la posición adecuada, imaginar mi cuerpo tumbado en la barca que está en medio del océano, y respirar con la barriga. Samuele ya no habla. Con toda probabilidad me observa desde la cabina de dirección, me vigila, y puede que incluso sepa cuántos minutos tardará en hacer efecto la pastilla. Pero no dice una palabra. Conozco la técnica, puedo hacerlo sola. Además, dado que ahora

cuento con un impulso más, sea lo que sea, quizá su voz ya no sirva.

Me convenzo de ello. No solo visualizo la botellita en la mente, sino también el resto de las habitaciones de esta planta por las que he pasado. Estoy siguiendo las instrucciones de Samuele, de hecho, podría haberlo hecho antes. Pero ahora me siento más libre, dueña de mis pensamientos. Doy por descontado que mi cuerpo está en otro lugar, pesado, cansado, mientras el pensamiento está aquí y ahora. Y se mueve.

«Cuando estés lejos de ti, sea donde sea, mira alrededor, trata de observar con atención cada pormenor. Si encuentras palabras, detalles que desconoces, memorízalos.»

No sé cuánto tiempo transcurre, pero de improvisto desaparece todo. Me rodea un solo color: el negro. Envuelve todo lo que me rodea, al mismo tiempo que una vibración intensa me atraviesa de arriba abajo. Es el torpor, la señal, pero es mucho más intenso que antes. Es una

descarga que recorre mi cuerpo, o la idea que tengo del mismo. Tiemblo, creo que estoy temblando. De pronto, percibo una increíble sensación de ligereza. Tengo la impresión de que me elevo, de que me separo del suelo. Ya no existe un peso, una atracción hacia el centro de la Tierra.

«No te preocupes, es un viaje seguro. Nadie puede hacerte nada...»

Luego, en menos de un segundo, desaparece también el pensamiento lúcido sobre lo que está acaeciendo. Ya no puedo razonar sobre ello, ya no puedo sorprenderme. Jamás podré describir el instante preciso en que sucede.

Cualquier fragmento de conciencia se acaba de disolver.

## 2

Conozco esta calle.

Claro que la conozco. Allí hay una cancha de baloncesto, en la época del instituto fui alguna vez. Recuerdo que ese año me gustaba un chico, Simone, si bien todos lo llamaban Simo. Falci, Falchi, algo por el estilo. Sí, Simone Falchi. No era gran cosa, pero tenía los ojos dulces. Y un cuerpo discreto, esbelto, que podía apreciar mejor cuando se ponía la equipación de juego. Por ese motivo pasaba las tardes en la cancha en lugar de

estudiar. En cualquier caso, duró poco. Cuando descubrí que salía con una idiota —una que soñaba con operarse el pecho y convertirse en azafata de la televisión— la estima que sentía por él se vino abajo. Además de la atracción que ejercía sobre mí su mirada tierna y su cuerpo atlético. A veces basta bien poco.

Hace frío en esta avenida periférica entre Lambrate y Ortica. Desde una calle perpendicular se accede a las circunvalaciones. Empujadas por el viento, las hojas de los árboles se agitan en el aire en una coreografía casual. Camino a paso lento, un aire punzante entra por mi nariz y me quema por dentro. Estoy en la cancha de baloncesto, observando la canasta, que tiene la red rota. Aunque, a decir verdad, jamás he visto una intacta. Solo en la televisión. Llego a la cancela, salgo y cruzo la calle. En la acera de enfrente está la marquesina de la parada del autobús.

Es noche cerrada, no debo mirar alrededor para asegurarme de que no vienen coches a toda

velocidad. La calle está desierta. Decido sentarme en el bordillo de la acera. Me acaricio el pelo. Saco un mechón y lo torturo con los dedos. Ese maldito vicio. ¿Cuándo dejaré de hacerlo? Puede que sea imposible. Puede que sea como fumar o como comerse las uñas.

La figura aparece al fondo de la calle y al principio es solo una pequeña mancha negra que se mueve en el rabillo de mi ojo derecho, como las motas de polvo que dan fastidio a la vista mientras se mueven con ella. Mi madre me dijo un día cómo se llamaban, cuál era su término técnico. Empezaba con «mio» y acababa con «opsias», no tengo la menor idea de cuáles son las letras que van en medio.

Me vuelvo con parsimonia, ladeando la cabeza. No es una alteración de la retina sino un hombre. Avanza apretando el paso, da la impresión de que sabe adónde va. Parece dirigirse hacia mí.

Milán no es una ciudad segura a altas horas de la noche. Puede que tampoco lo sea a la hora de cenar. ¿Y si el tipo en cuestión estuviera viniendo a por mí?

A diario se leen historias de episodios de violencia sexual que ocurren durante la noche en este o en aquel barrio. Coño. Tengo que irme de aquí, pero si me levanto y echo a correr podría seguirme. Si, en cambio, me muevo con lentitud, me alcanzará. Está demasiado cerca, maldita sea. Ahora entreveo la sudadera con capucha que oculta su cabeza, y una cazadora de piel abierta bajo el cuello. Si es un drogadicto no tengo nada que darle. Ni siquiera sé si llevo dinero en la cartera. Me vuelvo hacia el otro lado para que no crea que lo estoy observando. Hace un frío del demonio.

Me vuelvo de nuevo. Quizás haya enfilado alguna calle perpendicular. No, aún está ahí, ha frenado el paso, pero se está acercando a mí. De pronto se quita la capucha de la sudadera, dejando

a la vista la cara, una tez ligeramente olivácea, que se confunde con los colores nocturnos. Cuando pasa por debajo de una farola consigo ver algo más definido. Tiene el pelo negro, corto, y avanza con los ojos clavados en el asfalto. Luego, cuando está ya a pocos metros de mí, los alza y me escruta.

—Eres tú... —dice en voz baja. Su cara, en parte engullida por la oscuridad, parece la de un joven—. Eres tú, ¿verdad? Puedes verme.

No digo una palabra. Lo escruto y comprendo que, de nuevo, es él. Y que sigue confundiéndome con otra persona. Recuerdo las palabras de Raymond Laera y al pensar que tengo delante un muerto siento un escalofrío intenso en la espalda.

—¿Quién eres en realidad? —le pregunto—. ¿Por qué sigues buscándome?

—No puedes haberme olvidado... amor, soy yo. Soy Christian. No me he marchado, Claudia. Estoy aquí.

De manera que se llama Christian. No me

recuerda nada, no pertenece a mi pasado. Me levanto de golpe, y él retrocede un paso.

—No soy Claudia.

—No es posible... tú me ves, sientes que estoy aquí. Eres la única luz...

—¡No me llamo Claudia! —grito, y mi voz retumba a lo lejos en el barrio desierto—. Y no te conozco. ¿Por qué me buscas? ¿Por qué sigo viéndote?

—Eres tú la que me buscas —dice ahora quedamente, mirando al suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el día del accidente veo dos mundos diferentes, ¿sabes? Uno está hecho de luz. Solo de luz, y es extraordinaria, indescriptible. El otro es este. Parece una ciudad, pero no la recuerdo. Veo todo de manera confusa. Pensé que eras...

—Tú estabas delante del incendio, el de la gasolinera.

—No sé de qué me hablas —Christian se inclina y se sienta en un escalón—. Yo me refiero

a mi accidente.

Por un instante no sé qué decir. Un coche de gran cilindrada pasa como una exhalación por nuestro lado y a continuación atraviesa la rotonda. Es el joven que vi esa noche. No puede ser otro. Es imposible que no se acuerde.

—Creí que eras Claudia —dice mirando al vacío. Me siento a mi vez, muevo la cabeza—. Creí que me estabas ayudando a regresar.

—¿De dónde debes regresar? —Lo miro con compasión. Tiene los ojos brillantes, parece observar una escena delante de él y sufrir por lo que está viendo—. ¿De qué accidente hablas? ¿Qué te ocurrió?

Su mirada se ensombrece. Se vuelve hacia mí, me escruta. Me siento incómoda, decido volverme. Al hacerlo la sangre se me hiela en las venas. En un banco, a pocos metros de nosotros, cerca de la cancha de baloncesto, está sentado un hombre que antes no estaba ahí. Siento un escalofrío, no puedo moverme. El hombre está mirando al suelo y

apartando las hojas con un pie.

Sé de sobra quién es. Tiene el aire joven y despreocupado que vi en decenas de fotos hace ya muchos años. Un día le pedí a mi madre que las quemara todas o que las tirara. No quise saber nada más.

—No era eso lo que quería...

¿Lo ha dicho de verdad? ¿Ha pronunciado estas palabras? Puede que solo las haya imaginado. ¿A qué se refiere ese tipo, que no tuvo el valor de ser padre? ¿Era yo lo que no quería? ¿Por eso prefirió marcharse? Alzo los ojos hacia el teatro oscuro de la noche y me pregunto adónde he ido a parar. Cuando me vuelvo de nuevo hacia el banco veo que está vacío.

Quiero escapar de este sitio. El frío no es la única causa de los estremecimientos que sacuden mi cuerpo. Quiero volver a casa. Pero antes debo saber.

—Te lo ruego —digo volviéndome otra vez hacia Christian, que no se ha movido un solo

milímetro—. Necesito saber lo que te ocurrió.

—Había pasado la prueba —me explica con los ojos anegados en lágrimas—. Me habían aceptado, el papel era mío. Volvía de la fiesta, era de noche... no se veía nada...

Christian se lleva las manos a la cara, me cuenta lo que sucedió con la voz quebrada. Una carretera fuera de Milán, una niebla densa, un todoterreno que vira bruscamente en el carril opuesto e invade el suyo. El choque. La luz más intensa. La oscuridad más negra. Todo en un abrir y cerrar de ojos. Todo acaba en un abrir y cerrar de ojos. Adiós a los sueños de gloria. Según parece, es un aspirante a actor. Acababa de conseguir su primer papel importante en una serie televisiva.

Las palabras del joven son una puñalada en el pecho.

—¿Me estás diciendo que lo último que recuerdas es el final de tu vida?

—Sí, maldita sea, creo que sí. Pero ahora te

toca hablar a ti. Dime por qué demonios me ves. Si no eres Claudia, ¿quién eres?

—No lo entiendo. —Desvió la mirada—. ¿Acaso no puedes verme? ¿No puedes ver cómo soy ni reconocer el tono de mi voz?

Se levanta de golpe. Gira la cabeza, parece mirar alrededor desconsolado.

—Cuando estoy aquí me siento mal.

—¿Aquí? ¿Dónde? —Me he puesto también de pie, lo observo sin entender el sentido de sus palabras.

—Aquí abajo. En esta ciudad. Tú me retienes aquí. —Alza la voz—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué sigues llamándome? Deja que me vaya.

No le respondo. No sabría qué decirle. ¿Quién soy? ¿Qué soy capaz de hacer? ¿Dónde estoy de verdad en este instante?

—En ciertos momentos —prosigue mirando al cielo con aire casi soñador, como si sus ojos fueran esclavos de un extraño vaivén de estados de ánimo— tengo la impresión de estar sumergido en

una luz infinita, algo que un ser humano no puede comprender. Es maravillosa, cálida, la puedes mirar fijamente, porque no te deslumbra, puedes sumergirte en ella. Luego todo termina de repente y vuelvo aquí. A esta maldita ciudad. Recuerdo que era mi ciudad, si bien me parece diferente. La gente no me reconoce, solo tú puedes hacerlo. Te he confundido con Claudia porque no puedo ver tu cara. Te veo como una sombra. Confiaba en que fuera ella, que quería llevarme de vuelta a casa.

De improvviso, me siento envuelta en un frío extraño. No me parece que sea mi piel la que lo siente. Es algo dentro de mí. Miro alrededor y veo un pequeño grupo de niños que corren despreocupados por la cancha de baloncesto. Ríen, se empujan unos a otros, se precipitan hacia la pelota. Alrededor de ellos hay unos señores sentados en los bancos. Pero es noche cerrada, ¿qué hacen allí? Tengo la piel de gallina. Mi padre está de nuevo allí, sentado en el banco, resopla y cabecea, mientras un gatito se acurruca al lado de

uno de sus elegantes zapatos. Él se vuelve hacia mí y arquea una ceja. Una mueca se dibuja en su rostro.

Sé dónde estoy.

Debería haberlo comprendido cuando Christian se quitó la capucha. He venido aquí adrede. No sé por qué, pero no se me había ocurrido hasta hace un instante. Todo es tan condenadamente verdadero. Vívido, auténtico. Real. Me duele mucho la espalda, debido a la posición en que estamos sentados. Los dientes me castañetean de frío.

La voz del joven retoma el discurso:

—Antes de venir aquí estuve en un sitio, ¿sabes? Fui a visitar a ese paciente. Sé en qué habitación está ingresado, conozco el hospital de memoria. Me senté a su lado. A saber si puede oír lo que digo mientras descansa. Un médico entró en la habitación y lo llamó con mi nombre: Christian Sala.

Me vuelvo de golpe.

Christian ya no está. Solo veo la calle. El letrero de un supermercado a lo lejos. Una balanza pública. Un garaje desierto. Siento que me precipito al vacío. Es como si una parte de mí, una parte que está encerrada en el tórax, cayese a un abismo infinito.

La avenida está ahora desierta. Ahora sé que es la misma noche. La misma.

«Un médico entró en la habitación y lo llamó con mi nombre.»

Ahora sé que, en realidad, no estoy aquí. Estoy en la otra punta de la ciudad, tumbada en un futón. ¿Será posible?

—Es posible —corroboró Samuele unos minutos más tarde, a la vez que me tiende la botellita de agua que antes debía servir como truco mental para abandonar el cuerpo.

Le he contado todo, puede que de forma frenética y pasando por alto alguna cosa. No lo sé,

maldita sea, tengo palpitaciones, estoy sudada. Puedo hacerlo de verdad, sin obedecer por necesidad. Puedo decidir si quiero ver más allá. ¿Seré aún capaz? Es una experiencia totalmente nueva, que se puede vivir, pero no describir, pese a que la agitación que siento da fe de ella.

—Es posible, Veronica, ya lo creo. En estas experiencias el espacio está distorsionado. A decir verdad, puede que no lo esté solo el espacio.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a la vez que me acodo a la mesa de la especie de biblioteca donde hablamos de las experiencias cercanas a la muerte. Siento un cansancio que jamás había experimentado antes. Las sienas me pulsan, respiro entrecortadamente. ¿Qué demonios había en esa pastilla?

—Ahora no, estás muy cansada.

—Estoy destrozada, siento que la cabeza me va a estallar.

—Lo sé. ¿Qué más has visto? ¿Algo inusual, que no debía estar allí?

—He visto a mi padre.

Samuele abre desmesuradamente los ojos.

—¿Tu padre?

—No he visto solo a ese chico —le explico con la mirada baja—. He visto también a un hombre que se parecía a mi padre, o, al menos, a las fotografías de él que mi madre guardó hasta que cumplí ocho años. Estaba sentado en un banco. Al verlo comprendí que estaba viviendo una experiencia irreal.

—Así que le atribuiste la fisonomía de la persona que recuerdas. —Samuel asiente a su manera, como si todo fuera normal.

—¿Y qué?

—¿Estás segura de que nunca has visto a ese chico? ¿Cómo has dicho que se llama? ¿Christian? ¿Seguro que no lo conoces?

—Nunca lo había visto. Disculpa, Samuele, pero no me encuentro muy bien. —Me llevo una mano a la cabeza, trato de masajearme las sienes. Siento una ligera náusea. Necesito dormir.

—Por supuesto. —Se levanta, se quita las gafas y se restriega los ojos. Pese a que intenta ocultarlo, se nota que está inquieto—. Se ha hecho muy tarde, ahora debes descansar. Antes de que vinieras ordené que prepararan una habitación, de manera que...

—¿Quieres que duerma aquí? —Lo fulmino con la mirada.

—Me quedaré en el laboratorio, no te dejaré sola —dice acercándose a mí, al mismo tiempo que yo me levanto como puedo de la silla—. No te preocupes, Verónica, en serio. Todo está bajo control, solo necesitas...

—No me parece una buena idea. Perdona. Aquí abajo no. —Miro alrededor, con las manos clavadas en el borde de la mesa—. Es increíble, caramba. He conseguido hacerlo. Dime qué me tomé.

—¿Te refieres a la pastilla?

—Sí. ¿Qué sustancia era?

Samuele me coge de la mano, su frente se alisa

y sus ojos sonrían. Luego, con el mismo timbre cálido, quebrado, que oí por los altavoces de la sala insonorizada, dice:

—Nada de nada.

—¿Qué?

—Te di un integrador de magnesio y potasio.

Nada de nada, en pocas palabras. Solo necesitabas relajarte, dejar de distraerte, y, con frecuencia, una fuerte convicción puede actuar sobre nuestra mente de forma mucho más eficaz que un fármaco o una droga. Eres propensa a este tipo de experiencias, lo único que debes hacer es comprender a fondo su naturaleza. Acostumbrarte a la idea.

«Acostumbrarme a la idea», es lo mismo que me dijo Raymond Laera en el taxi antes de marcharse para siempre.

—Si prefieres puedes ir a un hotel. A doscientos metros de la clínica hay uno agradable donde podrás descansar sin que nadie te moleste.

—No quiero estar sola.

—Lo entiendo. Vivo a pocas manzanas de aquí

y tengo una habitación de invitados —dice Samuele, en apariencia con cierta dificultad—, pero si quieres puedo acompañarte a casa. A esta hora no deberíamos tardar mucho.

—Nada de habitaciones de hospital ni de hoteles. El piso que queda cerca de la clínica me parece una solución estupenda —concluyo intentando estirar por última vez los labios en una leve sonrisa, mientras mis párpados, cargados de sueño, se dan oficialmente por vencidos.

### 3

No recuerdo cómo llegué aquí.

Tengo que pensar y me costará un gran esfuerzo hacerlo, en parte porque me parece tener una banda de música tocando a todo volumen entre las sienes. Al final, recuerdo lo que sucedió. Le pedí a Samuele que me llevara a su casa. Salimos de la clínica, montamos en su BMW y... eso es todo.

Cuando abro los ojos me deslumbra la luz que se filtra por una amplia ventana. Las cortinas están descorridas y atadas a los lados, pero no parece

que acabe de amanecer, al contrario. Puede que el sol acabe de asomarse entre las nubes y que por ello solo ahora esté desempeñando su humilde tarea: despertarme.

Habría podido dormir varias horas más. En cambio, cuando vuelvo la cabeza a la izquierda veo que el reloj de la pared marca las diez y cuarenta. Noto que solo voy vestida con una camiseta y las bragas, el resto de mi ropa yace sobre el respaldo de la silla que hay al lado de la cama. No tengo ni idea si fui yo la que me desvestí anoche antes de caer rendida de sueño o si fue Samuele el que lo hizo. Confío en que sea la primera hipótesis.

Si bien el círculo que rodea mi cabeza intenta impedírmelo, por fin recuerdo lo que sucedió en la clínica no hace muchas horas. Y comprendo. No soñé, ocurrió de verdad. Tuve otra EFC, la más significativa. Creía que estaba bajo los efectos de un alucinógeno, pero en realidad era un placebo. Volví a ver al joven. Intento recordar lo que me

contó, puede que Samuele se acuerde mejor que yo.

—Samuele —digo en voz baja cuando salgo de la habitación, vestida con los vaqueros y la sudadera. Estoy en un pequeño pasillo, descalza, paso por delante de un par de puertas cerradas antes de llegar a la sala, donde veo al doctor al otro lado, en la zona de la cocina, tras un arco de piedra. Viste unos pantalones de chándal negro y una camiseta con un Batman estilizado que lo rejuvenece, de treinta y seis a dieciséis años en un instante. Mientras se acerca a mí con una bandeja en las manos, miro alrededor. Si no supiera que es médico, la decoración de la sala me haría pensar que estoy en casa de un crítico de cine. Los muebles son modernos y parecen caros. A mi izquierda, un enorme armario empotrado ocupa toda la visual, pero el resto de las paredes están tapizadas de carteles de películas. En secuencia veo la cara de Marlon Brando en el póster de *El padrino*, el símbolo de *Los cazafantasmas* con el

pequeño espectro en medio de la señal de prohibido, las cuatro caras del cartel de *Los hijos de la calle* y, por último, el de *Filadelfia*, con la imagen de Tom Hanks y Denzel Washington, los protagonistas de una película que mi madre veía cada vez que la volvían a poner en la televisión, pese a que se sabía el guion de memoria.

—¿Te apetece un café? —pregunta Samuele—. Lo acabo de hacer.

—Qué pósteres más bonitos.

Nos sentamos a la mesa de la sala, una valiosa pieza de cristal que debo de haber visto ya en alguna parte, en un catálogo, porque recuerdo la estructura para alargarla que queda a la vista bajo la tabla. Estoy segura de que cuesta, al menos, mil quinientos euros. Mi madre estaba obsesionada con esos catálogos y me obligaba a hojearlos con ella. Siempre decía que en una vida paralela era una gran decoradora. Si bien no se puede decir que me haya contagiado esa pasión, he de reconocer que Mora tiene buen gusto. Y que no le falta

dinero.

—Tendrás hambre. —Me tiende una tacita humeante. En la bandeja hay también un plato con cuatro bollos, dos de los cuales están rellenos de chocolate.

—Un integrador, ¿eh...? —lo provoco.

—Por supuesto. Lo único que debes hacer es liberar tu mente. Estás oprimida por el recuerdo de tu madre. A veces hay que recurrir a algún truco para meditar, para realizar una inducción voluntaria.

—Como un placebo.

—Exacto.

Sonríe, parece un niño feliz con su camiseta de Batman y el bollo en la boca. Sonríe incluso demasiado. Da la impresión de que quiere decirme algo.

—¿Qué te pasa?

Cojo un cruasán relleno de chocolate. Está caliente y dentro hay, sin duda, Nutella. Desayunar con Samuele es mejor que ir al bar.

—Jamás habría imaginado que sucedería así, en nuestro primer encuentro, pero lo que te ocurrió ayer da un vuelco a mi investigación.

Samuele se levanta y se dirige a la cocina. Me quedo quieta, con la tacita en las manos y mil interrogantes en la cabeza. Él, el pozo de ciencia, debe de pensar que los demás están a su nivel y comprenden al vuelo lo que dice. Pero la verdad es que no funciona exactamente así.

—¿En qué sentido? —pregunto mientras Samuele vuelve con una jarra de zumo de naranja sanguina en una mano.

—Ayer te costaba incluso hablar, así que no me pareció oportuno profundizar en el tema —me explica—. Pero ahora que estás despierta y has descansado, te pregunto: ¿te das cuenta de lo que sucedió? ¿Del significado de lo que te contó ese chico?

Desvío la mirada más allá del perfil de Samuele. Sí, recuerdo algo, pero me cuesta mucho arrancar a la memoria retazos de mi singular

encuentro.

«Un médico entró en la habitación y lo llamó con mi nombre: Christian Sala.»

En un instante mi cara es de cera. Samuele se da cuenta, porque se sienta a mi lado, deja la jarra en la mesa de cristal, encima de un posavasos de corcho, me agarra un brazo y lo sacude.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Ese chico está vivo —concluyo con la mirada aún perdida en el vacío. En mi mente la imagen de Christian, que me cuenta lo que le está sucediendo. Ahora tengo la lucidez suficiente para comprender. El hospital, la habitación, el paciente. Él, sentado al lado de sí mismo.

»Está vivo, ¿verdad? —Miro a Samuele con melancolía, porque, de ser así, he organizado todo este lío para nada.

—Como ya te he dicho, tu caso es extraordinario. Veronica, eres el primer caso de

EFC que coincide con una ECM, es la primera vez que me ocurre y creo que lo que te ha sucedido no está siquiera documentado.

—¡Una experiencia cercana a la muerte! Eso es lo que está viviendo. En ese caso, tengo razón. Por eso habla del hospital.

—La carpeta que viste ayer está abarrotada de experiencias similares. Cuando los pacientes cuentan esos detalles de su estancia en el hospital significa que pueden verse desde fuera. No obstante, por lo general cuentan que han visto a parientes, o seres luminosos, difuntos que les impiden llegar al final. Por eso regresan.

—En cambio, Christian me ve.

—Exacto. Si es como pensamos, quizás esté ingresado en alguna parte, en coma, viviendo una experiencia cercana a la muerte. Vuestras conciencias se han interceptado en un plano no terrenal y se comunican. ¿Te das cuenta?

Estoy boquiabierta. El entusiasmo arrollador de Samuele se estrella contra la muralla de mi

nueva conciencia. Si Christian está vivo y las conclusiones que acabamos de sacar son ciertas, mi viaje termina aquí.

—Así pues, no me llevará a ver a mi madre — digo con un hilo de voz.

Debo de tener los ojos brillantes. Me pierdo siguiendo las curvas del pequeño espectro de *Los cazafantasmas*, que casi parece una grotesca representación de la prohibición absoluta de reunirme con el fantasma de Delia, o con la forma en que se quiera manifestar, sea la que sea. No tengo ninguna esperanza.

—Escúchame, no saques conclusiones precipitadas.

—¿Conclusiones precipitadas? —Me vuelvo hacia Samuele sintiendo subir la rabia bajo el velo de melancolía—. Mi madre está muerta, mientras que ese joven quizá se despertará mañana, así que su vida y su salud me importan un comino. He hecho todo esto por un motivo bien preciso. Y tú lo sabes.

Samuele cabecea, luego se masajea la sien con los dedos.

—Veronica, no sabemos con exactitud lo que puede enseñarnos una experiencia semejante. Créeme, sé por qué te sientes así. Crees que no puedes hacer nada para encontrarla y que todo ha sido inútil.

—¿Y tú qué sabes?

—No sabes cuántas personas he conocido que estaban estrechamente unidas a las vidas que iban a quebrarse de un momento a otro en el quirófano o en reanimación. Esposas, padres, amigos... Con cuántos de ellos he hablado. Habrían dado lo que fuera por tener, aunque solo hubiera sido por un instante, la facultad que tú has demostrado saber usar para ver más allá. Habría sido una pequeña llama de esperanza.

—No me servirá de nada.

Samuele se levanta de golpe, me da la espalda. Permanece así unos instantes, se acaricia con una mano la barbilla, luego se vuelve y habla de

nuevo, en tono comedido:

—La investigación, Verónica.

—¿Eh?

—Estamos aquí por la investigación. Por eso nos encontramos. Por eso te dijo Raymond que vinieras a verme. La investigación requiere paciencia. Supongo que no pensarías que podías alcanzar tu objetivo en un solo día, ¿no?

—No lo sé. —Evito mirarlo y me pierdo en el rojo intenso del zumo que hay en la jarra—. Quizá no debería haberlo siquiera intentado.

—¿Por qué dices eso? No estamos hablando de matemáticas ni de física clásicas. Estamos en un terreno desconocido y debemos dar un paso a la vez, recopilar los indicios, experimentar. Caer y levantarnos, como hizo Raymond durante toda su vida. Como se ve obligado a hacer cualquier científico o estudioso cuando busca el fundamento de una verdad.

—Bueno, yo no soy una científica. —Lo miro fijamente de arriba abajo—. ¿Cómo es posible que

no comprendas lo que siento, el motivo por el que vine a verte?

—Te advierto que yo...

—La investigación, la investigación. No tengo la menor intención de pasar meses o años haciendo de conejillo de Indias para un estudio que podría no llevarme a ninguna parte. Además, ¿qué pretendo? ¿Hablar con los muertos?

—¿De verdad no crees que podemos aprender algo recorriendo juntos este camino? Con todo, es el camino de la ciencia. No es sencillo y los resultados no son inmediatos.

—Es tu camino, Samuele. —Muevo la silla y me levanto. Ahora estamos cara a cara—. No es el mío. Seguí mi instinto, creí que podría aferrarme a una ilusión. No podré volver a abrazar a mi madre, nadie me ayudará a salir del lodo en que chapoteo. Si no puedes entender esto no tengo mucho más que decirte.

—Si no respetas mis estudios y crees tener el monopolio del dolor, o piensas que no respeto tu

sufrimiento —me responde enérgicamente—, quizá sea yo el que no tiene nada más que decirte.

En ese instante se empieza a oír un zumbido en la sala. Nos miramos unos segundos más, Samuele inspira hondo, como si se estuviera tragando el nudo que tiene en la garganta. Luego se dirige a la entrada.

—¿Sí? —responde Samuele con el auricular del telefonillo aplastado entre la oreja y el hombro.

Es el momento adecuado para recoger mis cosas y marcharme. No he dejado mucho en la habitación donde he dormido: apenas los zapatos y la chaqueta.

—¿Puede subir usted? —La voz de Samuele retumba en el pasillo que nos separa mientras voy al dormitorio para acabar de vestirme—. En este momento no puedo bajar.

Cuando vuelvo a la sala veo que camina mirando al suelo, sin decir nada. ¿Qué se hace en estos casos? ¿Se abre la puerta y se sale sin más?

¿Se dice adiós? Sin duda, es la primera vez que me sucede.

—No pretendía parecer insensible —dice dirigiéndose a la moqueta—. Sé que viniste a verme con la esperanza de encontrar la manera de entrar en contacto con tu madre, suponiendo que exista. También sé que ahora piensas que ya no es posible, porque ese chico sigue vivo y está ingresado en una sala de reanimación. Pero no estamos seguros de que no existan otros caminos. Solo te pido que te fíes de mí.

Busco las palabras adecuadas para responderle, suponiendo que existan. Entretanto, el cartero llega al rellano y llama a la puerta. Samuele sale y vuelve al cabo de unos segundos.

—Es increíble —dice nada más entrar de nuevo en la sala. Sus ojos brillan de repente.

—¿A qué te refieres?

—Lo hizo de verdad. —Alarga el brazo y me enseña el telegrama. No lo cojo, así que se lo acerca de nuevo y vuelve a leerlo—. Es de

Raymond.

—¿Laera? ¿Cómo es posible?

—Me lo envió el día de su muerte. Dice que debo retirar un paquete en la caja de seguridad de nuestra fundación.

Frunzo el ceño, no sé de qué me habla. Tampoco sé si Samuele ha comprendido que estoy a punto de marcharme o si es necesario que lo haga de verdad para que se dé cuenta. Se ve que Laera es siempre prioritario. Desvío la mirada, veo una doble ventana tan alta como la pared, más allá de la cual se vislumbra el horizonte de Milán. No sé en qué planta estamos, lo único que sé es que dentro de nada me sumergiré de nuevo en el frío milanés, el frío que nos lleva a otra Navidad inútil, que pasaré en compañía de mi sombra.

—Me voy, Samuele —digo en tono indiferente, pero ni siquiera me mira.

—No creía que Raymond lo conseguiría — prosigue sin dejar de mirar el telegrama—, pero sé qué quería hacer antes de morir.

—¿Qué? —pregunto mientras me subo la cremallera de la cazadora, sin la menor curiosidad. Todo esto no es sino un estúpido guion que recitaré aún por unos instantes, porque no estoy acostumbrada a dar portazos y me siento incómoda en una situación como esta.

—Vivir la experiencia del cuerpo más intensa posible usando drogas psicotrópicas fuertes. Sabía que no le quedaba mucho de vida y buscaba respuestas. Podrían estar en ese paquete.

—Lo siento —digo a la vez que me vuelvo—, yo me bajo en esta parada.

A mi espalda, Samuele hace un último intento, en vano.

—¿Por qué te obstinas en creer que este camino no puede llevarnos a un resultado que sea positivo para todos?

—Porque debo volver a mi vida de mierda. — Me vuelvo de golpe, incapaz de dominar por más tiempo el tono de voz—. ¡Por eso! Porque nadie me devolverá a mi madre, porque de vez en

cuando pierdo el conocimiento y veo medio cadáver, y eso solo servirá para enriquecer a un analista cuando, quizá gracias a la prostitución, tenga suficiente dinero para pagarlo.

Samuele se queda petrificado al ver mi reacción. Me mira decepcionado, resignado, apretando los labios.

—Y ahora me hablas de las drogas psicotrópicas —insisto— y de un paquete enviado por un muerto que contiene a saber qué revelaciones. Para mí es más que suficiente.

—Estupendo. —Samuele señala la entrada con un leve ademán de la cabeza—. Ahora puedes marcharte.

Termina así, sin que yo muestre el menor interés por decir la última palabra. Cierro la puerta blindada, dejo a Samuele solo, entro en el ascensor y apoyo la cara en la pared de color verde. No lloro, no vierto una sola lágrima. No

quiero saber nada más, eso es todo. Me he gastado poco menos que un mes de alquiler para volar hasta Fráncfort siguiendo a Laera. Y ahora se supone que debo plegarme a hacer de conejillo de Indias en los experimentos que realiza Samuele en una sala de reanimación, y relacionarme con personas agonizantes durante no sé cuánto tiempo, sin que nada de todo esto me ayude a resolver mis problemas. Es mejor marcharse, fingir que no he visto nada.

Felicidades, Veronica, has conseguido dar al traste con otra relación, regresa al lugar de donde viniste. Es imposible sacarte de la habitación amurallada.

## 4

En los días sucesivos a mi brillante golpe de escena sucede poco menos que nada.

El poco es la apasionante actividad laboral en Beverly Betting. La nada es el resto de mi vida. No vivo, sobrevivo. Como sobras. Solo salgo del estudio para ir a la agencia. Por la noche me desplomo en el sofá, colapso mirando unos programas televisivos inútiles, apago el móvil.

Vuelvo a ser la Veronica que todos conocen y a la que nadie quiere. Hasta Moudi, que pone su

puesto fuera de Beverly y que sigue recibíendome con su «Veroniga, guapa», parece menos amistoso estos días. Antes charlaba, ahora se limita a saludarme y ya no me regala castañas.

Dentro, en cambio, el consabido vaivén de almas perdidas. Viejos que están ya muertos sin saberlo, jóvenes que se engañan pensando que han encontrado la manera de no tener que trabajar, señoras que, por hobby, despilfarran las pensiones de sus maridos difuntos, holgazanes que rebuscan en las papeleras buscando milagrosos boletos ganadores tirados por error. Y yo estoy allí, detrás de un cristal y delante de la pantalla de las programaciones. También Nancy se ha resignado ya: no vengo a la agencia a charlar. Cada uno en su sitio, nos ganamos el jornal y basta.

Ya no siento ningún interés por las experiencias fuera del cuerpo y, por lo visto, estas también están perdiendo interés por mí. De hecho, no he tenido ninguna más. Es justo lo que quería, ¿no? A fin de cuentas, era un callejón sin salida.

No me esperaba ningún premio al final de la carrera. Así pues, no he vuelto a ver a Christian. Me da igual que se despierte o no del coma.

Cuando las cosas están así no pueden sino empeorar.

Sucede cuando Mario, el viejo de la gorra que hace tiempo me dijo que aún podía jugar sus cartas, se presenta en el mostrador alegando que ha quedado conmigo. Si antes no hacía caso a sus sucias insinuaciones y me limitaba a ignorarlo, ahora estoy dispuesta a contestarle. Y eso es ni más ni menos lo que hago.

—Ayer se equivocó al imprimirme el boleto — me dice después de saltarse la fila.

Tres clientes lo miran enojados, pero ninguno le dice nada, porque quizá les parece más interesante asistir a la protesta en directo. Son las dos y media de un domingo, así pues, un momento punta. Las principales programaciones están en juego, dentro de nada empezará la serie A, de forma que Mario no podía haber elegido un

momento peor.

—Le ruego que respete la fila, señor — respondo concentrada en la pantalla de los eventos y, por tanto, sin mirar sus ojos iracundos y rodeados de profundas arrugas.

—Putá —contesta él. Sin lugar a dudas, consigue llamar mi atención. Se quita la gorra que lleva siempre en la cabeza y golpea con ella el mostrador—. Puse X2 en la visita del Lyon. No 2. ¡Equis, dos! ¿Lo entiendes con esa cabeza de mierda? En la ficha puse la doble opción, no la victoria. Sabía que podían empatar, así que me protegí, coño. De hecho, han empatado.

—Cálmese, por favor —respondo, pero tengo que morderme la lengua para no soltarle todo lo que me gustaría decirle.

Detrás de él, una mujer, en lugar de defenderme de los insultos o, al menos, cabrearse con el tipo porque le ha robado el puesto en la fila, se permite añadir:

—Claro, estas ni siquiera saben copiar, a saber

dónde las encuentran...

Razona, Veronica.

Este es tu único puesto de trabajo. Sin puesto de trabajo no puedes pagar el alquiler a Farini. No reacciones, no permitas que dos o tres frustrados te pongan de patitas en la calle.

—Exacto —corroboraba Mario—. Ahora me reembolsas la jugada.

—¿Tiene la amabilidad de darme el boleto para que lo verifique? —digo en tono sereno, no sé por cuánto tiempo lograré mantenerlo.

—Aquí lo tiene. —Me lo pasa por debajo del cristal y acto seguido se vuelve hacia la cola con la mirada encendida y los labios apretados.

Los de la fila no se inmutan, solo les falta coger un paquete de palomitas y sentarse a disfrutar del espectáculo. Por si fuera poco, otro tipo hace su aparición: un calvo de unos cincuenta años, que lleva una triste bolsa en bandolera, con la barba descuidada y las gafas sucias.

—Se ve que en el supermercado ya no podían

contratar a nadie más —dice en tono provocador.

El resto de la fila se echa a reír, mientras yo intento verificar el boleto. Como era de esperar, no recuerdo qué demonios había escrito en la hoja de la que copié las apuestas. Quizá me haya equivocado, sucede, pese a que en estos días nada me altera y tengo la impresión de haber hecho las cosas bien, sin distraerme. Lo que es indudable es que no estoy autorizada a reembolsar la jugada, porque, de acuerdo con la regla, solo se puede protestar el boleto dos minutos después de su emisión. Así pues, fue el cliente el que se equivocó al no comprobarlo enseguida.

La señora de antes, que tiene la cara redonda, morena de lámpara, y el pelo voluminoso y teñido de rojo, insiste:

—¡En mis tiempos las tipas como esta limpiaban los retretes!

Más carcajadas.

—Lo siento. —Estoy a punto de perder los estribos, pero intento ser cordial por última vez.

Con el rabillo del ojo entreveo a Nancy, que tiene delante una cola interminable y que, a todas luces, no piensa salir en mi ayuda—. Como ya sabe, no es posible reembolsar el importe, porque...

—¡Porque eres una puta! —Mario da un manotazo al cristal que nos separa—. Eso es lo que eres. ¡No entendiste una mierda, he perdido solo por culpa de ese partido, escribí e-q-u-i-s d-o-s! Habría ganado trescientos setenta euros. Ahora he cambiado de idea. No solo me reembolsarás el importe de la jugada. Me vas a dar el premio. Si hubieras cumplido con tu deber habría ganado. ¡Gilipollas!

Es evidente que estoy en una encrucijada. No sé qué me conviene más: marcharme o romperle uno de los monitores de la programación en la cara.

—Basta ya, estoy hablando en serio —digo agachando la cabeza para esquivar su mirada provocadora.

—Esta sí que es buena, ¿qué piensas hacer?

¿Llamar a la seguridad? ¿A la policía? ¿A tus protectores?

Me vuelvo hacia Nancy, veo que arquea las cejas con aire de impotencia y comprendo que nadie me va a ayudar. ¿No quieren o no pueden? ¿De qué tienen miedo? Por un instante, temo que este asunto acabe de mala manera.

—Te espero fuera, iremos juntos al cajero automático y me darás mi dinero. Nosotros venimos aquí para invertir dinero y lo perdemos por vuestra culpa. —El viejo se vuelve hacia la fila—. ¿Es cierto o no?

Como si tuviera trescientos setenta euros en la cuenta. En cualquier caso, creo que no voy a poder soportar otro insulto más. Así pues, me levanto, me pongo la chaqueta, paso por detrás de Nancy, mi mirada se cruza fugazmente con la de Garella, que parece un perro abandonado en un patio, y me encamino a la salida. El problema es que debo atravesar de nuevo el grupo de clientes, que ha demostrado estar a favor del viejo arrugado.

—Supongo que no pensarás irte así como así —exclama Mario mientras me acerco a ellos.

—Que le den por culo —respondo seca, sin siquiera mirarlo, sin pretender ser descarada, al contrario. Tengo miedo. Todos me están mirando. Ni siquiera tengo valor para llamar a seguridad. Tenemos su número, se presentarían aquí en unos minutos. Pero me siento minúscula. Una nulidad. Puede que piense que las cuatro personas de la fila bastarían para hacerme pasar por idiota, de forma que haría perder también el tiempo a la policía.

Echo a andar. El viejo me sigue hasta la puerta, mientras los demás contemplan la escena.

—¡Te seguiré hasta tu casa, maldita bastarda! —grita apenas salgo a la calle. Intento apretar el paso, pero él aferra uno de mis brazos y me obliga a volverme—. Mírame a los ojos cuando te hablo. Lo hiciste adrede, ¿verdad? Os dedicáis a eso, a echar a perder las fichas de los clientes más fieles, ¿me equivoco?

—Déjeme en paz —balbuceo.

Estoy temblando, y no por los dos grados que marca el reloj digital que está a escasos metros de nosotros, cerca del letrero de la farmacia. Siento que ya no me quedan siquiera fuerzas para replicarle, siento que no valgo nada.

—¡Dame mi dinero, puta!

—Se lo ruego...

—Ahora te enseñaré cómo hay que comportarse en la vida —me amenaza.

Los transeúntes que pasan por nuestro lado apenas se vuelven, siguen su camino. Un desfile de Garellas sin huevos. Si al menos uno se tomara la molestia de defender a una joven en dificultades. Por un instante siento terror, me quedo inmóvil en una expresión plastificada, con los brazos rígidos y apoyados en los costados. Estoy paralizada. Me dará una buena tunda. Sucederá eso. A su espalda se ha vuelto a formar el grupo de curiosos de la agencia, y la mujer que antes bromeó sobre los retretes está en primera fila. Esta es la gente que frecuenta Beverly, por fin se muestra en toda su

humanidad.

Pero Mario no me pega.

Sucede justo lo contrario. Apenas se arremanga la chaqueta alguien lo agarra por detrás y le da una patada en un tobillo. Él se tambalea, luego se vuelve con la mirada furibunda y se zafa de su agresor.

—Pide perdón a señora —dice Moudi, que me ha salvado en el último momento.

—Ni lo sueñes —grita el otro.

—Pide perdón o te doy patadas en cara.

El egipcio no está bromeando. Su cara es inexpresiva, tiene el puño cerrado y preparado, la mirada del que no tiene ganas de repetir lo que ha dicho.

—¡Solo faltaba el vendedor ambulante! Otro que debería volver a su país... hijo de la gran...

Es el final.

Moudi le da un rodillazo en pleno pecho. El hombre empieza a toser. Luego le golpea en la cara. Detrás de ellos, alguien empieza a aplaudir,

alentando la pelea en la manera más aviesa. Ni por asomo una persona con sentido común que intervenga para aplacar los ánimos. Yo no muevo un solo músculo. Soy una estatua de hielo.

—¡Pide perdón a señora! —repite Moudi a voz en grito a la cara del viejo, que está doblado en dos.

—Que te den... por cu... por culo, capullo —dice a duras penas Mario, pero sin rendirse, impertérrito.

Así que recibe una buena bofetada en plena cara.

Un chorro de sangre aterriza en el parabrisas de un coche aparcado a un metro de distancia. Sé que debería irme. Sé que debería escapar. Pero no logro mover siquiera un dedo. Jamás he experimentado una sensación de parálisis similar.

El viejo gruñe, ahora está de rodillas. Es posible que su arrogancia muera con él, porque no da visos de rendirse. Resopla aún algo contra ciertas razas inferiores, imprecisas, pero Moudi ha

decidido no ensañarse con él. A fin de cuentas, es padre de familia y si golpea de nuevo al anciano podría matarlo, le ha dado ya una buena tunda.

Por fin, consigo alzar la mirada. El egipcio me mira con los ojos del padre que nunca he tenido, reprochándome algo. No se trata del error en el boleto. Eso no. Quizá ni siquiera lo cometí. Me está reprochando que me haya cerrado a la vida, lo sé. Quiere ver otra Veronica. Quiere ver a Veroniga la guapa. Me estima y puede que sepa muchas más cosas sobre mi futuro de las que alcanzo a imaginar. Sabe que necesito cambiar las cosas. Empezando por el puesto de trabajo en esa ratonera.

Así será.

Por la noche no pego ojo. Las escenas pasan sin cesar por mi mente. La discusión, las amenazas, la pelea final. Pienso en cómo podría haber terminado. Me imagino en el hospital con las marcas del cinturón del viejo por todo el cuerpo. Tengo que darle las gracias a Moudi. No pude

hacerlo, porque escapé y corrí hacia el metro apenas oí la sirena de un coche patrulla de la policía. Espero que no haya tenido problemas por la agresión. Soy la única culpable.

Una cosa es cierta: mañana no volveré a Beverly.

Es más, nunca volveré a Beverly.

## 5

He pagado el último mes de alquiler al señor Farini.

Lo he hecho con el sueldo de hasta-nunca-jamás de Beverly Betting, un cheque que me obligó a volver al banco a mi pesar. Desde hace un año no entro de buena gana en él, pero nunca he conseguido que me pagaran con una transferencia. Lo bueno es que he hecho acopio de valor y he pasado por la agencia, de forma que he podido despedirme también de Nancy y Garella.

Se disculpan por no haber intervenido en la pelea, me explican que es mejor «no fomentar» estos casos —como si defenderme hubiera sido una manera de instigar a Mario y a sus compadres — y se congratulan de que todo haya acabado bien. Me parece un revoltijo de excusas, pero no quiero discutir. Luego me dicen que Moudi estuvo detenido la noche después de la pelea. Lo dejaron salir a la mañana siguiente, pero ahora está fichado. Más vale que no vuelva a pelear con nadie. En cambio Mario, el viejo de la gorra, el que aún puede jugar sus cartas, ha salido demasiado bien parado, diría. Unas cuantas contusiones leves, nada más grave que un arañazo o un cardenal. Algunos bastardos tienen la piel dura. Pero si el egipcio ha vuelto a vender castañas asadas delante de mi antiguo puesto de trabajo —pese a que no me cruzo ya con él, porque paso por Beverly a primera hora de la mañana—, el otro no ha vuelto a dar señales de vida. Dudo que se atreva, a menos que quiera

recibir más leña.

Me despido glacialmente, como exige el guion. Vuelvo a ser la Veronica que, al enterarse de que un joven había caído a las vías del metro pensaba «mejor para él», vuelvo a ser la que ya no recuerda qué es la época de las sonrisas de la que hablaba la campaña publicitaria.

Por si fuera poco, ahora tendré un centenar de euros en efectivo, una cantidad que deberá durarme, al menos, un mes. Luego vendrá Farini y, a menos que en el ínterin haya encontrado otro trabajo, tendré que esbozar una sonrisa hollywoodiense y pedirle una prórroga. En el peor de los casos, el que le acabo de pagar será de verdad el último. Próximo destino: los puentes.

Camino por las calles de Milán sin saber ya qué es la vida. Curiosamente, hoy mi mirada se cruza con la de las personas. Soy consciente de que es una actitud masoquista. Quiero ver las caras felices de los que se engañan pensando que han encontrado un significado a su camino. Mientras

los observo me gusta pensar que son unos animales enjaulados. Su dueño les arroja algo para que puedan seguir adelante —comida, un juguete de goma—, y ellos mueven la cola. Muy bien. Que sigan así, una generación tras otra. Me siento a gusto con la Veronica cínica que fui durante meses y que creía ser ya un simple recuerdo.

No lo es. Es mi modelo estándar.

Casi me cuesta recordar lo que me sucedió hace tan solo un par de semanas, cuando descarrilé por completo. ¿De verdad era yo? ¿Viví de verdad unas experiencias límites como esas? Puede que me equivocara desde el principio. Puede que fuera todo un engaño de la mente y que, por casualidad, conociera a varias personas que alimentaron esta ilusión. Christian, Samuele, el doctor Raymond Laera, incluso Mila, parecen actores de una comedia que no iba conmigo. Así que, molesta, abandoné el teatro. Sigamos adelante. Olvidemos. Volvamos a encarrilarnos.

Para olvidar de verdad todo, antes de salir de

casa tiré también a la papelera el ensayo de Laera, *Fuera de mí*. Adiós. No me has servido para nada y no me servirás en el futuro. Es más, pensándolo bien, me gasté varios cientos de euros, un patrimonio, para perseguir una vana esperanza. A partir de hoy solo pensaré en cosas concretas. Como comer mañana. Bajo qué techo vivir pasado mañana. Acabar con todo esto tarde o temprano.

Los días transcurren lentos, como unos granos pesados, voluminosos, que ya no pasan por el agujerito de la clepsidra. Una imagen que se repetía en las palabras de Raymond y en su ensayo.

Deambulo por la ciudad, presto atención para ver si veo algún anuncio de trabajo, como sucedió el día que pasé por delante de Beverly hace ya un año. En vano. Según parece, todos están bien como están, pese a que se acerca la Navidad. Otra Navidad inútil, en la que fingiré que no existo. El

cartel más original que veo reza: SE BUSCAN APRENDICES CON EXPERIENCIA. El que lo ha escrito debe de ser un pequeño genio.

Un día me acerco también a la Feltrinelli y por un instante siento la tentación de entrar a saludar a Mila. Aunque, si he de ser franca, me sentiría incómoda si la viera. Demasiado vital para un cadáver andante como yo. Así que sigo andando y me tapo incluso la cara cuando paso por delante de los escaparates.

Camino sola, rodeada por cientos de personas. Estoy sola en el mundo. Esta es mi dimensión. En este caso sí que, usando palabras de Raymond, tendré que acostumbrarme a la idea. Cerca de un hotel de cuatro estrellas entreveo un anuncio pegado a la fachada. No es el habitual folio escrito con bolígrafo sino un A4 puesto en horizontal y rodeado de un marco de plástico. Según dice el texto, escrito en mayúsculas, se busca una recepcionista con conocimientos de inglés. Puedo intentarlo. En el peor de los casos, duraré la

semana de prueba y luego me despedirán.

Me acerco a la puerta e inspiro hondo. Ya no estoy acostumbrada a tener que causar buena impresión. La entrada consiste en un enorme cilindro con cuatro hojas de cristal que giran alrededor de un eje. Vamos, Veronica. ¿Qué puedes perder?

Doy un paso adelante, espero a que una de las cuatro hojas deje un hueco libre, y entro. En ese momento sucede algo que no noto enseguida, sino solo unos segundos más tarde. Lo veo con el rabillo del ojo. Al principio es un simple reflejo a mi izquierda, una silueta transparente que transita por mi visión periférica. Cuando sale de ella, mi cerebro trata de reconstruir lo que ha visto. Los ojos, la cara, la complexión. Esta escena ha sucedido ya en alguna parte y al otro lado del cristal estaba la misma persona.

Camino por el vestíbulo del hotel, un botones se vuelve hacia mí y nota la expresión de desconcierto de mi cara. El joven era Christian.

¡Está vivo, maldita sea! Los médicos deben de haberlo hecho regresar. Está sano y salvo, pero eso no es todo. Esta escena, este intercambio de miradas a través de un cristal. Ha sucedido ya y me viene a la mente como un rayo que ilumina un rincón oscuro de mi memoria: el Día Sin Sentido.

No es posible.

El tiempo se vuelve del revés, me veo obligada a apoyarme en el mostrador de recepción. Tengo la impresión de estar aún allí, en la maldita sucursal. La mañana en que todo terminó.

—¿Se encuentra bien, señora? —pregunta una mujer uniformada desde detrás del mostrador.

No contesto. Me vuelvo de golpe. Me meto de nuevo entre las hojas de cristal y salgo del hotel. ¿Adónde demonios habrá ido?

Miro a izquierda y derecha. Nada. El cruce más próximo es el de la avenida Tunisia. Corro hasta allí, escruto entre la multitud. Ahí está. Delante de un escaparate. Es él, maldita sea.

«¿Estás segura de que nunca has visto a ese

chico? ¿Cómo has dicho que se llama? ¿Christian? ¿Seguro que no lo conoces?»

Son palabras de Samuele. Me lo preguntó cuando volví en mí, después de la experiencia fuera del cuerpo que tuve en la clínica. Por eso conozco la fisonomía de ese joven y por eso le atribuí una cara cuando comuniqué con su alma. Lo conozco porque lo he visto ya. Hace un año. Puede que él no me viera.

Al contarme el experimento de Libet, Samuele me hizo reflexionar sobre la gran diferencia que hay entre el consciente y el inconsciente. En el ensayo de Laera se citaba también el subconsciente, la zona que está justo debajo del nivel de conciencia, que es más accesible. Contiene material que, de alguna forma, podemos hacer emerger. Allí se encontraba la escena de la entrada en el banco, tan parecida a la que acabo de vivir. Por eso me preguntó Samuele si estaba segura de no haber conocido a Christian en la vida real. Porque, de no ser así, no tenía sentido que

supiera cómo era. Ahora sé que una parte de mí lo había visto ya y lo recordaba a la perfección: él salió por las puertas correderas de la sucursal — en las que yo perdía la paciencia, porque las cadenas, las monedas, los llaveros o cualquier objeto metálico me impedían siempre el acceso— justo cuando entró mi madre. Esa mañana nuestras miradas se cruzaron a través de una superficie de cristal, igual que me sucedió hace un rato. Era él, pero, si no hubiera ocurrido ahora y, gracias a ello, no hubiera podido recuperar la escena que estaba enterrada en el recuerdo, jamás habría recordado un detalle.

Christian cedió el puesto a Delia.

Él salió del infierno.

Ella entró en él.

Camino deprisa, él se ha vuelto de espaldas y ha desaparecido de nuevo entre la multitud. No lo dejaré escapar. Aquí está de nuevo, se dispone a

cruzar. Semáforo rojo. Lleva una cazadora de piel y unos vaqueros. El pelo corto. Es la misma persona que sigo viendo en mis experiencias astrales. Está aquí, en carne y hueso.

Aprieto el paso, me acerco a él, aparto a codazos a las personas demasiado lentas, que deberían quedarse en casa en lugar de entorpecer el tráfico peatonal. Pero el veinticinco se acerca y a la gente le encanta comprar los regalos en el último momento. El semáforo se pone verde. Christian camina por el paso de cebra. Cuando llega a la acera de enfrente me precipito hacia él y le doy alcance. Está sacando el móvil del bolsillo. Apoyo una mano en el brazo que le queda libre y, por fin, nuestras miradas se cruzan. Esos iris negros, profundos, que hacen que la cara tersa de este joven de veinticinco años, más o menos, resulte fascinante.

—Christian.

Me mira asombrado.

—¿Nos conocemos?

—¿No te acuerdas de nada?

—¿Debería? —Mira alrededor, torciendo la boca en una mueca. Se acerca una chica con una octavilla en la mano, él la rechaza moviendo imperceptiblemente la cabeza.

—Te han salvado. Es fantástico. Quiero decir, tú eres... lo has conseguido. ¡Estás vivo!

Se vuelve de nuevo hacia mí, esta vez frunce el ceño.

—Perdona, pero no sé quién eres. Claro que estoy vivo... —Cabecea—. Ahora debo marcharme. Cuídate, ¿eh?

—Espera. —Le agarro un brazo—. Es imposible que no te acuerdes.

—¿Dónde nos hemos visto? —Me aparta la mano y por un instante trata de colaborar, pero da la impresión de que la pizarra de su memoria ha sido borrada por completo—. ¿En una prueba? Conozco a muchas chicas en las pruebas. Perdona, pero tengo prisa.

—¡No, qué prueba ni qué ocho cuartos! En el

incendio de la gasolinera. Y luego en la parada del autobús, de noche. Cuando me contaste el accidente que habías tenido. Y una vez más, pero... puede que no te acuerdes de esa.

—Perdona, pero no tengo tiempo. —Esboza una sonrisa forzada, me da una palmadita en un brazo y, por un momento, me hace sentir como una psicópata. Por lo visto no me ha visto en su vida, no me lo explico—. En cualquier caso, no sé de qué demonios hablas. Debes de haberme confundido con otro que se llama igual que yo.

Se aleja. Se pierde entre la gente. Puedo imaginar que no recuerde lo que vivió durante la experiencia cercana a la muerte. Que no sepa decir quién soy yo, pero el choque frontal no, eso sí que no. No puede haberlo olvidado.

Además, no tengo la menor duda de que es él, estaría segura de ello aunque no hubiera podido confirmar su nombre.

—¡Christian, escúchame! —grito.

Una señora anciana me mira con aire reprobatorio. Dos carabineros pasan por mi lado, pero apenas se vuelven. Quizá debería correr detrás de él. No lo hago. Temo hacer el ridículo otra vez. Además, había dado el asunto por zanjado, ¿no? No quería saber nada más de él. No puedo cambiar de idea cada vez que gira el viento. Debo ser coherente con el camino que he decidido emprender. ¿Estaba realmente en coma y se ha despertado? Mejor para él, como digo siempre. Lo raro es que, después de lo que le ocurrió, deambule por la ciudad como si nada, pero eso no es asunto mío. Además, no soy médico. Le habrán dado el alta, eso es todo. Por último, si de verdad salió del banco ese día, justo cuando mi madre estaba entrando, solo es otro maldito jugador afortunado, que con ese movimiento ganó varias decenas de años más de vida. En detrimento de Delia.

Quizá no debería volver a pensar más en él. No

gano nada con ello.

De repente, sucede una de esas coincidencias en las que parece que los acontecimientos van justo en la dirección en que deben andar, tanto si uno está de acuerdo como si no. Cuando Christian está ya lejos y yo he tomado la decisión de volver a casa me vibra el móvil, es una de las pocas ocasiones en que lo tengo encendido. Miro la pantalla: es Samuele.

Si bien no me apetece mucho responderle, el deseo de contarle lo que me acaba de suceder, una anécdota que, sin lugar a dudas, lo dejará atónito, puede con mi desgana. Quizás, haciendo un esfuerzo, pueda ser cordial con él unos minutos.

—Sí —contesto.

—Veronica —dice en tono sumiso.

—¿Cómo estás?

—Bien, han sucedido algunas cosas.

—A mí también. Me he despedido, no tengo un euro y, según mis cálculos, dentro de un mes viviré bajo un puente.

—Lo siento, si puedo hacer algo para ayudarte aquí me tienes. Oye, te llamo por un motivo concreto. Algo que, quizá, te interese. Sé que no querías saber nada más del tema, pero...

—Te escucho.

Apoyo la espalda en el escaparate de una tienda, presidido por un reno enorme de poliestireno, mientras veo pasar por delante de mí a familias milanesas que corren enloquecidas a la caza del último modelo de *smartphone*.

—Quizá no debería haberlo hecho, pero la curiosidad pudo conmigo. No sabía si llamarte o no. Sé de sobra lo que piensas y si quieres colgar no me enfadaré. He hecho algunas averiguaciones.

—¿Sobre qué?

—Sobre ese chico.

Enmudezco. De un momento a otro lo sorprenderé contándole que acabo de encontrármelo por la calle, estoy deseando oír lo que me dice. Pero lo que Samuele se dispone a decirme da un vuelco a las cosas. Y subvierte

todas mis convicciones.

—No existe ningún Christian Sala ingresado en reanimación en ningún hospital italiano. Y no solo en el último mes. He extendido la investigación al último año. Me ha ayudado una amiga que trabaja en un centro de gestión, en un archivo. Es capaz de encontrar incluso a un anciano que ha ido a tomarse la tensión una sola vez en los últimos doce meses. No digamos un caso de coma. Además, le pedí que echara un vistazo a las defunciones. Nada.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le pregunto para mi sorpresa. En otro momento habría reaccionado protegiéndome con una total indiferencia, pero acabo de ver a ese joven por la calle. Y era el protagonista de mis visiones. ¿Qué sentido tiene todo esto?

—Por completo.

—No es posible, Samuele.

—En realidad, podría serlo —dice en tono más vigoroso—. Pero se trata de algo estrechamente

vinculado a la investigación de Raymond, a nuestra investigación. El asunto del que no pude hablarte la otra mañana, cuando te marchaste.

—No, no —replico convencida. Mis ojos se extravían entre la gente—. Fíate de mí. Es imposible. Si no me hubieras llamado quizá lo habría hecho yo. ¿Sabes por qué?

—Creía que ya no querías saber nada del tema.

—Y así era, en efecto. Pero acabo de hablar con Christian Sala en la calle, en Milán.

—¿Cómo dices?

Sabía que me habría pedido que se lo repitiera. Así que se lo repito, más de una vez. Le digo que sí, que es cierto, que no me reconoció. Que, según parece, no recuerda el accidente. Pero era él. Bromeó incluso sobre las pruebas, y yo sabía que aspiraba a ser actor. Puede que haya olvidado la noche en que chocó frontalmente con su coche. Puede ser una reacción postraumática o, cuando menos, eso es lo que prefiero pensar, pese a que no sé nada de medicina. Le cuento también la

especie de *déjà vu* que tuve al entrar en el hotel, y la increíble relación que guarda con el día de la masacre en el banco.

—¿Estás completamente segura de que era él?

—insiste Samuele. Parece aún más excitado. Detesto no entender a qué viene tanto fervor.

—Apuesta lo que quieras —respondo.

—En ese caso, nuestra teoría es del todo plausible.

—¿De qué me estás hablando?

—Ven a verme en cuanto puedas —me dice en tono grave. Sabe que, con toda probabilidad, no lo haré, que no quiero saber nada más de él. Así que ¿por qué insiste?

—Ya sabes lo que pienso. Basta. Estoy bien así, con mi vida de siempre.

—Hay algo que debes saber.

—Gracias, Samuele, pero creo que ya me he enterado de bastantes cosas. Christian está vivo, me alegro mucho por él. ¿Nunca ha estado ingresado? ¿Me contó un sinfín de gilipollices

cuando intercepté su conciencia? Bien. En este momento tengo problemas, digamos, más vulgares que afrontar, ¿sabes? No tengo el monopolio del dolor... pero no creo que muchos cambiarían su vida por la mía.

Pasa un momento de silencio, un instante en que alzo los ojos al cielo y me doy cuenta de que está empezando a llover. Leí que iba a haber una tormenta. De vez en cuando las previsiones meteorológicas aciertan.

—Perdóname. —Samuele baja el tono, ahora es dócil, sumiso—. Escucha, Verónica, no quería ofenderte, pero no sabes la importancia que tiene para mí lo que me acabas de contar. Entiendo que no quieras hacerlo ni por ti ni por mí. Hazlo por ese chico.

—¿Qué chico?

—Christian Sala.

—¿Otra vez? Pero ¿qué estás diciendo? Acabo de verlo, está bien. No quiero tener nada más que ver con él. Y, siento decirlo, tampoco contigo. No

es nada personal, ya lo sabes, pero todo lo relacionado con tu trabajo solo me está creando...

—Escúchame bien —me interrumpe.

Su tono es ahora firme y determinado, propio del que solo añadirá unas palabras más, que, sin embargo, serán decisivas. Guardo silencio, le concedo la última oportunidad de hacerme cambiar de idea, en caso de que sea posible. Al cabo de unos segundos recibo en plena cara algo que jamás habría alcanzado a imaginar, una especie de bofetada que me despierta de días de somnolencia, días en que he hecho todo lo posible para destrozar mi vida.

—Te lo diré lo más claro posible. El accidente de coche de Christian aún no ha tenido lugar.

## 6

Hay momentos en la vida en que, por menos de un segundo, te parece ser ajeno a todo lo que te rodea. Momentos en que te sientes fuera de lugar, desconectado de tu ambiente. Por un instante que, quizás en tu mente o en el inconsciente dura mucho más, tienes la impresión de que todo lo que te circunda es mentira. Y entonces te imaginas flotando en un limbo, mientras el mundo se mueve alrededor sin influir en ti. Por lo general sucede cuando alguien te echa a la cara una realidad que

te desestabiliza.

«El accidente de coche de Christian aún no ha tenido lugar.»

Dejo pasar varios segundos de silencio, que son acompañados por el ruido de las bocinas de los coches que llenan la avenida Buenos Aires, por los gritos de un niño en el cochecito que hay a escasos metros de mí, por el vocerío de la gente. Entretanto ha empezado a llover y debo resguardarme. Camino con el teléfono pegado a la oreja y los labios apretados hasta que enfilo un callejón y me guarezco bajo el toldo a rayas de un bar.

Al abrigo ya de la lluvia, siento la necesidad de dejar resbalar la espalda por la pared en que me he apoyado y sentarme con las piernas cruzadas en una lengua de asfalto aún seco.

—¿De verdad esperas que me crea una cosa tan absurda? —pregunto a Samuele con naturalidad, en tono casi compasivo.

—No espero nada, pero todos los indicios

apuntan en esa dirección. Ven a mi casa. No quiero hablar por...

—¡En cambio quiero una explicación! —estallo. Miro alrededor. Según parece, la gente tiene otras cosas en qué pensar, nadie se digna siquiera a mirarme—. Me da igual que estemos hablando por teléfono, tampoco me importa si para escucharte debo morir congelada. Habla o no me moveré de aquí.

—Maldita sea —dice, dándose por vencido—, de acuerdo. El tiempo de la conciencia no guarda ninguna relación con el de nuestra vida terrenal. Ese es el núcleo de la teoría que estoy desarrollando. Todos los datos parecen confirmarlo. Tu caso, las experiencias cercanas a la muerte que he recopilado a lo largo de estos años, la literatura sobre los fenómenos extrasensoriales, lo que me has contado sobre Christian...

—¿Qué significa?

—Que en los estados alterados de conciencia

se pueden interceptar informaciones pasadas o futuras, que no son necesariamente contemporáneas ni están vinculadas a nuestros parámetros espacio-temporales.

—Oye, Samuele. Escúchame bien. En lo que a mí concierne, se acabó.

—Me has pedido que te lo explicara —replica con brusquedad—. Ahora escúchame. Existe algo, Veronica, que viaja a mucha más velocidad que la luz. Desde la época de Einstein sabemos que pasado, presente y futuro no son sino puntos en el espacio y el tiempo. Podemos atravesar este tejido. Desde siempre.

—¿Para qué demonios se supone que me debería servir todo esto?

—¿Recuerdas cuando te dije que durante las experiencias cercanas a la muerte no se tiene verdadera conciencia del fluir del tiempo?

—Sí.

—El desplazamiento en el espacio es un desplazamiento en el tiempo. De hecho, una vez

superada la velocidad de la luz es posible incluso doblarlo, invertir los conceptos de ayer y hoy. Pero ningún cuerpo puede desplazarse a ciertas velocidades, y, aun en el caso de que pudiera, ello tendría unas consecuencias impensables para su masa.

—Sigo sin entender adónde quieres ir a parar.

—¡La conciencia puede hacerlo! Solo podemos subvertir las leyes temporales en las experiencias que se producen fuera de todo confin. Separaciones del cuerpo, ECM, estados alterados de la psique... en esas ocasiones nuestra conciencia puede desplazarse a velocidades muy superiores a las de la luz, sin tener en cuenta ningún tipo de masa, y además sondear el desarrollo de la existencia humana.

—Todo eso queda fuera de la realidad —replico en tono seco. Del toldo que me protege cae una cascada de agua.

—Debes dejar de considerar la vida solo desde tu punto de vista, Verónica —dice alzando

la voz—. Somos seres humanos, todo lo que interpretamos como real es únicamente un proceso cognitivo, depende de los límites corporales. ¿Puedes oír el sonido que produce un silbato para perros? No, porque tu cerebro no reconoce el alcance de las ondas sonoras. ¿Puedes ver los rayos X? No, por la misma razón. En este momento estás en medio de un campo electromagnético. Te atraviesa el *wifi* con el que tu móvil se conecta a la red. Pero ¿lo ves? Por supuesto que no. Pues bien, lo mismo sucede con el concepto de tiempo.

—Basta ya —replico—, todas las cosas que mencionas son actuales, están aquí y ahora. No las veo, de acuerdo, pero eso no significa que estén en el futuro. ¿Qué clase de teoría es la vuestra?

—En ese caso, alza los ojos al cielo. Verás estrellas que están a años luz de nosotros. Verás el pasado. Tu «ahora» no es el suyo. En el tiempo en que su luz llega a nosotros podrían haber incluso explotado. El paso del tiempo al que te has acostumbrado desde que naciste es solo una

ilusión terrenal. Todo depende de nuestra interpretación, pero mientras estamos atados al cuerpo es como si estuviéramos enjaulados. No te pido que conozcas la física cuántica, Veronica. Lo único que te pido es que te fíes de mí.

Dos coches chocan bajo el diluvio a lo lejos. Uno de los conductores se apea gritando. Oigo los ruidos ahogados, como si me hubiera encerrado en un cascarón dejando fuera el resto del mundo. El otro idiota sale también. Llegan a las manos. Por un instante me acuerdo de Moudi, de la lección que le dio al cliente de Bervely, y ese recuerdo me distrae de la absurda explicación de Samuele.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque soy sincero, estoy dedicando mi vida a todo esto, y porque tú eres capaz de cruzar ese umbral mejor que la mayoría de las personas que pasan por delante de ti. Pero, por encima de todo, porque lo que te dijo ese chico, que sigue vivo y coleando, pueden ser detalles de un tiempo distorsionado.

—Futuro.

—Futuro, exacto. Lo que intento decirte...

—Es que puedo impedir que se produzca ese accidente.

Samuele no responde siquiera. Me ha hecho llegar adonde quería con el razonamiento. No sé nada de estos temas, lo que me cuenta es digno de una película de ciencia ficción, pero es innegable que cree firmemente en lo que dice. Al punto que cada vez estoy más convencida de que no quiero oír una palabra más sobre el tema.

—Déjame en paz. —Cuelgo y echo de nuevo a andar. Bajo la lluvia, sin paraguas, de forma que las gotas sustituyan a las lágrimas que ya no soy capaz de verter.

Así pues, la conciencia de Christian Sala y la mía se encontraron en un plano superior en que el tiempo no sigue ninguna regla terrenal, y el accidente del que me habló aún debe producirse.

¿Lo he entendido bien? Por eso lo vi íntegro en la calle y no recordaba nada del accidente. Aún no ha sucedido. Menuda paradoja. Lo repito una y otra vez hasta que llego a casa, con el pelo empapado y las manos heladas.

Me desnudo, dejo caer la ropa en el suelo y en un santiamén estoy en la ducha. No debería pensar en ello, debería olvidarlo. Borrar el número de Samuele. Puede que lo haga. El agua que resbala por mi cuerpo debería depurarme de todos estos pensamientos. No lo consigue. Confié en Laera, también en Mora. Ahora lo único que quiero es estar sola.

Soy un desastre.

Basta. Mañana me empeñaré de nuevo para encontrar un trabajo. Si quiero seguir viviendo entre estas cuatro paredes debo hacerlo. Dejaré de vagabundear por la ciudad. Presentaré mi currículum, quizá lo llene de gilipolleces para llamar la atención. No me queda más remedio que hacerlo. Tengo la nevera vacía, al menos la mitad

de los últimos cien euros irá a parar a la caja del supermercado. El resto debe durar hasta el mes que viene. Fácil.

Envuelta en un albornoz tan áspero como el felpudo de la puerta, paseo descalza, mirando al suelo. ¿Adónde va mi vida? ¿Qué será de mí? En mi lugar, otra habría intentado acostarse con Samuele Mora. En el fondo, es un magnífico partido. Yo, en cambio, he escapado. Temí ilusionarme, creí que la historia de Christian no me llevaba a ninguna parte y no pude soportar un segundo más la situación. Sucedió lo mismo cuando intenté provocarme una experiencia fuera del cuerpo: apenas pensé en Delia el proceso se interrumpió. De hecho, sigo pensando en ella, en la manera de alcanzarla, de sentirla una vez más. Puede que, como ocurre cuando perseguimos con insistencia algo que hemos perdido, cuanto más nos obstinamos más nos alejamos de ello.

Desde el principio de esta historia mi único pensamiento ha sido reencontrarme con ella. Me

encuentro de nuevo en una encrucijada. Por un lado está mi vida insulsa. Puedo vivirla mientras me sea posible, y sé ya que será una alternancia de trabajos mal pagados y de relaciones sociales sin valor alguno. Por otra parte, cabe siempre la posibilidad de coger el timón y hundir el barco. Estoy segura de que tengo más posibilidades de volver a ver a Delia cuando muera que en una experiencia fuera del cuerpo.

Mientras los políticos gritan y se insultan en la televisión, me pongo un chándal y me siento en la cama con las piernas cruzadas. No he cenado, pero me da igual. A mi lado hay una caja de hojalata, en la tapadera hay dibujada una vieja bicicleta, protagonista de un anuncio de los años cincuenta.

Inspiro hondo y la abro. Entretanto, unos truenos espantosos marcan el ritmo de la intensa tormenta que está cayendo fuera. Si bien la ventana está cerrada, por alguna parte entra una corriente molesta. No quiero llorar, no lo haré. Lo único que necesito esta noche es estar un poco contigo,

mamá. Volver a ver tu sonrisa en las fotos amarillentas de la época en que aún las sacábamos con la Polaroid en la playa. Releer tus felicitaciones, con tu caligrafía hecha de rizos y bordados. En cada fiesta comprabas una tarjeta especial. Mejor dicho, una tarjeta anónima que convertías en algo especial para tu niña. Yo era todo para ti. Éramos todo la una para la otra.

En mis manos cae una fotografía en la que, sin lugar a dudas, en un principio aparecía mi padre. Yo soy minúscula y tengo unos morritos horribles —que, según tú, eran «encantadores»—, y debía de haber nacido ese mismo día. Me tienes en brazos y la mueca de tu cara revela un gran cansancio, pero también una inmensa alegría. A tu derecha debía de estar el hombre que te había dejado embarazada y que en breve optaría por vivir otra vida. La imagen está cortada, se nota, y puede que sea mejor así. Siempre nos bastamos la una a la otra.

Desde ese maldito día ya no sé a quién

preguntar cómo se llama una determinada flor, cómo se cocina un plato, cómo se sigue adelante y se encuentra siempre un motivo para sonreír. Tú lo conseguías. Yo no tengo la menor esperanza. Tú lo habrías logrado incluso sola. Sola yo no valgo nada.

Mis ojos brillan mientras miro las fotografías. No cederé. Te echo de menos, mamá. Echo todo de menos. Desde esta mañana trato de no pensar en ello. Desde esta mañana, desde que salí de casa, una parte de mí sabe que hoy es el aniversario de tu muerte, mientras la otra hace todo lo posible por ahuyentar esa idea.

Pero ahora estoy aquí, y quiero estar contigo. Quiero dormirme contigo y quiero soñar contigo. Sería fantástico si el pasado, el presente y el futuro fueran simples puntos dispersos en el espacio, como asegura Samuele: haría todo lo posible para que me indicaran cuál es el camino que nos separa. El itinerario que debo recorrer. Sería mi única meta.

Me acurruco de lado abrazada a la caja.  
Abrazo pedazos de tu amor.

—Buenas noches, mamá —susurro. Aunque también es posible que solo lo haya pensado. Da igual. Morfeo nos espera.

Imágenes confusas asietan mi mente.

Las frases se entremezclan, las caras se superponen. Como si esta noche fuera a tener lugar la rendición de cuentas. Todos se han citado aquí, entre las paredes del cráneo de Verónica Argenti. Acomódense, por favor. No quería estar a solas con mi madre, desde luego que no. Mi intención era recibirlos en el salón. A todos a la vez.

Está Christian Sala, que sale del maldito banco sonriendo. Me invita a entrar con un ademán de la mano. Mientras paso por su lado me repite que él no ha visto ningún incendio, que no sabe de qué gasolinera le hablo.

Está Samuele Mora, que hojea las tarjetas del

clasificador al mismo tiempo que asiente con la cabeza, a su manera, con el aire de quien observa y procesa, almacena y elabora con placidez. Y, al final, teoriza.

Está Nancy, que abre los brazos y dice que no puede hacer nada si un cliente se dirige de manera grosera a una de sus compañeras.

Está Martín, tumbado al sol en una playa de Buenos Aires. Por su lado pasan dos mujeres totalmente desnudas, mientras él bebe un sorbo de su cóctel y su expresión me da a entender que, quizá, no hay una muerte más dulce.

Está Raymond Laera, pero no el del taxi sino el de la presentación. Elegante, brillante orador, fascinante a su manera. Me firma una copia de *Fuera de mí*, en la dedicatoria escribe simplemente «gracias».

Está Moudi, que agita el dedo como si yo fuera una niña traviesa, a la vez que me repite que cuando sonrío la vida mejora de inmediato.

De repente, estoy en el banco.

Es el Día Sin Sentido.

Veo todo desde una perspectiva apartada del punto en que estaba con Delia, cogida de su mano. El loco está delante de mí, lo observo de espaldas. Apunta la pistola hacia alguien que está a su izquierda. El tipo se desploma. Luego la dirige hacia mi fila. Transcurre un instante. El último instante. Luego dispara.

Por último, aprieta el gatillo apuntando a su sien. Veo que su espalda se curva y que cae al suelo como un saco de patatas. Ahora puedo ver al resto de las personas. Una cierra los ojos en señal de alivio por haber escapado al peligro. Otra se precipita a la salida.

Doy unos pasos hacia delante. Dejo atrás el cadáver del hombre, su sangre resbala por el pavimento brillante de la sucursal. A pocos metros de mí Delia agoniza, pero, pese a ello, aún intenta sonreír. La Verónica que ya no recuerdo, la que aún tenía cara de niña y se convirtió en mujer de

improvisado, está inclinada hacia ella de rodillas y acaba de recibir la última caricia.

Yo también me arrodillo. Si Veronica alzase la cabeza podríamos mirarnos como en un espejo. Pero Veronica solo tiene ojos para Delia, para su final.

Luego, la frase.

«De flores, un... minuto...»

Son las últimas palabras de Delia. Unas palabras carentes de significado. Veronica sacude el cuerpo de su madre buscando una explicación. No ha entendido, no consigue entenderlo.

Después, Delia, que yace en un charco de sangre, dobla la cabeza de forma poco natural y se vuelve hacia mí. Me mira a los ojos. Su expresión es a la vez tierna y firme. Concluye la frase.

«En la tienda de flores... un minuto antes de la medianoche.»

Me despierto sobresaltada. Me incorporo de

golpe, frente a mí la televisión sigue encendida. Me acaricio el pelo empapado, estoy jadeando. ¿Qué clase de pesadilla he tenido? ¿Por qué?

Bajo de la cama y corro a encender la luz. Mi mirada se posa en el móvil, que se está cargando en el suelo. Ni siquiera recuerdo haberlo puesto ahí. Me inclino, lo recojo y miro la hora: son las 23.52.

No, Veronica. Sabes que no tiene sentido.

Lo sabes.

—Al infierno.

Sin quitarme el chándal, me calzo un par de zapatillas de deporte, me pongo la chaqueta y me la abrocho hasta el cuello. Con el móvil y las llaves en el bolsillo, salgo sin perder tiempo cerrando la puerta de casa. Es una locura, lo sé de sobra. Dije que se había acabado, que no seguiría más ciertas ilusiones absurdas.

Pero era ella, me miró a la cara, se dirigió a mí. Y me... sí, ya sé que es absurdo, pero ha quedado conmigo. ¿Y si pudiera volver a verla?

Ella, un holograma, un fantasma, lo que sea. Sé a qué tienda se refiere. Era *nuestra* tienda. Está a medio camino entre la vieja casa y esta. Así pues, no queda demasiado lejos. Un minuto antes de la medianoche. ¿Por qué?

Corro bajo el chaparrón.

Mi corazón se detiene tres veces, me temo que ya no late con regularidad. No puedo creer que vaya a suceder algo, no quiero ilusionarme. Pero es imposible. Una parte de mí se la imagina allí, con una sonrisa afable y los brazos abiertos, como cuando volvía de una excursión en secundaria y ella venía a recogerme a la estación. Siempre caía una lagrimita, aunque solo hubiera estado fuera tres días. Y dejaba que me abrazara delante de mis compañeros como si hubiera estado ausente varios años. No me avergonzaba. Era mi madre. Era mi vida.

Cuando llego al final de la calle cruzo corriendo una placita redonda con un pequeño vallado en el centro. Mis zapatos se hunden en el

barro, respiro entrecortadamente, llueve con fuerza y los rayos ofrecen una secuencia de diapositivas espectrales de mi alucinante carrera hacia la enésima posible decepción.

Luego, en un instante, a la vez que vislumbro el letrero de la floristería a un centenar de metros, oigo el ruido más ensordecedor de mi vida. No es otro trueno. No. Es algo fragoroso, devastador. Me vuelvo, porque me llega desde detrás, pero no veo nada. Me vuelvo de nuevo hacia la tienda de flores, al mismo tiempo que se iluminan varias ventanas en los edificios circundantes. Ojos curiosos. También ellos lo han oído.

Delante de la tienda no hay nadie. Como era de esperar. Eres una estúpida, Verónica. Saco el móvil y compruebo la hora: es medianoche en punto. Miro alrededor, solo veo unas señoras en bata asomadas a las ventanas. Entretanto han empezado a sonar las alarmas de la zona.

Vuelve a casa. Olvídalo.

Deja de hacer caso de una vez por todas a lo

que tu mente no ve cuando no está despierta. Deja de perseguir voces y caras que no son sino fruto de tu imaginación.

Camino con la cabeza inclinada. Pese a que era de esperar, siento una gran decepción. A partir de mañana, una nueva vida. Me lo juro a mí misma. Si existe una píldora para dejar de soñar me la tomaré todas las noches antes de irme a dormir. Bonita broma, mamá. Justo hoy.

Justo hoy. Justo un minuto antes de la medianoche.

«No», es lo único que logro decir. Luego me quedo sin aliento. Puede que mi corazón haya dejado también de latir. Estoy inmóvil frente a una escena espantosa. Paradójicamente, el absurdo cobra enseguida cierta lógica.

El estruendo procedía de la calle en que vivo.

El estruendo procedía del edificio en que vivo.

Mi casa es un montón de escombros.

Me quedo petrificada, congelada en una expresión que no es ni de estupor ni de terror, ni de incredulidad. Es todo a la vez, y no sabría decir en qué medida. Sea como sea, de inmediato se organiza una buena barahúnda y yo estoy justo en el centro.

En diez minutos se forma un grupo de personas, muchas de las cuales están en pijama, llegan un coche patrulla de la policía y un camión de bomberos. No doy un solo paso. No tengo delante los restos del edificio de Farini. Tengo delante los ojos de Delia, sus labios dispuestos a completar la frase que su cuerpo mortal solo logró pronunciar a medias.

Mi madre me sacó fuera de este infierno pocos minutos antes de que estallase. Sacó a su niña de los escombros cuando el cemento aún estaba intacto.

Delia acaba de salvarme la vida.

No, me equivoco.

Delia me salvó la vida el día en que murió.

## 7

—Te lo ruego, ven a recogerme a casa.

Son las únicas palabras que alcanzo a decir a Samuele cuando, por suerte, responde al teléfono al cabo de varias llamadas sin respuesta. Quizás estaba durmiendo o en el laboratorio, a saber. Era la única persona a la que podía llamar. Menos mal que cogí el teléfono cuando salí a toda prisa de casa.

—¿Qué ha pasado?

No logro explicárselo, no sé qué términos

utilizar para describir algo que, simplemente, no puede haber sucedido. En cambio está aquí, ante mis ojos. Puede que esto sea lo que llaman un estado de shock. Además, Samuele no necesita oír mi versión. Comprende al vuelo.

—Voy enseguida —dice antes de colgar.

Veinte minutos más tarde los grandes faros de su BMW aparecen al fondo de la calle y, por fin, puedo marcharme. Entretanto, me ha interrogado un agente de la policía, que luego me ha fichado y me ha dicho que me llamarán nuevamente a declarar. Por unos minutos temo que me atribuyan la explosión, dado que abandoné el edificio pocos minutos antes de que se produjera. Luego, por suerte, oigo lo que se rumorea sobre el accidente. Pregunto aquí y allí, comprendo que la causa podría ser una fuga de gas en el piso que estaba justo encima del mío.

—Sácame de aquí, por favor —digo a Samuele cuando llega hasta mí corriendo. Nadie sabrá nunca si las mías son lágrimas o gotas de lluvia.

Lo único evidente es que estoy temblando.

—Qué demonios —dice mientras observa el montón de escombros, que ha alcanzado incluso la acera de enfrente. Acto seguido cabecea, se vuelve hacia mí y me coge de la mano—. Y tú estabas... Vamos, tranquilízate ahora. Yo estoy contigo.

Vamos a su casa. La ropa, congelada, se me ha pegado a la piel, los dientes me castañetean. La calefacción del coche sirve de poco. Los escalofríos me acompañan durante todo el trayecto.

No hablamos durante unos minutos. Ni una sola palabra.

Después, Samuele se detiene delante de un semáforo en rojo y, sin volverse, dice:

—Tenía ocho años.

Me vuelvo, escudriño su perfil en silencio y mis ojos se demoran en la barba descuidada, que confiere un aspecto más serio a su cara. Siempre lo he visto aseado, impecable, sin un pelo fuera de sitio.

—Cuando sucedió yo tenía ocho años — prosigue con voz firme, controlada—. Estábamos en Miami de vacaciones. Mis padres nunca me habían llevado a Florida. Jamás había estado en un hotel tan lujoso. Había incluso una piscina gigantesca, o al menos a mí me lo pareció, cuya forma recordaba el símbolo del infinito.

Guardo silencio, él hace una breve pausa. Un leve temblor a la altura de la barbilla, los ojos clavados en el parabrisas, apenas velados por la conmoción.

—Un niño me empujó o, al menos, eso fue lo que me contaron después. Yo no me acuerdo. Según me dijeron, corríamos entre las tumbonas. El caso es que me hizo resbalar y choqué contra la estructura metálica del trampolín. Mi madre siempre me decía que no debía correr por el borde de la piscina. Eso sí que no puedo olvidarlo.

El BMW avanza a velocidad moderada por las calles desiertas de la fría noche milanesa, mientras Samuele, por fin, se desabrocha la bata de rígido

profesional y me muestra una parte de sí mismo. Una historia que, quizá, me habría gustado oír la primera vez que nos vimos. Lo dejo hablar en señal de respeto por un recuerdo que lo toca en lo más profundo.

—Podía haber muerto en esa tira de cemento, pero con frecuencia la vida obedece a unos designios incomprensibles. En esos días se estaba celebrando en Miami un importante congreso sobre neurociencias. Entre los ponentes estaba el brillante Raymond Laera. Él y sus colegas se alojaban en el mismo hotel donde mis padres habían decidido pasar sus vacaciones. Raymond llamó a la ambulancia esa mañana, subió a ella con los paramédicos y no abandonó un solo instante al niño de ocho años que había perdido el conocimiento. Decidió a qué hospital debíamos ir. Se puso la bata y me operó de urgencia.

Veo la escena como si la tuviera ante los ojos. No sé qué decir, cualquier comentario resultaría superfluo. Sé que Samuele no ha terminado su

relato, así que le doy tiempo para que recupere el aliento.

—La ciencia me llamó, Veronica. Al salvarme la vida Raymond Laera escribió la primera página de mi futura carrera. Despertó en mí la curiosidad, la pasión, el deseo de contribuir a un bien común, a un saber superior. Gracias a él soy neurocirujano. Cuando te enseñé la carpeta en la clínica no lo hice desde el principio. La primera página data de 1986. Los apuntes no son míos. Son los de Raymond. Yo fui el primer paciente que le contó una experiencia cercana a la muerte en una sala de reanimación.

Tarde o temprano dejará de llover. Las luces rojas y amarillas que iluminan la noche de Milán se confunden en el cristal mojado y las cosas han perdido su contorno. Parece el retrato de mi futuro. La versión optimista. Desde que Samuele dejó de hablar nos hemos sumido en un silencio

interminable. He imaginado su trayectoria, su vida, en apenas unos instantes. La verdad que estaba buscando. El motivo que fundamenta todo. Sobran las palabras.

—Disculpa —me limito a decir—, lo siento por el otro día.

Ahora me toca a mí. Cuando estamos a mitad de la circunvalación interna, más allá de la estación central, le cuento lo que he soñado. Le hablo de la frase. Me responde que, en su momento, me dijo que lograríamos dar un sentido a esas palabras suspendidas. Tenía razón, maldita sea.

Media hora más tarde salgo de otra ducha, esta vez de una cabina tres veces más grande que la mía y con un chorro de agua que se puede regular a voluntad. El albornoz que Samuele me ha dejado apoyado en una ancha repisa de cerámica no solo es suave. Es blando como el abrazo de un oso de peluche. Me ato el cinturón, me calzo un par de cómodas pantuflas, dignas de un hotel de cinco

estrellas, y cojo el secador que hay en una repisa, al lado de la bañera. Él me espera en la sala, acaba de servir manzanilla en las dos tazas que están en la mesa de cristal, delante del sofá de piel. Las luces son tenues y moldean las caras de los protagonistas de los carteles cinematográficos que cuelgan de las paredes.

—¿Cómo estás? —pregunta, al mismo tiempo que me invita a sentarme con un ademán.

—Aún estoy viva.

—Por suerte. —Sonríe, pero veo que sigue turbado por lo sucedido. Con todo, se muestra muy solícito y afectuoso conmigo. No estoy segura de merecer sus atenciones—. ¿Azúcar?

—Un par de cucharaditas, gracias. No creo que fuera cuestión de suerte.

Me siento, cruzo las piernas bajo el albornoz y echo la cabeza hacia atrás. Mirando al techo vuelvo a pensar en lo que me ocurrió. La llave de mi salvación estaba escondida en el Día Sin Sentido. Qué burla para la vieja Veronica, la que

pensaba que había entendido todo.

—Estaba en el umbral —dice Samuele de improviso, llamando mi atención.

—¿Qué?

—Tu madre. Cuando dijo esa frase incompleta. Estaba justo en el confín, en el límite extremo de la vida terrenal. El mensaje quedó a medias porque no logró traducir en palabras lo que su conciencia sabía ya.

—El límite extremo —repito con la mirada perdida en el vacío.

—Ahora estás preparada para aceptarlo.

—¿A qué te refieres?

—Tu historia es una prueba incontestable, Veronica. Existe una diferencia temporal entre nuestro mundo y, por tanto, nuestra interpretación del fluir del tiempo, y el plano superior de conciencia al que ciertas personas, como tú y como muchos de mis pacientes, tienen el privilegio de acceder.

—Mi madre vio lo que iba a suceder —lo

interrumpo— e intentó advertirme a tiempo.  
¿Cómo es posible?

—En una experiencia cercana a la muerte que, quizá, duró unos cuantos segundos, según los parámetros terrenales, Delia descubrió un detalle de lo que nosotros interpretamos como futuro. Atisbó algo más allá del recinto. Al volver en sí, antes de expirar, intentó darte una información preciosa. Salvarte. Pero estaba agonizando, no tenía tiempo. Si tú no hubieras desarrollado la capacidad de ver más allá del confin nunca habrías comprendido el mensaje. A saber cuántos dejamos sin descodificar a lo largo de nuestra vida.

—Vio la otra mitad del arco iris —susurro.  
Samuele me interroga con la mirada.

—Eso es de Raymond.

—Exacto, me lo dijo antes de marcharse, cuando estábamos en el taxi. —Mi mente vuelve a aquel día, a la expresión severa, pero honesta, de Laera. A la metáfora que jamás olvidaré—. Si me hubieran contado esta historia hace unos meses la

habría echado por tierra con un comentario sarcástico. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y ahora me ha sucedido justo a mí. — Cabeceo, aún incrédula.

—Eres una chica fuerte —dice con aire sincero—. E inteligente. Sabrás afrontar esta situación.

—No lo sé. —Estoy temblando. Pero no de frío, dado que en casa de Samuele la calefacción debe de estar a veinticuatro grados. Me muerdo un labio y torturo un mechón de pelo. La manzanilla no basta para aplacar mis nervios.

Apuramos nuestras tazas, él no dice nada más sobre teorías de la conciencia y diferencias temporales. Quizá comprenda que aún no he podido borrar de mi mente la imagen de los escombros, que no es el momento apropiado. Nos levantamos y me acompaña a la habitación de invitados.

—Mañana no estaré, tengo que operar y saldré pronto, pero te dejaré el desayuno preparado en la

sala y, por favor, me gustaría que te sintieras como en tu casa. —Samuele pone un par de almohadas en la cama, después saca un chándal de una cómoda—. Te quedará ancho, pero es lo más parecido a un pijama que puedo darte.

—No te preocupes. —Esbozo una sonrisa. El dormitorio. La manzanilla. El desayuno. Atenciones a las que no estoy acostumbrada. Atenciones a una joven que en estos momentos podría estar bajo un montón de escombros polvorientos.

»Samuele. —Lo detengo mientras se dispone a salir, cerrar la puerta y dejarme sola.

—¿Sí?

—Gracias. —Por fin le regalo una sonrisa sincera, leve, pero auténtica. Se la merece, mucho más de lo que yo merezco este tratamiento.

Él asiente con la cabeza, a su manera, y apoya los dedos en el picaporte.

Antes de que salga me acerco a él, necesito decirle una última cosa y pienso hacerlo

susurrando, como si estuviéramos rodeados de gente y yo, que soy tímida, quisiese que solo me oyera él.

—Hoy no era un día cualquiera.

Samuele no comprende, exhala un suspiro, escruta mi cara buscando una explicación y, por fin, me abraza. Doy un paso adelante y apoyo delicadamente la cabeza en su pecho, mientras él me estrecha contra su cuerpo con las manos. Permanecemos así un rato. Lo suficiente para que los dos podamos reflexionar. Comprender en qué punto nos encontramos.

Alzo la cabeza y lo miro de abajo arriba. Él se inclina ligeramente hacia mí. Lo hace poco a poco, igual que yo. Nuestros ojos se cierran para permitir que suceda algo que no necesitamos ver sino solo sentir. El encuentro entre nuestros labios es, en realidad, un amago. Se rozan, no se tocan. Dura un instante. Lo suficiente para recordarme que hace pocas horas era el aniversario de la muerte de Delia. Y que acabo de correr el riesgo

de morir, como a él le ocurrió hace veintiocho años. Pero aún estoy aquí. Mis labios se alejan de los suyos. Él entreabre lentamente los párpados.

—Perdona —susurra retrocediendo un poco.

Nos miramos durante varios, interminables minutos. No sé qué espero encontrar dentro de sus ojos, tan claros como el reflejo del más límpido de los mares. Si a menudo parecen ausentes, indiferentes, ahora, sin embargo, los siento muy próximos, y me miran con franqueza. Puede que una parte de mí haya buscado desde el principio esa mirada para poder escudriñar en ella. Puede que lo que estoy a punto de hacer tenga su origen en mi inconsciente y que solo tomaré conciencia de ello en un segundo momento, como en los experimentos de los que me ha hablado.

Pero ahora lo deseo con todas mis fuerzas. Me acerco de nuevo y escribo el guion de la escena. Apoyando una mano en su nuca, lo atraigo hacia mí. Esta vez nuestros labios no se rozan. Chocan. Se apoderan recíprocamente. Casi siento la

necesidad de que sus dientes se hundan en mi carne, me hagan daño, me despierten. Para sentirme de nuevo viva. Porque lo estoy, maldita sea.

Samuele me ciñe la cintura, luego sus manos suben por mi espalda y, mientras estrecha mi cuerpo, siento en sus brazos la fuerza con que trata de derribar el muro de la maldita habitación donde llevo encerrada demasiado tiempo. Sácame de ahí de una vez por todas. Nadie lo ha conseguido todavía. No puedo hacerlo sola.

Lo beso con una pasión que jamás he demostrado a nadie y que es, a la vez, desahogo y deseo, placer y necesidad. No sé cuánto dura, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que viví una situación similar. Lo que está claro es que era otra Verónica, otra vida. Mañana será un nuevo día. Me pierdo en pensamientos remotos, en una fantasía finalmente libre de alzar el vuelo, como si el sabor de los labios de Samuele pudiera romper unas cadenas oxidadas por el tiempo. Vuelven los

recuerdos más puros, las cálidas veladas de mis veranos infantiles, las carreras en bicicleta por caminos de tierra, las noches mirando al cielo a la espera de ver un cometa. Y Delia siempre está a mi lado. En cada una de estas diapositivas. Estoy allí, al otro lado de un umbral. Este beso es como un salv conductor. Este beso es como un puente entre la Verónica que fui y la que ya no quiero ser.

Cuando nuestros labios se separan, aunque no nuestros cuerpos, en nuestras caras hay una expresión de estupor. Puede que los dos lo deseáramos, puede que ninguno de los dos se lo esperara. Puede que ya estuviera escrito en alguna parte y solo debiéramos vivirlo. Doy dos pasos hacia atrás sin dejar de mirarlo a los ojos. Ya no son glaciales, inasibles, sino cristalinos. Puros.

—Buenas noches, Verónica. —Los músculos de su cara se relajan, su boca vuelve a sonreír. Siento una punta de embarazo en su voz, mientras sale del apuro bromeando, evitando hacer cualquier comentario sobre lo que acaba de

suceder—. Me alegro de que sigas entera.

No sé si será una buena noche, no sé si podré conciliar el sueño. Apenas me pongo el chándal y me tumbo en la cama por mi mente pasa por primera vez —extraño, pero cierto— un pensamiento que, además, no guarda relación alguna con el beso. Diría que incluso lo hace desaparecer.

Estaba tan concentrada en Delia, en el mensaje, en el hecho de que me hubiera salvado de milagro, que ni siquiera delante de la policía pensé en el detalle más aterrador del asunto: mis vecinos. Están bajo los escombros, al igual que la caja que contenía los recuerdos de mi madre. No, esta vez no logro decirme «mejor para ellos».

¿Quién soy esta noche?

Siento que la sangre se me hiela en las venas. ¿Podré dormir sabiendo que he escapado de la muerte mientras todas esas personas perdían la

vida en la explosión? Al recordar el Día Sin Sentido siempre odiaba a los afortunados que habían salido del banco por su propio pie. Habían robado el puesto en esta Tierra a mi madre y no me parecía justo.

Ahora soy yo esa persona. Soy yo la que, contra todo pronóstico, ha hecho la apuesta ganadora por primera vez en mi vida. No tenía la menor idea de cómo se siente uno cuando lo consigue.

Se parece mucho a un fuerte sentimiento de culpa.

## 8

Cuando me despierto, a eso de las once de la mañana, mi cerebro tarda unos minutos en alinearse con la realidad. Por un instante creo que aún debo arreglarme para ir a trabajar a Beverly. Todo ha desaparecido, incluso mi sofá cama, en permanente desorden, el moho de la pared que hay detrás del radiador, la caja con los recuerdos de mi madre, las persianas torcidas y la nevera vacía. El estudio en que viví los últimos doce meses ha quedado reducido a un montoncito de polvo. Pero,

si he de ser franca, todo esto tiene un lado positivo: no volveré a ver la cara de sanguijuela de Farini.

La habitación en que abro los ojos está a oscuras, pero un botón luminoso de color verde me indica dónde está el interruptor. Enciendo la luz y compruebo que estoy en el dormitorio de invitados del piso de Mora. Decoración minimalista, las ménsulas ocupadas exclusivamente por un par de caballos de cristal, un armario que llega casi hasta el techo con las puertas de cristal, la cama de matrimonio y las mesitas a juego con la cómoda que hay bajo la ventana, lacada de blanco, cuya superficie refleja ahora mis pies descalzos. Todo resplandeciente, como si una asistente hubiera trabajado a pleno ritmo toda la noche.

Según me dijo Samuele anoche, antes de acostarse, debería encontrar el desayuno preparado. Apenas recuerdo este detalle me pasa otro por la mente, que, según parece, en el primer impacto con el nuevo día estaba sepultado en

algún rincón de mi memoria. Nos besamos.

¿Lo hice de verdad? ¿Yo, Veronica Argenti? Por lo visto es así, y no sabría decir en qué medida fue para desahogarme de los momentos trágicos que había vivido o para agradecer a Samuele sus atenciones. Aunque quizá fue un beso sin más y debería empezar a aceptar que lo deseé, comprender que si trato de encuadrarlo o justificarlo me arriesgo a borrar las emociones que me produjo. Unas emociones que no experimentaba desde hacía demasiado tiempo.

Descalza y vestida con el chándal de Samuele, salgo de la habitación y recorro el breve tramo de pasillo que me lleva a la sala. La mesa está puesta como si estuviéramos en un hotel de lujo, con algunas cestitas llenas de varios tipos de mermeladas, mantequilla y Nutella, además de dos jarras con zumos de naranja sanguina y de piña. Todo para mí.

La nota que hay al lado del plato me produce un extraño efecto: «¡Buenos días, espero que

tengas hambre! Volveré a la hora de comer, Sam.» Todo es tan distinto de la vida a la que estoy acostumbrada que temo no saber comportarme como, tal vez, espera que haga. En mi fuero interno —sé que es un pensamiento de la Veronica que vivía encerrada— siento incluso la necesidad de escapar. Pero ¿adónde puedo ir? Ya no tengo una casa. He dejado mi puesto en la agencia. En estos momentos mi vida es un desguace lleno de chatarra. Los pocos recuerdos de mi madre ahora solo existen en la memoria. Todo esto hace que me sienta mal. Es una paradoja inexplicable, pero en un contexto similar no consigo atribuir el justo valor a las atenciones de Samuele. Al igual que un pedigüeño frunciría la nariz y no sabría comprender el valor de un cheque de un millón de euros si alguien se lo pusiese en las manos mientras mendiga en la calle, no puedo.

Al infierno con todo, Veronica. Desayuna e intenta relajarte por una vez.

Detrás de las jarras veo un termo. Desenrosco

el tapón: es café caliente, la única droga de la que no puedo privarme. Mientras unto una tostada con mantequilla me pregunto cómo es posible que haya sucedido lo que sucedió. Pero el hecho está ahí, entre mis recuerdos más recientes, que ahora emergen en rápida sucesión. Aún oigo retumbar el estruendo entre las paredes de mi cráneo y veo las caras de aturdimiento de las personas que me rodean, mientras el camión de los bomberos llega con la sirena encendida y la tormenta azota el esqueleto en ruinas del edificio. Recuerdo la cara angulosa del policía que me interrogó por primera vez, el semblante de desconcierto de la chica que estaba asomada a la ventana en el edificio de enfrente.

Fuera. Fuera de aquí. Ahora no.

Respiro hondo. Miro alrededor, envuelta en el silencio. Por las cortinas de encaje se filtra la luz fría de un nuevo día milanés, pero los cristales dobles impiden que el ruido de fondo de la metrópoli llegue hasta aquí.

Desvío de nuevo la mirada hacia la mesa. La poca hambre que siento no guarda proporción con lo que ofrece la casa. Me contentaría con mucho menos. De hecho, poco tiempo después dejo la tostada en un platito y me pongo de pie. Vago por la sala descalza, pensando que, quizá, necesito un baño caliente. ¿Desde cuándo no hago uno? Puede que más tarde. Entretanto, disfruto de la decoración moderna de la sala, me gusta la mesita baja de cristal, rectangular, que está frente a un sofá de piel de color burdeos. Unos detalles que ayer, cuando estaba sentada aquí, vestida con el albornoz y aturdida aún por el derrumbe del edificio, no pude notar. Ahora, en cambio, veo ante mí la imponente librería de Samuele, que ocupa por completo una de las paredes. Es un mueble con puertas correderas, que ocultan varios estantes. Apoyo un dedo en el lomo de un volumen de la *Enciclopedia médica*, lo deslizo por los sucesivos. No hay una mota de polvo, estaba segura. Ante mis ojos habrá unos trescientos

tomos, en su mayoría textos científicos que Samuele debe de haber estudiado a lo largo de su carrera. No falta un estante dedicado a los diccionarios, una serie de volúmenes gigantescos de latín, griego, inglés, alemán, español, francés e incluso japonés. No me imagino a Samuele hablando japonés, la verdad.

Me vuelvo hacia la pared contraria. Está dividida en dos por una repisa larga de color blanco, brillante, del mismo material que la librería y ocupada en buena parte por fotografías. Me acerco a ella y al hacerlo mis pies sienten un agradable calor, uno de los tubos de la calefacción debe de pasar justo por ahí.

En la fotografía que hay en el extremo izquierdo veo a un niño. Tendrá unos dos o tres años y el pelo ralo, rubio, casi albino. Las cejas, apenas dibujadas, son más oscuras. Los ojos cristalinos, del color del mar. Su sonrisa es contagiosa, no mira a la cámara sino a un punto que queda algo más arriba. Por la calidad de la

imagen diría que la foto es de los años ochenta, supongo que se trata de Samuele de niño, pese a que su expresión es un poco distinta, sobre todo los reflejos claros de los iris.

Al lado de ella hay una imagen de un chico y una chica cogidos de la mano. Dos novios jóvenes. Detrás de ellos se extiende un campo, más allá de un cerco. El viento mueve la melena de ella, varios mechones alcanzan la cara de él, que se ríe con los ojos cerrados, divertido. Con los dedos de la mano derecha sujeta el ala de un sombrero oscuro. Un recuerdo de sus padres, quizás, aunque también podrían ser sus abuelos.

Algo más a la derecha hay otra foto, sin duda, más reciente. Es un retrato de Samuele. El hombre que aparece en la imagen es joven y no tiene el pelo bien cortado y peinado como el doctor que conozco, aunque tampoco melena. Debe de tener unos veinte años, viste un polo de color blanco y empuña una raqueta de tenis. Detrás de él se entrevé apenas el manto de hierba de un campo. A

lo lejos destacan, en cambio, las letras gigantes del letrero de lo que podría ser un club deportivo. Supongo que americano, dado que me contó que había vivido en Estados Unidos hasta los veintiséis años.

Luego hay otra imagen que me produce una extraña sensación. Samuele es de nuevo el protagonista y el periodo debe de ser el mismo, dado que el corte de pelo y la cara tersa corresponden a un veinteañero. No obstante, en esta ocasión lo acompaña una chica. Están sentados en la arena, ella está detrás de él y le rodea la cintura con los brazos. Su cara asoma por uno de sus hombros. La foto emana ternura. Me transmite un sentimiento profundo. Pese a que no es asunto mío, a que no formo parte de su vida, en cierta medida me irrita. ¿Quién es esa chica? ¿Por qué tiene su fotografía en la repisa de la sala? Sé que Samuele es hijo único o, cuando menos, no me ha hablado de ninguna hermana. ¿Es su novia estadounidense? ¿Se quedó allí quizá debido a la

carrera y ahora la ve de vez en cuando? ¿Por eso no quería comprometerse y por eso, quizás, ahora se arrepiente de lo que ocurrió ayer? ¿Soy yo la que se ha entrometido en su vida, la que le arrancó un beso prohibido?

Tal vez debería dejar de curiosear en su pasado y de fantasear, pero mi existencia ha descarrilado y anoche, cuando me sentí perdida al ver el edificio donde vivía en ruinas, la primera persona en quien pensé fue en él. Es normal que lo considerara una boya, mientras el mar se embravecía y las olas azotaban con fuerza. Como también es normal que me parezca extraño que esta foto esté bien a la vista en el salón de su apartamento.

Mejor dicho, no, no es normal. No forma parte de la Fase Tres. No es la Verónica encerrada en su habitación. Está sucediendo algo y tarde o temprano deberé enfrentarme a lo que ocurrió anoche.

Para demostrarlo, después de haber mirado

varias imágenes de la ceremonia de graduación de Mora, de él en compañía de una mujer que podría ser su madre y de un nutrido grupo de amigos junto a un campo de béisbol, me vuelvo con la intención de encaminarme hacia la habitación de invitados, pero en lugar de eso me dirijo a su dormitorio. No sé qué nombre dar a la curiosidad que siento. Será debido al beso. Será debido a que, por fin, me abrió su corazón en el coche y me contó el accidente en la piscina que marcó su vida, a que compartió conmigo el momento crítico, la línea divisoria entre la vida y la muerte, la misma noche en que yo había estado al borde del precipicio, a un paso del final.

No debería hacerlo, soy perfectamente consciente. Esto no forma parte de su invitación a que me sienta como en mi casa. No obstante, apoyo la mano en el picaporte de la habitación de Samuele, me detengo apenas un instante y, al final, me decido y la abro.

La cama está deshecha, cosa que no deja de

producirme cierto alivio. La impecable perfección de esta casa es fruto del trabajo de una asistenta y no de una manía por el orden que me habría recordado, en versión más joven, a un viejo amigo de mi madre, que era tan preciso y obsesivo que se hacía la cama todas las mañanas antes incluso de beberse un café.

La decoración es parecida a la de la habitación de invitados, de gusto minimalista y con muebles blancos, exceptuando un armario, cuyas puertas son de color gris ceniza. Pero lo que llama mi atención no es el gusto de Samuele. En la pared de enfrente de la cama hay un escritorio y encima de él un ordenador portátil abierto, con toda probabilidad en *stand by*.

Doy unos pasos hacia él, consciente de que no debería hacerlo y de que me arrepentiré. No estoy en mi casa, no es asunto mío y, como decía simplemente mi madre, «no se hace bajo ningún concepto».

No sé a qué instinto estoy obedeciendo.

Tampoco quiero justificarme conmigo misma, si bien una parte de mí sostiene que todo esto es perfectamente lógico, porque si quiero fiarme por completo de él, ahora que estamos tan unidos, debo apuntar la linterna hacia los rincones oscuros. Así pues, me siento delante del portátil y pulso la barra espaciadora. La pantalla se ilumina. Tengo delante el escritorio del ordenador de Samuele Mora. Siento palpitar el corazón en las sienes. Es la primera y última vez que me permito una falta como esta. Por descontado.

Mis ojos serpentean entre los iconos de los diferentes softwares. Tengo la impresión de estar delante de un ordenador cualquiera del cibercafé. En el fondo del escritorio aparece la imagen de una mariquita con el caparazón rojo y negro, que parece estar flotando en una gota de rocío. No me parece que haya nada extraño, el escritorio está bastante vacío, y un residuo de racionalidad me sugiere que salga de una vez por todas de esta habitación.

Sin embargo, luego veo el icono de una ventana, abajo, en la barra gris del extremo derecho, que me indica que son las once y media. El recuadro se denomina KETALAR. En ese momento noto la funda vacía de un cedé en el escritorio, detrás de la pantalla, y comprendo que el disco está dentro del ordenador y que podría tratarse del material que Samuele debía retirar de la caja de seguridad, del contenido del paquete al que hacía referencia el telegrama.

¿Y ahora qué hago?

No debería estar aquí. No debería hacerlo. No debería siquiera pensar en ello.

Abro el primer navegador que encuentro, tecleo «ketalar» en un campo de búsqueda y descubro que se trata de un anestésico. Debo de haber leído ya ese nombre en alguna parte. Ahora lo recuerdo, aparecía en el ensayo de Laera, en el capítulo relativo al uso de las drogas que provocan estados alterados de la conciencia. Señalo el icono con el ratón y pulso. La ventana

que lleva el nombre del fármaco se abre. En el interior solo hay un archivo con la extensión típica de un vídeo. No tiene nombre, pero sí una fecha. Es la fecha de la muerte del profesor, la del día en que pasé nueve horas en un autobús para volver de Fráncfort a Milán. A estas alturas nada podrá evitar que abra el documento. Así que lo hago.

Pero al hacerlo aparece otro recuadro, que me pide una contraseña. A saber cuál es.

«Maldita sea», miro alrededor y luego cierro los ojos.

«Vivir la experiencia del cuerpo más intensa posible, usando drogas psicotrópicas fuertes. Sabía que no le quedaba mucho de vida y buscaba respuestas. Podrían estar en ese paquete.»

Las palabras de Samuele bullen en mi mente y me distraen, mientras intento concentrarme. ¿Cuántas tentativas tendré a disposición? ¿Tres? ¿Infinitas? ¿De cuánto tiempo dispongo antes de que vuelva él?

Apunto el ratón hacia el campo vacío donde

una barrita parpadea a la espera de que desbloquee la combinación y abra la caja fuerte. Pero no sé qué escribir. Tecleo una N, luego una D y una E. Cabeceo, resoplo. Nada convencida, pulso «envío».

Bajo la figura aparecen unas palabras rojas: contraseña incorrecta. Era de esperar.

Hundo la cabeza entre las manos, acodada al borde de la mesa. Tengo que entrar en la cabeza de un hombre que apenas conozco. De él recuerdo el gran carisma que demostró tener en la librería. Luego las maneras bruscas y el semblante severo, cuando lo seguí hasta Fráncfort. Por último, sé que la última vez que habló con Samuele por teléfono le rogó que se ocupara de mí. Un gesto loable, que nunca podré devolverle.

Tecleo «Baroni». Es el nombre de la clínica que construyó Laera y que luego puso en manos de Samuele. Podría ser la clave común que une sus vidas. Es inútil. Acceso denegado.

«De acuerdo», me digo a mí misma, consciente

de que me queda un último intento. Si las posibilidades son tres, como sucede con los pins de los móviles, este archivo se bloqueará y no podré acceder a él. En caso de que sean infinitas da igual. Me levantaré de la mesa y mandaré todo al infierno.

Pienso en lo poco que sé de la vida privada de Raymond. El mensaje de su mujer no estaba firmado, como era de esperar. Solo leí el contenido durante la EFC que tuve en la librería, no sé cómo se llama ella. Pero Laera tenía una hija. Samuele me habló de ella. Si mal no recuerdo, su novio es romano. ¿Cómo demonios se llamaba? ¿Simona? ¿Serena? ¿Sabrina?

De nada sirve pasar aquí toda la mañana. Si no funciona renuncio. Es el último golpe de martingala, no habrá ninguno más. Tecleo «Serena».

Pulso enviar.

El recuadro desaparece y en su lugar veo una imagen fija y oscura. La tecla play es un botón azul

oscuro, redondo, sobre el que se posa en unos instantes la flecha del ratón, movido por mi mano trémula. Lo he conseguido. De vez en cuando incluso yo gano una maldita apuesta.

El vídeo se abre con una imagen negra que dura varios segundos, durante los cuales compruebo su duración total, que aparece abajo, a la derecha: 3'19". Por fin, una imagen. Es Raymond Laera, en primer plano. No es la persona que dejé la noche anterior frente al hotel, en caso de que sea cierto que filmó este vídeo a la mañana siguiente. Está consumido, tiene las mejillas hundidas y dos enormes bolsas bajo los ojos, inyectados en sangre, al punto que, al verlo, se me pone la piel de gallina. Las arrugas de la frente forman unas hileras de surcos irregulares que convergen y descienden hasta la nariz cuando el profesor frunce el ceño. Unas gotas de sudor las atraviesan, se insinúan, se hunden y vuelven a emerger. En los primeros segundos del vídeo Laera, aún mudo, parece escrutar alrededor del

objetivo de la cámara. Viste una camiseta de tirantes blanca. No acabo de entender qué hay detrás de él, pero parece el borde de una cama deshecha y un armario de madera. Supongo que se está filmando solo y que en la habitación no hay nadie más.

Pulso la barra espaciadora sin pensármelo dos veces. Un momento, Veronica. ¿Estás segura de que quieres verlo? Imagina que se trata de una de esas bromas virales que aparecen en la red, ¿de verdad quieres seguir adelante? Esto no es un juego, son las imágenes de un hombre al que le quedan pocas horas de vida. No sé si quiero verlo, pero aun así pulso de nuevo la barra. Raymond me mira a los ojos, pienso que, en realidad se dirige a Samuele, dado que pretendía enviarle este vídeo —no sé cómo— y que investigó con él toda la vida. Pero ahora estamos solos, él, con los capilares de los ojos encendidos, y yo.

Tose. Tose con violencia.

Escupe al suelo a un lado del encuadre.

Me escruta.

—Están entre nosotros —empieza a decir con un hilo de voz, pese a la fuerte ronquera. Otro acceso de tos, el dolor le hace guiñar los ojos. Se da un golpe en el pecho—. ¡Los veo!

Me pregunto a qué se referirá; mientras tanto coge un pañuelo de algún lugar fuera de campo y se lo lleva a la boca. Ahora escupe sangre.

Luego empieza a mascullar, pero no está hablando sino cantando.

*Got a whale of a tale to  
tell ya, lads  
A whale of a tale or two  
'Bout the flappin' fish  
and the girls I've loved  
On nights like this with  
the moon above.*

La canción me resulta familiar, pese a que no entiendo las palabras que ha pronunciado con la

boca pastosa y la mirada perdida en algún lugar de la habitación. Se levanta de golpe, se tambalea, alza un brazo agitando la mano abierta y gira alrededor de un punto imaginario mientras prosigue cerrando los ojos:

*A whale of a tale and it's  
all true*

*I swear by my tattoo.*

En la última palabra intenta mantener una nota larga, alta, de cierre, pero empieza a toser y se desploma. Sí, la reconozco. La recuerdo en la versión italiana. Vi con mi madre la película decenas de veces hace muchos años. Es una canción de *Moby Dick*. La cantaba Kirk Douglas en el barco, en medio de los marineros.

Pasan unos segundos. Por un instante pienso que el vídeo termina aquí, pero aún queda un minuto y cuarenta segundos. De hecho, Raymond se pone de pie a duras penas, apoyándose en el

borde de la cama con una mano. Alza el busto y a continuación se arrodilla. Con la cabeza gacha, mira fijamente un punto en el suelo a la vez que farfulla algo incomprensible. Después levanta la cabeza. Mira hacia delante, más allá del objetivo. Sus mirada es ahora atenta, firme.

«Frena», dice. Luego, de nuevo en su idioma materno: «Slow down.» Guiña los ojos como si estuviera enfocando algo a lo lejos. A saber qué sale de su mente en un estado de alteración similar, causado por las sustancias que se ha inyectado. A saber qué demonios esperaba ver.

«Mickey Mouse y *Minnie*. Mickey Mouse y *Minnie*», dice volviéndose de repente hacia la derecha, como si los personajes de Disney estuvieran a su lado. Es un delirio absoluto, sin el menor significado.

Luego mira hacia delante, tose con fuerza y brama: «What the hell! ¡Frena, maldita sea, frena!»

Por último, un grito. El más desgarrador, el más hosco que se pueda oír. El grito de un hombre

próximo a la muerte. Raymond apoya la cabeza en el borde de la cama. Parece desconsolado. Cabecea, se tapa la cara con las manos, solloza. Como si estuviera desesperado a raíz de un fracaso o de una tragedia. Faltan veinte segundos para el final del vídeo.

Si esta es la experiencia con estupefacientes que el profesor, consciente de ser un enfermo terminal, quiso hacer para averiguar algo sobre el más allá me temo que su propósito fracasó. Además, en caso de que hubiera tenido la remota idea de probar una droga sintética, su testimonio me ha quitado las ganas para siempre. No alcanzo a comprender por qué envió este vídeo a Samuele.

De repente, Laera se aleja del borde de la cama y se acerca de nuevo a la cámara. Vuelve a aparecer en primer plano, como al principio del vídeo.

«Por encima de cualquier otra forma de luz», dice con un hilo de voz. «Fluyen sin cesar ríos de conciencia. Ecos de eternidad.»

Fundido. Pantalla negra. Fin.

¿Qué he visto en realidad?

Sé que esta pregunta no tiene respuesta y que debería hablar con Samuele, confesarle lo que he hecho, pedirle de nuevo ayuda. Me dijo que vendría a comer a casa, puedo esperar a que vuelva. O empezar a actuar por mi cuenta. Por lo demás, mi madre me lo pidió anoche. Me mostró el camino, no puedo ignorarlo.

Sé que Christian es de Milán. Lo vi en la calle, era él, lo reconocería entre miles de sus coetáneos. Sé su apellido y si el accidente aún no ha tenido lugar lo único que debo hacer es encontrarlo e impedir que se produzca. Me sorprende que yo pueda creer que una posibilidad semejante puede ser real, pero lo que sucedió anoche, con la inexplicable intervención de Delia, ha cambiado las cartas que están sobre la mesa. He comprendido que, quizá, pueda dar un sentido a

todo esto. O, cuando menos, me gusta engañarme pensando que es así.

Apoyo en mis piernas el portátil de Samuele. Abro el primer navegador que encuentro. Busco en las páginas blancas de la red, pero si Christian aún vive con su familia será difícil encontrar su nombre. En cambio, encuentro incluso demasiados Sala. Lo mismo sucede en Facebook y en Twitter. Demasiadas correspondencias, un sinfín de fotos estúpidas de avatares que no guardan relación alguna con su cara. Además, no tengo ningún perfil abierto en las redes sociales, de forma que, si lo encontrara podría tardar varios días en ponerme en contacto con él.

—Maldita sea —digo y miro alrededor—. ¿Cómo puedo...?

Intento recordar algún detalle que lo identifique y, con los ojos cerrados, imagino que aún estoy en la avenida Buenos Aires delante de él, comprobando su estupor.

«¿Dónde nos hemos visto? ¿En una prueba?

Conozco a muchas chicas en las pruebas.»

—¡Claro! —exclamo. Nadie puede oírme hablando sola, así que no daré la impresión de estar loca—. La prueba. El papel.

Como por encanto recuerdo lo que me contó cuando lo vi durante la EFC en plena noche. Christian es un aspirante a actor y el día del accidente venía de la fiesta de una nueva serie televisiva. Un instante más tarde estoy ya en un motor de búsqueda averiguando cuáles son las principales escuelas de teatro de Milán. Después cojo el móvil de mi dormitorio y vuelvo a sentarme delante del portátil, dispuesta a llamar a todas, una a una. En el teléfono tengo un mensaje sin leer. Es de Nancy. Se ha enterado de que mi casa ha saltado por los aires y me suplica que le mande noticias. Responderé más tarde.

Entretanto, empiezo a llamar a las secretarías de las distintas escuelas. Finjo que soy amiga de Christian y quiero saber los precios de los cursos de teatro. En el curso de la conversación intento

repetir su nombre varias veces para comprender si estudia en el centro y qué cursos frecuenta.

Debería ser fácil.

No lo es. La secretaria de la primera escuela no sabe de quién estoy hablando. En la segunda no responden al teléfono. En la tercera casi no pueden decirme nada a menos que vaya en persona. Maldita sea. Los seis intentos restantes resultan también infructuosos y cuando estoy a punto de perder la esperanza un ruido repentino procedente de la sala me sobresalta.

«Coño.» Me detengo al comprender que Samuele está girando la llave en la cerradura de la puerta blindada.

Con mano trémula muevo el ratón hacia arriba, a la izquierda, y cierro la primera ventana del motor de búsqueda, luego la del software para reproducir vídeos. Por último me levanto de golpe, con el corazón latiendo a mil por hora, y salgo. La habitación más próxima es aquella en la que he dormido. Entro en ella sin lograr pensar en

una excusa plausible para el caso de que Samuele note que he metido la nariz en sus asuntos. Puede que no valga la pena mentir.

—¿Veronica? —me llama desde lejos, repite mi nombre un par de veces. Oigo sus pasos en el pasillo. Es inútil seguir aquí.

—Hola —digo saliendo del dormitorio de invitados.

Él se aproxima a mí y me da un beso en la mejilla. En este momento debo de ser un bloque de hielo.

—¿Te pasa algo? —pregunta quitándose la bolsa que lleva en bandolera.

—No, nada. Estaba...

¿Qué clase de comedia debo escenificar? ¿Es esto lo que quiero de verdad? Además, si puedo hacer algo por ese chico Samuele es el único que me puede echar una mano.

—De acuerdo, escucha. —Exhalo un suspiro, hago acopio de valor y me quito un peso de encima —. He visto el vídeo. Lo sé, no tendría que

haberme entrometido. Piensa lo que quieras. Te ruego que me perdones, no debería haberlo hecho.

Samuele no dice una palabra, frunce el ceño y me escruta unos segundos. A decir verdad, en sus ojos se lee una mezcla de sorpresa y malicia, también cierta satisfacción, algo que no alcanzo a interpretar bien. Sea lo que sea, no está enfadado conmigo. Casi parece que, en el fondo, esperaba que viera el vídeo, que lo dejó allí adrede, porque ahora estoy metida en esto hasta al cuello.

—¿Qué te ha parecido? ¿Quieres que hablemos?

—Era un delirio sin sentido.

—Veronica, Raymond se inyectó dos ampollas de cien miligramos de Ketalar. Ketamina, por vía intramuscular. En dosis similares ya no es un anestésico sino una sustancia capaz de generar estados disociativos y alucinatorios y de causar una fuerte dependencia. Solo un condenado a muerte podría haber querido emprender este tipo de viaje, plenamente consciente de los riesgos que

eso suponía. Me explicó lo que había planeado y la verdad es que no traté de impedirselo. He visto el vídeo un montón de veces y no logro descifrar lo que experimentó.

—Parece que habla de un accidente. —Intento establecer una relación con mi historia, suponiendo que tenga sentido hacerlo—. Pero ¿qué tiene que ver él con Christian?

—Nada, precisamente. Daría cualquier cosa por saber lo que tenía ante los ojos mientras miraba al vacío.

—En cualquier caso, debemos encontrarlo —digo con firmeza—. Me refiero a ese chico. Tenemos que impedir que se estrelle con el coche.

—Por supuesto. —Samuele apoya una mano en mi hombro, y su melancolía me envuelve. Está pensando en Raymond, en el final del hombre que guio cada paso de su carrera—. Esperaba que lo dijeras. ¿Por qué te has decidido a hacerlo?

—Porque tienes razón, en estos momentos podría estar bajo un montón de escombros. Si

Delia pudo salvarme quizá yo pueda hacer lo mismo con Christian. Informaciones de un tiempo distorsionado, ¿eh?

—El mundo las recibe sin cesar, pero a menudo no sabe interpretarlas.

—Aún hay algo que no te he contado —añado, recordando con incredulidad la especie de *déjà vu* que despertó mi inconsciente cuando me crucé con Christian en la entrada del hotel—. Él estaba allí cuando murió mi madre.

—¿Qué?

—Me acordé casi por casualidad. Era un recuerdo insignificante, algo a lo que no había atribuido ninguna importancia. Un simple intercambio de miradas, pero quizás él ni siquiera notó mi presencia. Christian salió del banco y se salvó de la masacre. En el preciso momento en que mi madre y yo entrábamos en él.

—Pero eso es extraordinario. —Es lo único que alcanza a decir, estupefacto. Es la primera vez que se sorprende, en lugar de asentir con la cabeza

como suele hacer, como si supiera de antemano la evolución de cualquier acaecimiento sobre la faz de la Tierra—. Por eso sus rasgos te resultaban familiares. Y cuando te encontraste con su conciencia por primera vez, delante del incendio de la gasolinera, una parte de ti supo reconocerlo. Una parte inconsciente.

—Debe de ser así. En cambio, puede que él nunca me haya visto y que por ello no fuera capaz de atribuirme una cara.

—Solo podía percibirte, sentir tu presencia.

—Y pensar que yo era la tal Claudia. Vamos, tenemos cosas que hacer.

—Veronica —dice Samuele con expresión seria—, sabes que te ayudaré. Solo tengo un problema.

—¿Cuál?

—No puedo hacerlo hoy. Solo tengo tiempo para comer, luego...

—No, no. —Lo detengo—. Quiero encontrarlo cuanto antes. No sabemos cuándo puede suceder.

—Esta noche debo asistir a un congreso importante fuera de la ciudad —me explica mientras volvemos a la sala—, no puedo faltar. Soy uno de los conferenciantes principales, se trata de una reunión sobre nanotecnologías que puede marcar una gran diferencia entre nosotros y otro laboratorio de investigación en la concesión de unos fondos más bien considerables.

—Maldita sea, Samuele. Está en juego la vida de ese chico.

—Lo sé —mira alrededor, aprieta la mandíbula. No sabe qué hacer. Él me metió en este asunto y ahora me deja sola, o nos obliga a aplazarlo todo, con el riesgo de que mañana sea demasiado tarde—, pero a primera hora de la tarde debo pasar por un concesionario para recoger el coche que me han puesto a disposición, porque el mío tiene una avería en el sistema electrónico. Luego debo marcharme. De esa reunión dependen mis próximos cinco años de trabajo y también el de mi equipo de

investigadores. No puedo decepcionarlos. No quiero dejarte sola en esta situación, créeme. Lo único que te pido es que esperes hasta mañana por la mañana.

## 9

Veinte minutos más tarde estamos comiendo un filete en la sala. Samuele tiene poco tiempo, parece distraído. Mientras mastica lee de pasada unos apuntes, no sé si ha comprendido mi inquietud y que estoy decidida a pasar a la acción cuanto antes. Desde que nos sentamos en el sofá no he vuelto a decir una palabra. Si lo hiciera es muy posible que no me escuchara, dado lo concentrado que está en el material que está examinando.

—No te lo tomes a mal—dice en cierto

momento desviando la mirada de la carpeta que tiene en una mano—. Es muy importante.

—También lo es una vida humana.

—Veronica, quiero encontrar a ese chico. Debemos encontrarlo, pero no hay ninguna necesidad de actuar de forma impulsiva.

—Yo lo haré hoy. Contigo o sin ti.

Samuele deja los apuntes e inspira hondo. Luego se vuelve hacia mí con aire firme.

—¿Por qué no puedes esperar hasta mañana?

—Porque, quizás, él no pueda esperar hasta mañana —respondo secamente.

—Hasta ayer no querías saber nada de él.

—Hasta ayer no quería saber nada de él, es cierto, pero hoy siento que podría ser tarde. ¿Está claro? Quizá se estrelló anoche, ¿tú qué sabes? Sin embargo, tú tienes el congreso, la investigación, los fondos, y todo eso es prioritario.

—Es mi trabajo, maldita sea. De la reunión de esta noche depende una financiación de tres millones de euros.

—Eres igual que Laera —observo en voz alta. No debería haberlo dicho, pero es lo que pienso. Sé las consecuencias que tuvo la obsesión de su predecesor por una vocación que, con frecuencia, primaba sobre cualquier otra cosa.

—¿Qué quieres decir? —Me mira con severidad, con aire acusatorio.

—Que al final te quedarás solo —contesto con los ojos clavados en el plato. Ni siquiera tengo hambre. Me duele lo que acabo de decir. Me ha abierto una vorágine en el estómago.

—Está bien —se limpia la boca con un pañuelo—, si encontraste el cedé supongo que echaste también un vistazo a la habitación.

Me callo, espero a que prosiga.

—¿Quieres saber quién es la joven que aparece en la foto que hay en la repisa? Me refiero a la de la playa.

—Eso es asunto tuyo —respondo, pero estoy deseando enterarme, y él es consciente.

—Emily —dice, aunque en realidad parece que

esté hablando consigo mismo y que ese nombre le evoque recuerdos lejanos.

Por un momento, al ver que baja la mirada y que esta se detiene en la servilleta que tiene entre los dedos, comprendo que esa persona podría haber sido víctima de algo grave, y que el asunto no me concierne.

—Emily es la vida que habría podido vivir, el camino que decidí abandonar.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin apenas volverme. He metido el dedo en la llaga, se ha sentido obligado a darme una explicación.

—Cuando te conté que vine a Italia para estar con mi padre te mentí. En realidad era una verdad a medias. No fue la razón principal, vaya.

—Era tu novia estadounidense —deduzco en voz alta.

—Debíamos casarnos al cabo de un mes. Quería tener hijos. Todo estaba programado, encasillado. No niego que la quería, no era ese el problema. Pero mi carrera iba viento en popa y le

dedicaba casi todo mi tiempo. Sabía que las dos opciones eran incompatibles, traté de conciliarlas durante mucho tiempo, pero no fue una buena idea.

—Así que pusiste pies en polvorosa.

—Raymond me aconsejó que lo hiciera. Conocía mis objetivos. Tenía en mente el proyecto de la clínica en Italia. Sus palabras fueron decisivas.

Ahora soy yo la que asiente con la cabeza como hace él. La que encaja, elabora, saca conclusiones en silencio. Se trata de un detalle de la vida de Samuele que habría preferido no descubrir, porque va justamente en la dirección equivocada. La investigación ante todo, antes incluso que la familia.

—Conservo la foto porque me recuerda quién era yo y quién no he llegado a ser debido a mis decisiones profesionales. También porque quería mucho a Emily. No la he vuelto a ver desde que me marché y no creo que vuelva a hacerlo en toda mi vida. La primera vez que cenamos juntos me

hiciste una pregunta personal, ¿te acuerdas?

—Sí —respondo de forma instintiva. A decir verdad, tengo que hacer un esfuerzo, pero logro recordar el momento. Quería saber algo sobre su pasado, quizás el motivo por el que le interesaban las experiencias cercanas a la muerte. Eludió el tema.

—Te dije que hay muchas maneras de perder a una persona. En estos años no sé cuántas veces he dicho esta frase. No pretendo comparar tu historia personal con la mía, en absoluto. Yo me la busqué. Emily está viva, pese a que para mí es como si ya no lo estuviera. El caso es que jamás vacilé. Siempre puse mi profesión por encima de todo y la perdí. Igual que le ocurrió a Raymond con su familia.

—Por supuesto —respondo no sin cierta desilusión. Recuerdo el mensaje de la mujer de Laera, la traición, la hija, que solo se reconcilió con él cuando supo que estaba enfermo.

—Pero hay una gran diferencia entre mi mentor

y yo. —Samuele alarga una mano hacia la mesa y la apoya en la mía—. Al principio de mi carrera no podía verla, pero, a medida que pasan los años se va haciendo evidente.

Espero a que concluya la frase mientras escruto sus ojos sinceros, que, por fin, me permiten entrar en su ánimo.

—Quiero morir al lado de la mujer de mi vida, no solo en una habitación de hotel como la del vídeo que has visto, igual que Raymond Laera.

No oso replicar. Exhalo un suspiro y me sirvo un poco de agua. Él sabe que necesito pensar en sus palabras. Reflexionar sobre lo que tengo delante. Me llevo el vaso a los labios y bebo. Una parte de mí desea que haya dicho la verdad.

—Tienes razón, Veronica —admite, a la vez que los dedos de su mano se entrelazan con los míos mientras lo observo en silencio—. Ahora lo más importante es encontrar a Christian.

—¿Y el congreso?

—Pueden arreglárselas sin mí. No permitiré que una cita de trabajo me impida salvar a ese chico, en caso de que el accidente se produzca esta noche. ¿Cómo podemos averiguarlo?

Inspiro hondo tratando de recomponer las piezas. Mientras lo hago comprendo lo importante que es la ayuda de Samuele, su presencia. El hecho de que, por una vez, pueda poner en un segundo plano un evento crucial para su carrera.

—No lo sé.

—¿Qué sabemos de lo que va a suceder?

—Poco. La niebla, una carretera nacional de las afueras de Milán, el choque con un coche que conduce en sentido contrario.

—Siendo así, podría ocurrir en cualquier sitio, en cualquier momento.

—¡No! —exclamo de improviso—. ¡Caramba, no! Acabo de recordar un detalle. La gala. La velada de presentación de la serie.

—¿Qué serie? —Samuele saca el móvil de un

bolsillo de sus pantalones.

—Una en la que habían contratado a Christian como actor. Si mal no recuerdo, me contó que mientras volvía de la fiesta el otro coche chocó contra él. Si averiguamos cuándo se celebrará esa fiesta sabremos la fecha de su muerte.

Mientras hablo Samuele tiene ya el teléfono pegado a la oreja. No se ha inmutado. En ocasiones su actitud seráfica me deja boquiabierta. Pero es sumamente lúcido y eficaz, por lo visto ha llamado a alguien que puede ayudarnos.

—Carola, perdona que te moleste —dice—. Necesito que me hagas un favor.

Silencio. Se vuelve hacia mí y entorna por un momento los ojos como si pretendiera tranquilizarme.

—Bien, necesito saber cuándo se va a celebrar la gala de presentación de una nueva serie televisiva —explica, luego escucha concentrado—. No, en Roma no, en Milán. ¿Puedes averiguarlo? Es urgente. Muchas gracias.

Cuelga.

—Si la conozco bien, Carola me llamará en un par de minutos.

—Gracias —digo esbozando una sonrisa sincera.

—No estoy haciendo nada especial.

—Para mí sí.

Al cabo de unos minutos su teléfono vibra, Samuele saca un par de gafas del bolsillo de la camisa y lee el mensaje en voz alta: «*Destinos suspendidos*, la nueva serie médica milanesa. Gala de presentación oficial el día veintidós a las 21.30, en el Byblos.»

—Dentro de tres días —observo.

Una confirmación más de que lo que estoy viviendo es real y que Christian se dirige al encuentro de un destino ya trazado que yo he podido conocer de antemano. Cierro los ojos. Ahora es cierto. Puedo y debo detenerlo.

—Ya. —Samuele deja el móvil encima de la mesa—. Tenemos tiempo de encontrarlo, de evitar

que suceda.

En ese momento me doy cuenta de que tiene razón, podemos conseguirlo. Además, en caso de que no logremos entrar en contacto con él antes de esa noche, siempre podemos presentarnos en la fiesta y advertirlo. Mis ojos se posan en la carpeta que Samuele ha dejado en el otro extremo de la mesa. El camino que ha abandonado esta noche para ayudarme en esta búsqueda.

—Ve al congreso, Sam. —Creo que es la primera vez que lo llamo así. No sé si es el beso, que hemos entrelazado los dedos de nuestras manos o el hecho de que me haya acabado de demostrar que es capaz de establecer una escala justa de prioridades en la vida. En cualquier caso, algo ha cambiado, y no solo entre nosotros. También en mi interior.

—¿Cómo dices? —pregunta fingiendo que no me ha entendido.

—Arréglate y vete. Yo empezaré a seguirle la pista a Christian hoy mismo. Tu investigación

salva vidas humanas, no creas que no comprendo su importancia. No puedes faltar a ese congreso.

—¿Estás segura, Veronica? —Sonríe, me coge una mano.

—Tenemos tiempo de sobra.

Samuele me tranquiliza, me dice que puedo llamarlo cuando quiera al móvil, me ruega que lo tenga al corriente y me promete que volverá a casa apenas termine la reunión. Después de despedirme de él, vuelvo a quedarme sola en una casa donde, quizá, ya no me siento una simple invitada. No tiene sentido retrasarlo más.

Salgo y voy en autobús a la zona donde he señalado la presencia de tres escuelas de teatro. Entro en una, me presento en secretaría, recito mi papel. Salgo con las manos vacías. Luego ando tres o cuatro kilómetros para visitar otra. Cerrada.

Son las cuatro y pico, según marca el reloj que hay en lo alto del poste que tengo delante, y ya no

sé qué inventarme. Durante el último trayecto he seleccionado con el móvil varios Sala en las páginas blancas de Milán. He hecho una serie de llamadas. Unos cuentos portazos más en las narices. Christian no aparece por ningún sitio.

Camino sin rumbo fijo, sumergida en el frenesí metropolitano que caracteriza los días previos a Navidad, abriéndome camino como puedo entre las personas, las bocinas, las guirnaldas y los falsos Santa Claus con folletos de colores en las manos, dándole vueltas al problema.

Podría vivir fuera de la ciudad, cosa que complicaría la búsqueda, dado que alrededor de Milán hay decenas de pueblos y debería estar al teléfono hasta mañana. Podría estudiar teatro en una de las escuelas que he encontrado cerradas o asistir a clase en la periferia. No puedo hablar con todas las secretarias u oficinas del centro y del área metropolitana. Además, dado que no soy de la policía, el rollo que voy contando no bastará para que me den información.

Estoy en un callejón sin salida, y Samuele no está conmigo. Fui yo la que quiso que fuera así, porque he comprendido a qué tipo de hombre me enfrente. Cuando me dijo que entre él y Raymond había una gran diferencia era sincero. Ahora sé quién hay de verdad bajo la bata blanca.

En este momento, mi problema es descubrir dónde está Christian Sala.

Hasta hoy él ha sido el que me ha encontrado en el plano de la conciencia, pese a que aseguró lo contrario. No sé nada de él, excepto lo que me contó.

El hecho de verlo en la calle, en el mundo real, me confirmó que no estaba sufriendo alucinaciones y me abrió un nuevo escenario en que el espacio y el tiempo de los estados alterados de conciencia no coinciden con el espacio y el tiempo terrenales. Para alegría de Samuele. Confundida por mil interrogantes, me parece estar ante la típica pared tapizada de post-it, fotografías, apuntes y mapas que se ve en las películas, cuando el investigador

de turno debe hacer encajar los elementos de que dispone y descubrir la pieza que falta. En cambio, estoy en la calle, abriéndome paso a codazos entre la gente, y en breve no podré contar siquiera con la ayuda del móvil en la investigación, porque está casi descargado.

Siento las piernas pesadas, me duelen los pies. Por si fuera poco, vuelvo a sentir el círculo en la cabeza, lo que dificulta ulteriormente la empresa. Llego al escaparate de una peluquería. La foto de una joven con un corte de niño travieso ocupa dos tercios del cristal. Es una imagen en blanco y negro. Abajo, a la derecha, el símbolo del *copyright* y la sigla de un estudio fotográfico.

Con la rapidez de un rayo deslumbrante establezco la conexión.

¡Christian es un aspirante a actor, maldita sea! Un aspirante a actor debe tener un *book*. Además, puede que esté inscrito en una agencia del mundo del espectáculo, una de esas que te buscan audiciones y pruebas a cambio de un porcentaje.

Dado que el móvil está poco menos que descargado, no puedo efectuar una búsqueda en internet. Necesito un ordenador.

Después de ver con sorpresa mi reflejo en el cristal asintiendo con la cabeza, alzo los ojos y me doy cuenta de que estoy en la calle Vitrubio. A pocos pasos de la avenida Buenos Aires. Así pues, la librería Feltrinelli no queda muy lejos de aquí. El reloj que hay sobre una farola marca las cuatro y media.

Solo hay una persona que puede ayudarme en esta situación.

A medida que me voy acercando a los escaparates de la librería me siento más y más cohibida. No sé si la encontraré, pero, en caso de que sea así, tendré que vencer la vergüenza. En todo este tiempo no he dado señales de vida. Ella, en cambio, quizá pensaba que podíamos llegar a ser amigas.

Las puertas correderas se abren a mi paso. A mi derecha veo una columna de libros que, por lo visto, forman parte de la clasificación semanal de los títulos más vendidos. El cuarto puesto corresponde a *Fuera de mí*, de Raymond Laera. Su muerte debe de haber contribuido al éxito. Por un instante me siento en deuda con él, no debería haberlo tirado a la papelera, fui una estúpida. Aunque, pensándolo bien, si no lo hubiera hecho ahora estaría bajo los escombros de mi casa.

Cuando me vuelvo hacia las cajas veo a Mila. Está haciendo cuentas con una compañera, acodada en el mostrador. Lleva el pelo recogido y viste el polo típico de los dependientes de la tienda. Asiente con la cabeza, repiquetea con los dedos en la repisa que hay al lado de la caja, luego se da media vuelta y se encamina hacia las escaleras que llevan a la planta de abajo. La misma en que tuvo lugar la presentación del ensayo de Laera.

Me armo de valor y decido seguirla. Bajo la

escalera, la veo desaparecer detrás de una pared y la vuelvo a encontrar en el otro extremo de un pasillo que desemboca en la sección infantil. Cuando estoy a pocos pasos de ella le apoyo una mano en el hombro y le digo:

—Perdona.

Ella se vuelve, arquea las cejas asombrada y a continuación esboza una amplia sonrisa.

—¡Veronica!

—Ni más ni menos...

—¿Va todo bien? Tienes una cara... ¿ha ocurrido algo?

—Eh... —digo en tono vago, esquivando su mirada viva, posándola en las estanterías—. La verdad es que sí.

—Disculpa si sigo colocando cosas mientras hablas... es Navidad, ya sabes...

Mila se inclina para coger unos libros con la cubierta roja y azul de una caja y los pone sobre un estante de madera.

—No quiero molestarte —respondo, noto que

estoy balbuceando—, pero... bueno, yo...

—Necesitas ayuda. —La suya no es una pregunta. Desvió la mirada. En un punto de esta zona, más bien apartada y dedicada a los textos infantiles, veo varias pantallas de ordenador.

—Tengo que buscar algo en la red. Es una larga historia.

—De acuerdo, pero... ¿qué estás buscando?  
¿Una publicación?

—A una persona.

Mila se asoma a la parte opuesta, la zona del bar está abarrotada de personas cargadas de bolsas.

—Ven —dice. La sigo hasta el mostrador. Teclea algo, luego me deja sentarme en el taburete y, con un ademán me invita a usar el ordenador—. Date prisa, estos días tenemos mucho lío en la tienda.

—Gracias. —Me siento y abro Google.

—¿Puedo saber a quién estás buscando?

—A una persona cuya vida está en peligro.

Mientras tecleo «Christian Sala actor *book*» en el motor de búsqueda veo que la expresión de la cara de Mila se ensombrece. Le explico que en unos días se va a celebrar la gala de presentación de una nueva serie de televisión ambientada en Milán y que debo encontrar a ese chico antes de esa fecha. Como es de suponer, no pretendo que mi explicación le baste. Entretanto se van cargando poco a poco los resultados. Por lo visto aquí abajo la conexión es prehistórica.

—Lo siento, en esta zona tampoco funciona bien el móvil. —Abre los brazos—. ¿Te refieres a la serie sobre médicos?

—Yo... no lo sé, sí. Si no me equivoco le han dado un papel de practicante o algo por el estilo. Por qué, ¿sabes algo?

—Tengo una prima que estudia teatro — contesta a la vez que una señora se acerca a nosotras con un atlas geográfico en la mano.

—¿Tienen también guías turísticas? —pregunta la mujer.

Mila se vuelve, asiente con la cabeza y señala un sector a lo lejos. Entretanto, he seleccionado ya la categoría «imágenes» y estoy esperando a que se abran las fotos, pero la lentitud del ordenador es desesperante.

—Como te iba diciendo —prosigue Mila—, mi prima me ha hablado mucho de una prueba que ha hecho estos meses. La única que le ha ido bien desde que empezó a estudiar. No obstante, no la han contratado para el reparto principal. Le ofrecieron un puesto como extra fija.

—¿Comparsa?

—Sí, pero fija. Estará siempre en escena con los demás actores. Perdona que me meta donde no me llaman, pero ¿qué significa eso de que buscas a una persona que está en peligro de muerte?

Dejo de mirar de golpe la pantalla del ordenador. Siento que mis ojos se inflaman y por un instante desaparece también el círculo de la cabeza. Es el primer resultado que he conseguido desde que emprendí esta investigación y podría ser

decisivo.

—Llámala —digo con firmeza.

—¿A quién?

—A tu prima. Podría saber algo. Puede que lo haya conocido en las pruebas, que sepa de quién hablo, incluso podría tener su número. Llámala, por favor.

Mila me mira con suspicacia. Sé que está pensando que estoy chiflada. Yo en su lugar lo pensaría también. No sé si fiarme de ella, pero ahora no tengo tiempo de responder a preguntas. Tengo que jugarme el todo por el todo.

—Ya te he dicho que aquí abajo no funciona bien el móvil —dice en tono dócil—. Caramba, Veronica, por lo visto se trata de algo serio.

—Vamos arriba.

Un par de compañeras de Mila con las que nos cruzamos mientras subimos por la escalera la miran perplejas. Salta a la vista que no soy una cliente sino, cosa mucho más probable, una amiga. Y que le estoy haciendo perder tiempo mientras

trabaja. En vísperas de Navidad.

—Oye, no puedo salir —dice rebuscando en un bolsillo de los pantalones—. Me echarían una bronca. Pero si es tan importante coge el móvil y busca a Silvia Martini en la agenda. Llámala tú.

—Un millón de gracias. —Cojo el teléfono de Mila y la miro con aire de complicidad.

El móvil suena. Una, dos, tres veces.

Apoyo la espalda en la pared adyacente al escaparate. Por la avenida Buenos Aires fluye de nuevo un río de personas a la caza de regalos.

Responde, vamos.

Cuatro, cinco tonos.

—¡Hola, Mila! —Un timbre cristalino, modulado en tonos altos, entra en mi oído.

—Hola, Silvia. No soy Mila. Soy una amiga suya.

—Ah. —Su entusiasmo decae—. ¿Te conozco?

—No, estoy usando su móvil por un asunto

importante, perdona que te moleste. Quizá puedas ayudarme, tiene que ver con la serie médica.

—Antes de nada, no sé si sabes que las pruebas terminaron hace tiempo.

Habla a una velocidad impresionante. Deben de haberla obligado a hacer unos ejercicios de trabalenguas terribles durante los cursos de actuación.

—No te llamo por las audiciones. En realidad estoy buscando a una persona. Puede que la conozcas.

—¿De quién se trata? —pregunta con cierto recelo.

—Christian Sala.

—Oye, no sé por qué me llamas para...

—Escucha. —La interrumpo con tono seco. Luego trato de suavizarlo, porque, en caso contrario, no me dará ninguna información—. Te lo ruego, es un asunto muy importante. Solo debo saber si puedes ponerte en contacto con él.

—¿Me pasas a Mila, por favor? —El tono es

ahora firme, casi hostil.

—Está trabajando, estoy fuera de la librería. Fíate de mí, la vida de ese chico corre peligro. ¿Lo conoces?

Silvia calla unos instantes, mientras yo trato de encontrar una manera alternativa de resolver el problema.

—Claro que sí.

—¿En serio? ¿Puedes ponerme en contacto con él?

—Espero que estés de broma. Es un actor del reparto principal, lo conozco en el sentido de que sé que lo contrataron, leí su nombre en un *mail* cuando me llamaron para la fiesta. Menuda suerte ha tenido.

—Fantástico. —Me muerdo un labio. Esta llamada no va a servir para nada—. ¿Conoces al menos a su agente?

—Lo siento, pero no.

Alzo los ojos al cielo, desconsolada, sacudo la cabeza y me quedo mirando una fila de renos de

plástico que hay encima de una tela blanca, en el suelo. Un joven de color me invita con una amplia sonrisa a que compre algo.

—Así que supongo que irás a la fiesta —digo, a sabiendas de que no tardaré en despedirme de ella y colgar. Si no encuentro a Christian en estos días la fiesta será la última ocasión de impedirle que se estrelle con el coche.

—Sí, y ahora, si no te importa, tengo que marcharme o llegaré tarde a la peluquería. Ya sabes cómo son estas cosas, esta noche irán todos...

Un momento. Confío en haber oído mal.

—¿Esta noche?

—Saluda a Mila de mi parte —responde con brusquedad.

—¡Espera! —la detengo—. No cuelgues, por favor. ¿La presentación de la serie no se celebra dentro de tres días?

Pasan unos segundos de silencio en los que temo que Silvia me haya colgado, pero no, sigue al

otro lado de la línea. Está resoplando o suspirando, crispada.

—¿Quieres colarte? —me pregunta otra vez con recelo—. Ahora lo entiendo. Por eso me has llamado.

—¿Cómo puedo convencerte de que es una cuestión de vida o muerte? ¡Maldita sea! —replico. La mano que empuña el móvil se me ha quedado ya congelada.

—De acuerdo, de acuerdo... eres amiga de Mila, me fio. En cualquier caso, la pasaron a esta noche, a las nueve y media, como antes. Y también en el Byblos. Ah, supongo que sabrás que no podrás entrar si no estás en la lista.

Cuelgo sin replicar, con la mirada extraviada en la multitud.

Esta noche.

La fiesta es esta noche. La información que nos dieron no estaba actualizada.

Si la teoría de Raymond y Samuele tiene un fundamento de verdad y yo no estoy abocada a

acabar en la consulta de un psicoanalista, el accidente de coche de Christian se producirá esta noche. Y Samuele está en el congreso, fuera de la ciudad.

La vida de ese chico está exclusivamente en mis manos.

## 10

A las cinco y veinte de la tarde devuelvo el móvil a Mila.

Dentro de poco más de cuatro horas se celebrará la fiesta de presentación de la serie televisiva en la que Christian nunca actuará, a menos que impida que se estrelle con el coche. Reflexiono un instante sobre la paradoja en que me encuentro. Hasta hoy solo la había visto en algunas películas extravagantes. Si sé que va a tener un accidente porque, como dice Samuele, mi

conciencia ha interceptado la suya en un plano superior, en el que pasado, presente y futuro no tienen el mismo significado que para los comunes mortales, ¿significa eso que una información procedente de esa dimensión puede cambiar un destino ya escrito? ¿De verdad es así? ¿Era eso a lo que se refería Raymond? En ese caso, ¿qué somos? ¿Es realmente tan inmenso el poder de nuestra conciencia? ¿Cuál es su origen? ¿Cuántas caras presenta nuestra vida?

«Fluyen sin cesar ríos de conciencia, ecos de eternidad.»

No dispongo de mucho tiempo para descubrir qué significa.

—¿Has conseguido la información que buscabas? —me pregunta Mila mientras pone varias novedades en un tótem que hay a la entrada de la librería.

—Sí. Sé dónde estará esa persona esta noche. Tengo que interceptarla como sea.

—¿Qué peligro corre? —me pregunta con la

espalda curvada hacia la pila de libros, escrutándome desde abajo.

Miro alrededor, un señor tropieza conmigo y sigue su camino sin siquiera disculparse, la tienda se está llenando. Respondo en un susurro, como si estuviera hablando conmigo misma.

—Aquí no.

Pese a que son dos simples palabras, resultan más que suficientes. Poco menos que una invitación para Mila, que me coge una mano y me lleva a los ascensores. Entramos. Estamos solas. Mientras empezamos a subir pulsa el botón de parada y nos detenemos a medio camino.

—¿Qué haces? —pregunto alarmada.

—No podíamos hablar en medio de la gente.

—¿Entonces? —insisto.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Qué pretendes? —Escruto su cara, escudriño sus intenciones con la mirada y percibo en ella una energía vibrante.

—Creo que hay algo extraño en lo que me has

pedido. ¿Tiene que ver con los temas que trataba Laera? ¿El desmayo en la librería está relacionado con todo esto?

Asiento ligeramente con la cabeza.

—Estaba segura. Hace años que leo todo lo que se publica sobre el tema. He frecuentado decenas de falsos médiums, charlatanes, personas con poderes extrasensoriales. No creas que estoy mal de la cabeza. Desde el principio tuve la impresión de que eras una persona especial y siento que necesitas mi ayuda.

—Es posible —respondo con un hilo de voz a la vez que pienso que Samuele no volverá hasta esta noche por culpa del congreso. Que no le dará tiempo a echarme una mano. Que ni siquiera puedo contar ya con *Minnie*, en caso de que debamos usar un coche—. ¿Por qué lo haces?

—He perdido ya demasiadas amigas porque me echaba atrás cuando necesitaban que estuviera a su lado. Sí, ya sé que apenas nos conocemos, pero dime una cosa, Verónica: ¿qué le va a suceder

a ese chico?

—A menos que lo impida, esta noche se estrellará con su coche.

Me mira estupefacta. Aún no sabe de qué estoy hablando, pero no tardaré en explicárselo todo. Quién sabe, puede que sepa más que yo sobre el tema y que no le suene tan absurdo.

—¿A qué hora acaba tu turno? —pregunto.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, las cinco y media, quizá...

—A las seis y media. Si quieres puedo inventarme algo y salir ahora.

—No es necesario. —Pulso un botón para volver a poner en marcha el ascensor y respiro hondo. Está a punto de comenzar una de las veladas más increíbles de mi vida—. Una cosa, Mila, por casualidad... ¿tienes coche?

A las seis y treinta y cinco minutos de una gélida tarde de mediados de diciembre Mila y yo

salimos de la librería apretando el paso y nos dirigimos al metro. Mientras esperaba a que mi amiga terminara de trabajar fui a buscar un cable de alimentación para el móvil, por lo que mi cartera cada vez está más vacía. Para pagarlo tuve que hacer veinte minutos de cola en una tienda de teléfonos, dado que la fila llegaba hasta la entrada. Pero debía hacerlo. Está descargado, la velada será larga, tarde o temprano tendré que enchufarlo en alguna parte para avisar a Samuele.

Mientras caminamos hacia la parada de Porta Venezia empiezo a contarle mi historia. Empiezo por el principio, pero procuro ser lo más concisa posible. O me cree o no me cree, no hay alternativa. Cuando abordo las teorías del profesor espero que me haga alguna pregunta, pese a que soy consciente de que no voy a poder explicarle todo lo que me han dicho. Además, no sería capaz. Así pues, me limitaré a lo indispensable.

—Si el doctor Laera y Mora tienen razón, en el curso de esas experiencias tuve conocimiento de

un hecho que aún no ha tenido lugar. Como cuando —no te rías, por favor— ves en sueños a un pariente que te da los números exactos de la próxima extracción de lotería.

Mila no se ríe, en absoluto.

—Mi madre me contó muchas veces algo parecido —contesta, en cambio, mientras bajamos las escaleras en dirección al andén.

—¿A qué te refieres?

—Por lo visto, mi abuela tenía dotes extrasensoriales. Mi tío, el hermano de mi madre, era maestro de esquí. No sé cuántas veces les oí contar que mi abuela vio en sueños un alud la noche antes de que se produjese de verdad en los Alpes, cerca de un refugio en que trabajaba su hijo. Se despertó aterrorizada.

—Sucedió de verdad —afirmo mientras el metro asoma por el túnel.

—Ese día mi tío se jugó la vida —prosigue bajando el tono—. Sucedió lo que ella había previsto. Son una especie de profecías. Las

historias de mi abuela me incitaron a estudiar estos temas. Hace años tenía la seria intención de comprender si su capacidad era innata, o genética, si yo también tenía esas dotes. En algunos ensayos he leído que les ocurre a muchísimas personas. En cambio, a mí nunca me ha sucedido nada semejante.

—Te garantizo que no te has perdido nada.

—Él te habló del accidente, ¿verdad? —Se acerca a las puertas correderas, la sigo y subimos al tren—. Me refiero a ese chico.

—Me lo dijo él. Sabía lo de la fiesta, lo de la serie televisiva. Y no estudio teatro ni sé nada de pruebas. Fue como... interceptar su conciencia.

—Es sorprendente —concluye.

El tren arranca bruscamente y ella se aferra a una barra para no caer al suelo. Permanece en silencio. El ruido del metro ahoga las voces, los sonidos. Mila está reflexionando sobre lo que le he contado y no parece sorprendida sino excitada. Quizás estaba deseando tener pruebas concretas de

todo lo que ha leído en los libros sobre la materia.

Cuando salimos de nuevo a la superficie y nos encaminamos hacia su casa le cuento también la circunstancia que me hizo cambiar de opinión sobre el asunto.

—Soñé con mi madre. Me arrastró fuera de casa, en plena noche, con una especie de excusa, con una cita que, en realidad, no era tal. O quizá lo interpreté así.

—¿La viste? —pregunta Mila. No alcanzo a decir lo mucho que supone para mí tener una persona que cree en tus palabras mientras hablas de situaciones improbables, por las que todos te tildarían de psicópata.

—No, pero cuando llegué al lugar de la cita, que estaba a pocas manzanas de mi casa, el edificio explotó debido a una fuga de gas.

Mila se detiene en un semáforo rojo. Vuelve la mirada, me escruta desconcertada.

—Cristo. Oí la noticia en el telediario. ¡Era tu casa! No me dijiste nada. Te salvó la vida.

—Ya. Por eso esta noche tengo que contarle a Christian lo que va a sucederle.

Pasadas las siete, subimos y entramos en su casa. Cruzamos un pasillo corto. En las paredes hay colgados varios retratos en blanco y negro, con unos gruesos marcos, probablemente son sus abuelos. Los padres de Mila no están en casa. Mi amiga me pide que la espere en la sala mientras se cambia. Estoy cansada, así que acepto de buena gana. Me acomodo en un sofá de piel roja, que ocupa el centro de una pequeña sala decorada con muebles antiguos de madera. Delante de mí hay un televisor enorme de tubo catódico. Extiendo las piernas doloridas, tengo los gemelos contraídos. Pero mi cansancio no es físico. Es una suerte de desazón mental. El círculo de la cabeza va y viene, pero cuando me asalta de nuevo resulta insoportable. Me oprime las sienes, condicionando mis pensamientos. Me pone nerviosa, me obstaculiza, se opone a mí. Quizá debería tomar algo.

Entretanto, Mila vuelve vestida con un suéter negro y ceñido y una falda escocesa. Se ha soltado el pelo y se ha puesto un poco de rímel en las pestañas.

—¿Voy bien?

—Estás estupenda, pero no creo que nos dejen entrar en el Byblos. A propósito, ¿puedo cargar el móvil?

—Por supuesto —dice señalando un enchufe debajo de una mesita—. Supongo que a la fiesta solo podrán entrar los que figuran en la lista. Suele ser así. Nos quedaremos en otra zona. Me han dicho que ese local es enorme.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza?

Mila reflexiona un segundo.

—¿Una aspirina?

—Lo que quieras, con tal de que funcione. Necesito una noche de tregua.

—Deberían estar en el cuarto de baño. A propósito, supongo que necesitas cambiarte, refrescarte un poco...

Sí, lo necesito de verdad. Estoy en la calle desde esta mañana y no debo de estar muy presentable.

—Quizá debería ponerme un vestido decente —reconozco, y ella me mira con una punta de malicia.

—Tenemos un tipo parecido, creo que podré encontrar algo en el armario que te quede bien.

Sonrío. Echaba de menos esto. Desde hace años. Después me levanto y la sigo a su dormitorio. Me dice que hace dos años, para ir tirando, trabajó como promotora en una importante feria de informática, para un cliente que exigía que sus azafatas fueran vestidas de cierta manera. Su madre le regaló para la ocasión un bonito vestido azul oscuro, bastante escotado y con la falda por encima de la rodilla. Como calzado me tiende un par de bailarinas. Al cabo de unos minutos veo en el espejo a una Veronica que nunca he sido. No la reconozco, pero esta noche haré como si nada.

A las ocho y pico estamos listas para salir,

vestidas para evitar que nos echen en la entrada. Espero que, además, la aspirina cumpla con su cometido. Iremos al Byblos en coche. Lo dejaremos cerca del Cementerio Monumental, el local está en esa zona.

Una vez dentro, no sé cómo debo comportarme.

Cómo podré explicar a un desconocido, que festeja un importante momento profesional con sus nuevos colegas, que su vida corre peligro. Sin que, entre otras cosas, me tome por loca.

Siempre y cuando consiga hablar con él.

Son las 21.20 horas.

Hemos pasado el último cuarto de hora buscando un sitio para aparcar. Mila es igual que yo, cuando conduce muestra el lado más visceral de su carácter. Al final hemos encontrado un sitio, pese a que ninguna de las dos está segura de que no haya un cartel de prohibido aparcar detrás de algún árbol. Sea como sea, ahora estamos delante de la entrada del local, y la fiesta está a punto de empezar. No sé cuándo ni cómo Christian saldrá

de aquí, así que debo encontrarlo cuanto antes. Mientras tanto, he escrito un mensaje a Samuele diciéndole que la fiesta se celebra esta noche y no dentro de tres días. No me ha contestado. Quizá lo haya recibido mientras pronunciaba su discurso.

Desde un punto de vista arquitectónico, la estructura del Byblos es espectacular. Tras cruzar una cancela se erigen frente a nosotros cuatro torres blancas que se comunican entre ellas. Recorremos una avenida que bordea un aparcamiento interno y llegamos al letrero de la entrada. Muy moderno, de gran impacto visual.

Creía que encontraríamos una larga cola delante de la puerta, pero, según oigo decir alrededor, esta es la entrada de la «gente normal», los vips acceden por otro sitio. La gente normal. Los vips. Menudas distinciones. Varios carteles pegados a las paredes nos informan de que se va a celebrar la fiesta de *Destinos suspendidos*, la nueva serie televisiva italiana ambientada en un hospital. Mila y yo nos miramos sin hacer el menor

comentario, pero es evidente que las dos pensamos que el título de la serie de Christian es, cuando menos, discutible.

Alrededor de nosotras se va formando un pequeño grupo de jóvenes vestidas con unas minifaldas que dejan entrever varios centímetros de posaderas, con unos senos impresionantes — aunque, me temo, no siempre naturales—, melenas recién planchadas y un aire de mal disimulada excitación que, a nuestros ojos, es como un libro abierto. Están aquí para colarse en la fiesta. Al igual que nosotras, entrarán por la puerta de la gente normal, pero después su objetivo será llamar la atención de algún actor, seducir a los encargados de la seguridad y a los gorilas. A decir verdad, su plan no difiere mucho del mío. Quizá podría incluso aprovecharme de ellas.

—Esta es la Milán que no me gusta —susurra Mila mirando alrededor—. Pijos, gente que vive de las apariencias, hijos de papá repeinados...

—A quién se lo dices —corroboro.

Mila gana un punto detrás de otro. Intento echar un vistazo al vestíbulo. Al cabo de unos minutos decidimos entrar y nos unimos a la cola, detrás de un par de chicos de los que solo recordaré las cejas retocadas y las chaquetas ceñidas a rayas blancas y azules. El tipo de personas con las que no saldría jamás.

Entramos.

Mi mirada es atraída de inmediato por unos vistosos juegos de colores, geometrías hipnóticas compuestas de cuadrados, hexágonos y triángulos de luz que no pasan inobservados. Si lo he entendido bien nos corresponde estar en la planta baja, en la zona del club. En la planta de arriba se encuentra el salón del restaurante que después de la cena se transforma en el lugar ideal para eventos como el de esta noche. La fiesta se celebrará allí.

Así pues, puede que los invitados a la gala se mezclen con los presentes en el resto del local. Quizá la estructura lo permita, porque, según oigo

decir a una pareja de amigos, en la primera planta hay una terraza que da al jardín donde se encuentra una pista de baile rodeada de reservados. En cualquier caso, intentaremos hacer una incursión. Es importante que Mila y yo identifiquemos enseguida al personal de seguridad y que procuremos no llamar demasiado la atención.

—¿Sabes que Senisi ha venido también? —murmura a mi espalda una joven en tono excitado.

—Lo sé, lo sé —responde su amigo, un coetáneo con una cara en la que destacan tanto el bronceado de lámpara como el hastío. Ella debe de haberlo arrastrado hasta aquí con la esperanza de arrebatar una foto a algún actor famoso. Qué tierna.

—¿Qué hacemos? —pregunto a Mila.

—¿Maurizio? —dice ella mirando a lo lejos.

—¿Quién?

—Mira ahí. No sabía que trabajara aquí.

—¿De quién hablas?

—Del tiarrón que hay detrás de la barra. ¿Lo

ves? Lo recordaba trabajando como promotor informático, imagínate. Lo conocí en la feria que te comenté, la del vestido que llevas puesto hoy. Salimos varias veces a tomar algo, hace cosa de dos años.

Mila da varios pasos hacia delante. Entretanto, admiro el estilo de los largos sofás que hay delante de las mesitas, colocados frente a unos espejos enormes. La luz dorada se refleja en los cojines creando unas reverberaciones especiales, unos efectos que se repiten en las repisas relucientes. Además, el suelo también parece haber sido estudiado para atraer la mirada y quedar grabado en la memoria. A mi izquierda hay una pista de baile de colores irisados. Del verde se pasa al rojo, al azul, cambiando cada vez la atmósfera. Gracias a la iluminación y su impacto en las superficies reflectantes parece un lugar en continua transformación.

La barra que ha mencionado mi amiga está justo enfrente del punto en que nos encontramos,

más allá de una hilera de mesitas que, en parte, están ya ocupadas. Detrás hay dos jóvenes haciendo malabarismos con unas cocteleras. Las tiran al aire, las hacen dar vueltas y luego las recuperan con el brazo que tienen a la espalda o debajo de una pierna. Un número de habilidad, su destreza captura toda mi atención. Solo cuando Mila llega a la barra y se acoda a ella comprendo cuál de los dos es el amigo al que se refería.

Sonrisa magnética, dentadura perfecta, tez morena, ojos claros y cabeza afeitada. Lleva una cadenita que asoma por el escote de pico de una camiseta ceñida, que resalta unos pectorales esculpidos y una pelvis estrecha. Cuando rodea la barra y se acerca a Mila para darle un beso puedo apreciar el resto de su cuerpo atlético.

—¡Mauri! —grita ella para hacerse oír, pese a la melodía que acaba de empezar a retumbar en los altavoces.

—¿Cómo estás, Mila? —dice él.

—Bien, bien...—Se vuelve y me invita a

acercarme a ellos—. Te presento a Veronica.

—Hola. —Noto que estoy envarada, pero aun así sonrío y le tiendo la mano. Él no. Él se acerca a mí y me da un abrazo. Se mueve con elegancia, parece un bailarín.

Cuando retrocede nos pregunta si hemos venido a la fiesta que se está celebrando en el piso de arriba. Como era de esperar, la respuesta es no, sin embargo, Mila aprovecha para insinuarle:

—Claro que si nos puedes colar...

—Volved dentro de un rato —responde, y al hacerlo noto cierto acento sudamericano—. A ver qué puedo hacer, pero esta noche será difícil.

Nos alejamos de la barra.

Mila va abriendo camino. Serpentea entre jóvenes vestidos a la moda, camareros, aspirantes a bailarinas de la televisión y cuarentones que se sienten veinteañeros, hasta que, por fin, podemos volver a respirar. Estamos en el jardín interior, el mismo al que da la terraza que comunica con el restaurante. Christian está allí, estoy segura.

Empiezo a sentir una intensa sensación de inquietud causada, en parte, por el lugar donde estamos y, en parte, por la ansiedad que me produce lo que me espera.

Encontramos una mesita libre y nos sentamos. Los sillones son de color blanco y rojo, con un estampado geométrico singular, y muy cómodos, a pesar de que tienen el respaldo bajo. Una camarera con el pelo muy corto y teñido de un llamativo color morado se acerca a nosotras al cabo de unos minutos.

—¡Hola, chicas, bienvenidas al Byblos! ¿Qué os traigo? —pregunta risueña.

Mila y yo nos miramos. He pagado veinte euros para entrar y otros veinte para el cable de alimentación del teléfono, de manera que no me queda mucho dinero.

—Cubalibre —dice, como si estuviera deseando pedir uno. Luego se vuelve hacia mí como para darme a entender que me tranquilice.

Está bien. Ya me preocuparé luego del dinero,

esta noche la prioridad es otra.

—Un... no sé, un mojito.

—Que los prepare Maurizio, ¿eh? Por favor.

—Mila guiña un ojo a la camarera, que le responde de la misma manera, nos da las gracias y se va.

—Estoy casi sin un céntimo —le digo a mi amiga, resignada.

—No te preocupes, Vero. —Se acerca a mí, ahora estamos una al lado de la otra. Es la primera vez que me llama con un diminutivo de mi nombre —. Invita Mauri. Me debe un favor.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que hace tiempo le encontré su alma gemela. Siempre y cuando sigan juntos.

Me quedo estupefacta, la miro de forma inquisitiva, con expresión de asombro.

—De verdad —añade escrutándome con aire malicioso.

—¿Quién fue la afortunada que le presentaste?

Se ríe. Mira alrededor, tarda un poco en

responder. Luego se pasa una mano por el pelo, me observa para comprobar si aún no he comprendido. De hecho, es así.

—El afortunado, querrás decir.

—Ah, vaya.

La camarera tarda un poco en servirnos, pero, a decir verdad, la ansiedad me impide incluso beber. Solo pienso en la planta de arriba. Nos hemos ambientado, ahora más o menos conozco el local. Ha llegado la hora de subir.

—Tengo que ir a buscarlo —digo—. No puedo esperar a que tu amigo nos eche una mano.

—No te dejarán entrar.

—Lo intentaré. ¿Por qué escalera me conviene subir?

—Por esa, creo. —Mila señala un punto a lo lejos. Veo una rampa que comunica el jardín con la terraza, pero un cordón delimita el acceso en los dos extremos de la escalera y un energúmeno de color vigila la zona que está encima de nosotras.

—Fantástico. No me dejarán entrar, como has

dicho. Creo que tres cuartas partes de las chicas que han entrado por la puerta principal, como nosotras, están aquí con el mismo propósito.

—Ya. —Resopla. Permanecemos en silencio unos minutos. Rodeadas por la que algunos denominan «la Milán bien». El paraíso de las firmas y los logotipos.

En cierto momento, un tipo de unos treinta años se asoma a la terraza, provocando un delirio incontrolado en el jardín de abajo, donde nos encontramos. Ante nuestros ojos se desencadena una barahúnda de móviles extendidos, gritos y escenas de fanatismo.

—¿Debería saber quién es? —pregunto a Mila.

—Yo no debería saberlo, dado que no es precisamente el tipo de cine que me gusta, pero mi madre no se pierde una sola de esas series italianas. Es Schivo, ha actuado en otras series de éxito. Carlo Schivo, un actor romano. En los últimos años ha interpretado a un policía, todos lo recuerdan en ese papel.

Me siento como un extraterrestre que acaba de aterrizar en la Tierra. Al ver mi expresión de asombro Mila se echa a reír de buena gana, luego cabecea, al mismo tiempo que varias jóvenes llegan incluso a ponerse de rodillas para rogar al actor que baje. Pero él se deja querer. Si he de ser franca, no me parece tan guapo. Tiene el pelo rizado, la cara cuadrada, y lleva una camisa blanca abierta en el cuello, por la que asoma el vello negro del pecho.

De improviso, Schivo decide darse un baño de multitudes. Da una palmada en el hombro al gigante negro que vigila el cordón. Este lo desengancha para que pueda bajar. Un grupito de poseídas se precipita a los pies de la escalera.

—Tengo que aprovechar el alboroto —digo levantándome de golpe.

—¿Quieres hacerte pasar por una de ellas?

—¿Por qué no?

—No creo que dejen subir a nadie con él, pero puedes probar. En el fondo, es un actor. Quizá

pruebe con alguna, y le ofrezca el oro y el moro...

Miro a Mila a los ojos, resuelta como jamás lo he estado en mi vida. Nunca he hecho nada por el estilo y estoy convencida de que será la primera y la última vez.

La multitud que se apelotona a los pies de la escalera es una confusa maraña de personas y gritos. Salta a la vista que el tal Schivo se cree Al Pacino, y antes de bajar se pone unas gafas de sol. Después baja un peldaño tras otro, guiñando los ojos a derecha e izquierda, dejándose querer. Me pongo detrás del nutrido grupo de admiradoras y de vez en cuando miro a Mila, que se ha quedado sentada a la mesita bebiendo el cubalibre.

El actor empieza a posar con algunas chicas

que hay delante de mí. Ellas se dan codazos, se empujan, se abren paso a empellones. Las mil luces del local muestran en una secuencia de diapositivas su vergonzoso fanatismo. Espero. Alrededor deambula también algún que otro tipo aburrido, por lo visto esperando a que termine la barahúnda para recuperar a su novia, como cuando, en las rebajas, los hombres aguardan hastiados junto a los escaparates de las tiendas.

De repente, se abre un hueco justo delante de mí, o me lanzo ahora o no lo haré nunca. En un abrir y cerrar de ojos estoy en medio de la multitud. Recibo un par de codazos en las costillas, pero resisto la tentación de devolverlas. Me insinúo, mirando fijamente a Schivo. Más allá del actor está la escalera que lleva a la terraza. Más allá de esta, en algún lugar, está Christian. Tengo que llegar allí.

Cuando estoy casi al lado de Schivo veo que un par de chicas se alejan quejándose de que el vip no las ha dejado subir, pese a los vestidos

provocadores que lucen. Bien. Y ahora ¿qué me invento? ¿Le digo a Schivo que si no me deja subir a hablar con uno de sus compañeros este puede morir esta noche en un accidente de coche? Si lo hago lo único que conseguiré será que uno de los gorilas intervenga y, quizá, que después lo haga también la policía y un psicólogo.

Tengo delante al Al Pacino de las siete colinas y no estoy preparada.

—Ho... hola —balbuceo.

—Pero qué jovencita tan maravillosa — comenta como si estuviera recitando un guion. A saber cuántas veces lo habrá dicho esta noche. Después frunce el ceño y sonrío al mismo tiempo —. ¿No tienes móvil? ¿No quieres que nos saquemos una foto juntos?

Recibo un codazo en la espalda. Siento la presión de las demás chicas, a las que les gustaría estar en mi lugar en este momento. Además, puede que él, guarecido tras las gafas de sol, esté mirando a otro sitio.

—Tengo que hablar con uno de sus compañeros.

—¿Quién es el desgraciado que me roba a los admiradores? —bromea él. Acto seguido esboza una sonrisa forzada, propia de un anuncio televisivo—. Me temo que eso es imposible, querida.

—Es importante —insisto.

—¿Ves a ese animal ahí arriba? —Se vuelve hacia el vigilante que está plantado al lado del cordón, en lo alto de la escalera—. No creo que esté de acuerdo. Si te deja subir a ti, luego las demás...

—Créame, no he venido para colarme en la fiesta, se lo aseguro. —Sonrío de forma lastimera—. Tengo que hablar con esa persona antes de que sea demasiado tarde.

—Claro, faltaría más. —Se quita las gafas riéndose sarcásticamente—. Apuesto a que tus amigas de ahí detrás tienen la misma prisa.

Tentativa fallida. La chica que tengo detrás no

pierde el tiempo: me aparta y se interpone entre nosotros. En breve soy aspirada por el remolino de admiradoras víctimas de una incontrolable explosión hormonal. Reculo, procurando no tropezar.

No puedo pasar, maldita sea.

Regreso al lado de Mila, que me mira decepcionada. Enseguida comprendo que no es solo por el resultado de mi incursión.

—Mientras abordabas al actor —me explica—, vino Maurizio y me dijo que no dejan entrar a nadie en la fiesta.

—Magnífico. —Miro alrededor. Christian está a una planta de distancia de mí, no sé cuánto tiempo permanecerá aún en el local, lo único que sé es que cuando salga de aquí su velada terminará con un choque frontal en las afueras de Milán. Tengo que hacer algo como sea.

—Podríamos salir y esperar delante de la puerta reservada a los vips —propone ella—. No nos moveremos de allí hasta que salga.

—¿Hay solo una puerta?

—Me temo que no.

—Es arriesgado. Si sale por una puerta diferente o usa la principal lo perderemos. A fin de cuentas, no es tan famoso, es un principiante, si baja del salón es probable que nadie lo reconozca, dado que es su primer papel como protagonista. Así pues, podría salir por donde hemos entrado nosotras.

—Ya. —Mila se muerde un labio y deja el vaso vacío en la mesita—. ¿Entonces?

—No lo sé. —Me siento, pero enseguida me vuelvo a levantar y desaparezco entre la gente sin darle una explicación.

Vuelvo a la zona del club, donde ahora las luces tienen una tonalidad más oscura y la música ya no está tan alta. Todas las mesitas están llenas, en una floración de muslos en perfecta forma, trajes elegantes, Rolex, bolsos firmados, peinados recién retocados por el peluquero y risotadas groseras. Tras dejar atrás una fila de pequeños

divanes, apoyo las dos manos en la barra del bar. Maurizio está solo preparando los cócteles.

—Ayúdame —le pido mirándolo fijamente.

—Eres la amiga de Mila.

—Ayúdame a subir. Debe de haber alguna forma de hacerlo.

—No, te equivocas —me responde con una mirada glacial y sigue limpiando la barra con una bayeta.

—Una manera no... oficial —insisto—. Un acceso no abierto al público.

—Estás realmente enamorada, chica... ¿sabes a cuántas como tú les gustaría participar esta noche en la fiesta?

—Te ruego que me hagas caso. Está en juego la vida de una persona. No sé cómo explicarte lo que está a punto de suceder, debes creerme o ese chico tendrá un grave problema.

De pronto, Maurizio se pone serio.

—¿Qué chico?

—Un actor nuevo, se llama Christian Sala.

—Sé quién es. Uno de los pocos que no ha venido acompañado. Un tío guapo... Vamos, ánimo, déjame trabajar.

—¡Escúchame, maldita sea! —Doy un puñetazo a la barra—. La vida de Christian está en peligro.

Nos escrutamos unos segundos, mientras él enjuaga una coctelera. Me mira de través. Parece perplejo, pero no enojado. Me está escudriñando para comprender si estoy diciendo la verdad.

—Si es cierto lo que dices y no se trata de una excusa para abordar a ese actor, de acuerdo. Pero subiremos juntos. Le dices lo que le tienes que decir, yo estaré al lado. Luego volveremos abajo.

Cierro los ojos y exhalo un suspiro. Es lo único que quiero. No pretendo quedarme a solas con Christian, ni intentar nada con él, por mucho que aquí dentro es poco menos que imposible que lo entiendan.

Maurizio se ausenta un minuto y vuelve con un compañero, que lo sustituye en la barra. Luego me

coge del brazo, me pide que no diga nada y cruzamos medio local como si fuéramos una pareja.

Soy blanco de las miradas de celos de varias de las jóvenes sentadas a las mesitas. No saben que a Maurizio no le gustan las mujeres y puede que se estén preguntando qué demonios habrá visto en mí.

Llegamos a la escalera interior que lleva a la planta de arriba y él me mira antes de empezar a subir:

—Eres mi novia, ¿okey? Esta excepción dura cinco minutos, luego volvemos.

—A la orden —respondo esbozando una sonrisa forzada.

Maurizio me vuelve a coger del brazo y subimos. En lo alto de la escalera hay un cordón que impide el acceso y un tipo uniformado, con una melena lisa y larga, la mandíbula pronunciada y la mole propia de un guardaespaldas.

—Loris, cinco minutos —dice Maurizio—.

Ella es...

—Veronica —concluyo la frase, segura de que el amigo de Mila no recuerda mi nombre.

—Adelante.

El vigilante nos deja pasar sin mover un solo músculo de la cara. Más allá de su mole entreveo más o menos el mismo tipo de gente que he visto abajo, solo que quizás aquí la media de edad es más alta y, todo hay que decirlo, son en su mayoría famosos, pese a que no reconozco a nadie.

—¿Sabes dónde puede estar? —pregunto a Maurizio apenas nos adentramos en la amplia sala donde unos rayos de varios colores nos persiguen desde las paredes hasta la pista de baile.

—¿Por quién me tomas, por uno de la oficina de prensa? —dice en tono de mofa mientras mira alrededor.

El nerviosismo se apodera de mi cuerpo. Movidos por un reflejo involuntario, mis párpados empiezan a temblar. Jamás me había sucedido. Sin soltar el brazo de Maurizio, empiezo a sentir que

mis músculos se tensan y que estoy destrozando con los dientes el interior de mi boca.

—Ahí está. —Maurizio señala un punto al otro lado del local.

Ahí está. Ahí.

Por un instante no puedo respirar. Tengo la impresión de no estar aquí. El ruido, la música, las voces que me rodean se confunden en un eco acolchado e indefinido. Todo lo que veo, salvo Christian Sala, se desenfoca a lo lejos. Solo quedo yo, con las rodillas trémulas, y él.

Está aquí. Está a punto de suceder lo que él mismo me contó. Todo encaja.

Hasta ahora no estaba segura de que esta historia pudiera ser cierta. No obstante, he tenido no pocas confirmaciones, empezando por el mensaje que vi durante la presentación del ensayo de Laera en la Feltrinelli. Solo ahora tengo la prueba de que no estoy completamente loca. Solo ahora, cuando Christian está a pocos metros de mí.

Maurizio y yo nos acercamos a él, parecemos

una auténtica pareja. Me he quedado sin saliva, no sé qué palabras debo emplear para mostrarle el futuro.

—¿Christian? —dice Maurizio cuando estamos frente a él. Viste un traje azul oscuro muy elegante y tiene la cara radiante del que ha logrado un objetivo importante. Asiente con la cabeza, luego se vuelve hacia mí y calla unos segundos. ¿Se acordará de la chica que lo detuvo en la calle? Si bien esta noche mi aspecto es diferente, soy la misma.

—Me parece que nos hemos visto ya —me dice perplejo, luego tiende la mano—, pero no recuerdo dónde.

—Más de una vez —contesto a la vez que se la estrecho—. He venido para decirte una cosa de suma...

—Oh, Guido. —Christian se vuelve de golpe hacia un señor de unos setenta años, que va vestido con un frac. Lleva también un bastón—. ¡Guido Superga!

Maurizio se vuelve hacia mí y me susurra:

—Debes darte prisa.

Maldita sea, lo sé, pero todo es muy complicado y el contenido de mi mensaje es muy delicado, de hecho, basta poco para que me tomen por chiflada.

El señor intercambia unas palabras con Christian. Según parece, es uno de los profesores de recitación de la escuela de teatro, que forma parte del set de la serie como instructor de los actores. Me han borrado literalmente de la escena. Ya no pinto nada; de hecho, Christian ni siquiera se vuelve. Busco los ojos de Maurizio, que me mira irritado.

Por fin, el viejo se marcha. Christian se vuelve de nuevo hacia mí, casi parece estar preguntándose por qué motivo sigo ahí.

—Tengo que hablar contigo —digo intentándolo de nuevo, alzando la voz para impedir que nadie nos vuelva a interrumpir.

—¡Ah! —Su mirada se ilumina de improviso

— Ya sé dónde te he visto. En la calle, aquí, en Milán...

Maurizio me mira enojado. Sé que este juego no va a durar mucho.

—Exacto. Pero ahora debes hacerme caso. Hay algo importante que no...

—Eh, espero que no vuelvas a empezar con esas historias extrañas sobre incendios y tragedias. ¡Estamos aquí para brindar!

En menos de un segundo, antes de que pueda responderle, comprendo por fin el motivo por el que Christian no recuerda nada del incendio de la gasolinera. Ahora que, gracias a Samuele, conozco la distorsión del espacio y el tiempo, la respuesta es evidente. Siempre he interceptado la conciencia de Christian, su alma. Mientras estaba fuera de mi cuerpo veía una realidad simultánea, la mía. Él, que mientras tanto viajaba por otras dimensiones del espíritu, no estaba vinculado a ninguna coordenada. Quizá tenía ante sus ojos toda la comedia humana. Cada acto. Cada frase. Por ese

motivo no recuerda el incendio. Yo lo veía a él, pero él veía una Milán de hace un mes, un año, un siglo, ¿quién sabe? Quizá su visión cambiaba sin cesar. En apariencia tan cercanos y, sin embargo, tan distantes en el tejido de los acontecimientos.

Con todo, ahora estamos uno frente al otro. En el mismo momento. En el mismo lugar. Está vivo, justo delante de mí, y si no me escucha todo lo que he hecho hasta la fecha habrá sido en vano.

—Te ruego que me creas. —Le agarro un brazo—. Esta noche va a ocurrir algo terrible. Debes estar atento.

—Oye —Christian se zafa de mí—. Estoy aquí para celebrar algo, por favor. No sé qué te pasa por la cabeza, pero todo va bien, puedes estar tranquila. Diviértete tú también y déjame en paz, la productora te invita encantada a beber algo. ¿De acuerdo?

Maurizio me coge del brazo. No, ahora no. Me vuelvo, veo que me mira con aire acusatorio. No puedo haber perdido mi oportunidad de esta

manera. He quedado como alguien que habla por hablar, como una desequilibrada. Esto no puede acabar así.

—Déjame que te lo explique —insisto, mientras Maurizio tira de mí y comprendo que en breve estaremos de nuevo en la escalera, lejos de aquí—. No me estoy inventando nada, tú mismo me lo contaste.

—Discúlpala, Christian. —Maurizio me interrumpe esbozando una sonrisa apurada—. No queríamos molestarte.

Entretanto, una mujer guapísima de unos cuarenta años se acerca a Christian, le sonríe, hacen tintinear sus copas. Como si yo no existiera. Maurizio me agarra aún más fuerte y empieza a arrastrarme lejos de allí.

—¡Claudia! ¡Me hablaste de Claudia! — vuelvo a gritar, pero nos separan ya una decena de metros y entre nosotros se interponen la música, los gritos de la gente, los brindis y las risas. No obstante, él se vuelve de golpe. Me ha oído.

Quizás haya jugado la carta justa, haya sacado un as de la manga en el último momento. Me escruta y da varios pasos hacia delante hasta que quedamos cara a cara.

—¿Cómo has dicho, perdona? —Trata de leer en mis ojos un motivo, una razón que explique esta escena.

—Me hablaste de una tal Claudia. No sé quién es. Créeme, te lo ruego. Tú me hablaste de ella, del accidente. De no ser así, ¿cómo podría...?

—Puede que porque me fui de la lengua con los periodistas—me interrumpe en tono firme— y esta mañana el nombre de mi novia aparecía en dos diarios, en el interior del suplemento donde aparecían las declaraciones que hicimos durante la conferencia de prensa.

—Pero yo... —Me quedo petrificada. Me he quedado sin munición, de nada sirve insistir.

—Y ahora, si no te importa, desaparece de mi vida y no te atrevas a invadir de nuevo mi intimidad.

—Vamos. —Maurizio me obliga a bajar a rastras la escalera, de forma enérgica, pero sin llamar la atención.

—¿Era eso lo que querías decirle? —me dice en tono acusatorio cuando llegamos abajo—. Estoy trabajando, amiga. ¿Seguro que te encuentras bien?

—No es una broma —repito, aunque quizás estoy hablando sola. Nadie me escucha ya. Por lo demás, ¿cómo podrían hacerlo?

—Vuelve con Mila, por favor —me dice en tono resuelto, fulminándome con la mirada—. Estoy ocupado. Se acabaron las sorpresas.

Punto final.

No volveré a verlo.

Cruzo el local con la sensación del que, invisible para todos, vaga sin poder relacionarse con nadie. No me reconozco en medio de esta gente. A ojos de los demás, todo lo que he vivido es simplemente una locura. Ahora comprendo las palabras de Samuele, cuando me contó que sus pacientes y, en general, los que regresan de una

experiencia cercana a la muerte, no suelen abrirse ni cuentan lo que han visto por miedo a que los tomen por locos.

Aquí estoy. Esa soy yo.

Vuelvo a lado de Mila, pese a que en realidad me gustaría salir del local, desaparecer, tirar la toalla. No tenía un plan, no sabía por dónde empezar, y lo que he improvisado ha resultado ser un absoluto desastre. Mi amiga lee la decepción en mi cara, así que no necesito hablar. Entiende. Calla. Me invita a sentarme.

—¿Volvemos a casa, Vero? —Nuestros ojos revelan nuestra resignación.

Observo las geometrías irregulares del local, los juegos de agua y luz, el mundo que me circunda. En mi mente toma forma el accidente de Christian, que solo puedo imaginar. Y aparece Delia. La Delia que yace sin vida en el suelo, en medio de un charco de sangre. La Delia que me sacó como pudo del edificio del señor Farini.

—Ni hablar —respondo con firmeza.

## 13

Una delante de la salida reservada a los vips.  
La otra delante de la principal.

La primera que vea a Christian correrá a llamar a la otra. Hemos quedado así, tarde o temprano saldrá. Siempre y cuando no haya alguna salida en la parte posterior. Antes de apostarnos aquí fuimos a recoger el coche del aparcamiento próximo al Cementerio Monumental y lo dejamos delante del cartel de prohibido aparcar, frente a un vado permanente que está a pocos metros de la

entrada del Byblos. Mila me ha dado las llaves. Dice que el cóctel le ha dado dolor de cabeza y que, cuando llegue el momento, en caso de que llegue, es mejor que conduzca yo.

No se lo hago repetir dos veces.

Fuera hace frío. Un frío maldito. Pero eso no es todo, además se ha formado una capa de niebla que impide ver a veinte metros de distancia. Lo sabía. Era un detalle del relato de Christian, una señal de su accidente. La enésima prueba, como si fuera ya necesario, de que está sucediendo de verdad.

Camino de un lado a otro bajo el letrero del local. Me ha tocado vigilar la entrada principal, la de la gente normal. Mila está al otro lado del edificio.

Me estoy quedando congelada. Además, necesito ir al baño, pero si dejo mi puesto aunque solo sea cinco minutos podría perderlo para siempre. Solo deseo que salga por uno de estos dos lados, o mi esperanza se reducirá a cero.

Pensándolo bien, lo he puesto en guardia, pero no creo que haya hecho mucho caso de mis advertencias. Lo contrario era difícil, de hecho.

Pasan, al menos, un par de horas, durante las cuales mi móvil se queda con apenas un cinco por ciento de batería. Sigo andando frenéticamente, resoplo y al hacerlo el aire se condensa en unas nubecitas blancas, que salen por mis labios y mueren a pocos centímetros de ellos. Pienso que dentro de nada estaremos en Navidad, la segunda que paso sin mi madre. Recuerdo que el día de Nochebuena le gustaba empezar a cocinar por la mañana. Llegábamos a la hora de cenar deseando abrir los regalos y, pasadas las diez, la espera resultaba insoportable. Rompíamos el pacto. Todos los años. No conseguíamos esperar hasta medianoche.

Nos gustaba el ambiente navideño, pese a que no éramos creyentes ni frecuentábamos ninguna iglesia. Nos gustaban los colores, las caras de los niños con las mejillas encendidas por el frío fuera

de los centros comerciales, las lucecitas alrededor de los árboles, los letreros luminosos en la calle y las palabras escritas con espray en los escaparates. De todo ello ahora solo veo el lado comercial. Solo veo plástico, billetes y fusibles. Todas las emociones han quedado sofocadas por meses de dolor. Todos los recuerdos han caído en el olvido.

—¡No! —exclamo de pronto. A lo lejos se recorta el perfil negro de un guardia, que se aproxima al coche de Mila con el cuaderno en las manos. Con todo, el problema no es la multa sino la grúa que hay detrás de él.

Inspiro hondo y me precipito hacia allí. Si se llevan el coche la misión habrá fracasado oficialmente. Franqueo la cancela del Byblos, corro como una exhalación hacia el guardia, que está dando instrucciones al conductor de la grúa.

—Deténgase, por favor —le digo con el corazón en la garganta.

—¿El coche es suyo? —pregunta.

—Sí —miento.

—¿Y lo aparca delante de un vado permanente?

—Lo siento, he tenido que venir a... recoger a un amiga. Aquí, al local. No hay un solo sitio libre en tres manzanas, hace frío y... bueno, mi amiga no se encuentra bien. Tenía que socorrerla.

—Lo siento. —Cabecea con los ojos cerrados, como si una voluntad suprema le impidiera usar el sentido común.

—Escuche, estoy aquí. Me voy enseguida. No puede llevárselo.

—Lo siento —repite con la misma inflexión, a la vez que yo me vuelvo hacia la entrada del local y, al otro lado de los barrotes de la verja, veo la figura de Christian Sala en el aparcamiento privado. Ha salido del Byblos, maldita sea, y está subiendo a su coche—, pero tengo que ponerle la multa.

—¡Coño! —exclamo.

—Le prohíbo que... —empieza a decir el

guardia, pero ya no lo estoy mirando ni escuchando. Estoy hurgando en los bolsillos, buscando las llaves que me ha dejado Mila. Entretanto, Christian abre la puerta de un Civic negro y entra en él. Solo. Un instante más tarde arranca. Comprendo que no puedo perder más tiempo y que nunca lograré reunirme con Mila.

—¿Adónde cree...?

—¡No puedo perder tiempo!

Lo aparto empujándolo ligeramente con el hombro. El guardia retrocede para no perder el equilibrio, a la vez que yo pulso un botón de las llaves para quitar el seguro. Enseguida estoy al volante. Al infierno la multa. Al infierno el móvil, que está casi fuera de servicio. Al infierno Maurizio, al infierno esta fiesta de payasos.

Impediré que suceda el accidente sola.

No consigo darle alcance, maldita sea.

Christian no conduce mal, no parece que haya bebido.

Solo va deprisa. Conduce de forma deportiva,

ágil. El Yaris avanza a duras penas, y en cada recta veo desaparecer el Civic al fondo de la calle. Me veo obligada a saltarme algunos semáforos, porque él pasa en verde y yo llego cuando ya están rojos. No puedo perderlo de vista, no sé por dónde piensa ir ni dónde se estrellará. Me habló de una niebla densa, de una carretera nacional en las afueras de Milán. Así que, mientras permanezcamos en la ciudad, todo debería ir bien.

La circunvalación se convierte en una pista de fórmula uno. El Civic de Christian va muy rápido, puede que porque su conductor está entusiasmado con el papel que le han dado. Sea como sea, parece que tiene la situación bajo control. Si es cierto lo que me contó durante mi EFC, el accidente se produjo porque el otro vehículo dio un bandazo. Él no. Él solo quería llegar a casa para descorchar una botella con sus padres, que aún estaban despiertos y esperaban orgullosos a su hijo.

En la ciudad la niebla se desvanece a menudo

abriendo un hueco a las luces de las farolas, que brillan en el asfalto. La calle está desierta, el reloj del coche marca la una y cincuenta y cuatro minutos cuando tiro el móvil agonizante en el compartimiento que hay detrás del cambio.

No me quedaré rezagada, Sala, te lo garantizo. Tarde o temprano te daré alcance y te adelantaré. Impediré que destroces una carrera en ciernes, una vida aún por vivir.

Dejamos atrás la plaza Loreto y Christian enfila la carretera que lleva a Lambrate. No lo pierdo de vista, pese a que varios coches hacen todo lo posible para interponerse entre su Civic y el Yaris de Mila. Ni siquiera puedo avisar a mi amiga. Ella, que ha dedicado la velada a mí y a mi absurdo propósito. En este momento estará próxima a la hibernación. Espero que haya vuelto a entrar en el local.

Con el rabillo del ojo entreveo el móvil. Supongo que será ella, pero no puedo responder. Luego miro mejor la pantalla. Es Samuele.

—Mierda. —Cojo el teléfono y pulso la tecla verde para contestar, luego pongo el manos libres —. ¡Sam!

—¿Va todo bien, Veronica? —pregunta. La batería está al dos por ciento—. Acabo de leer tu mensaje. ¿Cómo es posible que...?

—Ahora no puedo hablar, Samuele —lo interrumpo. El móvil se ha descargado casi por completo.

—Estoy volviendo, dime dónde estás. Llegaré pronto.

—Estoy siguiendo a Christian con el coche, no logro darle alcance, ahora estamos... —Miro la pantalla, está negra. El teléfono me ha abandonado. Fantástico.

Tras dejar atrás la estación de Lambrate, Christian emboca la calle Rombon y luego enfila un callejón a la derecha. Lo sigo hasta el barrio Ortica, lo pierdo por un momento en un paso elevado, pero sé adónde se dirige. No puede haber doblado a la derecha, porque eso lo llevaría de

nuevo al centro, desde la avenida Argonne. Debe de haber tomado la calle que lleva al Idroscalo.

Así es, de forma que, tras maldecir delante de un semáforo en rojo que no puedo ignorar porque tengo delante un camión tan ancho como el carril de acceso, veo de nuevo los faros del Civic cerca del parque de exposiciones de Novegro. Jamás he conducido a una velocidad tan sostenida, me sorprendo a mí misma. En cambio, él debe de estar acostumbrado. Por fin, cuando llegamos al Idroscalo y la imponente estructura del parque de atracciones se erige a nuestra izquierda, Christian se ve obligado a frenar cerca de una rotonda. Estoy a pocas decenas de metros de él. Tengo que ponerme a su lado, puedo hacerlo, es la única alternativa que tengo. Me hará caso, maldita sea. A partir de aquí y luego en toda la nacional, su accidente se puede producir en cualquier momento.

No hay manera de llamar su atención. Casi logro ponerme a su lado, pero luego acelera y

entra en la rotonda. Puedo oír una canción de Michael Jackson a todo volumen en el estéreo de su coche. Entreveo que Christian repiquetea con las manos en el volante siguiendo el ritmo de la melodía, pero una vez más me quedo rezagada.

Entretanto, alrededor vuelve a adensarse un océano de niebla y cuando nos alejamos del parque de atracciones las luces de las farolas se van debilitando y haciéndose menos frecuentes. Aprieto con más fuerza el volante, siento que el corazón me late con violencia en el pecho, me pulsa en los tímpanos. O le doy alcance ahora o se acabó. Pero de nuevo nos separa una gran distancia.

Hundo el pie en el acelerador. Ha llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Es el último paso de la martingala, aquel en que te juegas la casa cuando no tienes otra que poner sobre la mesa. Dentro o fuera. Victoria o tragedia.

¿Cuánto tiempo me queda?

¿Cuánto tiempo le queda?

De repente, un rayo desgarró el cielo. Todo sucede en apenas unos instantes, pero desde el coche me parece una eternidad. De la espesa capa de niebla que engullirá de un momento a otro el Civic de Christian, en la recta perdida en la nada que hay a mi izquierda, emerge un cartel publicitario enorme. Las caras de colores de *Minnie* y de Mickey Mouse ocupan casi por completo las imágenes.

«Mickey Mouse y *Minnie*. Mickey Mouse y *Minnie*.»

Las palabras sin sentido que oí decir a Raymond en el vídeo emergen de improviso en mi mente. Razona, Veronica. Pregúntate por qué.

En un abrir y cerrar de ojos, haciendo un notable esfuerzo, arranco la imagen de Laera de mi memoria y de repente me parece ver proyectado en el parabrisas el vídeo que filmó bajo los efectos de la ketamina. Nombra a los personajes de la Disney. Sé que en breve gritará a alguien que frene.

Es la pieza que faltaba. Lo único que no podía saber era el lugar exacto del accidente. Raymond, sin embargo, lo vio, maldita sea. Lo vio durante la experiencia psicodélica. Si bien aún no comprendo qué relación existe entre él y Christian, no tengo tiempo de averiguarla. El caso es que hablaba de este accidente y ahora sé que va a producirse.

Sé también lo que debo hacer.

Empujo a fondo la palanca de las luces largas y apoyo la mano en el claxon, a la vez que con la otra sujeto bien el volante. Voy a ciento diez kilómetros por hora, no puedo ver lo que me rodea. Mi vida pende también de un hilo.

No sé si notará mi presencia. En cualquier caso, es el momento justo.

De repente, el coche de Christian frena. Suelto el acelerador. A lo lejos aparecen los faros de un coche, más bien altos. Podría ser un todoterreno. Va por su carril, y la nacional en la que nos encontramos es de doble sentido.

Es él.

Es el todoterreno contra el que chocó Christian en una historia cuyo desarrollo estoy tratando de obstaculizar. Es el motivo de su coma.

Mientras el cuentakilómetros baja a ochenta y me voy acercando al coche de Christian, vuelvo a tocar el claxon con insistencia. Esta vez no intento llamar la atención del joven sino la del conductor del otro vehículo, suponiendo que pueda ver algo en medio de la niebla.

De pronto, el Civic me imita, veo que ha encendido también las luces largas.

El coche que se aproxima a nosotros invadirá de un momento a otro el carril contrario, pero no parece darse cuenta. Está cada vez más cerca. Si choca contra Christian corro el riesgo de verme afectada, dado que avanzo pegada al coche del aspirante a actor.

Me viene a la mente un fragmento del libro de Laera que me impresionó mucho cuando empecé a leerlo. Decía que en ciertos momentos especiales

en que nuestra vida corre un grave riesgo nuestro cerebro es capaz de desconectarse por un instante de la realidad y revivir en rápida secuencia recuerdos que han quedado enterrados en nuestro pasado, accediendo a una zona de la memoria que, por lo general, es una caja fuerte blindada. Lo mismo sucede durante las experiencias cercanas a la muerte, en las que los pacientes se ven a sí mismos cuando eran niños o adolescentes y evocan sucesos que habían olvidado.

En los pocos segundos que faltan para que se produzca un impacto ya inevitable recuerdo algo tan remoto que casi no parece formar parte de mi vida. Un tigre de peluche. Dormía abrazada a él, en verano, cuando Delia y yo pasábamos las vacaciones en el campo, cerca de Siena, y por la ventana nos llegaba el canto de los grillos. Ese tigre era mi mejor amigo. No tenía un padre que me contara cuentos antes de dormir, no tenía un padre que me tapara con las sábanas cuando hacía frío. Solo lo tenía a él, tan tierno e inocente como

los sueños de una niña. No recuerdo qué fue de él, pero la imagen de ese suave peluche está asociada a mi infancia y a los deliciosos momentos que pasamos en la Toscana. Quizá lo perdí antes de volver a Milán. Tommy, eso es. Se llamaba Tommy.

Vaya nombre para un tigre. Y vaya pensamiento en un momento como este.

De improvviso, el todoterreno vira bruscamente. El conductor nos ha visto o, quizá, se había quedado dormido y se ha despertado de repente, no lo sé. Ondeaa primero a la derecha, luego a la izquierda, más de una vez. El Civic me bloquea. No soy tan rápida, de forma que me veo obligada a adelantar el coche de Christian para no darle un golpe por detrás. El conductor del todoterreno y yo estamos ahora a punto de chocar. Contemplo impasible la muerte que, zigzagueando y tropezando en varias ocasiones, se está aproximando a mí. Me coge. No me coge. Me lleva consigo. Me deja aquí. Es extraño que la

vida dependa de una maldita martingala disfrazada de ruleta rusa.

Vamos a chocar frontalmente. Cierro los ojos y me desvío. No sé qué estoy haciendo. Siento un escalofrío en la espina dorsal. No. No quiero ver el final.

Los vuelvo a abrir de golpe, justo después de que el morro del Yaris de Mila choque con un lado del todoterreno. No lo he recibido de lleno, pero el impacto me desvía hacia el lado derecho del carril, mientras, en menos de un segundo, veo por el espejo retrovisor el Civic de Christian parado en medio de la carretera, detrás de mí, como un espectador inesperado del drama que debería haber protagonizado. Un cambio imprevisto de papeles. Puede que suceda con frecuencia en sus cursos de teatro.

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que el vehículo en que estoy sentada, por completo fuera de control, caiga a la cuneta. Lo único que sé es que el impacto es devastador: en un instante se

descadena una lluvia de minúsculas esquiras de cristal, a la vez que el airbag me estalla en la cara y mi sangre salpica el parabrisas.

Luego, el silencio.

Un silbido a lo lejos. Parece el silbido de un tren procedente del fondo de un valle. Pasan unos instantes que parecen eternos.

Siento que me tocan unas manos, pero no las veo. Dos voces se solapan. No alcanzo a comprender lo que dicen.

Siento que me cogen y me arrastran, mi cuerpo no es ya sino un inútil accesorio.

El asfalto está helado, pero no me molesta. Creo que estoy tumbada, me cuesta abrir los párpados, de forma que sigo así un poco más. En el fondo, ¿adónde debía ir?

¿Adónde puedo ir aún?

—Veronica, no... por favor...

Conozco esta voz. Vaya si la conozco. Retumba entre las paredes de mi cráneo apuñalando mis meninges. ¿Qué tiene que ver con este accidente? No puede ser él. No puede estar aquí.

Pruebo a abrir los ojos. Me cuesta un gran esfuerzo. Mis sienes pulsan con violencia, me siento como si alguien estuviese pisándome la cara, no puedo mover los dedos de las manos y una maldita vibración recorre mi cuerpo continuamente, de la cabeza a los pies y luego en sentido contrario. Enfoco la cara de la persona que está arrodillada e inclinada hacia mí después de una espera interminable hecha de sombras confusas y de voces ahogadas. Las voces de dos hombres.

Después, por fin, empieza a delinearse el contorno de dos ojos, que me deja estupefacta.

—¿Cómo...? —susurro con un hilo de voz—. Tú...

—No hagas ningún esfuerzo, Veronica —dice el hombre que se inclina hacia mí. Acto seguido

alza la cabeza y pide al otro que llame de inmediato a una ambulancia.

Ahora puedo verlo por la rendija que se abre entre mis párpados, mientras el resto del cuerpo parece estar anestesiado.

—Sam... Sa-mue-le... —Me gustaría sacudir la cabeza, expresar mi incredulidad, pero creo que no sería capaz de moverme ni un milímetro.

Con todo, es él. No estoy soñando, pese a que no sé cuánto durará este instante de lúcida conciencia. Enseguida veo detrás de Samuele el perfil de Christian Sala. Habla de forma excitada por teléfono. Está pidiendo ayuda.

—Es absurdo —susurra—. Sigue despierta, te lo ruego.

—Tú...—mascullo—. Raymond hablaba de ti...

Es extraño que mi último pensamiento consciente esté relacionado con el vídeo de Laera. La imagen vuelve a pasar por mi mente. Él se volvía hacia la derecha. Nombraba a *Minnie* y a Mickey Mouse. Poco después le gritaba a alguien

que frenara. Pero los carteles publicitarios estaban a mi izquierda. A mi izquierda, maldita sea.

No había ninguna relación entre Raymond y Christian. No era por eso que el profesor sabía del accidente. En su visión, Laera venía por el lado opuesto de la carretera. No estaba a bordo del coche de Christian.

Estaba a bordo del todoterreno que conducía Samuele.

El coche que habían puesto a su disposición y con el que regresaba del congreso.

Las voces empiezan a superponerse. Los objetos y las formas se confunden en un caleidoscopio de impulsos visuales y auditivos indistinguibles. No sé por qué, pero no siento ningún dolor. Al contrario, solo percibo cierta ligereza. Debajo de mí, la tierra parece una sábana suspendida en el aire. ¿Es esto lo que se siente al morir?

No. No quiero. No puedo marcharme. Yo no era la actriz principal.

Todo se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. Todo se disuelve mientras yo, ligera, me libero de cualquier forma de atracción del suelo y miro las estrellas, ocultas en algún lugar, detrás del manto de niebla.

Desciende, despiadada, la noche del alma.

El llanto de un niño.

¿Desde cuándo está llorando? Me parece una eternidad. No hay manera de hacerlo callar, es desgarrador. Como si solo existiera eso y ocupara todos mis sentidos.

Una gigantesca figura de color blanco se acerca a mí y me toca. Hasta hace un momento miraba fijamente el techo. Ahora estoy tumbada de lado, ante mis ojos la cara morada del recién nacido, al otro lado de la barrera de plástico

transparente de su cunita. Y, más allá de él, varias camitas más, más cachorros de hombre. Algunos duermen.

—Pequeña Veronica, dentro de nada es el horario de las visitas, ya lo sabes...

Con la misma rapidez con la que se manifiesta, la voz femenina desaparece.

El mundo se ennegrece en un segundo y cuando vuelvo a abrir los ojos estoy subiendo unos peldaños. Uno tras otro, apoyando las manos en el más alto antes de trepar a él. Es la conquista de la cima, el objetivo más deseado. Por fin llego a lo alto, el mundo me pertenece. Lo veo desde arriba, todo parece más pequeño y aquí se respira un aire distinto. Qué inmensa sensación de gloria. Qué triunfo.

Pero el miedo no cesa.

«Vamos, cariño, baja... yo te cojo...»

Otra voz femenina.

Esta vez la conozco. Miro abajo, la veo al fondo de una cuesta pronunciada de color plata.

Me espera con los brazos abiertos. Tengo vértigo.  
Tengo miedo, me quedo bloqueada.

La oscuridad vuelve a apoderarse de todo.

Estoy en una cama. Rodeada de colores: el amarillo de una estrella colgada del techo, el azul de una manta suave, el blanco de la infranqueable protección en la que enrosco los dedos.

—Ahora a dormir, pequeña...

De nuevo ella, puedo ver sus ojos entre los barrotes. Me incorporo. No soy feliz, algo va mal. No lloro, pero estoy enfurruñada. Ella dice algo, yo no respondo.

—Papá ha salido de viaje... aquí está tu mamá...

Cada sílaba da vueltas en mi cabeza, seguida de un eco remoto. Es como una ola que llega y retrocede, avanza y desaparece. Trato de aferrarla y se me escapa. Papá. Ya, el hombre al que aún no había aprendido a llamar papá. Un viaje.

Vuelve a ser de noche.

Respiro aire fresco, puro. Me penetra, pero no

se insinúa en ningún punto de mi cuerpo. Creo que ya no tengo un cuerpo. Aquí no. Pero es como si aún poseyera dos ojos para poder ver el mundo. Y miro abajo.

Queda tan lejos que solo es una escena a la que asisto pasivamente. Un drama teatral en un escenario del que me alejo cada vez más, a medida que voy subiendo al cielo.

Un hombre camina a paso frenético.

Otro está de rodillas, con las manos en la cabeza.

Y luego esa chica.

Yace en el asfalto, tiene los ojos cerrados y su cara es una máscara de sangre.

Hola, Veronica. Ahora todo va bien.

Ahora todo va de maravilla.

No podría ir mejor. Ya no miro el mundo que está a mis pies. Alzo los ojos al infinito, a lo que me espera. Sé que me dirijo hacia allí. Lo sé de

sobra. Ahora tengo plena conciencia de cada átomo de la naturaleza que me rodea, da la impresión de que todas las sensaciones están amplificadas, parecen más potentes y vívidas. La luz que está por encima de mí es indescriptible. Solo es posible respirarla. Entra poco a poco en mi interior, me atraviesa, se convierte en un viento de energía y me arrastra muy lejos, sin prisa. ¿Qué soy?

Tan fuerte como agradable, no deslumbra, abraza. En parte consuela, tranquiliza. En parte estimula, promete. Anuncia un futuro radiante. Por fin, la vida. La que aún desconocía. Por fin, el supremo bienestar. Más allá de toda miseria, de los sufrimientos, de los abusos y los límites. Más allá.

Estoy aquí, y el tiempo ha dejado de existir.

Estoy aquí, y «aquí» no significa nada. Dejo que todo sea, exista, suceda. Me dejo llevar, me abandono. ¿Qué era antes de todo esto?

Podría volver a mirar abajo, echar un vistazo a

lo lejos. Ver qué ocurre. Pero no quiero. Ahora mi pensamiento es tan vasto que puedo analizar cada acaecimiento con todo detalle. Jamás he experimentado un momento de conciencia como este. Antes era esclava de la memoria. Ahora tengo todo delante de mí. Cada cajón, cada sobre sellado, cada armario. Las puertas se abren. Pasado, presente y futuro son barrios de la misma ciudad.

He vuelto a ver mis primeras horas de vida. El niño que no dejaba de llorar mientras la enfermera me comunicaba el horario de visitas. He vuelto a subir a ese tobogán. Aún no estaba preparada. Era tan alto, y yo tan frágil. He vuelto a estar en mi camita, el día que supe que mi padre nunca regresaría. Fragmentos de mí.

Ahora veo todo eso y podría seguir excavando, buscando. La vida es una baraja abierta de nuevo ante mis ojos. Pero esto no es lo que quiero. Lo que quiero es dejar que todo caiga. Que cada papel flote en el aire y se pose en el suelo, al lado

de la chica que fui. La chica por la que todos lloran ahora.

Mi destino está encima de mí. O a mi lado. O en mi interior.

Es luz que reina, energía que me atrae. La deseo. Me hundo, me sumerjo en ella. Llévame contigo. Llévame lejos de aquí.

Llévame con ella.

¿Esto es amor?

¿Es su estado más puro, más auténtico? ¿Qué es?

Aún puedo oír sus voces, pese a la distancia. En caso de que exista una distancia.

Noto su desesperación. El desconcierto. La rabia. No es justo. Eso dicen.

¿Qué es justo? ¿Qué es lo justo?

Luego, una sirena. La oigo muy lejos, como si procediera de otra galaxia y solo me llegara su eco, la reverberación de las ondas sonoras que se

propaga por el universo. Aumenta de volumen, pero ya no tiene que ver conmigo. Pertenece al mundo que he abandonado. Yo soy otra cosa.

«Apresúrense», dice el hombre. Recuerdo esa voz. Ahora, sin embargo, me suena muy diferente, como si pudiera caminar en medio del espectro de sus frecuencias. Es increíble lo que se puede hacer aquí. No oigo una voz lejana. Puedo entrar en ella, soy capaz de leerla. Comprender lo que la ha originado, comprender la naturaleza real del mensaje. Es un análisis muy lúcido, muy profundo. Algo que antes no era capaz de hacer. Algo que nadie es capaz de hacer.

Dentro de esas ondas siento, además, el afecto. Un sentimiento fuerte, aún incompleto, pero es una maraña que va cobrando forma, se extiende, se convierte en trama. Es como oír los latidos del corazón de Samuele desde el interior de sus vasos sanguíneos, como ser su respiración. Está sufriendo. Está cediendo. No lo acepta. La sirena vuelve a sonar, esta vez más fuerte, siento que nos

alejamos del punto que he observado antes.

Pero no puedo seguirlos.

La luz está ya en todas partes. Soy una nube de vida que se eleva hacia el cosmos. Pero, mientras subo, tengo la clara sensación de que no me dirijo a ninguna parte. No existe arriba y abajo. No estoy partiendo para un viaje que me llevará a otro sistema solar. Es una distancia intelectual, del pensamiento. Me separo de la conciencia colectiva del mundo, la que está encerrada en la jaula de la caja craneana. Dejo para siempre ese mundo, pero no me alejo de él. La idea del ascenso debe de ser el último residuo de la Veronica que ya no soy. Una forma que me dispongo a abandonar. Un ser humano, esclavo de la materia. Pero aquí no hay espacios ni medidas. No hay un antes ni un después. Todo sucede en el mismo momento, y lo estoy analizando con una lucidez extrema, que jamás había experimentado. Todas las palabras que salieron de boca de Raymond o de Samuele tienen por fin sentido: me encuentro en el océano

infinito del ser.

Si esta es, por tanto, la muerte, significa que no comprendí nada de la vida.

Si lo que me espera es la eternidad, si esta luz es mi próximo destino, para poder entrar por completo en ella tendré que dejar que el flujo me arrastre. Olvidar las voces, la sirena, los llantos y los lamentos de un mundo que me resulta cada vez más ajeno. Casi parece que esta nueva esencia me envuelva, que me empuje por un corredor de luz. Al final hay algo. Al fondo del canal. ¿Una puerta? ¿Una sombra?

Jamás he experimentado una sensación de alegría y plenitud mayor. Deseo que nunca termine. No necesito nada más, no puede existir nada superior.

Pero la sombra está cada vez más cerca. Ahora es un perfil minúsculo al fondo de la resplandeciente galería que mi pensamiento atraviesa poco a poco, gozando de cada reflejo de luz, como si las paredes de este túnel emanasen

toda la energía de una estrella.

Tengo la impresión de estar respirando cada partícula de esta materia, siempre y cuando sea materia, pero ya no tengo pulmones ni corazón, ni venas, ni sangre. Solo soy pensamiento. No respiro, existo.

Es como volver a abrir los ojos después de haberlos tenido cerrados durante una noche tan larga como una vida. No sé cuánto tiempo ha pasado, no sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí, pero empiezo a entrever el contorno de la figura. A medida que me voy acercando a ella voy reconociendo sus rasgos.

No obstante, solo es un haz de luz. Creía que era una sombra, en cambio solo es una tonalidad más cálida, diferente. Mi pensamiento la transforma en un instante. Veo pasar mi vida, es un tren que avanza como una exhalación. A una velocidad inaudita, vuelvo a empezar desde el principio y revivo todo hasta el último momento. Del primer llanto al último grito.

Ahora tengo delante los ojos.

Los ojos que enrojecían y se hinchaban de lágrimas cuando me abrazaba, y yo solo era una criatura.

Los que reían, me incitaban, me hacían creer que no había nada imposible.

Los que, pese al cansancio, resistían incluso en plena noche, porque yo estaba despierta y la necesitaba.

Los que, con orgullo, me veían crecer, aprender las formas y los colores, los sonidos y los aromas del mundo.

Los ojos que, sucediera lo que sucediese, me llevaban siempre de vuelta a casa, donde no tenía nada que temer.

Son los iris de mil colores, que ahora veo con todo detalle. Es la mitad del arco iris que un cúmulo de nubes negras destruyó, aquella a la que ya no podía ver, la que, suponía, debía de seguir existiendo en algún lugar.

Está aquí, delante de mí.

—Mamá... —digo. Pero no tengo voz. Imagino. Comunico desde las raíces profundas de mi nueva esencia. Mis palabras son ondas, impulsos.

—Amor mío —responde. La veo como era. Veo su imagen, más auténtica que nunca. El cuerpo sustituye a la luz. Y está muy cerca, muy vivo.

Me siento empujada por una fuerza intrínseca, el soplo de un amor que nace en el interior, de todo lo que hemos sido y seremos. Es una atracción a la que no puedo oponer resistencia. Ni quiero hacerlo, porque me lleva a ella. A su abrazo.

Las almas se funden.

Vuelvo a ser una niña que escucha cantar a su madre una canción hecha de palabras rimadas. Una nana para que pueda dormir, que me devuelve la serenidad si estoy llorando, que me hace sentir que estoy donde me corresponde.

Puedo sentir sus pensamientos.

Puedo rozar las raíces de todas sus intenciones, los significados del anhelo más imperceptible de

la mente. Somos la misma cosa. La misma naturaleza. Por fin estamos juntas.

No sabes cuánto te he echado de menos, mamá. Si esta es la muerte no existe una melodía más armoniosa. Si debía llegar a esto e hice todo lo posible para conseguirlo, estoy donde debo estar.

Pero no es esto lo que debe suceder.

«¡Mirad, maldita sea, el corazón está latiendo!»

Ella vuelve a ser luz. Ha perdido el contorno que recuerdo. Ya no muestra sus ojos, sus labios delicados, capaces de sonreír levemente y de transmitir una alegría inmensa. Sin embargo, aún puedo percibir sus pensamientos.

«Aún no.» Su veto es como una puerta que se cierra a mis deseos. «Ahora no.»

«¡Está latiendo! ¡Vuelve a latir!»

No quiero marcharme, mamá. Deja que esté contigo. Si al menos pudiera alargarme una mano, aferrarte. Si pudiera abrazarte de nuevo y no dejarte nunca más.

Mientras observo la forma sinuosa de su esencia, un resplandor ya evanescente, algo se interpone entre nosotras. No quería prestarle atención, pero existe y está más cerca de lo que pienso.

Unas voces.

Unas voces reales.

«¡Por favor, Veronica, te lo suplico! ¡Resiste, estamos aquí!»

Siento el vacío.

Está detrás de mí. Es un precipicio y voy a caer de espaldas. Siento que me llama, es más potente que cualquier otra fuerza y me atrae como un imán.

No, ahora no. ¿Por qué?

«Resiste, vamos, resiste...»

El perfil luminoso se aleja. Es de nuevo una sombra, un grano más oscuro al fondo de una galería de chispas. Al final, se confunde. Ya no es

mi casa.

Nunca lo ha sido.

Miro abajo.

La chica yace en una cama, rodeada de un sinfín de tubos. Luces frías, azules, deslumbradoras. Un vaivén de personas vestidas con una bata y protegidas con una máscara. Todo muy concreto. Todo muy tangible. Cada vez estoy más cerca, ahora la puedo ver a pocos metros de distancia, como si estuviera colgada del techo del quirófano. Te veo, Veronica. Hemos regresado. Estamos de nuevo aquí.

Respira con calma. Tienes tiempo de sobra.

Ahora puedes abrir los ojos.

## Epílogo

Nieva.

Nieva desde hace ya dos días.

La nieve cae lentamente al otro lado de la ventana empañada, tan ligera como mi respiración, como la vida que, por fin, puedo vivir. Se posa con delicadeza en el suelo, un copo tras otro, mientras la noche trae consigo ráfagas de viento frío y luces lejanas en un cielo tachonado de granos blancos.

La nariz aplastada contra el cristal.

Los ojos perdidos más allá de las barreras y los confines del mundo.

En la habitación de al lado suena un disco. Una melodía de violines e instrumentos de viento. Luego una voz cálida, unas cuerdas vocales que vibran alimentando sentimientos eternos. Una canción navideña.

Me vuelvo, exhalo un suspiro. Sonrío. Sonrío de verdad.

Milán está silenciosa esta noche. El mundo entero está silencioso, en las calles cubiertas de nieve, fuera de las casas en fiesta y lejos de las mesas puestas, de las sonrisas y los abrazos. Unos colores que vuelven a cobrar vida.

Los veo.

Ahora los veo.

Han pasado tres años y unos cuantos días desde la noche en que corrí el riesgo de morir.

Recuerdo cada instante de esa experiencia

como si hubiera tenido lugar hace apenas unos minutos. Jamás he visto ni vivido nada más auténtico, jamás he estado tan lúcida.

Tengo grabada en la memoria la mirada que me dirigió Samuele cuando me vio abrir los ojos en reanimación. Su felicidad. Su llanto desesperado mientras hundía la cabeza en la sábana, al lado de mi brazo lleno de agujas.

Y la expresión sobrecogida de Christian, de pie en un segundo plano. Protagonista inconsciente de toda mi trayectoria. Nuestras vidas se cruzaron y yo ocupé su puesto. Solo así podía volver a ver a Delia. Solo así podía salir de la Tercera Fase de elaboración del duelo y volver a ser la Verónica que con su risa colmaba el corazón de mi madre.

La Verónica que veía las tonalidades de la vida.

De vez en cuando aún me sorprendo pensando en la manera absurda en que nuestras vidas se acoplaron. En la manera en que un vínculo eterno e indisoluble entre dos personas fue capaz de

desviar el curso de los acontecimientos futuros. Mi madre encontró la forma de sacarme del edificio donde vivía antes de que se derrumbara. Solo podía hacerlo entrando en contacto conmigo en un plano no terrenal, informándome de antemano. Al igual que hizo Raymond en el curso del viaje mental que hizo tras ingerir una sustancia sumamente tóxica, que, sin embargo, nada podía hacer ya a un cuerpo condenado. Echaron una ojeada al futuro, me permitieron cambiar el presente gracias a una paradoja que, quizá, los seres humanos nunca podrán comprender.

En los meses siguientes a la noche de la fiesta pensé a menudo en ello. Raymond Laera vio el choque frontal de Samuele cuando estaba en el hotel de Fráncfort, bajo los efectos de la ketamina. Vio la previsión más oscura: la vida de su alumno y amigo destrozada. Sus investigaciones interrumpidas para siempre. Pero lo quería como a un hijo y cambió todo. No podía imaginar que, por una extraña broma del destino, el otro coche

pertenecía al joven que yo estaba siguiendo. Tampoco que la visión de Mickey Mouse y *Minnie* pudiera ser un detalle de su delirio tan insignificante como fundamental, que encajase a la perfección con el resto de la historia. Ninguna de las teselas de este complejo mosaico habría sido decisiva por sí sola. Hasta la más inesperada: las obras viarias en las afueras de Milán. Por ese motivo Samuele invadió el carril contrario en la carretera nacional de doble sentido, mientras corría en mi auxilio. Una serie de malditos conos mal colocados sobre el asfalto, que lo obligaron a desviarse en una situación ya comprometida por la escasa visibilidad.

Cuando pienso hoy en la cadena de sucesos que viví hace tres años la única conclusión a la que llego es que todo ocurrió como debía ocurrir. Para remediar, en parte, algo que era sumamente injusto. El Día Sin Sentido. El inicio de todo.

Así pues, quizá la muerte no sea sino una ilusión que nos esclaviza desde siempre. La falsa

pista dibujada por nuestros sentidos. Puede que nuestra verdadera vida sea la que vivimos en el plano de la conciencia y que la conclusión de nuestro camino terrenal no sea el final de todo, al igual que el último aliento de una planta no supone el final de la naturaleza. Tengo tiempo para reflexionar sobre ello. Tengo tiempo para volver allí.

Nancy me llamó hace dos años. Hacía mucho que no tenía noticias de ella. Me dijo que tenía una tarjeta postal para mí, que había llegado a la agencia. Fui a verla. Me alegré de volver a abrazarla y de ver de nuevo a Moudi. La satisfacción que revelaban sus ojos al verme, por fin, feliz. Sus deliciosas castañas.

La postal tenía un sello de Buenos Aires y en ella aparecía la foto de una playa. Cuando la leí sentí un nudo en la garganta.

«He visto a mi mujer en sueños. Era muy

hermosa. Estaba radiante. Te deseamos una vida llena de sonrisas. Alberto.»

Así se llamaba, en realidad, el viejo Martin.

Me cayó una lágrima. No le dije nada a Nancy. ¿Cómo podía hacerlo?

Volví a casa, a mi nueva casa, me perdí entre los brazos de Samuele y se me debió de escapar algún sollozo.

No he vuelto a saber nada de Christian Sala. En cambio, puedo verlo todas las semanas en la televisión. Su carrera va viento en popa, pese a que la serie televisiva fue un fracaso colosal. Al año siguiente protagonizó una película que fue todo un éxito de taquilla. Por otra extraña broma del destino, interpretaba a un apostador impenitente. Ahora que lo pienso, podría haberle dado unos cuantos consejos. Lo vi también en la portada de una revista hace unos meses, abrazado

a Claudia, que está embarazada. Me conmoví. En los últimos tiempos me sucede cada vez más a menudo.

Desde el día del accidente estoy convencida de que Christian, sin darse cuenta, quería resarcirme de alguna forma. Darme todos los indicios posibles para que volviera a ver a Delia, la mujer que, en una mañana de diciembre de hace cuatro años, entró en un banco para que se cumpliera su condena a muerte, en el preciso momento en que él salía de él. Quién sabe. ¿Quién conoce las intrincadas vías del destino?

Cada vez que veo en la pantalla la cara fotogénica de Christian, sus facciones perfectas, pienso que esa perfección habría podido desaparecer esa noche, aplastada por la chapa de un todoterreno. Su radiante sonrisa se habría apagado para siempre.

Si yo no lo hubiera impedido.

Mila, en cambio, se ha convertido en una buena amiga.

Si bien aún trabaja en la librería, está haciendo un máster para ser intérprete. Dice que es difícil, pero que está dispuesta a poner toda la carne en el asador. Por lo demás, es su sueño. Aún no he tenido ocasión de devolverle todo lo que hizo por mí la noche de la fiesta, pero, como decía siempre mi madre, tengo tiempo.

Esta Navidad la pasará con nosotros, mañana vendrá a comer. No me costó mucho convencer a Samuele. Pese a que es un médico muy famoso, un gran profesional, aún sigue siendo un niño. Como todos los hombres. Basta poco para hacerlo feliz, para que se entusiasme. Y yo sé hacerlo. En sus ojos vuelvo a ver la felicidad que me fue negada. Vuelvo a ver la luz de Delia. Él, la nueva familia que me eligió el destino, la mitad que faltaba del arco iris.

El amor que jamás habría imaginado que podría encontrar.

Si alguien no se hubiera interpuesto.

Te echo de menos, mamá.

Te echo mucho de menos, como el primer día.

Pero hoy soy una Veronica diferente. Ya no tengo tus fotos, todos los recuerdos materiales de ti quedaron sepultados bajo los escombros del edificio del señor Farini. Ahora tengo otra cosa muy distinta, que vale mucho más.

«Nunca se van de verdad», decía Raymond.

«Están con nosotros.»

Así es.

Hace un año y medio Samuele y yo creamos la Fundación Laera. Nos ocupamos de varias actividades relacionadas con el tema de la vida más allá de la vida. Es mi trabajo a tiempo completo. Incluso he participado en unos cursos que organizamos para consolar a las personas que han sufrido la pérdida de un ser querido. Un pariente, un amigo, un compañero. Ahora soy yo la

que puede ayudarlos a regresar al tiempo de las sonrisas. Justo yo, la que no miraba a los ojos a la gente. Sé cómo se hace. Delia me lo enseñó.

Samuele está ahora en la otra habitación. Creo que está descansando, porque ha trabajado hasta esta mañana en la clínica. Incluso en Nochebuena. Puedo concederme un momento antes de entrar en la cocina y empezar a preparar la comida. Estaré a solas con mi pensamiento. Nosotros y el mundo de luz que fluye sin cesar alrededor de nuestras vidas. Antes no sabía leerlo, reconocerlo. Ahora, en cambio, forma parte de mí. Es lo que trato de comunicar a los hombres y mujeres que frecuentan los cursos. Yo, que debo de parecerles una cría. Una chica corriente que conoce el camino y tiene una historia que contar.

«Por encima de cualquier otra forma de luz. Fluyen sin cesar ríos de conciencia. Ecos de eternidad.»

Las palabras que Raymond pronunciaba en el vídeo, que por aquel entonces me resultaban casi

incomprensibles, están ahora grabadas a fuego en mi alma. Es el secreto del cuerpo astral, el subtítulo, preciso, de su último esfuerzo literario.

Me encierro en la pequeña habitación que, quizás, un día estará llena de juguetes, de ositos de peluche y de lámparas en forma de media luna. Si la vida lo quiere. Ahora es solo una habitación vacía, la única aún sin amueblar de la casa que Samuele compró a pocos kilómetros de Milán. Nuestra casa.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda en la pared. A mi alrededor una oscuridad total. Un silencio absoluto.

He aprendido a mirar alrededor. Algunos están más dotados, pero podemos hacerlo todos. En cualquier momento. Porque nunca se van de verdad. Porque su energía está hasta en la partícula de luz más minúscula. También en la oscuridad total, como la que me envuelve ahora.

No podemos verlos hasta que no nos valemos de los ojos del corazón. No podemos abrazarlos, sentir el aroma de su piel. Pero sus pensamientos están siempre a nuestro alrededor. Nunca se alejan.

Me hundo en un estadio alterado de conciencia, después de haber relajado los músculos y de haber eliminado cualquier posible distracción. Atravieso el sutil umbral. A estas alturas domino la técnica. Podría hacerlo incluso mientras conduzco, leo un libro o camino por las calles de la ciudad, pero en esta habitación es donde mejor lo hago. Es mi pequeño refugio.

La grieta entre el espacio y el tiempo para ver más allá.

Es un mundo idéntico al nuestro. Es el nuestro. Pero allí, *there*, se respira la energía cósmica. Sigo entre estas cuatro paredes, no me he movido un centímetro, pero ahora puedo abrir por fin los ojos a la vida. Lo hago.

A mi alrededor los ríos de conciencia de los

que hablaba Raymond.

A mi alrededor el amor eterno. La expresión más límpida de la naturaleza, el fuego sagrado que libera el vínculo que une a cualquier madre con su cachorro, a dos hermanos, a un abuelo con su nieto, a una pareja de amigos o de amantes. Son unas partículas minúsculas, que a simple vista no podría ver. Como las motas de polvo que flotan en el aire cuando un haz de luz solar entra por una ventana y las ilumina. Las respiras continuamente. Casi nunca las ves.

El reflejo insondable del alma.

La era buscaba una conexión, una clave de interpretación, puede que una fórmula. La respuesta está en nuestra capacidad de ver más allá de los confines del mundo. En nuestra capacidad de sumergirnos en la luz.

De ser luz.

A veces, a las reuniones de la fundación asisten

personas que han sufrido fuertes traumas y han vivido experiencias similares a las de los pacientes de Samuele. Saben de qué hablan. No obstante, no son médiums ni poseen facultades extrasensoriales. Solo han tenido ocasión de ver más allá de la línea de confín, de transformar una coincidencia desafortunada en una posibilidad preciosa. Han sido capaces de acceder a un estadio superior de conciencia.

No es fácil, en cambio, el esfuerzo psicológico que deben hacer los que han perdido a un ser querido y se ponen en manos de nuestra estructura. Una trayectoria de reconstrucción similar requiere tiempo, paciencia y una determinación que resulta difícil si no se cuenta con un apoyo. Yo pasé por ello, de forma que sé de qué hablo. Mi apoyo fue Samuele.

Con frecuencia no se consigue sacar ningún provecho del dolor. Pero si existe una esperanza, si existe una manera de comunicar con los que ya no están entre nosotros, un vínculo misterioso,

debemos buscar ese hilo invisible en lo más profundo de nuestro espíritu. Este instrumento está al alcance de todos, siempre y cuando aceptemos la naturaleza de nuestro cuerpo astral de la misma forma en que nos acostumbramos a dominar el físico desde que nacemos. Siempre y cuando rompamos las cadenas, arranquemos todas las raíces del terreno en que hemos apoyado los pies durante toda la vida y liberemos de verdad el pensamiento. El cuerpo astral como umbral. El cuerpo astral como puente hacia la esencia real del cosmos.

Yo también debería escribir un ensayo. Un compendio de los estudios de Laera. Desde el punto de vista opuesto: el de una joven que, al igual que muchas otras, ha descubierto que puede captar un escorzo de infinito.

Quizás, un día.

Ahora estoy aquí, sola, a oscuras, y tengo una

cita.

A veces decide ella. Esta noche he decidido yo.

Nos acercamos poco a poco, suspendidas en el tiempo, como unas fuerzas que se atraen.

Ella siempre es muy dulce, muy delicada, cuando funde sus pensamientos con los míos. Para acariciarme de nuevo. Para abrazarme de nuevo. Para recordarme cómo nos sentimos cuando regresamos a casa.

Cada vez que estoy con ella, cada vez que su luz fluye a mi alrededor, las injusticias del mundo desaparecen. Pierden su peso, se vuelven tan ligeras como plumas y puedo soplarlas. Y comprender el sentido estricto de nuestro camino. Ella me lo enseña. Ella, que me aventaja en el recorrido. La voz de la eternidad.

Puede que sepa lo que sucederá aquí, que pueda leer cada instante de la compleja trama humana. Debe de ser así. Pero no me muestra el futuro. No es necesario. Vuelvo a ser la Verónica

que creció bajo su ala, he superado el dolor y he vuelto a encontrar el camino. Gracias a ella me he convertido en una mujer, puedo afrontar el futuro segura de la fuerza que abrigo en mi interior. Su fuerza. La mía.

Solo queda vivir.

Después de haberme acariciado con su pureza se aleja lentamente, como un velo de granitos de arena empujados por el viento. Ha sido un instante. Un instante luminoso.

Lo suficiente para que brille el sol.

Abro los ojos, percibo el fuerte aroma a asado que llega de la cocina. Samuele no está durmiendo. Está despierto y se ha puesto a preparar la cena de Nochebuena.

Feliz Navidad, mamá.

1. En castellano en el original. (*N. de la T.*)
2. En italiano, «sartén». (*N. de la T.*)